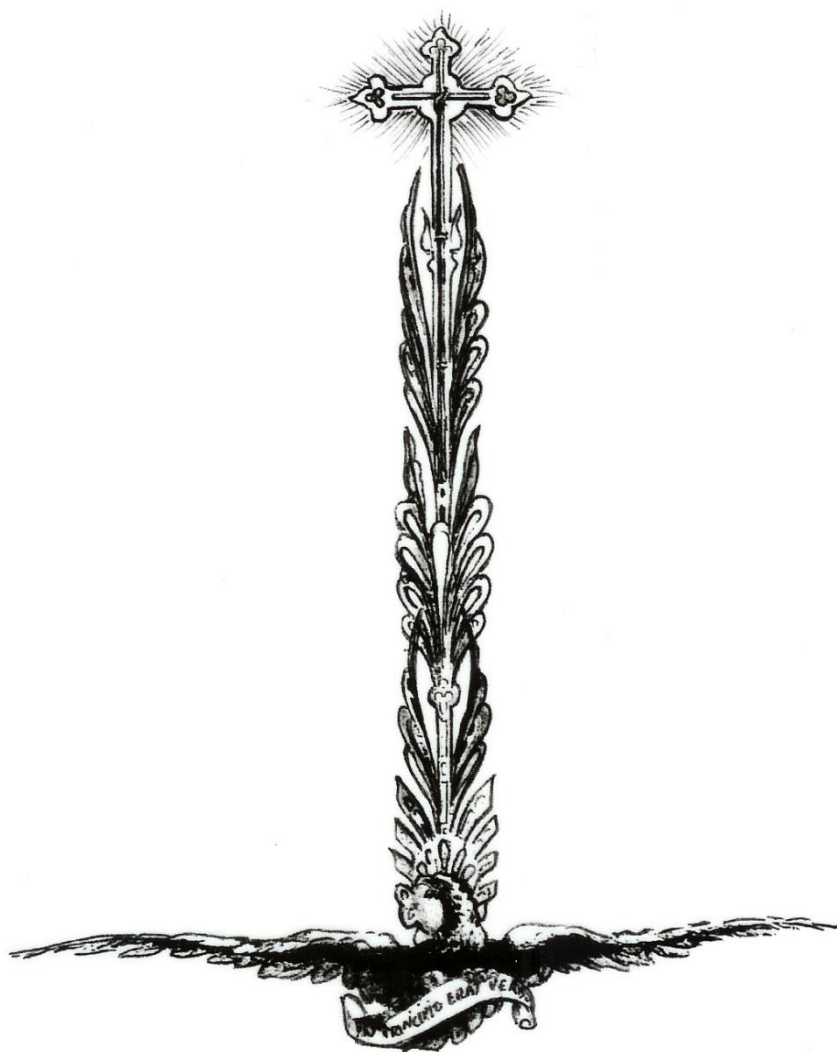




LO QUE DICE EL EVANGELIO

JOSÉ LUIS DÍEZ JIMÉNEZ

Edita : José Luis Díez Jiménez
Calle Oriente, nº 13
Brunete 28690 (Madrid)

Edición revisada

Título: **LO QUE DICE EL EVANGELIO**

Diseño e ilustración: *José Luis Díez Jiménez*

Depósito Legal: M 202-2005

I.S.B.N.: 84-611-4458-9

Impreso en España. Printed in Spain.

Imprime:

Queda rigurosamente prohibida, sin el permiso y la autorización previa y escrita del titular y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos de esta obra.

LO QUE DICE EL EVANGELIO

LIBRO III



Señor, atiende nuestras súplicas, para que, con tu bondad, merezcamos ser humildes en la prosperidad y confiados en la adversidad.

61 - LA TRANSFIGURACIÓN

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan su hermano y los llevó aparte (Mateo 17, 1) **subió a la montaña para orar, y mientras oraba** (Según la tradición antigua y constante se cree que era el Tabor el monte a donde el Señor se apartó con tres de sus discípulos a orar en el silencio de la noche, y a cumplir lo que había anunciado seis días antes: que alguno de los presentes no morirían sin haber visto al Hijo del hombre en el esplendor de su reino. Curiosamente los tres discípulos elegidos son los mismos que serían testigos de su agonía. Posiblemente fatigados por la subida a la montaña, los tres discípulos se envolvieron en sus mantas y se tendieron a descabezar el sueño y el cansancio, en tanto que Jesús se entregaba a la oración.

Así nos ocurre a veces a muchos de nosotros, que cuando terminamos la jornada de trabajo tenemos la buena intención de rezar nuestras oraciones de la noche, pero rendidos y molidos por el cansancio del trabajo diario claudicamos y sucumbimos a la tentación del fácil descanso, omitiendo la intención de orar. Seamos, pues, más responsables y sobrepongamos nuestra obligación a la debilidad, para que nuestra fidelidad pueda ser contada como la excepción que confirma la regla amarga del dicho popular de que *las tumbas están llenas de buenas intenciones*. (Lucas 9, 29) **se transfiguró delante de ellos: resplandeciendo su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz**, (Mateo 17, 2) **y he aquí que dos hombres hablando con Él: eran Moisés y Elías**, (En la interpretación de los Santos Padres, Moisés representa la Ley Antigua, y Elías a los Profetas. Ambos vienen a dar testimonio de que Jesús es el verdadero Mesías en quién se cumplen todos los divinos oráculos dados a Israel. Es de dictamen que Moisés y Elías se dejaron ver en sus propias personas realmente, haciendo Dios con su infinito poder que el alma del primero saliera del Limbo o Seno de Abrahán y tomara un cuerpo visible, y que el segundo viniera del Paraíso Terrenal o del lugar reservado donde la providencia de Dios lo conserva vivo hasta el fin del mundo.) **los cuales aparecieron en gloria, hablaban del éxodo suyo que Él iba a verificar en Jerusalén**. (Así como el nacimiento es llamado la entrada, se llama éxodo a la salida de este mundo, esto es, de su muerte, que había de cumplirse en Jerusalén. Algunos entienden, por la alusión a la salida de Egipto, que fueron triunfo y gloria, entiendo la palabra éxodo de la Ascensión del Señor, que fue cuando propia y últimamente salió de este mundo. Jesús solía hablar de su partida y a veces los judíos pensaban que se inicia con los gentiles.) **Pedro y sus compañeros estaban agobiados de sueño, más habiéndose despertado, vieron su gloria y los hombres que estaban a su lado. Y en el momento en que se separaban de Él, dijo Pedro a Jesús: “Maestro, bueno es para nosotros estarnos aquí; hagamos pues tres pabellones, uno para Tí, uno para Moisés, y otro para Elías. Sin saber lo que decían**. (San Pedro se había aprovechado de la severa reprensión que el

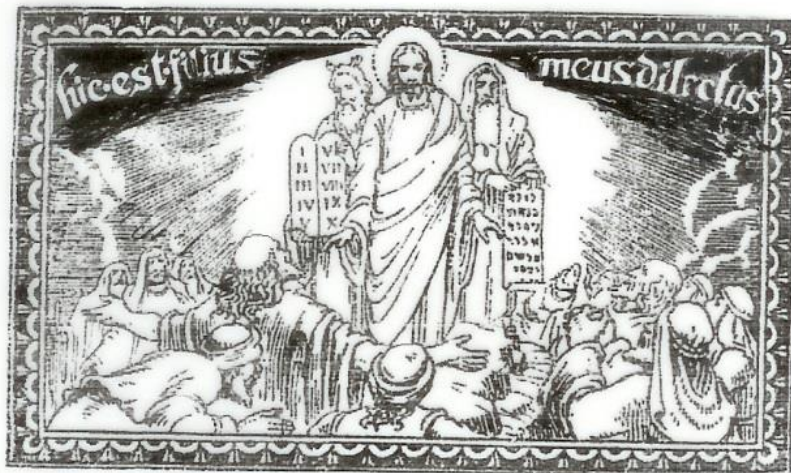
Señor le hizo, y parece que no tenía aún gusto sino de las cosas humanas, porque no contaba con las antiguas profecías, ni con lo que trataban entre sí el Señor, Moisés y Elías. No osaba oponerse a las claras a que padeciese su Maestro, porque le había tratado de contrario en otra ocasión y que quiso resistirse, pero lo procuraba por rodeos. Todo ello lo hablaba, sin saber lo que se decía, puesto que de este modo se oponía a la redención de todos los hombres y a la suya propia.) **Mientras él decía esto, se hizo una nube que los envolvió en sombras. Y se asustaron al entrar en la nube. Y desde la nube una voz se hizo oír: “Este es mi Hijo el Elegido; escucharle a Él.”** (Aquí como en el Bautismo de Jesús, el Padre da solemne testimonio de la filiación divina del Mesías, y añade el único mandamiento que el Padre formula personalmente en todo el Evangelio: que escuchemos a Jesús, esto es, que creamos en él y pongamos en Él toda nuestra confianza, obedeciéndole en todo lo que os diga. Por eso el Maestro nos dice: Esta es la obra de Dios: *Que creáis en Aquel que Él os envió*. Como si dijera: Yo no tengo más verdades que revelar, ni más cosas que manifestar. Que si antes hablaba, era prometiéndolo a Cristo; más ahora el que me preguntase y quisiese que Yo algo le revelase, sería en alguna manera pedirle otra vez a Cristo, y pedirle más verdades, que ya están dadas en Él.

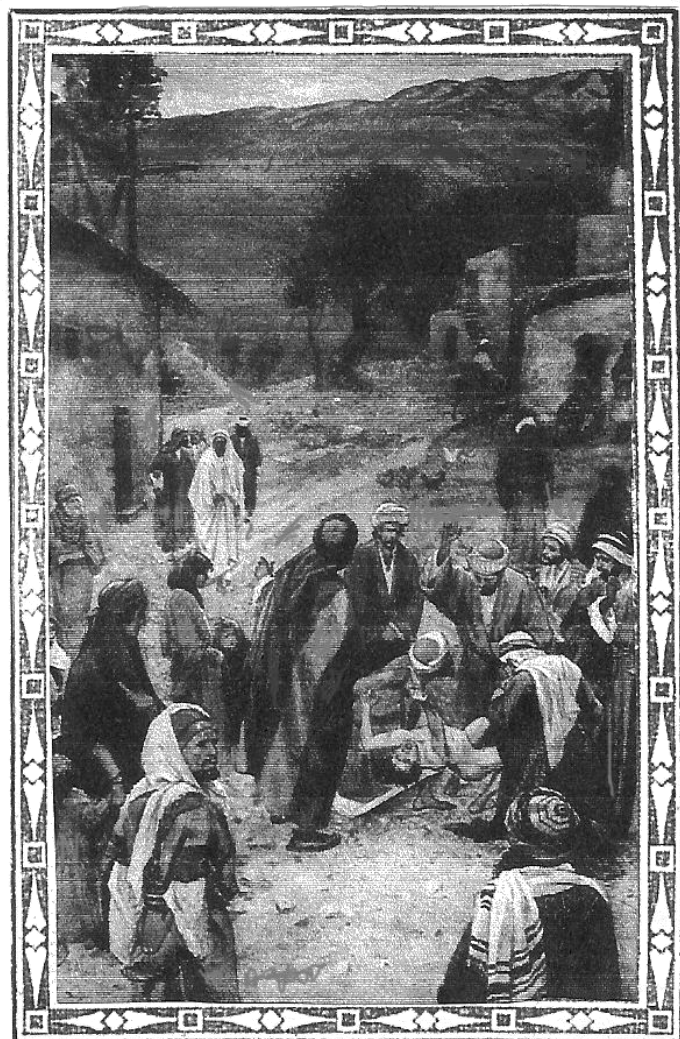
Si a cualquier pueblo, culto o salvaje se le dijera en la primera plana de los periódicos que la voz de un dios había sido escuchada en el espacio, o que se había descubierto un trozo de pergamino con palabras enviadas desde otro planeta... imaginemos la conmoción y el grado de curiosidad que esto produciría, tanto en cada uno como en la colectividad. Pero Dios Padre habló para decirnos que un hombre era su Hijo, y luego nos habló por medio de ese Hijo y enviado suyo diciendo que sus palabras eran nuestra vida. ¿Dónde están, pues, esas palabras? y ¡cómo las devorarán todos! Están en un librito que se vende a pocos céntimos y que casi nadie lee. ¿Qué distancia hay de eso al tiempo anunciado por Cristo para su segunda venida, en que no habrá fe en la tierra?) **Y al hacerse oír la voz, Jesús se encontraba solo.** (La proximidad del Altísimo les impresionó de tal manera, que cayeron como muertos, con el rostro contra el suelo. Poco después, el Señor se les acerca, los toca y los levanta. Miran entorno, y ven que todo ha desaparecido; la voz celestial, la nube, el legislador y el profeta, Solo el Maestro estaba allí. El judaísmo se eclipsaba y Cristo permanecía para siempre.) (Lucas 9, 30 - 36). **Cuando bajaban del monte, les prohibió referir a nadie lo que habían visto, mientras el Hijo del hombre no hubiese resucitado de entre los muertos.** (El monte Tabor y el Gólgota se complementan mostrándonos el doble misterio de Jesús que anunciaban las profecías, haciéndonos conocer la voluntad de Dios, consistente en la benevolencia suya, que se había propuesto realizar en Aquel en la dispensación de la plenitud de los tiempos: reunirlo todo en Cristo, las cosas de los cielos y de la tierra, con el principio orgánico de una nueva creación.

No quiso el Señor que los Apóstoles contasen al pueblo todo carnal lo que habían visto, temiendo que la grandeza del prodigio les hiciese más incrédulos, y que después de haber oído esta transfiguración tan gloriosa sirviese de escándalo su muerte a unos espíritus tan groseros en la inteligencia de los secretos de la Divina Sabiduría.

En la transfiguración Jesús había aparecido en la gloria, la misma con la que vendrá en su triunfo; se trataba en primer lugar de quitar de los corazones de los discípulos el escándalo de la cruz, porque ahora no comprendían aún, que Jesús siendo Dios había de morir y resucitar; sin embargo ahora lo están viendo sumido en un mar de penas y angustias.) (Marcos 9, 9). **Guardaron, pues, silencio; y a nadie dijeron, por entonces, cosa alguna de lo que habían visto,** (El descenso de los tres discípulos bajan impacientes de contar a sus compañeros la manifestación maravillosa de su Maestro, aquella manifestación que venía a confirmar su fe vacilante, después de las revelaciones que seguramente había deservir para sostener y enriquecer la de los demás. Pero revelar un fenómeno como éste hubiese podido despertar el entusiasmo popular del modo más peligroso. ¿Cuántos habían tenido el valor de soportar el escándalo de la cruz después de esta apoteosis soberana? Pero ahora es necesario callar y así se lo ordenó Jesús.) (Lucas 9, 36). **Discurriendo “que podía significar eso de resucitar de entre los muertos”. Y le hicieron esta pregunta: “¿Por qué, pues, dicen los Escribas que Elías, en efecto, vendrá primero?”** (Los Escribas o Doctores de la Ley confundían las dos venidas del Señor, la primera en carne mortal para redimir al hombre, y la segunda en todo el esplendor lleno de gloria para juzgar al mundo; y así, apoyándose en la profecía de Malaquías intentaban probar que Jesús no era el Cristo o Mesías prometido, porque según ella debía antes venir Elías.) **Respondióles: “Elías, en efecto vendrá primero, y lo restaurará todo”.** (Más el Señor instruyendo a sus discípulos no niega que la misión de Juan es la de Elías y les dice que Elías debía venir antes de su segunda venida a restaurar todas las cosas, esto es, a obligar a los judíos a que entrasen en el camino de la verdad y de la justicia, y a que reconociesen a su libertador; pero por lo que respecta a su primera venida, ya había venido Elías, es decir, el Bautista, el cual era Elías en la virtud y en el espíritu, aunque los judíos en vez de reconocerle por tal le habían perseguido hasta quitarle la vida, y que lo mismo harían con Él. Pero les hace notar que en su misión mesiánica sería rechazada por la violencia, y entonces Elías tendrá que volver al fin de los tiempos, como precursor de su triunfo para ejercer el ministerio de Apóstol; y hará que los judíos que hubiesen quedado reconozcan y adoren a Jesucristo como el verdadero Mesías que esperaban después de tantos siglos.) **Pero ¿cómo está escrito del Hijo del hombre, que debe parecer mucho y ser vilipendiado?** (Algunos refieren estos sufrimientos al Hijo de Dios; otros a Elías, explicándolo de este modo: es verdad que Elías vendrá primero, y que parecerá mucho, y será despreciado del mismo modo que el Hijo del hombre,

de quién está escrito que también perecerá, etc. En el texto griego se lee la palabra *vilipendiado*, para significar el último grado de abatimiento y humillación a que había de ser reducido y anonadado el Señor.) (Marcos 9, 10-11) **Os declaro, empero, que Elías ya vino, pero no le conocieron, sino que hicieron con él cuanto quisieron. Y así al mismo Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos.** (Es decir, que San Juan Bautista, que había venido en virtud y espíritu de Elías, pero de una manera humilde, penitente y dolorosa, y que ha impedido el que los jefes del pueblo judío le reconociesen como tal.) **Entonces los discípulos cayeron en la cuenta que hablaba con relación a Juan Bautista.** (La comparación hecha del Bautista por los Escribas y Fariseos era lo que seguramente estaban dispuestos a hacer con Cristo y Él mismo le había anunciado anteriormente, les hizo entender con toda claridad que las palabras del Maestro se referían a San Juan Bautista, que había sido ya martirizado por Herodes.) (Mateo 17, 12-13).





Dígnate mirar con rostro propicio y sereno lo único que tengo, ioh Dios Todopoderoso! para que asistido con el auxilio de Tú misericordia quede libre de todos los males pasados, presentes y futuros.

62 - CURACIÓN DE UN LUNÁTICO

Al día siguiente, al bajar de la montaña, una gran multitud de gente iba al encuentro de Él. (Indica, este día siguiente, que la transfiguración sucedió la noche del día anterior cuando el Señor hacía oración en la montaña.) (Lucas 9,37) **Llegaron, entrando, a los discípulos y vieron una gran gentío que los rodeaba, y Escribas que discutían con ellos. Toda esa multitud en cuanto lo vio, se quedó asombrada, y corrió a saludarle.** (En la misma falda del monte encontró a los demás discípulos rodeados de una gran muchedumbre y entre ellos se encontraban los Escribas o jefes religiosos de aquella región.) **Preguntóles: “¿Por qué discutís con ellos?” Respondióle uno de la multitud: “Maestro, te he traído a mi hijo lunático,** (En ausencia del Señor, habían traído a un muchacho lunático, epiléptico y poseído de un espíritu mudo, para ser curado por los Apóstoles; y ante su impotencia para obrar el milagro, los Escribas gozosos, porque acababan de presenciar el fracaso de la curación intentada por los discípulos vacilantes, y pensaban que el fracaso de los Apóstoles, en su sentir, equivalía a una derrota del mismo Jesús. Por ello, al regresar el Señor se encuentra en pleno altercado, y les pregunta el motivo de la discusión, siendo entonces cuando un hombre, salido del gentío, le cuenta una historia dolorosa sobre la enfermedad de su hijo, que crecía y disminuía con los cambios de la luna, y que deseoso de que fuese curado había venido para pedir a sus discípulos que lanzasen de él aquel demonio, pero no habían podido.) (Marcos 9,14 - 17) **te ruego pongas tus ojos sobre mi hijo, porque es el único que tengo. Se apodera de él un espíritu, y al instante se pone a gritar; y le retuerce en convulsiones hasta hacerle echar espumarajos, y a duras penas se aparta de él, dejándole muy maltratado.** (El espíritu que le poseía le tenía impedido el uso de la lengua y de los oídos. Este endemoniado es una viva imagen del estado en que se halla un alma poseída por el demonio. Está muda, porque su orgullo le impide reconocer y confesar su pecado. Tiene cerrados los oídos a las inspiraciones del cielo: asida a los objetos de la tierra, y agitada violentamente de un extraordinario furor, se revuelve en el cieno de diferentes pasiones y vicios que el demonio le sugiere. Por último se seca toda y queda algo sin jugo, porque por puntos se va apartando más y más del divino rocío de la gracia, que es la que la ha de mantener en vida. Y este género de demonio no se hecha fuera, como dirá después el Señor, sino con mucha oración y ayuno.

El padre suplica que mire, que ponga atención y misericordia en su hijo unigénito. Además de la exposición de todas los síntomas de la enfermedad, hace una oración humilde, discreta y confiada.) **Rogué a tus discípulos que lo echaran, y ellos no han podido. Entonces Jesús respondió y dijo: “Oh generación incrédula y perversa ¡hasta cuando estaré con vosotros y tendré que soportaros? Trae acá a tu hijo”.** (Ante aquel espectáculo, el Señor lanza un grito de indignación y de tristeza: ¡Oh raza incrédula...! Son

palabras que el Salvador hace recaer entre todos los judíos, y también sobre los Apóstoles, y muy principalmente sobre el incrédulo padre del muchacho, como veremos más adelante cuando pidió dudando de su poder.) **Aun no había llegado éste a Jesús, cuando el demonio zarandeó y le retorció en convulsiones** (Lucas 9,38 - 42) **Y preguntó al padre: “¿Cuánto tiempo hace que esto sucede?” Respondió: “Desde su infancia; y a menudo lo ha echado, ora en fuego, ora en agua, para hacerlo morir. Pero si Tú puedes algo, ayúdanos, y ten compasión de nosotros.** (Por esta palabras se hecha de ver que el padre tenía una fe muy flaca, pues dudaba del poder de Jesucristo, y por consiguiente no reconocía aún su divinidad.) **Respondióle Jesús: ¡Si puedes...! Todo es posible para el que cree.”** (Para Dios no hay cosa imposible, más Dios no quiere todo lo que puede. Hubiese podido curar al hijo aunque el padre no tuviese fe, pero quiso que la curación del hijo fuese efecto de la fe del padre. El Señor le inspiró lo que era necesario cuando le dijo: *Si puedes creer*. Y nos enseñó también al mismo tiempo como hemos de acudir a Dios, de quien depende todo nuestro bien, para que avive la nuestra cuando le pidamos la salud y curación de nuestras almas.) **Entonces el padre del niño se puso a gritar: “¡Creo!”; Ven en ayuda de mi falta de fe!** (Y aquel hombre, comprendiendo que la salud de su hijo dependía de su fe vacilante, proponía entonces esta emocionante plegaria que nos descubre maravillosamente la incurable debilidad del hombre: *Supla tu bondad, Señor, lo que falta de mi fe*. Con cuanta periodicidad hemos también pedido ayuda a Dios confiando más en su omnipotencia que en falta de fe arrastrada a pesar de las gracias que el Señor nos da diariamente.) **Y Jesús viendo que se aproximaba un tropel de gente, conminó al espíritu diciéndole: “Espíritu mudo y sordo. Yo te lo mando, sal de él, y no vuelvas a entrar más en él”. Y, gritando y retorciéndole en convulsiones salió. Y quedo el mismo como muerto, y así muchos decían que había muerto. Pero Jesús, tomándole de la mano lo levantó y él se puso en pie.** (La curación se hace con dominio en el momento de máxima crisis, cuando el niño está en el suelo, como muerto y con los efectos que el demonio le producía con la sordera y la mudez.) (Marcos 9,21-27). **Y todos se maravillaron del poder de Dios.** (La reacción psicológica de la multitud es la expresión del poder de Dios hecho milagro.) (Lucas 9, 43). **Cuando hubo entrado en casa, los discípulos, le preguntaron en privado. “¿Por qué, pues, no pudimos nosotros expulsarlo?”** (Tal vez creyeron los discípulos que el poder concedido de arrojar a los demonios lo tenían ya por sí y para siempre, sin apercibir que su impotencia se debe a la falta de fe en creer que no se logra el exorcismo en virtud de su poder sino en el poder de Dios. Y cada vez habían de recibirlo por medio de la oración.) (Marcos 9, 28). **Les dijo: “Por vuestra falta de fe.”** (Responde a los discípulos que su poca fe les impidió curar al muchacho y obrar el milagro. Este reproche de incredulidad es el único que el divino Maestro dirige a sus discípulos. Y no los recrimina porque no tuvieran ninguna fe, sino que la tenían mezclada con

imperfección, falta de confianza, indecisión y vacilaciones; en una palabra, porque su fe no era firme y viva.) (Mateo 17, 20). **Y los Apóstoles dijeron al Señor: “añádenos fe”.** (Los Apóstoles piden al Maestro un aumento de fe como si tuvieran alguna, reconociendo en ello la divinidad y el poder que Jesús tenía sobre el corazón de los hombres. El aumento pedido es la confianza en Dios.) (Lucas 17,5). **Porque en verdad os digo: “Que si tuvieseis alguna fe, aunque no fuera más grande que un grano de mostaza, diríais a esa montaña: pásate de aquí, allá, y se pasaría, y no habría para vosotros cosa imposible.** (Jesús responde con una hipérbole intencionada, comparando la fe con la pequeñez del grano de mostaza, y si además tenemos esa pequeña fe con las propiedades principales de la mostaza como son la actividad y la eficacia, entonces podría hacerse maravillas como, dirigiendo su mano al Tabor, mover a esa montaña. Hay que hacer notar que aunque no han quedado escritos todos los milagros que realizaron los Apóstoles, es cierto que también hubieran podido trasladar los montes en fuerza de su oración y de su fe si la necesidad lo hubiera pedido, como sabemos que resucitaran muertos que es mayor obra que mover montañas.) (Mateo 17, 20). **¿Quién de vosotros, que tenga un servidor, labrador o pastor, le dirá cuando éste vuelva del campo: “Pasa en seguida y ponte a la mesa?” ¿No le dirá más bien: “Prepárame de comer; y ceñido sírveme luego hasta que yo haya comido y bebido, y después comerás y beberás tú?” ¿Y acaso agradece al servidor por haber hecho lo que le mando? Así también vosotros, cuando hubiereis hecho todo lo que está mandado, decid: “Somos siervos inútiles, lo que hicimos, estábamos obligados a hacerlo.”** (Con esta parábola del siervo pretende el Señor curar la vanidad de aquellos hombres que cuando han hecho alguna cosa buena quieren luego entrar en cuentas con Dios. Un amo no tiene obligación de mostrarse agradecido a un siervo que le hace los servicios ordinarios a que está obligado, pues siendo Dios nuestro Creador y nuestro Señor, y nosotros sus criaturas y los interesados en su servicio, ¿cómo no nos podremos tener por muy dichosos con que solamente se vuelve a mirar nuestras obras, sabiendo que si le han de ser agradables sólo pueden serlo por efecto de su gracia? ¿Y cómo no nos llamaremos siervos inútiles y muy inútiles, cuando todo lo que hacemos le pertenece de justicia?

Entregarse todo entero y considerarse siervo inútil es una cosa preciosa para el hombre espiritual. Porque el que lo ha hecho es el que descubre fácilmente cuán mal sabe hacerlo. Y como desea hacerlo cada vez más, pues ha encontrado en ello su reposo, vive pidiendo al Padre que le enseñe a entregarse, comprendiendo que todo cuanto puede hacer en ese sentido es también obra de la gratuita misericordia de ese Dios cuyo Hijo vino a buscar pecadores y no justos, y sin el cual nada podemos. De ahí que al hombre espiritual ni siquiera se le ocurre pensar como lo hace el hombre natural, que es dura e injusta esa palabra de Jesús al decir que nos llamemos *siervos inútiles*, pues el espiritual se da cuenta de que ser así, inútil, no sólo es una

enorme verdad que en vano se pretendería negar, sino que es también lo que más conviene para su ventaja, pues a los hambrientos Dios los llena de bienes, en tanto que si él fuera rico espiritualmente -o mejor, si pretende serlo - sería despedido sin nada, como enseña María en el *Magnificat*. Vemos pues, que esto de ser siervo inútil es, no una censura o reproche de Jesús, sino todo lo contrario: nada menos que la bienaventuranza de los pobres en el espíritu. Así es la suavidad inefable del Corazón de Cristo; cuando parece exigirnos algo, en realidad nos está regalando. Y bien se entiende esto pues a Él ¿qué le importaría que hiciéramos tal cosa o tal otra, si no buscara nuestro bien... hasta con su Sangre? De ahí que la característica del hombre espiritual sea otra: se sabe amando de Dios y por eso no se le ocurre suponerle intenciones crueles, aunque Él a veces disimule su bondad bajo un tono que nos parece severo, como al niño cuando el padre lo manda a dormir la siesta. Porque Él nos dice que no piensa en obligarnos sino en darnos paz.) (Lucas 17, 7 - 10). **Esta casta no puede ser expulsada sino con oración y el ayuno.** (El exorcista para expulsar demonios tiene que hacer uso de la oración y del ayuno, dos buenos avales para alcanzar lo que se pide en confianza conforme a la voluntad de Dios. Por ello cuando queramos libraros de algún mal o alcanzar algún bien, ante todo soseguemos y tranquilicemos nuestros espíritus para que nuestra oración sea perseverante noche y día, a fin de confirmar irrepreensibles los corazones en santidad delante del Trono de las gracias, y así alcanzar de nuestro Padre, al mostrarnos prudentes y sobrios, la misericordia de ser socorridos en el tiempo oportuno, pidiendo con fe, sin vacilar en nada y sin doblez con la seguridad en Dios cumpliendo su mandamiento nuevo de amor conforme a su voluntad, porque encomendándonos al Señor con mucha paciencia en la tribulación, necesidades, angustias, trabajos, fatigas, vigiliass, hambre y sed en ayunos, enriqueceremos a muchos que nada tienen pudiendo recibir a cambio del que todo lo posee. He ahí los dos pilares para expulsar a esa raza demoníaca: la oración y el ayuno.) (Marcos 9, 29).





Tomad ofrendas y entrad en sus atrios; adorad al Señor en su santo Templo.

63 - EL TRIBUTO AL TEMPLO

Partiendo de allí, pasaron a través de Galilea, y no quería que se supiese; (Jesús, atravesando de incógnito la tierra de Galilea, camino de Judea y de Jerusalén, y no queriendo que se conociese este viaje, simplemente para evitar a las gentes que atraídos por su carisma le seguían allí donde fuera. El Señor desea aprovechar esta ocasión para instruir a sus discípulos sobre la entrega del Hijo del hombre, aun cuando nuevamente, en este viaje secreto, el anuncio de su pasión, ampliando y desarrollando lo revelado tras transfiguración.) (Marcos 9, 30). **Como se admiraran todos de cuanto Él hacía, dijo a sus discípulos: Vosotros haced que penetren bien en vuestros oídos estas palabras:** (La reacción psicológica de la gente es de admiración ante el milagro observado y que les ha hecho ver el poder de Dios en Jesús. En este cuadro de grandeza sobrenatural se enmarca la segunda predicción de la pasión, y ruega a sus discípulos que presten mucha atención y traten de comprender.) (Lucas 9, 43-44). **“El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo harán morir; y tres días después de su muerte resucitará”.** (Dada la dificultad de los Apóstoles en comprender la pasión, pues tenían sobre su espíritu un velo que les impedía ver, Jesús les repite de nuevo y por segunda vez que el que se ha de entregar en manos de los hombres, *a causa de nuestros pecados y resucitar para nuestra justificación*, es Dios. Sea por la dificultad natural de compaginar la dignidad y el triunfo del Mesías con su muerte y su derrota, sea por no querer persuadirse de lo que les deba pena por disposición divina que dejaba que no entendiesen todo esto hasta que sucediese, ello es que los discípulos no acababan de darse cuenta de lo que aquello podía significar, y de cómo había de suceder. Pero veían que el Maestro insistía en ello tanto y tantas veces y tan decididamente, que les daba tristeza, porque estas palabras de Jesús que producían en ellos este estado de ánimo, procedían principalmente del amor que tenían al Maestro. Temían preguntar lo que temían averiguar. Y contentándose con lo que ya se les había significado bastante, sin querer saber más callaban, pero su corazón estaba oprimido, presintiendo tristísimos acontecimientos. Por otra parte, reconociendo que Él era el Mesías, no podían comprender de ninguna manera, influenciados por el falso concepto mesiánico que habían aprendido de los Doctores de la Ley, cómo el Cristo podría ser entregado a los tribunales y condenado a muerte.

La pasión del Señor era una paradoja. Los términos eran claros, pero el Rey-Mesías paciente era contradictorio, *porque siendo su naturaleza la de Dios, no miró como botín el ser igual a Dios*. Efectivamente, Cristo, siendo Hijo de Dios, y Dios verdadero, viva y expresa imagen del Padre, se humilló y sabiendo, que era igual al Padre, consubstancial y coeterno, y esto por su mismo ser, y no por usurpación; se anonadó, se agotó a sí mismo, tomó la naturaleza humana en todas sus propiedades, y la condición de siervo, y hecho semejante en todo a los demás hombres, a excepción del pecado, padeciendo, y muriendo por ellos, fue reconocido por hombre y murió para merecernos el

perdón de nuestros pecados, y el don de la justicia. Resucitó para que esta justicia nos fuese dada por la fe de su resurrección. Y siendo este misterio el que estableció en Jesucristo la cualidad de Hijo de Dios, de Salvador y Mediador, recogemos por la fe de la Resurrección el fruto de los otros misterios; porque esta es la que propiamente hace al cristiano verdadero discípulo de Cristo, y le distingue del judío y de los otros infieles.

Recordemos aquí con San Pablo que el que a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó a la muerte por la expiación de los pecados de todos nosotros ¿cómo no nos dará gratuitamente también todas las cosas con Él? Efectivamente, el Padre que nos ha concedido la mayor de todas las gracias, que es la de haber entregado a su propio Hijo a la muerte por nosotros, ¿cómo nos podrá rehusar ninguna otra, y más la de nuestra salvación, sin la cual todas las demás nos serían inútiles?

En las horas de la tribulación cuando todos nos abandonen, cuando la soledad forme la corteza de nuestro yo, y todos permanezcan hostiles y nos den la espalda, recordemos el anuncio de la agonía de Gethsemani, que por tres veces nos anunció el Señor, para que comprendiésemos que no existe mayor locura que el acto extremo de Amor que el Padre realizó entregando a su Unigénito para nuestra redención, y que el Hijo, pleno de ese mismo Amor, no dejó pasar el cáliz de su misión, sino que aceptando totalmente a la voluntad del Padre se entregó en manos de los hombres. Imitemos a Jesús, en nuestra aflicción y en la melancolía de la ausencia, y digamos con Santa Teresa: *Quién a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta.*) (Marcos 9, 31). **Pero ellos no entendían este lenguaje, y les estaba revelando para que no le comprendiesen; no se atrevían a interrogarlo al respecto.** (Porque no podían comprender como la salvación de los hombres dependía de un medio tan extraordinario; ni sabían concertar los oprobios de la cruz con la gloria del que venía a redimirnos. Hasta que el Señor les envió su Divino Espíritu no supieron hermanar la alianza de un Dios eterno con un hombre mortal; la majestad del Cristo que de tan largo tiempo se esperaban, con la infamia de la cruz; y el ser el autor de la vida de todos los hombres, con la muerte que había de padecer.) (Lucas 9, 45). **Entre tanto, llegaron a Cafarnaúm;** (Los Apóstoles tristes y llenos de angustiosos presentimientos, repartidos en pequeños grupos, a los que el Maestro se agrega alternativamente para conversar y formarlos en un contacto lleno de confianza. Pero cuando Jesús se aleja, en los grupos se habla, se comenta y se murmura acaloradamente del mismo tema: el apartamiento misterioso de la noche del monte Tabor, la privanza de Pedro, la predilección del Señor por Santiago y Juan. En una palabra, la envidia inquieta y envenena por la ambición.) **Y cuando estuvo en su casa,** (Como en otras ocasiones, posiblemente se refiere a la casa de la suegra de Pedro, en Cafarnaúm.) (Marcos 9, 33). **Llegaron acercándose a Pedro los que cobraban las didracmas y dijeron: “¿No paga vuestro Maestro las dos dracmas?”** (Un incidente acabó de irritar aquel escozor que amenazaba destruir la cordialidad

en el seno de los Apóstoles. Las colectas recorrían las ciudades recolectando el tributo prescrito en el Éxodo, sobre el pago anual de medio siclo, equivalente en esta época a dos dracmas, o un didracma con destino a los gastos del Templo; y preguntan a Pedro si el Maestro está dispuesto a pagar el tributo.) **Respondió: “Sí”. Y cuando llegó a la casa, Jesús se anticipó a decirle. “¿Qué te parece, Simón: Los reyes de la tierra ¿de quién cobran las tasas o tributos, de sus hijos o de los extraños? Respondió; “De los extraños”. Entonces Jesús le dijo: “Así, pues libres son los hijos.** (Se adelanta Jesús demostrando saber la conversación con los recaudadores y la intención con que venía a hablarle del pago del tributo.

El argumento de Jesús es el mismo que se emplea generalmente en todos los reinos, para esclarecer la obligación de tributar o no, consistente en que los hijos del rey, que los son por naturaleza, están libres de pagar los tributos. Jesús era del linaje y casa de David, y como los que son de sangre y prosapia reales están exentos de tributar, Ello estaba por ello, pero además Jesucristo es Hijo del Rey de reyes, y por tanto de este reino, luego está excluido del pago tributario.) **Sin embargo, para que no los escandalicemos, ve al mar a echar el anzuelo, y el primer pez que suba, sácalo, y abriéndole la boca encontrarás un estatero. Tómalo y dáselo por Mí y por ti”.** (Para no escandalizar a los recaudadores y demás judíos, que no querían admitir su dignidad divina, e ignorar que su excepción en el pago del tributo, ordena a Pedro ir al mar, echar el anzuelo y extraer del pez pescado, una moneda equivalente a los tributos de ambos. También parece indicar que la caja común estaba poco más o menos vacía, y que Él y los suyos vivían entonces imitando a los pájaros del cielo y a los lirios del campo.

Encontrar una moneda en la boca de un pez es sencillamente un milagro, que lleva en sí el conocimiento sobrenatural de Jesús de que aquel pez precisamente contenía el estater necesario para pagar el tributo. Él estater, efectivamente equivalía a un siclo entero, es decir, a cuatro dracmas de suerte que con él se podía pagar el tributo de dos perdonas.

Conmueve pensar en la economía de los milagros. Todas las modernas explicaciones de las maravillas obradas por Jesucristo, que en los libros santos se relatan tienden a subrayar esta sobriedad de la acción de Dios y de la economía de los milagros, y que más que significar la pequeñez de estos milagros menores, lo que hacen es circunscribirlos y enaltecerlos.) (Mateo17, 24 - 27).



¿Que tendrá lo pequeño, que a Dios tanto le agrada?

64 - EL MAYOR DEL REINO DE LOS CIELOS

Y los preguntó: “¿De qué conversabais en el camino?” (El Señor sabía que las muestras repetidas de predilección enturbiaban las relaciones entre los discípulos, más preocupados de asegurarse un buen puesto en el reino que debía fundar su Maestro, que de llevar la cruz con Él. Y queriendo contar de raíz aquellas rivalidades les preguntó sobre lo que les preocupaba.) **Más ellos guardaron silencio, porque habían discutido entre sí, durante el camino sobre quién sería el mayor.** (La vergüenza les hizo enmudecer, porque el motivo de las discusiones no estaba muy de acuerdo con la doctrina que habían escuchado a Jesús en el monte y con el método pedagógico con que les instruía. Cada uno de ellos tenía razones suficientes para demostrar que cuando el Maestro se sentase en el trono del reino, sería para él quien se sentaría más próximo que el compañero con el que discutía. Prefirieron guardar silencio.) (Marcos 9, 33- 34). **Y le preguntaron: “En conclusión, ¿quién es el mayor en reino de los cielos?”** (Por fin se rompe el silencio y se atreven a preguntar para salir de las dudas que les embargaban.) (Mateo, 18,1). **Entonces, sentose, llamó a los doce y les dijo: “Si alguno quiere ser el primero, deberá ser el último de todos y el servidor de todos.”** (Como siempre Jesús muestra donde está la verdadera grandeza indicándoles que sus aspiraciones no tienen su aprobación y los exhorta a la humildad en el servicio a los demás.) **Y tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, y abrazándolo, les dijo:** (Marcos9, 35-3) **“En verdad, os digo, si no volvéis a ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Quién se hiciere pequeño como éste niñito ese es el mayor en el reino de los cielos.** (Mateo 18, 3 - 4) **El que recibe a uno de estos niños en mi nombre a Mí me recibe; y el que a mí me recibe, no me recibe a Mí, sino a Aquel que me envió;**(Marcos9, 37) **porque el que es el más pequeño entre todos vosotros, ése es grande.”** (Jesús va a enseñarles de una manera instructiva y práctica que su modo de pensar era del todo ajeno al espíritu que debe guiar a los miembros de su reino, que no era el reino que ellos entendían, pues a pesar de que creían que sería divino y celestial, lo esperaban en la tierra. Y Jesús tomó un niño y lo estrechó entre sus brazos, dando a entender con esto cuan agradable le era su inocencia, y se les presenta como modelo a imitar si quieren tener parte en su reino. Los verdaderos discípulos de Cristo deben ser como niños, por eso y para reprimir su orgullo les pone delante un niño inocente, sin ambición, diciéndoles que si querían entrar en el reino de los cielos, habían de ser por voluntad lo que los niños eran por la edad.

Todos hemos sido niños y el volver a serlo no puede extrañarnos, como le extrañó a Nicodemo cuando el Señor le dijo que hemos de nacer de nuevo. ¡Ser niño! He aquí uno de los alardes más exquisitos de la bondad de Dios hacia nosotros. He aquí uno de los más grandes motivos del amor, que es uno de los puntos menos comprendidos del Evangelio, porque claro está que si uno

no siente que Dios tiene corazón de Padre, no podrá comprender que el ideal no esté en ser para Él un héroe de esfuerzos de gigante, sino como un niño que apenas empieza a hablar. ¿Qué virtudes tienen esos niños? Ninguna, en el sentido que solemos entender los hombres. Son llorones, miedosos, débiles, sucios, ignorantes y apasionados por los dulces y los juguetes, acaparadores y poco dados a compartir. ¿Qué méritos puede hallarse en semejantes personajes? Precisamente el no tener ninguno, ni pretender tener lo robando de la gloria a Dios, como hacían los judíos, Escribas y Fariseos. Una sola cualidad tiene el niño y es el no pensar que las tiene, por lo cual todo lo espera de su Padre. Estos no tienen otro apego que a su padre y a su madre; son incapaces de odio; no se cuidan de honores ni de riquezas; se ve en ellos una total inocencia, y por ello una docilidad y sencillez que les hace mirar a los vicios, y principalmente al orgullo, que es el mayor de todos, con un ánimo vacío de ambición y de egoísmo. Cristo no se refiere aquí directamente sólo a la virtud de la humildad cristiana, ni a la inocencia en sí, sino a la sencillez. Por ello quiere que el pensamiento pase del niño a creyente humilde, cualquiera que sea su edad, en el sentido de la pequeñez, no de edad, sino de condición; haciendo de ella, símbolo de dulzura que hace socorrer al pobre y despreciado del mundo, que necesita socorro, y al recibirlo en nombre de Jesús es recibir al mismo Cristo en persona.

Y continúa el Señor en esta parábola comparando la grandeza con aquel que se hace servidor de todos, y eso es precisamente lo que han de hacer unos con otros, la lección es la misma que dará después en el lavatorio de pies. La grandeza cristiana se mide por la práctica de la caridad, en el servicio humilde. Si el valor de una conducta se mide por el premio, aquí está lo principal. ¡Y pensar que la pequeñez es lo que menos suele interesarnos!) **Entonces, dijote Juan: “Maestro, vimos a un hombre que expulsaba demonios en tu nombre, el cual no nos sigue; y se lo impedimos, porque no anda con nosotros.** (Una interrupción de Juan viene a desviar por un instante la amplia y generosa enseñanza de Jesús. Es uno de los arrebatos del hijo del trueno que da muestras de celo vigoroso, apasionado, superactivo e inteligente, con el que luego cambiará las primeras manifestaciones de la herejía.) **Pero Jesús dijo: “No se lo impedáis.** (Semejante a Juan fue el celo de Josué, cuando rogaba a Moisés, que prohibiese profetizar a Eldad y Meldad. Y la respuesta de Moisés: “*¡Quién dijese que todos los del pueblo de Dios fuesen profetas, y que Dios derramase su espíritu en ellos!*” Parece también muy conforme a lo que el Señor respondió a Juan. Como los Apóstoles eran aún imperfectos, es creíble que hacían estas preguntas a Jesús movidos de un celo falso e interesado, debiendo más bien alegrarse de que fuese glorificado por esos efectos milagrosos de un poder, con sola la invocación de su nombre por una persona que no le seguía. Se ve también que ni el don de profecía ni el de hacer milagros es prueba infalible de santidad.) **Porque nadie haciendo milagros por mi nombre, será capaz de hablar luego mal de Mí.** (Como si dijera;:

esa obra prodigiosa que ha hecho en mi nombre le infundirá una cierta veneración, y le hará respetar el poder supremo de aquel que la ha obrado, y así de ningún modo podrá hablar mal de ÉL.) **Porque quién no está contra nosotros, por nosotros está.** (Porque contribuyendo esta maravilla del mismo modo que las que obran los Apóstoles al acrecentamiento del reino de Jesucristo, aunque el que la hizo no estuviese unido con ellos en lo exterior lo estaba en lo principal, porque contribuía a su mismo fin y designio, que era él de su gloria. De lo que se puede sacar la conclusión que los discípulos de Jesús no son los únicos partidarios de Jesús.) **Quién os diere a beber un vaso de agua, por razón de que sois de Cristo, en verdad, os digo, no perderá su recompensa.** (Seguidamente nos pone un ejemplo de un pequeño servicio prestado al prójimo, para indicarnos que no quedará sin recompensa, y con más razón uno que hagamos mayor.) (Marcos 9, 38-41) **Pero quién escandalizare a uno solo de estos pequeños que crecen en Mí, más le valdría que se le suspendiese al cuello una piedra de molino de las que mueve un asno, y que fuese sumergido en el abismo del mar.** (Cerrado el paréntesis, Jesús vuelve a reanudar el hilo de la conversación. Contrariamente quién con sus palabras o sus obras y ejemplos escandalizase o fuese ocasión de ruina espiritual de uno de estos pequeños o le pusiese tropiezos en el camino de la virtud, le valdría más ser sometido al suplicio de la sumersión en el mar o en el río atado a su cuello una gran piedra de molino para que no pueda flotar sobre las aguas. Semejante tormento se aplicaba para los grandes criminales. Y ¿qué es realmente el escándalo? La palabra escándalo significa tropiezo, y efectivamente lo es; porque así como las piedras, en los caminos del mundo exponen al cuerpo a tropezar y caer en tierra, así el escándalo, en el camino del cielo, expone al alma a tropezar y caer en pecado. Esto es el escándalo en cuanto al nombre; pero en cuanto a su esencia es un dicho o un hecho que da al prójimo ocasión para que caiga en pecado. Como vemos el escándalo incita al prójimo a pecar, bien invitándole, persuadiéndole, rogándole o de cualquier otro método directo empleado es como el pecado que cometió el incestuoso Amnón rogando y oprimiendo a la desgraciada Tamar; aunque también se puede escandalizar indirectamente al prójimo dándole motivo con algún dicho o hecho malo, o que tenga apariencia de malo, pero sin incitarle, rogarle, ni persuadirle, como hicieron los hijos de Helí, dando motivo al pueblo de Israel con sus malos dichos y hechos para que dejarse de cumplir la Ley de los sacrificios. El escándalo es un pecado muy generalizado, porque si es cierto que muchos no escandalizan directamente incitando a pecar, también lo es que hay muy pocos que no escandalicen indirectamente dando motivo a pecar. Y es que el escándalo es como inseparable de todo pecado manifiesto, ya que al imaginar lo que se ve, oye o advierte, dispone al corazón a cometerle voluntariamente, ya por la inclinación que tenemos a imitar, ya por nuestra propensión a pecar. De ahí se sigue que no solo escandalizan los que incitan a pecar, como por ejemplo a hacer hurtos, a jurar falso, a juzgar con exceso, a

embriagarse, a cometer una deshonestidad, a tomar una venganza o cualquier otro pecado, sino también los que, sin incitar a pecar, dan con sus pecados motivo para pecar, como los maldicientes, perjuros, jugadores, blasfemos, deshonestos, antinaturales y cualesquiera otros que con sus malos ejemplos, enseñan o mueven a pecar, así como los que con su silencio, omisión y descuido dan motivo para pecar, como los padres, párrocos, obispos, autoridades y demás superiores que no velan como deben sobre su familia, rebaño, pueblo e inferiores, bien porque no instruyen, exhortan, corrigen y castigan como están obligados.

El escándalo además de ser un pecado general del que pocos se libran, es también como un segundo pecado original que, propagándose de generación en generación y de siglo en siglo perpetúa en el mundo las malas costumbres. ¿Quién enseñó a maldecir, jurar, blasfemar y hablar deshonestamente a la generación presente? La generación pasada. ¿Quién enseñará a la generación venidera? La generación presente. ¿Quién enseñará en el día un lenguaje torpe, asqueroso, soez e infame a la inocente niñez? ¿Quién extravía y corrompe la preciosa juventud que va a poblar el universo? Los escandalosos que ahora le pueblan. Los escándalos no se acaban con la muerte del escandaloso; es como la peste, que no cesa con la muerte del apestado. Muchos siglos van pasados después que murieron Simón el Mago, Focio, Lutero, Calvino y aún duran las simonías, los cismas y las herejías a las que ellos dieron principio, y de las que fueron cabezas detestables.

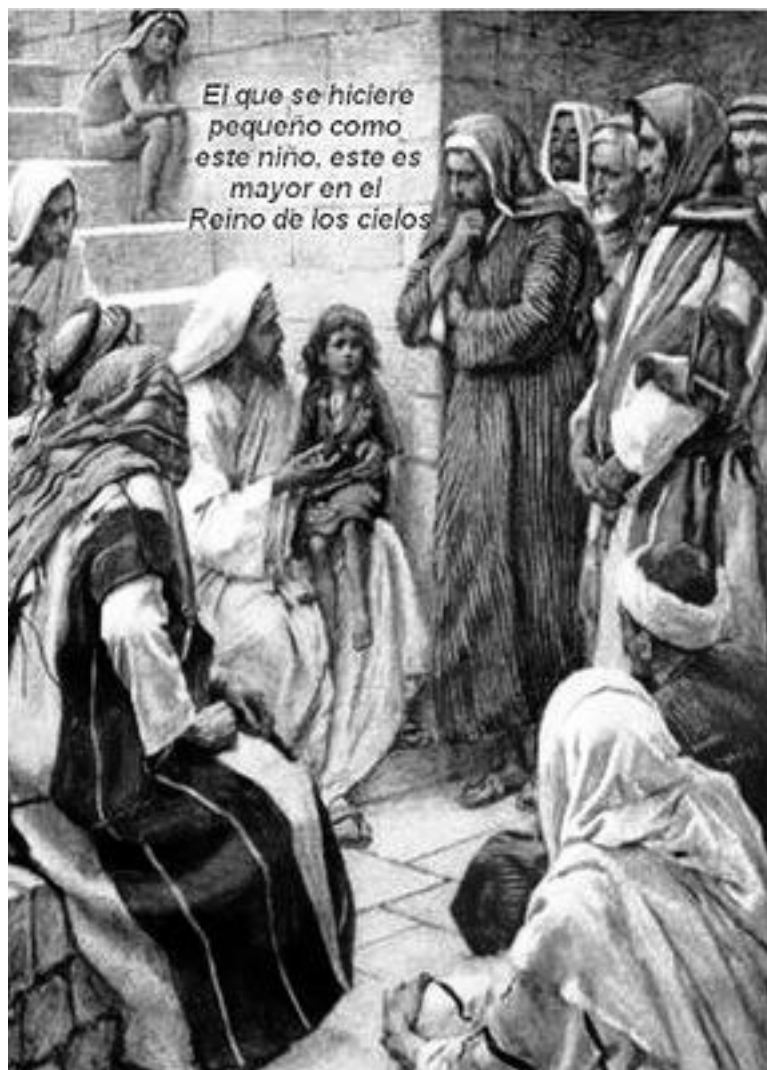
El escándalo, cuando induce a pecado mortal, no se puede ni dudar que sea un pecado muy grave, porque mata el alma. ¿Y qué cosa más cruel y criminal que hacer el oficio del diablo, a quienes la Sagrada Escritura se le llama *matador de almas*? Por todo ello no es de admirar que el Redentor de las almas, se explique tan sentido e indignado contra los escándalos y los escandalosos: *¡Ay del mundo por los escandalosos!* Porque el escándalo es muy difícil de remediar, y a veces irremediable. Ya que el que enseñó a pecar a un niño, ¿cómo borraré esta lección funesta? Habrá de detestar su culpa, procurando con los medios necesarios reparar el escándalo, con piedad sus impiedades, con religiosidad sus blasfemias, con modestia sus desenvolturas, con castidad sus impurezas, con lenguaje asado y honesto su lenguaje sucio y torpe, con moderación cristiana su lujo pagano, con mortificación y ayuno la permisión de infanticidios; en suma con una vida virtuosa.) **¡Ay del mundo por los escándalos! Porque forzoso es que vengan escándalos, pero ¡ay del hombre por quién el escándalo viene!** (Inevitable es que existan escándalos en el mundo cuyo príncipe es Satanás, el hallar tropiezo y tentación para nuestra naturaleza harto mal inclinada. *Porque menester es que haya entre vosotros facciones para que se manifieste entre vosotros cuales sean los probados*, esto es que haya disensiones. No es que sea necesario, sino que es inevitable, porque Jesús anunció que Él traería división y que en un mismo hogar habría tres contra dos y a veces hay que odiar a la propia familia para

ser discípulo de Él, porque no todos los invitados al banquete de bodas tienen el traje nupcial, y la separación definitiva de unos y otros solo será en la consumación del siglo. Entretanto, en la lucha se manifiesta y se corrobora la fe de los que de veras son de Él. De ahí que el ideal de paz entre los que se llaman hermanos, no siempre sea posible y que a veces los Apóstoles enseñen la separación y que no tengamos trato con los que llamándose hermanos, y siendo cristianos solo de nombre y perjudican a la Iglesia más que los paganos, porque son fornicarios, avaros, idólatras, maldicientes, borrachos o ladrones. Por tanto no debemos tener trato con ellos, *con tales ni siquiera tomemos un bocado, y retiremos de todo hermano que viva desordenadamente y no según las enseñanzas del Señor*, pues no entienden lo sobrenatural porque no son espirituales, y de ahí que al tratar lo sobrenatural blasfeman. En cambio conocen demasiado lo temporal y carnal y esto les sirve de ruina y vergüenza. *Pero sobre todas las cosas, vestidos de amor que el vínculo de la perfección.* Pero ¡Ay del que nos tienta! y ¡Ay de nosotros si tentamos! Grave tema de meditación frente a las modas y costumbres de nuestro tiempo y frente a las que aconsejan el acomodo al mundo.) **Si tú mano o tu pie te hace tropezar, córtalo y arrójalo lejos de tí. Más os vale entrar en la vida manco o cojo, que ser, con tus dos manos o tus dos pies, echado al fuego eterno. Y si tu ojo te hace tropezar, sácalo y arrójalo lejos de tí. Más vale entrar en la vida con un solo ojo, que ser, con tus dos ojos, arrojado en la gehenna del fuego.** (Todo este modo de hablar alegórico, por medio del cual nos enseña el Señor que cuando las cosas nos son ocasión de ruina, aun aquellas que más amamos, las debemos apartar y separar de nosotros; ya que nos será más útil entrar solo o con pocos amigos en el cielo, que ir al infierno más y mal acompañados. Por salvarnos debemos dejarnos cortar un pie, una mano e incluso sacar un ojo, sin importarnos perder lo que origina defectos o imperfecciones, ni aquello que es ocasión de pecado u otra alguna de las que a pesar de haberlas tenido en esta vida, significando disfrute y toda comodidad imaginable, es preciso suprimirlas radicalmente

El Señor vuelve a recordar unas palabras que había dicho en el sermón del monte. Quiere remarcar que debemos renunciar aún a lo más necesario para evitar la ocasión de pecado. *Huye del pecado como de la vista de una serpiente, porque si te arrimas a ella te morderá.* El Eclesiástico compara el pecado con la serpiente venenosa cuyas acometidas son ocultas y mortales. Lo compara así mismo con los efectos que producen los dientes del león que despedazan sin dejar nada de la víctima. El sentido es: quien transige con el pecado está perdido, pues el diablo no tiene piedad de nadie. También San Pedro compara a Satanás con un león que busca como devorarnos y agrega: *Resistidle firmes en la fe.* San Pablo enseña dejar aún lo lícito cuando puede escandalizar a un ignorante, porque peca contra Cristo quien es culpable de que muera un miembro del Cuerpo Místico, un alma que Él amó hasta entregarse por ella y cuyas ofensas Él mira como hechas en Sí mismo.) (Mateo

18, 6 - 9) **donde “el gusano de ellos no muere y el fuego no se apaga.”** (Aquí Jesús define la eternidad de las penas del infierno. Este castigo tan espantoso se verificará infaliblemente en los réprobos. ¿Quién no se aterrorará oyendo esta triple repetición de una pena tan terrible, siendo el mismo Dios el que nos amenaza con tanta vehemencia? ¿Y quién no separará de sí luego aún aquellas cosas que más estima cuando lo son ocasión de ofender al Señor? Meditemos en ello, con la esperanza de encontrarnos entre aquellos adoradores verdaderos de Dios, que cuando salgan de la nueva Jerusalén vean yacentes sin sepultura sobre el campo de batalla, bajo los muros mismos de la Ciudad Santa, a todos los enemigos del Señor roídos por los gusanos que nunca mueren y quemados por el fuego inextinguible, siendo objeto de horror para todos los hombres.) **Porque cada uno ha de ser salado con el fuego.** (Cuando Jesús aleccionó a sus discípulos habló de la sal rociada en los sacrificios y de las características propias de la sal. Ahora, nos dice, que para todos los condenados el fuego será una sal que se hará incorruptible en los tormentos.) **La sal es buena; más si la sal se vuelve insípida, ¿con qué la sazonaréis?** (El doctor o maestro que se aparta de la doctrina del Evangelio y de la disciplina saludable de la Iglesia Católica, de ningún modo podrá recobrar su virtud estando fuera de ella. Asimismo los que abusen de las gracias que Dios les hace, son como la sal desabrida, que para nada valen sino para ser arrojados en el fuego.) **Tened sal en vosotros mismos y estad en paz unos con otros.** (Esta sal representa una sabiduría que sea de lo alto y según Dios, y que se encamine a la caridad y a la conservación de la paz entre vosotros. Son las santas represalias del amor, el estallido de una ira inspirada por la bondad.) (Marcos 9, 48-49). **Guardaos de predicar a uno solo de esos pequeños,** (No penséis ni un solo instante y no creáis que por ser pequeñitos importa poco escandalizarlos. Todo esto no es más que ternura, amor maravilloso, compasión infinita para con todos los despreciados.) **Porque os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente la faz de mi Padre celestial.** (Tienen estos pequeños sus ángeles que les guardan y defienden, y que acusarán en el Tribunal de Dios a aquellos que los hubieren injuriado o dado ocasión de pecar, y pueden atraer la venganza divina contra los escandalosos. No se dice directamente que todos los hombres tengamos un ángel custodio, pero se deduce su existencia conocida desde el Antiguo Testamento, y además es de notar que el espíritu de la fe de los cristianos, que se apresuran a pensar en las explicaciones de orden sobrenatural, que hoy difícilmente se buscarán no obstante haber pasado tantos siglos de experiencia cristiana.) **Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido.** (La compasión es tanta, que parece hacerle olvidar a todos aquellos que no necesitan de su ayuda. Cristo vino al mundo en la Encarnación para salvar a todo el género humano, que había perecido víctima del pecado original y de los pecados personales cometidos por los hombres. Por consiguiente, los que desprecian a estos pequeños y con sus escándalos les apartan de la salvación que Cristo nos mereció, frustran la obra

de la redención y son reos de la justicia divina.) (Mateo 18, 10-11). **No es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños.** (Parece clara la intención de Jesucristo a mostrarnos el amor que el Padre tiene a los humildes y pequeños, porque es voluntad celestial que no se pierda ni uno solo de ellos.) (Mateo 18, 14).





Purifica, Señor, y defiende a tu siervo tu incesante misericordia, y, pues sin Ti no puedo subsistir, sálvame y dirígeme con tu favor.

65 - EL PERDÓN

Si tu hermano peca contra tí, repréndelo entre tí y él sólo; si te escucha habrás ganado a tu hermano. (El Señor había hablado contra los que escandalizan a otros, y ahora se vuelven a dar reglas a los que reciben el escándalo de cómo se han de portar en este caso, enseñándolos el orden que hemos de guardar en la corrección de nuestro hermano cuando pecase contra nosotros haciéndonos alguna injuria, o contra Dios en presencia nuestra, o con noticia nuestra. Esta corrección se entiende de los escándalos y pecados secretos o particulares. Pues la corrección de los públicos pertenece a los prelados o magistrados.) **Si no te escucha toma todavía contigo un hombre o dos, para que por boca de dos testigos o tres conste toda palabra.** (Si la corrección amigable privada no es eficaz, Jesús exige dos o tres testigos y cooperadores de la corrección amistosa al hermano para que más fácilmente salga del pecado.) **Si a ellos no escucha, dilo a la Iglesia.** (Esto es, si no te hace caso sea para ti como un pagano y como un publicano, y acude a los prelados y superiores que son cabeza de la Iglesia. Porque los que están separados entre sí por la fe o por el gobierno de la Iglesia no pueden vivir en este Cuerpo místico y de este su único Espíritu, por lo que debe ser entregado ese tal a Satanás, para destrucción de su carne por los tormentos y vejaciones del diablo, a fin de que pueda ser conducido al arrepentimiento para que se convierta y pida perdón y su espíritu sea salvo en el día del Señor. Es preferible que este castigo temporal de la separación sea para evitar la perdición eterna como incorregible, como incurable, como un hombre separado de la Iglesia, y como a un pecador público se ha de entender al excluirlo o excomulgarlo en cuanto queda privado de la fracción del pan, y también de la comunidad de fieles o Iglesia, que así era llamada, comunión por una vida de fraterna unión en la caridad. Cuando la excomunión infligida produce buenos efectos, al pecador arrepentido se le puede recibir de nuevo en el seno de la Iglesia. La corrección fraterna ha de rodearse de muy finas delicadezas. Se trata de reprender sin herir, de corregir sin lastimar. No sólo debemos practicar la justicia con amor, sino que el amor ha de constituir el objetivo indispensable de todos los procedimientos que la justicia exija. Cualquier sanción ha de ser medicinal. No importa tanto que el orden violado se restablezca cuanto que las operaciones llevadas a cabo para restaurar ese orden estén transidas de caridad y fructifiquen en la caridad. El orden que realmente importa instaurar, mantener, recomponer y desarrollar es el *ordo caritatis*. Por eso tiene que ser el perdón el clima normal de las relaciones cristianas. Su ejercicio ha de ser tan frecuente como frecuentes sean las ofensas.) **En verdad, os digo, todo lo que atareis sobre la tierra será atado en el cielo, y todo lo que dentareis sobre la tierra, será desatado en el cielo.** (Jesucristo está a solas con sus Apóstoles y con estas palabras declara correctamente a quienes compite en su Iglesia esta potestad jurídica que ya había conferido a Pedro y que ahora hace

extensible a todos sus Apóstoles bajo la autoridad suprema de Pedro, que es la cabeza visible de la Iglesia de Cristo, pues sólo él recibió *las llaves del reino de los cielos*. Por lo que no puede admitirse la interpretación protestante, como si Jesucristo las hubiese dicho indiferente y promiscuamente para todos los fieles contra la institución de este Sacramento, y que cualquiera tiene poder de remitir los pecados, los públicos por medio de la corrección fraterna, si el corregido da su aquiescencia; los secretos, por espontánea confesión hecha a cualquiera. Doctrina perniciosa que extiende el ministerio del perdón a otros que a los obispos sacerdotes. Explicación que está en contradicción con el contexto, con las palabras de Cristo, con la tradición Apostólica, como aparece ya en los primeros años de la Iglesia y que el Concilio de Trento aclaró y condenó.) (Mateo 18, 15 - 18) **Entonces Pedro le dijo: “Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿Hasta siete veces?”** (Los Rabinos decían que Dios perdona una falta hasta la tercera vez. Pedro considera que aumentando el número hasta llegar a siete, que es el número sagrado en el judaísmo, se le puede considerar generoso.) **Jesús le dijo: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.”** (El Señor, con una expresión simbólica, le indicó, con una cifra convencional e indeterminada, para enseñarle a él y a nosotros que jamás nos hemos de cansar de perdonar a los que nos ofenden y, que el perdón de sus discípulos, como el perdón de Dios, debe ser indefinido e ilimitado, deduciéndose de aquí la misericordia sin límites, con que Dios perdona, puesto que Jesús nos presenta a su Padre como modelo de misericordia que nosotros hemos de ejercitar. Y resume toda esta conversación sobre el perdón de las injurias en una bella parábola, que es de las más expresivas de todo el Evangelio.) **Por eso el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Y cuando empezó a ajustarlas, le trajeron a uno que le era deudor de diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, mandó el señor que lo vendiesen a él, a su mujer y a sus hijos y todo cuanto tenía y se pagase la deuda. Entonces arrojándose a sus pies el siervo postrado decía: “Ten paciencia conmigo, y te pagaré todo”. Movido a compasión el amo del siervo, lo dejó ir y le perdonó la deuda. Al salir, este siervo encontró a uno de sus compañeros, que le debía cien denarios, y agarrándole, lo sofocaba y decía: “Paga lo que debes”. Su compañero cayendo a sus pies, le suplicaba y decía: “Ten paciencia conmigo y te pagaré”. Más él no quiso, y le echó a la cárcel, hasta que pagase la deuda. Pero al ver sus compañeros lo ocurrido, se contristaron sobremanera y fueron y contaron al amo todo lo que había sucedido. Entonces lo llamo el señor y le dijo: “Mal siervo, yo te perdonaré toda aquella deuda como me suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, puesto que yo me compadecí de tí? Y encolerizado su señor lo entregó a los verdugos hasta que hubiese pagado toda su deuda.** (Esta hermosa parábola ilustra la doctrina anterior sobre el perdón de las injurias a nuestros hermanos. En la Iglesia, en las

relaciones entre los fieles sucede lo que con el rey que pide cuentas a sus ministros de la administración de su hacienda. El contraste de esta escena es aleccionador y pone de relieve la ruina del corazón humano comparado con la grandeza del Corazón de Dios. Aquel miserable deudor, que debía cientos de millones de pesetas, acaba de recibir el perdón generoso de toda su deuda, más de lo que se había atrevido a suplicar, se encuentra con un compañero que le debe la exigua suma de cien pesetas y a pesar de sus súplicas, ruegos y lágrimas, le mandó arrojar en un calabozo. La reacción de todos los servidores del rey contra tan indigna manera de tratar a su compañero era natural, así como la indignación del rey al conocer todo lo sucedido. El rey, que representa al Padre celestial, había desbordado su misericordia en contraste con la dureza indignante y monstruosa del siervo cruel, que es merecedor de la severidad, el castigo y la justicia inexorable de entregarle a los verdugos, que muchos autores interpretan a la imagen de las penas del infierno.

El fin principal de esta parábola es mostrarnos la necesidad de perdonar las injurias que recibimos de nuestros prójimos, si queremos que Dios nos perdone nuestros pecados y librándonos de los tormentos del infierno. Exactamente es lo que pedimos en la oración dominical: *perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. ¿Es posible repetir estas palabras sin temblar? No se trata ya de que Dios me perdone en la misma medida en que yo perdono: al fin y al cabo, ¿cuál es la suma de oprobios que hemos podido recibir a lo largo de una vida, comparados con las injurias que hemos hecho al Inocente? Se trata más bien de que Dios me perdone en la misma forma en que yo perdono. Ahora bien, ¿qué alcance y profundidad suele dar a mi perdón? ¿Sobrepasa éste de ordinario a un simple propósito de no tomar venganza? ¿Llega a ser alguna vez tan puro y total que mantenga el amor en su intensidad primera, anterior a la ofensa? Porque yo no me sentiría feliz si Dios se redujera a no imputarme los pecados, a concederme nada más el cielo... Necesito que me quiera, que me quiera mucho...

No hay precepto más preciso ni más claro que el de perdonar las deudas; pero acaso tampoco hay otro que se eluda con más artificios, ni con mayor seguridad. Todo conspira a debilitarle, y de todo se echa mano para hacerle ineficaz. Hasta el especioso pretexto de la mayor gloria de Dios, de la virtud y de la justicia sirve de sobrescrito a la venganza. Los devotos y los virtuosos, quiero decir, los que presumen de serlo, son muchas veces los que perdonan menos. Es bien grosera la ilusión, no hay duda; mas no por eso es menos universal. *Yo le perdono, dicen algunos, pero es razón que se castigue la ofensa. No quiero mal a mis enemigos, pero la injusticia no ha de quedar sin escarmiento. El corazón le tengo sano y sin hiel, solo deseo que se dé a mi afrenta la debida satisfacción: yo no me quiero vengar, únicamente pretendo que se repare mi honor con el castigo del que me vulneró*. Este es el lenguaje común de las gentes del mundo, y aun se puede decir que de todo género de gente, ¡Dios mío, qué inconsecuente y qué pobre es el mayor entendimiento

cuando se empeña en justificar venganza! Guárdate de ilusión tan perniciosa; mira que no es posible echar polvo a los ojos de Dios; están muy patentes a ellos todos los misterios de iniquidad, y nadie le puede engañar ni puede engañarse. El que no perdona a su hermano las deudas en lo más íntimo del corazón, dice el Salvador, todas sus protestas de amor sirven de nada. No es perdonar de lo más íntimo del corazón pedir satisfacción por el agravio, no querer tratar con los que nos han ofendido, mirar con indiferencia y aún con frialdad a los que nos han hecho una deuda o algún maleficio. El precepto a la verdad es perfectísimo, pero al fin es precepto: y ¿cómo le hemos guardado? Pero no basta perdonar al enemigo, no basta no desearle mal, es menester amarle, y es menester hacerle bien. Así lo declara Cristo. De donde se infiere, que no se cumple con este precepto precisamente con no hacer al enemigo el daño que fácilmente se pudiera; es preciso cuando se ofrezca la ocasión servirle en lo que se pueda, como se hace con los amigos. Es ilusión y error contentarse con decir: *yo no le quiero mal; no permita Dios que yo me vengue; pero no quiero su relación, no deseo su comunicación, no quiero sus visitas, ni concurrir a donde él concurra; él en su casa y yo en la mía; no quiero que se mezcle ni mezclarme en sus cosas, etc.* ¿Es esto perdonar en lo íntimo del corazón? ¿Es amarle? ¡Bueno! Con qué, no se quiere tener comunicación, ni requiere ir a su casa, ni concurrir donde él concurra, ni se puede sufrir su presencia. ¿Es este el retrato del que ha perdonado desde lo más íntimo de su corazón? ¿Así se ama sinceramente? ¿Es así como se sigue el ejemplo de Jesús? ¿Hemos hecho alguna vez reflexión sobre la ridiculez y la extravagancia de esta conducta? Y sin embargo en medio de esto cada día pedimos Dios una y muchas veces *que nos perdone nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores*; que se nos trate a nosotros como nosotros tratamos a nuestros hermanos. ¿Y eso no es pedir a Dios que nos condene? No hay mayor incongruencia que desearnos de esta forma el propio castigo. Aprovechemos estas reflexiones para profundizar en quienes nos han ofendido, quienes son nuestros deudores, y quienes son han maltratado, ultrajado, despreciado, injuriado y ofendido; en una palabra quién es nuestro deudor, para de todo corazón, olvidando por amor a Dios la deuda, el agravio, la ofensa o el maltrato, perdonar de veras, como Jesús perdonó desde el madero de la cruz a sus deudores.

Perdonemos de verdad. Cuando hemos hecho un favor y no se nos agradece, cuando amamos y no somos amados, cuando esperamos una recompensa y nos es negada, imitemos el renunciamento esencial de Jesucristo. Aceptemos que los hombres sean diferentes de esas ideales criaturas que nos forjamos en la imaginación, pues también cada uno de nosotros es muy distintos de lo que él cree ser: es mucho más desagradecido, mucho más ruin, mucho más perverso. Cuando alguien nos ofende, no pensemos que nos rebaja; pensemos más bien que nos sitúa a un nivel más concorde con nuestro ser íntimo, con

esa categoría de hombre despreciable que nos esforzamos en ocultar incluso a nuestros propios ojos.

Todos tenemos que perdonarnos mutuamente. Que los padres perdonen a los hijos su progresivo desapego, su resistencia cada día mayor a contar con ellos, sus desórdenes, los cuales, mucho más que oprobios para el apellido, son pecados contra Dios, perdonados ya. Que perdonen también los hijos a los padres su egoísmo, su temor a quedarse al fin de la vida a merced de los hijos; su incompreensión, sus abusos de autoridad. Que el marido perdona generosamente a la mujer que no valora su trabajo y no respeta su fatiga, antes bien lo irrita con pretensiones inoportunas. Que la esposa sepa perdonar asimismo la ceguera del marido para tantos y tantos esfuerzos como supone el cuidado del hogar; que perdona sus muchas delicadezas, su falta de percepción para esos detalles que han constituido una larga ilusión, una ilusión diariamente defraudada. Que los gobernantes estén prontos a excusar las rebeldías y desacatos de sus súbditos y estos sepan perdonar en aquellos sus miras bastardas, su lujo o su vanidad estúpida. Que los seglares comprendan y perdonen la indolencia de sus sacerdotes, sus extravíos, su falta de pobreza, su ignorancia, sus tristes y humillantes coyundas con el César. Que tampoco los sacerdotes dejen de perdonar el alejamiento de sus fieles, sus calumnias o sus burlas, la calidad insultante de algunas formas de sus alegrías. Que todos perdonemos a todos. Esforcémonos en la caridad imitable de Jesús y en una comprensión mutua, que haga renacer de una manera pura y purificadora el amor de un perdón que infunda la verdad y la paz en este mundo.

Nos enseña también la parábola que las deudas que nosotros contraemos con Dios con nuestros pecados son infinitamente mayores que las que los hombres pueden tener para con nosotros, y que, por consiguiente, si Dios nos perdona con tanta misericordia todas nuestras deudas, ¡cuanto más razonable es que nosotros perdonemos las pequeñas deudas de nuestros hermanos!) **Esto hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano.**” (Es una justicia nueva la que se establece en esta plática, eco del Sermón del Monte. En el Antiguo Testamento regía la Ley del Tali3n: *ojo por ojo, diente por diente*. La sutileza de los Rabinos había llegado a descubrir que se podía perdonar hasta tres veces; la filosofía china encargaba amor y odiar a los hombres como conviene; Buda enseñaba un amor gélido, interesado, egoísta; la máxima japonesa aconsejaba sonreír al enemigo mientras no se le pudiese aplastar; Homero juzgaba que reírse del enemigo era el más dulce de los placeres; Sócrates creía que él no vengar las cobardía propia de un esclavo. Cristo establece una nueva doctrina, un código más alto, una Ley más humana, la Ley del reino de los cielos será el perdón y su doctrina de caridad.

De esta manera moldeaba e iluminaba Jesús el alma de sus discípulos en aquellos días que precedían a la reaparición definitiva en medio de las muchedumbres. Todo en su predicación obedece a un desenvolvimiento progresivo. En un principio es la expansión avasalladora que arrastra a las

muchedumbres en pos de la Buena Nueva. El éxito despierta la hostilidad de los Fariseos, que empiezan a organizar su campaña de las calumnias y persecuciones, y las turbas, desconcertadas por la sublimidad de la doctrina y minadas por la perfidia, dudan, vacilan y se apartan poco apoco. A medida de que su apostolado se va haciendo difícil y peligroso entre las masas, Jesús concentra sus esfuerzos en el grupo más ferviente de sus partidarios. Tiene, en primer lugar, los discípulos a quienes dará poder para predicar, curar y arrojar demonios, más cerca de sí están los Apóstoles, a quienes se digna interpretar sus parábolas y revelar los misterios de su reino. Y entre los doce hay tres privilegiados: Pedro, Santiago y Juan, los únicos que le acompañan en las ocasiones más solemnes, los que tratan con Él con mayor intimidad, y que en el plan misionero de Jesús debían ser el núcleo perfecto y privilegiado de la doctrina evangélica.) (Mateo 18, 21- 35).



PERDONAD Y SERÉIS PERDONADOS



¡Dejad a los niños que se acerquen a Mí!

66- Y LE TRAÍAN NIÑOS

Estando próxima la fiesta judía de los Tabernáculos. (La Fiesta de los Tabernáculos revestía carácter de alegría por su coincidencia con la vendimia durante el otoño. Celebrándose durante ocho días en acción de gracias y en honor de Yahvé en memoria de la estancia en el desierto durante cuarenta años, donde los israelitas vivían en tabernáculos o tiendas de ramas y hojas en los techos de las casas y en las calles. La idea de que hemos de vivir aquí abajo como en tiendas de campaña, sin apegarnos a la tierra, era cultivada también en el pueblo santo. Y en este sentido San Pablo nos afianza cuando afirmó que los Apóstoles son la *basura del mundo* y que hasta la hora presente sufrimos hambre y sed, andamos desnudos y somos abofeteados y no tenemos domicilio; morando en tiendas de campaña *con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa*. Y en ese mismo sentido San Pedro nos habla del deber, *mientras esté en esta tienda de campaña*, refiriéndose a su cuerpo mortal, *sabedor que si esta tienda de nuestra mansión terrenal se desmorona, tenemos en Dios un edificio, casa no hecha de manos, eterna en los cielos*.) **Y sus hermanos le dijeron: “Trasládate a Judea, para que tus discípulos también -allí- vean que obras haces.** (Hasta este momento el ministerio galileo del Señor empieza y termina en Cafarnaúm. Su escenario principal son la casa, la de la suegra de Pedro en la ciudad, y las riberas del lago. Allí se pronunciaron las primeras enseñanzas, allí se obraron los primeros milagros, allí se realizó aquella lenta y paciente formación de los primeros discípulos y aquellos lugares quedarán para siempre en la retina brillante de aquellos ojos divinos que nada podrá borrar.

Los parientes, conforme al estilo de las Escrituras le suplicaron que dejase esa tierra, que era de poco nombre y crédito, y se fuese a Jerusalén, para que esa ciudad tan nombrada e ilustre todo el mundo en unión a todos los discípulos que allí tenía, viesen las obras que haces. Esto lo decían, porque no entendían aún el modo con que se había de establecer el reino del Mesías.) **Ninguno esconde las propias obras cuando él mismo desea estar en evidencia. Ya que Tú haces tales obras, muéstrate al mundo.”** (Con la confianza que da el parentesco además de aconsejarle que vaya a Judea para que los discípulos judíos vean sus obras, y aconsejándole que quién quiera ser conocido no obra en sombra, sino que debe manifestar en público sus poderes. Seguramente para ellos los aplausos galileos eran pobres e ineficaces. ¿No parece una locura buscar la compañía de unos pobres pescadores y de unos publicanos sin prestigio? Sin duda alguna, pensaban que era Jerusalén el lugar idóneo donde debería triunfar al amparo de esa fiesta tan importante y en donde se reunían tantos discípulos conocedores de sus milagros y su elocuencia.) **Efectivamente, ni sus mismos hermanos creían en Él.** (O sea los parientes de Jesús, aunque hacían aprecio de sus milagros, algunos de ellos no le reconocían por el Cristo y por el Mesías verdadero, y por eso mostraban aquí

la verdad de lo que el mismo Maestro enseñó sobre la inutilidad de los lazos de sangre cuando se trata de los asuntos del espíritu.

Consuela pensar que más tarde, después de la Resurrección, se convirtieron, según resulta de los Hechos de los Apóstoles cuando nos dice que *todos ellos perseveraron unánimes en oración, con las mujeres, con María la Madre de Jesús, y los hermanos de Éste.*) **Jesús por tanto, les respondió: “El tiempo no ha llegado aún para Mí; para vosotros siempre está a punto. El mundo no puede odiaros a vosotros; a Mí, al contrario, me odia, porque Yo testifico contra él que sus obras son malas.** (Porque antes de ser glorificado, debo padecer y ser humillado: vosotros podéis sin riesgo alguno subir a Jerusalén. No puede el mundo aborreceros, como me aborrece a Mí; porque vosotros os conformáis con él, y Yo con mi doctrina y con mis obras manifiesto que las suyas son malas. ¡Penetrante ironía! Para los mundanos siempre es tiempo de exhibirse. En el mundo están ellos en su elemento y no conciben que Jesús no ame como ellos la fama.) **Id, vosotros, a la fiesta; Yo, no voy a esta fiesta, porque mi tiempo aún no ha llegado.”** (Jesús prevé desde ahora una entrada triunfal en la ciudad de David; pero esa entrada no podía realizarse hasta que llegue el día fijado por el Padre, y eso es lo que quiere dar a entender en la respuesta misteriosa que da a sus parientes, rehusando sumarse a la caravana, pero sin revelar sus planes.) **Dicho esto, se quedó en Galilea.** (Juan 7, 2 – 9) **Entonces le fueron presentados unos niños para que pusiese las manos sobre ellos, y orase;** (Era una costumbre antigua presentar a los niños a los hombres santos y venerables para que les bendijesen y orasen por ellos. La finalidad de poner las manos sobre las personas en otros textos es la de sanar enfermos, pero aquí la intención es la obtener la bendición y la oración del hombre al que los padres de estos niños consideraban el Mesías.) **Pero los discípulos los reprendieron.** (La opinión de los judíos sobre los niños es considerarlos sin ninguna importancia, y los Apóstoles participando de esa misma opinión alejaban y regañaban a los niños, para librar al Señor de una pérdida de tiempo inútil.) (Mateo 19, 13). **Jesús viendo esto, se molestó y les dijo: “Dejad a los niños venir a Mí y no les impidáis, porque de tales como estos es el reino de Dios.** (Es la primera y la última vez que en todo el Evangelio que aflora la indignación atribuida a Jesús. Sin embargo, con esta indignación, Jesús hace un llamamiento que es el fundamento de toda educación. Los niños entienden muy bien las palabras del divino Maestro, porque Él mismo nos dijo que su Padre revela a los pequeños lo que oculta a los sabios. Muchas veces nos exhorta Jesús a imitar la infancia espiritual – animando a los hombres a hacerse semejantes a los niños-, porque ellos son el único camino para llegar a Él.) **En verdad, os digo, quién no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él.”** (Quién no recibe la divina palabra y la predicación de la Buena Nueva con infancia espiritual, es decir aceptando ser tenidos por nada, no será recibido en el reino de los cielos. Santa Teresita del Niño Jesús extrajo esta espiritualidad como esencia

del Evangelio y Benedicto XV la llama el secreto de la santidad.) **Después los abrazó y los bendijo, poniendo sobre ellos las manos** (Marcos 10, 14-16) **y después partió de allí.** (Mateo 18, 15) **Como se acercase el tiempo en que debía ser quitado, tomó resueltamente la dirección de Jerusalén** (Lucas 9, 51), **más no ostensiblemente, sino como en secreto** (Habiendo terminado su actividad pública en Galilea, ahora lo contempla todo bajo el signo próximo de la muerte en Jerusalén, a la que se dirige, no con el grueso de la peregrinación, para evitar manifestaciones públicas y no irritar antes de tiempo, decide subir a la fiesta con la prudencia de pasar desapercibido.) (Juan 7, 10) **y envió mensajeros delante de sí, los cuales, de camino, entraron en una aldea de samaritanos para prepararle alojamiento.** (El camino más directo para llegar a Jerusalén pasaba por Samaria, por lo que Jesús envió una embajada de entre sus discípulos para que le buscasen alojamiento.

Parece indicarnos este pasaje el método empleado por el Señor para hospedarse en un alma; enviando su gracia anticipada para que limpie y ordene el aposento en el que Él desea acomodarse con el consentimiento, siempre respetado, de la voluntad libre del alma.) **Más no le recibieron, porque iba camino de Jerusalén** (La hostilidad y el odio existente entre judíos y samaritanos era una declaración de enemistad mutua de contrarios confesada, y como el Señor hizo semblante de ir a Jerusalén, ciudad considerada por los samaritanos como inquina, porque a su vez ellos eran declarados cismáticos por los judíos, no quisieron recibirle.

Cuantas veces por una enemistad existente entre la criatura y su Creador rehusamos que la gracia haga su labor, y aunque insatisfechos y guiados por una falsa placidez negamos el aposento al Único huésped que quiere ser morador permanente y dador de la verdadera felicidad.) **Viendo esto los discípulos Santiago y Juan, le dijeron: “Señor ¿Quieres que mandemos que el fuego caiga del cielo y los consuma?” Pero el habiéndose vuelto a ellos les reprendió.** (Como también hizo Elías que pidió bajar fuego del cielo por un particular motivo del Espíritu Santo, lo querían hacer los Apóstoles movidos por un espíritu de venganza. Y por esto el Señor, cuya mansedumbre contrasta con la cólera de los discípulos, les corrige como de una falta que era opuesta a su doctrina y a la sumisión evangélica, que manda amar a los enemigos, y que cuando nos hieren en una mejilla presentemos la otra. También desdice *que no sabían de qué espíritu eran animados*. Como si les dijera: *aún no acabáis de entender que no debéis ser ya del espíritu de la Ley, cuya justicia consiste en tomar ojo por ojo y diente por diente..., sino del Espíritu del Evangelio, que es todo de bondad, de dulzura y de caridad; de aquel Espíritu que me ha hecho venir a Mí al mundo, no para juzgarle, sino para salvarle.*) **Y se fueron hacia otra aldea.** (Jesús, ante la negativa de los samaritanos a hospedarle, se dirige a otro pueblo en donde fuese acogido para poder pernoctar más que predicar.) **Cuando iban caminando alguien redijo: “Te seguiré donde quiera que vayas”.** (Es un pretendiente que se acerca

pidiendo a Cristo que le admita como discípulo. ¿Qué le movió a tomar esta determinación?, su predicación y doctrina o el prestigio adquirido con sus milagros o ambas cosas, lo cierto es que atraído por el Maestro sintió deseos sinceros de seguirle, pero sin detenerse a examinar detenidamente los sacrificios y dificultades que esto lleva consigo.) **Jesús le dijo: “Las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo, nidos; más el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”.** (*El Hijo del hombre*: Se quiere llamar Hijo del hombre, esto es, hijo de la Virgen Maria, que es el título más humilde y más modesto con que Jesucristo se presentaba como Mesías Rey según el Profeta Daniel lo había aplicado a *Uno parecido*. En el Hijo del hombre ya los judíos veían al Mesías, que era parecido, esto es, no simplemente igual a uno de nosotros, sino un Ser superior. Sobre el significado mesiánico de este título no cabe duda ya que Jesucristo se lo aplica a Sí mismo muchas veces como caracterizando con él toda su misión terrenal como predicador de la Buena Nueva, amigo de los pobres, enfermos y pecadores, como también su pasión, su muerte, su futura gloria y segunda venida como Juez. Semejante retrato no se encuentra sino en los vaticinios de Isaías sobre el *Siervo de Yahvé* por lo que podían ser títulos equivalentes. En todo caso es una expresión feliz en la que Cristo Nuestro Señor comprendió a maravilla su misión de restaurar el reinado sobrenatural de Dios en El mundo y el modo de llevar a cabo tal restauración según las profecías del Antiguo Testamento. No obstante el Ángel le había llamado Salvador aún antes de nacer, y los Profetas lo habían anunciado con los títulos de Mesías, Sacerdote eterno, Ángel del Gran Consejo de Dios, Señor, Maravilloso, Padre de la eternidad y otros nombres magníficos, que designan al Mesías a la par que encierran la más alta Teología. San Pablo nos dice que Dios ha constituido a su Hijo heredero de todo; por Él hizo los siglos; Él era la irradiación de su gloria y la impronta de su substancia, y quién sostiene todas las cosas con la palabra de su poder.

Dios poderoso. El nombre de Cristo en el Apocalipsis: *Rey de reyes y Señor de los señores, Padre de la eternidad, Padre del siglo futuro*: Por la fuerza de los términos correlativos que entre sí se responden, se sigue muy bien que donde hay nacimiento hay hijo, y donde hay hijo hay también padre. De manera que si los fieles naciendo de nuevo, comenzamos a ser nuevos hijos, tenemos forzosamente algún nuevo Padre cuya virtud nos engendra; el cual Padre es Cristo. Y por esa causa es llamado Padre del siglo futuro, porque Él es el principio original de esta generación bienaventurada y segunda, y de la multitud innumerable que nacen por ella. Isaías le llama también *Príncipe de la Paz*, puesto que Cristo ha establecido una nueva Alianza entre Dios y los Hombres. El Profeta Miqueas, contemporáneo de Isaías, nos dice: *Este será la paz*, es decir, la paz encarnada y personificada, no solamente un príncipe pacífico que se abstiene de la guerra. Paz es sinónimo de seguridad y de tranquilidad, y por decirlo así, el conjunto de todo lo que la humanidad caída

necesita para librarse de los males. Para los profetas la paz es la característica del reinado de Cristo.

¡No tiene donde reclinar la cabeza!: El Señor se vale de estas comparaciones para denotar la extremada pobreza con que vivía entre nosotros. Como todo amigo y todo esposo que no quiere ser buscado por tu fortuna sino por su atractivo y afecto presente hacia su propia persona, hace ostentación de su pobreza.; y que mayor atractivo que ese mimo, de ver que Aquel por quién y para quién fueron hechos todas las cosas, careció de todas – desde el pesebre a la cruz – despreciándolas por amor nuestro y mirándonos a nosotros, a cada uno de nosotros, como su único tesoro, como el máspreciado de todos los dones que el Padre hizo! La suavidad de este asombroso amor es tanto más irresistible cuanto que lo vemos guardar luego esa pobreza para Él sólo, en tanto que todo lo temporal lo da por añadidura a quienes lo aceptan a Él y desean ese Reino en el cual nos promete sentarnos a su mesa.) **Dijo a otro: “Sígueme”.** (Como vemos, Jesús no admite al que voluntariamente vine y se ofrece a seguirle, y también como detiene a otro que quería retirarse. ¡Qué difícil es conocer las llamadas del Señor! De la misericordia de Dios, que elige a los que quiere, depende el negocio de la predestinación. Pues Él dijo a Moisés: *Tendré misericordia y me apiadaré de quién Yo quiera apiadarme*, por lo que concluye el Apóstol que *no es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia*. En estas formidables palabras se resalta la iniciativa de Dios en nuestra salvación y la soberana libertad que Él se reserva, sin tener que dar cuenta de ella a nadie. A este respecto el salmista nos dice: *Engañoso es el caballo para la victoria, todo su vigor no salvará al jinete*, porque hace creer con su apostura que nadie podrá vencerlo. Admirable verdad que debiera hacernos desconfiar sistemáticamente de toda grandeza humana, no ya solo de los caballos sino de los imperios que Dios disipa como el humo. De ahí comprendió Santa Teresita de Lisieux que el camino hacia Él no era tratar de justificarse a sí mismo, ya que esto es imposible, sino ganarle el lado del corazón haciéndose pequeño. No olvidemos que la caridad, las buenas obras, la perseverancia en todo esto y la preparación de la gloria, son efectos de la misericordia de Dios, toda gratuita.) **Este le dijo: “Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre”.** (Este que había recibido la llamada del Señor, se escuda para seguirle en que le consienta ir antes a hacer los últimos oficios con su padre, de asistirle en su vejez, cuidarle en su enfermedad, y de enterrarle después de muerto, y más tarde vendré y te seguiré. Cosas todas ellas en sí mismas loables, pero que el Señor se la niega, porque habiendo otros que podían enterrar a su padre, quería darnos a entender que cuando Él nos llama debemos seguirle atropellando a todos los estorbos que puedan detenernos, y que para nosotros no debe haber negocio de mayor importancia que el de nuestra salvación.) **Respondióle: “Deja a los muertos enterrar a sus muertos, tú, ve a anunciar el reino de Dios”.** (Como si dijera: tu padre ha muerto, no solo para la vida del cuerpo, sino también para la vida

de la fe. Deja pues el cuidado de enterrar sus muertos a los que son infieles y están verdaderamente nuestros delante de Dios, pues los muertos que estiman a sus muertos son los que absortos en las preocupaciones mundanas no tienen inteligencia del reino de Dios. *Porque el hombre natural no acepta las cosas del Espíritu de Dios, sino que son para él una insensatez; ni las puede entender, por cuanto hay que juzgarlas espiritualmente.*

Ni este aspirante, ni el anterior llegan a ser discípulos porque les falta el espíritu de infancia y prefieren su propio criterio al de Jesús. Y es que no se puede seguir, esto es, obedecer al Señor, si no cautivamos todo pensamiento en Cristo empezando por el propio. Cuando el tentador nos presenta la idea de un pecado revestido de toda la belleza que él sabe ponerle, sea de soberbia o de concupiscencia, sentimos que estamos espontáneamente inclinados a dar nuestra aprobación, y sólo la condenación, después de reflexionar que tiene que ser cosa mala, puesto que está prohibida por Dios. Esta experiencia que todos hemos hecho, debería alarmarnos hasta el extremo, pues nos demuestra la debilidad de nuestro entendimiento. Y desde entonces ¿qué fe podemos tenerle, como guía de nuestros actos, a un entendimiento que formula juicios favorables a lo que Dios condena? Por eso San Pablo nos dice que renovemos el espíritu de nuestra mente y seremos transformados por esa misma renovación, o sea, cautivando todo puramente a la obediencia a Cristo. Entonces podremos ser árbol bueno y de suyo los frutos serán buenos todos. Esto se entiende fácilmente, pues ¿cómo vamos a odiar un acto mientras lo miramos como cosa deseable?; ¿Cómo vamos, por ejemplo, a juzgar con el criterio de la verdad cristiana una ofensa recibida del prójimo, mientras conservemos nuestra lógica humana, que nos dice que una ofensa necesita reparación porque es lo justo. El mismo Cristo nos ha dicho que lo justo y lo lógico no es eso, sino todo lo contrario, es decir, perdonar a los que nos ofenden, no una vez, sino siete o quinientas veces, e incluso amarlos y hacerlos el bien cuando tengamos ocasión. Y para ello el Evangelio nos enseña que hemos de nacer de nuevo, hacernos como niños con su espíritu infantil e inocente.) Otro más le dijo: **“Te seguiré, Señor, pero permíteme primero decir adiós a los de mi casa”.** Jesús le dijo: **“Ninguno que pone la mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios.”** (Este último, que se ofrece espontáneamente pone condiciones a Jesús, algo que es del todo inadmisibile para sus seguidores, pues han de entregarse totalmente en cuerpo y espíritu sin excusas ni camuflajes. El Maestro usa un proverbio que aplica al orden mesiánico, solo vale para el reino de Dios aquel que como el labrador, no considera las renunciaciones que reimpone la vocación: de casa, de familia, de posesiones, y la más importante de todas ellas, la renuncia de sí mismo.) (Juan 9, 51- 62).

“TE SEGUIRÉ, DONDE QUIERA QUE VAYAS”



Bienaventurado el rico que es hallado sin culpa, y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros.

67 – EL PELIGRO DE LAS RIQUEZAS

Cuando iba ya de camino vino uno corriendo, y doblando la rodilla le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para poseer en herencia la vida eterna?” (Marcos 10, 17) **Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino uno: Dios,** (Acabada la imposición de las manos sobre los niños, Jesús continúa su camino a Jerusalén enseñando tanto de palabra como de ejemplo de vida, por todas las aldeas y lugares por donde pasaba caminando de viaje a Jerusalén. Y he ahí que un joven se postra ante Él con rectitud de ánimo, compara tentar al Señor, a quién llama Maestro, sino buscando la perfección y consecuentemente la herencia del cielo.

*¿Por qué al preguntarme, me llamas bueno? Si así me llamas, me reconoces como Mesías y que soy Dios y hombre juntamente, porque ninguno hay bueno sino Dios. Jesús nos enseña que la bondad no es algo en sí misma, como norma abstracta, sino que la única fuente y razón de todo bien es Dios y lo bueno no es tal en cuanto llena tal o cual condición, sino en cuanto coincide con lo que quiere el divino Padre. A propósito de lo bueno nos dice San Bernardo: *Aleémonos, hermanos queridísimos, de esos innovadores que no llamaré dialécticos sino heréticos, que en su extrema impiedad sostienen que la bondad por la cual Dios es bueno, no es Dios mismo Él es Dios, dicen, por la divinidad, pero la divinidad no es el mismo Dios. ¿Tal vez es ella tan grande que no se digna ser Dios, ya que es ella quién lo hace Dios? Solo Dios es esencialmente y de Sí mismo bueno.* (Lucas 18. 19) **más, si quieres entraren la vida, observa los mandamientos”.** (Todas las palabras, obras, deseos y pensamientos del hombre están sujetos a una regla. Y esa regla es la voluntad de Dios, y sabiendo que no hay más que un ser bueno por excelencia, que es Dios, y que en su bondad nos ha querido dar los Mandamientos, hemos de deducir que éstos, que han sido la fuente de la bondad, son para nuestro bien. La menor palabra que salga de esta regla divina, será a lo menos ociosa, y se pedirá cuenta de ella en el juicio del Señor. Observar los mandamientos, exceptuando el primero es hacer lo que Dios manda, pero no es amar al Dios que manda. La obligación de amar a Dios es distinta de la obligación de hacer lo que manda Dios; sin embargo, se dice que ama a Dios el que guarda sus santos mandamientos, porque la señal mejor y más segura de que amamos a Dios, es observar su santa Ley. Es decir, conocemos que amamos a Dios por los efectos del amor, porque es más fácil conocer éstos que el amor mismo. Amar, pues a Dios, es dirigirle los efectos de nuestro corazón; es unirnos a Él con los deseos de nuestra voluntad, es entregarle y hacerle dueño de nuestro amor; es adorarle en el santuario de nuestra alma, y ofrecerle allí nuestro amor; es querer, es desear que todo el mundo le ame, le adore, le ensalce, le glorifique, le bendiga y le sirva. Esto estoque manda principalmente el primer mandamiento.) **“¿Cuáles?”, le replico,** (Esta pregunta no implica la*

ignorancia del decálogo, puesto que los diez Mandamientos, escritos en tablas de piedra por su divino dedo, no son otra cosa que la Ley natural, impresa por Dios en el corazón del hombre; sino la suposición de que el Maestro enseñaba otras prácticas especiales la Ley, o ignoraba, sin duda alguna, que esta misma Ley estaba purificada y perfeccionada por boca de su Santísimo Hijo.) **Jesús le dijo: “No matarás; no cometerás adulterio; no robarás, no darás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo.”** (Jesús dirige la atención del joven hacia la Ley, mostrando así la alta estima en que tenía a esta norma de conducta., y relacionando los Mandamientos es como si le estuviese diciendo: Si, joven, este es tu deber y tu gloria; amar a Dios en todas las cosas y sobre todas las cosas. Le amarás, pues, con todo tu corazón, pero esto es poco. Le amarás con toda tu alma; pero todavía esto no es bastante. Le amarás con todas tus potencias, con todos tus sentidos y con todas tus fuerzas; y aun así no es suficiente, pues sería necesario añadir más, si más fuera posible, porque la medida de amar a Dios es amarle sin medida.) **Díjole entonces el joven: “Todo esto he observado; ¿qué me falta aún?”** (La respuesta del joven es sincera e indica que su pregunta busca un ideal superior a la vida ordinaria.) **Entonces, Jesús le miró con amor** (La mirada de amor de Jesús podemos encuadrarla en una señal externa de su aprobación por la respuesta del joven.) **y dijo: “Una cosa te queda: Anda, vende todo lo que posees, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, después, vuelve, y sígueme, llevando la cruz.”** (Todo el que quiere seguir el camino del reino de Dios ha de evitar *los abrojos* que impiden aprovechar el mensaje de Jesús, y, sin dejar de usar los bienes que, el mismo Dios le promete por añadidura y abundamiento, deberá huir del afán de enriquecimiento y no poner el corazón en las riquezas so pena de tener en eso su recompensa. Pero aquí se trata de un llamado particular a dejarlo todo y seguir con Él como los Apóstoles, aprovechando sus privilegiadas promesas. Se trata, pues, de un amor de preferencia que nos hace perder todo por Él, y tener a todo por basura con tal de ganar a Cristo, penetrando en el misterio de su amor, pues así no nos costará despreciar lo que ofrece el mundo. *Ninguno que milita como soldado se deja enredar en los negocios de la vida; así podrá complacer al que le alistó*, es decir, ningún soldado o militar puede agradar a su Jefe, si con otra clase de asuntos sean comerciales, políticos, familiares... se distrae de la milicia, pues está le exige una dedicación y vida entera a su servicio. También a este respecto los pontífices, y singularmente Pío XI, han recordado que la misión de la Jerarquía eclesiástica es para las almas y no para *lo que es del César*. Es evidente que las cosas *de esta vida* distraen tiempo y atención, y por eso, hacen profesión de dejarlo todo para seguir a Cristo. Jesús le había mirado con amor pero él, por mirarse a sí mismo, no supo mirar a Jesús, el autor y consumidor de la fe, en vez del gozo en su y propio mirar, no supo soportar su cruz, haciendo caso omiso a su llamada y perdiendo la oportunidad de sentarse al lado del Señor. Es una imagen de la

primogenitura a la que el dignatario cambió por las lentejas, es decir, el desprecio de la privilegiada elección de Dios que magnifica la primogenitura, esto que más ofende a Dios.) **Al oír estas palabras, se entristeció, y se fue apenado, porque tenía muchos bienes.** (Aunque este joven deseaba mucho alcanzar la perfección, esto no obstante, la abundancia y el amor de las riquezas que poseía, no le permitieron abrazar lo mismo que quería. Y así triste y lleno de pena, porque sabiendo que tenía la felicidad al alcance de su mano no la tomó, se retiró de la presencia de Jesucristo, quedando sofocados sus buenos deseos con las espinas de las riquezas.

Dos caminos se abren ante nuestros ojos, como le sucedió al joven rico, y comenzamos una dura lucha espiritual para decidir y elegir entre los dos; siendo a veces cobardes a dar el paso decisivo por el camino del Señor, otras nuestras fuerzas son tan débiles para caminar con paso firme y dar a Cristo una respuesta afirmativa a su amorosa invitación, y renunciamos por la bagatelas de la vida.

Yo me pregunto ¿Qué hubiese sido de ese joven si hubiese escuchado el llamamiento de Cristo y hubiese vendido sus posesiones, repartiéndolas entre los necesitados, y habiendo vuelto, se hubiese cargado su cruz y hubiese seguido al Señor? Ciertamente hubiese llegado a ser un gran Apóstol y su memoria se habría perpetuado en la Iglesia de Cristo, por su valentía y fidelidad, pero más aún por su alegría y gozo.) **Entonces Jesús, dando una mirada a su rededor, dijo a sus discípulos:” ¿Cuán difícil es para los ricos entrar en el reino de Dios!”**(Jesús no quiere decir aquí que Dios no dejará al rico entrar en el Reino, sino que el corazón del rico no se interesará por desearlo, pues estará ocupado por otro amor y entonces no querrá tomar el camino que conducen al Reino. Porque el afecto a las riquezas le será un estorbo para que ame a Dios de todo corazón: le será ocasión de despreciar al prójimo; pondrá en ellos su confianza; aplicará toda su atención y conato a guardarlas y acrecentadas; y últimamente le serán fermento para la ambición y para el deleite.) **Como los discípulos se mostraron asombrados de sus palabras, volvió, a decirles Jesús: “Hijitos, ¿cuán difícil es para los que confían en las riquezas entrar en el reino de Dios! Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios.”** (Jesús enseña que no puede salvarse al rico de corazón, porque, como Él mismo decía, no se puede servir a Dios y a las riquezas. El que pone su corazón en los bienes de este mundo no es el amo de ellos, sino que los sirve, así como todo el que peca esclavo es del pecado. Tan triste situaciones bien digna de lástima, pues se opone a la bienaventuranza de los pobres de espíritu, que Jesús presenta como la primera de todos. *No se sepulte vuestra alma el oro, elévese al cielo.* No podemos salir aún del mundo, pero necesitamos liberarnos de todas las cosas que se oponen al orden sobrenatural, porque ya no somos del mundo.

En el libro Eclesiástico se dice: *Bienaventurado el rico que es hallado sin culpa, y que no nada tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros ¿Quién es este, y le elogiaremos? porque ha hecho cosas admirables en su vida. Él fue probado por medio del oro, y hallado perfecto; por lo que reportará gloria eterna. Él podía pecar y no pecó, hacer mal y no lo hizo. Por eso sus bienes están asegurados en el Señor; y celebrará sus limosnas toda la congregación de los santos.* Este es uno de los más admirables pasajes de la Escritura, puesto que resuelve un problema que perturba no pocas veces a quienes han heredado muchos bienes y teniendo suerte en sus negocios, se sienten ricos, porque en él nos muestra el Espíritu Santo en qué consiste el ojo de la aguja que debe pasar el camello en la comparación que de la situación espiritual que de ellos hace Jesús, y que a muchos de ellos les hace perder el ánimo: *Es asegurar los bienes en el Señor, o sea en dar limosnas y obrar con rectitud.* Hay muy pocos hombres capaces de afrontar la prueba de la prosperidad y evitar los escollos de la riqueza, porque ésta ofrece al rico mil ocasiones de pecar y explotar las necesidades del prójimo; sin embargo, existe para él una pequeña pero segura esperanza de pasar por el ojo de la aguja si hace buen uso de sus riquezas y se considera como depositario y administrador de los bienes que en última instancia pertenecen a Dios Ejemplos de ello tenemos repletos en el Santoral desde el Rey David, del Emperador San Enrique, el Rey San Luis, la Reina Santa Isabel, el Rey San Fernando, San Francisco de Borja y otros muchos santos hasta nuestros días, quienes repartiendo sus riquezas y obrando con rectitud no sólo pasaron por el ojo de la aguja sino que, y estoy seguro, ascendieron a puestos privilegiados en el cielo.) **Pero su estupor aumentó todavía; y se decían entre sí: “Entonces, ¿quién podrá salvarse?” Más Jesús, fijando sobre ellos su mirada, dijo: “Para los hombres, esto es imposible, más no para Dios, porque todo es posible para Dios.”** (Luchar contra el poder seductor de las riquezas es humanamente imposible. Hace falta especial gracia de Dios, y aunque se declara en el corazón de los discípulos el sentimiento de la imposibilidad de salvarse que tienen los ricos, por el dominio que ejerce sobre ellos la riqueza, ya que, como hemos dicho antes, humanamente no se puede superar. Pero puesto que para Dios nada hay imposible, puede imprimir al rico el despegue de las riquezas, y con su gracia poner en su corazón el espíritu de pobreza sin el cual no se entra por el ojo de la aguja y consiguientemente en el reino de los cielos, es decir, la gracia puede hacer que los ricos guarden los divinos mandamientos; y que den liberalmente con alegría a los pobres de lo que tienen, y con desprendimiento humilde abandonen la soberbia, cuidando de hacerse ricos en toda suerte de buenas obras. Resumiendo: se han de asegurar los bienes en el Señor. Ese es sin duda alguna el gran misterio de la piedad de Cristo, digno de toda veneración: *Aquel que fue manifestado en carne* y puso su morada entre nosotros lleno de gracia y de verdad, nace eternamente del Padre y se dignó nacer como hombre de la Virgen María, por voluntad del

Padre y obra del Espíritu Santo, añadiendo a su primera naturaleza divina, la segunda humana, en la unión hipostática, pero siendo una sola persona: La divina y eterna Persona del Verbo. Y testimoniando el Espíritu la santidad de Jesús, completando su obra en el día de Pentecostés y en las variadas manifestaciones carismáticas de que gozamos los fieles. Y finalmente *justificando en espíritu, visto de ángeles, predicando entre gentiles, creído en este mundo, recibido en la gloria*, la que vieron los Apóstoles manifestada en los milagros de Cristo y en la resplandeciente transfiguración en el monte. ¡Qué inmenso consuelo para cuantos sentimos nuestra indignidad! Notemos que no dice esto el Señor aludiendo a la omnipotencia que tiene como Autor y Dueño de la creación, sino a su omnipotencia para dar gracia y salvar a quien Él quiere, según su santísima voluntad. ¡Qué felicidad la nuestra al saber que esa voluntad es la que de un Padre dominado por el amor!) (Marcos 10, 21 – 27) **Púsose, entonces, Pedro a decirle: “Tú lo ves, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué nos espera?”**(Habiendo oído San Pedro el grave impedimento que eran las riquezas para ir al cielo, conoció que era un gran bien el haberlas abandonado; más como había también oído lo que el Señor dijo a aquel joven, que vendiese lo que tenía y lo diese a los pobres, y que haciendo esto tendría un tesoro en los cielos, cuidadoso de sí y por sus compañeros, viendo que aunque todo lo habían dejado, significaba ello muy poco, preguntó al Señor cual sería la recompensa que tendrían. Y el Señor no les prometió un premio que correspondiese a lo poco que habían dejado, sino a la voluntad con que lo habían hecho y a la prontitud con que le habían seguido.) **Jesús les dijo: “En verdad, os digo, vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta sobre su trono glorioso, os sentaréis, vosotros también, sobre doce tronos, y juzgaréis a las doce tribus de Israel.”** (En la regeneración y renovación del mundo en el día del juicio, cuando Dios, según la Escritura: *En su segundo advenimiento el Mesías operara la restauración de todas las cosas según el orden fijado por Dios*; entiéndese por esto la época en que el universo entero será rehabilitado, transformado, regenerado con todo lo que contiene. En efecto, según la doctrina bíblica, si la tierra, que participó en cierto modo en los pecados de la humanidad, fue condenada con ella, será también trasfigurada con ella al fin de los tiempos. Hará todas las cosas nuevas, formando un cielo nuevo, una tierra nueva y una Jerusalén celestial, siendo como una nueva creación, algo que ya no está expuesto al fracaso como el de Adán, pues será una renovación de este mundo donde vivió la humanidad caída, el cual desembarazado al fin de toda mancha será restablecido por Dios en un estado igual y aun superior a aquel en que fuera creado; renovación que la Escritura llama aquí regeneración, esto es restitución o renovación de todas las cosas en su estado primitivo por un efecto de su poder, puesto que Dios puede ir más lejos en ese empeño para que el hombre no pueda sino adorar sin comprenderlo ya, a causa de la estrechez de nuestra mente y la mezquindad

de nuestro corazón. Traigamos a la memoria las palabras de Dios a Isaías: *Mira ejecutado todo lo que oíste...hasta ahora te he revelado cosas nuevas, y tengo reservadas otras que tu no sabes*, Aquí es tal vez el caso de *volvemos locos para con Dios* según la expresión de San Pablo a los Corintios y admitirán fluir recreación eternamente renovado para nuestro éxtasis, un fluir inexhausto de *la sabiduría infinitamente variada de Dios y de su amor en Cristo que sobrepuja a todo conocimiento*; para que seamos *total y permanentemente colmados de Dios, a quien sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones de la edad de las edades, amen.*) (Mateo 19, 27-28) **En verdad, os digo, nadie dejará casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, a causa de Mí y a causa del Evangelio, que no reciba centuplicado ahora, en el tiempo, casas, hermanos, hermanas, madre, hijos y campos – a una con persecuciones- , y, en el siglo venidero, la vida eterna.** (Aquí se pone el número determinado por el indeterminado. Ciento por uno quiere decir mucho más de lo que dejaron; porque en esta vida le dará Dios consuelos interiores, tranquilidad de espíritu y otros muchos bienes espirituales. Y en vez de un padre, hermano, etc., que dejaron, muchos padres, hermanos, etc. Así se verificó en los Apóstoles, para quienes estaban abiertas todas las puertas y casas de los fieles, y lo mismo sucede aun el día de hoy con todos ellos que sinceramente dejaron todo por amor a Jesucristo.

Estas persecuciones serán la recompensa de la fe con que habiéremos renunciado a todas las cosas por amor a Jesucristo. La gloria de un cristiano ha de ser conformarse con la imagen del Hijo de Dios, teniendo parte en su cruz para participar después de su gloria, pues, *si padecemos juntamente con Él, juntamente seamos también glorificados*. Y esto verdaderamente darnos Dios el ciento por uno en esta vida ejercitando con tribulaciones y trabajos a sus escogidos; *porque los que quieren vivir con piedad en Jesucristo, padecerán persecución*, recompensando su piedad con nuevos sufrimientos para multiplicarles los corazones.

Las recompensas extraordinarias no son prometidas, como a veces se cree, por toda obra de misericordia, sino para los que se entregan plenamente a Jesús, tanto dentro de la vida religiosa o como fuera de ella. Todos los verdaderamente pobres son ricos, porque ¿No parece rico el que tiene paz en el alma, la tranquilidad y el reposo, el que nada desea, no le turbador nada, no se disgusta por las cosas que tiene desde largo tiempo, y no las busca nuevas?) (Marcos 10, 29-30).

**“EL RICO PONGA SU GLORIA EN LA HUMILDAD,
PENSANDO HUMILDEMENTE DE SÍ MISMO
Y CONSIDERANDO QUE ESTAS RIQUEZAS,
EN CUANTO LE GRANJEAN LA VENERACIÓN Y
EL RESPETO DE LOS HOMBRES, SE HACE POBRE
Y DESPRECIABLE A LOS OJOS DE DIOS.”**



Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz.

68 – EL AMOR DE PREFERENCIA

Como grandes muchedumbres le iban siguiendo por el camino, se volvió y les dijo: (Los proselitistas humanos hallarán muy sorprendente esta política de Jesús: cuando inmensas multitudes de personas le siguen. Él en lugar de atraerlas con promesas, como suele hacerse, pone en el más fuerte aprieto la sinceridad de su adhesión. Con ello nos da una de las grandes muestras de su divina verdad.) **“Si alguno viene a Mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aún también a su propia vida, no puede ser discípulo mío.** (Jesús no anuncia sino la humildad, la mortificación, la penitencia, que renunciemos a las aficiones del mundo que nos son más dulces, y aquí nos llega a decir que si no nos aborrecemos a nosotros mismos, no podemos ser sus discípulos ¿Qué pensar de esto? Según este plan, ¿tiene Jesucristo hoy muchos discípulos? Oyendo estas palabras uno se persuade del error tan grosero y pernicioso que sería que insistiendo el Maestro, una vez más, en la doctrina con la que había instruido a los Apóstoles, no se tenga amor sino a la ambición, a los deleites y los propios intereses, y se niegue a Dios; porque analizando el punto de que se trata los intereses de Dios, el no renunciar al amor de la carne y de la sangre, el no aborrecer a la familia, a los propios parientes y a sí mismo no es verdadero discípulo de Jesús.

Los intereses de una familia ¿ceden siempre a los intereses de la religión? ¿Se cierran los oídos a las voces de la carne y de la sangre cuando perjudican a la conciencia? En los negocios, en los pasatiempos, en los proyectos de empleo, de colocación y de fortuna ¿se consulta y se oye solamente a Dios? ¿No concurre alguna otra cosa? Ciertamente que Dios merece bien poco, si no merece todo nuestro corazón. ¡Qué impiedad poner el Sagrario con el ídolo en el mismo templo, en el mismo del Altar! ¡Qué mal se componen, Dios mío, nuestras costumbres con nuestra fe! Creemos en vuestras palabras, y no hacemos nada de lo que significan: nuestras acciones desmienten visiblemente nuestra fe. ¡Ah! Estamos tan llenos de nosotros mismos, somos tan esclavos de nosotros mismos, que somos, digámoslo así, el ídolo a quien ofrecemos continuamente algún sacrificio, a quien hacemos votos, a quien sacrificamos nuestra propia salvación, pues incluso le sacrificamos los intereses de Dios.

Aborrecer a los propios parientes, no quiere decir quererlos mal, sino detestar sus máximas y su conducta, cuando son opuestas al Evangelio. En este caso hemos de estar dispuestos a perder su amistad antes que la de Dios, y a huir de ellos como de perniciosos enemigos que quieren quitarnos la vida del alma, con discursos engañosos y con sus perniciosos ejemplos. Tengamos un amor reglado a nuestros parientes y a nosotros mismos: hagamos que nuestro corazón no sea esclavo de la pasión, y de este modo no cometeremos injusticias. Dios debe estar a la cabeza de todo; éste es su lugar y no dejemos

que el amor propio, enemigo astuto y doméstico, nos halague haciéndonos traición, tengamos recelo de él y no le concedamos ninguna contemplación, declarémosle la guerra eterna e implacable sin descanso hasta que logremos vencerle y amemos a Dios con un amor de preferencia, de tal suerte que asegure el primer lugar en nuestros corazones, que para conservárselos estemos dispuestos a sacrificar riqueza, deleites, amigos, parientes, y hasta la misma vida; y para ello propongámonos firmemente no querer ni emprender nada sin consultar primero con Dios, y sin saber cuál es su voluntad. No nos fiemos de nuestras propias luces, porque el amor propio con facilidad nos ciega y alimenta nuestras conveniencias y comodidades, privándonos de la única satisfacción a que nos conduce ser verdaderos discípulos de Jesús: la salvación.) **Todo aquel que no lleva su propia cruz y no anda en pos de Mí, no puede ser discípulo mío.** (Esta frase debió llenar de espanto el corazón y los ojos de los oyentes. Ante ellos surgía el espectáculo repugnante y odioso de aquel suplicio que los romanos habían dado a conocer entre los judíos: suplicio de esclavos, de rebeldes y de traidores. Tal debía ser el destino de los que desean seguir a Jesús. Código de heroísmo que ningún legislador se había atrevido a imponer hasta entonces. Cristo es el primer maestro que enseñó la doctrina de la cruz. Quien no recibe y lleva de buen grado su cruz y sufre los trabajos por amor a Dios no camina tras los pasos de Jesús, inspirando en el corazón de quien acepta su cruz un horror al mundo y a todos sus vanidades como el que con toda naturalidad causa un cadáver en el suplicio; y al mismo tiempo hace que cualquier persecución y desprecio hecho por el mundo con objeto de oprobio y de maldición nos haga gozar y hallar nuestra propia gloria, y sobre todo sabernos discípulos y seguidores de Aquel que en el trono de su cruz reina con su amor sobre todos los que voluntariamente llevan su propia cruz y le siguen. Si queremos ser sus discípulos debemos armarnos de prudencia, tomar nuestra propia cruz y seguir a Cristo pasando por encima de todo, dejando hasta la familia en contra de la voluntad de los padres. Y es que para seguir a Cristo hemos de renunciar a muchas cosas pero sin olvidarnos que no somos nosotros los que le elegimos a Él, sino que es el divino Maestro quien nos llama y quien, una vez hemos dado respuesta afirmativa a su llamada nunca debemos olvidar que nosotros por nosotros mismos somos incapaces de perseverar, por lo que hemos de pedir la fortaleza de su gracia para cargar con nuestra propia cruz y caminar siguiendo al Señor.) (Lucas 14, 25-27) **Venid a Mí todos los agobiados y cargados y Yo os haré descansar.** (Jesús invita a todos los desgraciados y oprimidos, a los que padecen penalidades, trabajos y miserias, pero sobre todo llama a los fatigados y hastiados por el peso de los pecados cargados sobre el pesado yugo de las pasiones y los vicios de la espantosa corrupción en que están anegados los pecadores; y los invita y llama a los que con fe y amor reciben sus enseñanzas, en los que encontrarán la paz del alma y con ella el alivio de todas sus penalidades. Efectivamente, justificados pues, por la fe, tenemos paz con Dios,

por medio de Nuestro Señor Jesucristo, quién con su triunfo sobre el pecado, borró la enemistad creada por éste entre Dios y el linaje humano, siendo el fruto de esta victoria la paz con Dios. Si Jesucristo hizo tanto por los pecadores, ¿Qué no podemos esperar de su bondad nosotros los redimidos?) **Tomad sobre vosotros el yugo mío, y dejaos instruir por Mí, porque soy manso y humilde en el corazón; y encontraréis reposo para vuestras vidas.** (Tomar sobre sí el yugo es aceptar y reconocer la doctrina de un maestro. El yugo de Cristo es la Buena Nueva contenida en todas sus enseñanzas, incluidos sus preceptos y su cruz. Colocarnos su yugo es dejarnos instruir por Jesús, es decir hacernos sus discípulos integrándonos en la comunión de los santos. No se pone aquí como modelo a seguir, sino como Maestro al cual debemos ir sin timidez, puesto que es manso, lleno de dulzura y de bondad nacida desde lo más profundo de su corazón, y además no se irrita al vernos tan torpes, sino que por el contrario se complace en enseñarnos su doctrina, única y verdadera, capaz de traer el alma humana a la paz y alegría de la felicidad. Y es que la paz de Dios sobrepuja todo entendimiento, y custodia los corazones y pensamientos en Cristo Jesús. Por lo mismo domina las ciegas pasiones y evita las disensiones y discordias que necesariamente brotan del ansia de tener.

En estas palabras y en las que siguen hay una alusión tácita a la Ley antigua, rígida y pesada y a los Fariseos y Escribas, que proclamándose maestros de Israel, soberbios y duros de corazón, que a la Ley habían añadido innumerables trabas y tradiciones que la hacían insoportable.) **Porque mi yugo es excelente, y mi carga liviana**". (Por el contrario, el yugo que nos impone la Ley de Cristo es, en comparación con el yugo de la Ley antigua, suave y llevadero. No solo porque contamos con más abundantes gracias, que se nos comunican principalmente por los sacramentos, sino también porque está fundada no en el temor, como la antigua, sino en el amor, y porque para los sacrificios que exige va por delante con su ejemplo el mismo Cristo, Señor Nuestro.

El adjetivo griego que Jesús aplica a su yugo es el mismo que usa el Evangelista San Lucas para calificar el vino añejo, razón por lo que se ha traducido por *excelente* y no *llevadero* que da idea y sensación de mal menor, en tanto que Jesucristo nos está ofreciendo un bien positivo, el bien más grande para nuestra felicidad. El yugo es para la carne mala, más no para el espíritu, al cual, por el contrario, Él reconquista la libertad, puesto que al revelarnos el carácter espiritual de su doctrina y de nuestro destino, nos ha liberado de toda esclavitud de la Ley. La falsa libertad consiste en que recobrara impulsos de nuestra voluntad propia, *porque*, como dice San Agustín, *haciéndolo que quería llegaba a donde no quería*. Y el Apóstol Santiago nos aconseja: *Hablad, pues, y obrad como quienes han de ser juzgados según la Ley de la libertad*. Recordemos siempre esta divina fórmula, como una gran luz para nuestra vida espiritual. El Evangelio donde el Hijo nos

da a conocer las maravillas del Eterno Padre, es un mensaje de amor, y no un simple código penal. El que lo conozca lo amará, es decir, no lo mirará ya como una obligación sino, como un tesoro, y entonces sí que es suave el yugo de Cristo, así como el avaro se sacrifica gustosamente por su oro, o como la esposa lo deja todo por seguir a aquel que ama. Jesús acentúa esta revelación al decir a Judas Tadeo que quien lo ama observará su doctrina y el que no lo ama no guardará sus palabras. Tal es el sentido espiritual de las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa. Del conocimiento viene el amor, esto es, la fe obra por la caridad. Y si no hay amor aunque hubiese obras, no valdría nada. *Todo precepto es ligero para el que ama*, dice San Agustín, *y amando nada cuesta trabajo*. -Ubi amatur, non laboratur – los preceptos de la Ley Nueva y la perfecta imitación de Jesucristo, son una cosa penosa para la naturaleza; pero la gracia de Dios lo vence todo y lo hace muy fácil y llevadero. A propósito de lo anterior San Agustín dice estas admirables palabras: Cualquiera otra carga te oprime y te abruma, más la carga de Cristo te aliviará el peso. *Cualquier otra carga tiene peso, más la de Cristo tiene alas. Si a un ave la quitas las alas, parece que la alivias el peso; sin embargo cuanto más la alivias de peso, tanto más quedará asida a la tierra. Ven en tierra a la quisiste aliviar de su peso: restitúyeselo y veras como vuela.*) (Mateo 11, 28 – 30).

***“Nosotros debemos gloriarnos en la Cruz
de nuestro Señor Jesucristo, en quien
está la salud, la vida y la resurrección.
Por el cual somos salvados y liberados.”***



Allí será el llanto y rechinar de dientes.

69 - LA PUERTA ESTRECHA

Y pasaba por ciudades y aldeas y enseñaba yendo de viaje hacia Jerusalén. (El Evangelista vuelve a mencionar que Jesús está de camino hacia la Ciudad de David. Insiste nuevamente para remarcar que aunque el Señor habla con unos y con otros no se detiene antes de llegar a la meta que tiene marcada. Igualmente nosotros hemos de proseguir el camino de la salvación, a pesar de las consultas, despistes y negocios menores que nos distraen diariamente de la visión de la meta que hemos de alcanzar con la ayuda de Dios.) **Díjole uno: “Señor, ¿los que salvan serán pocos?”** (Aunque el número de los que se salvan inquietaba a los contemporáneos de Jesús, los rabinos respondían y enseñaban que todo Israel debía participar en el mundo nuevo, aun incluso los que no conocen la Ley. Solamente serán excluidos los pecadores más abominables.) **Respondióles: “Pelead para entrar por la puerta angosta, porque muchos, os lo declaro, tratarán de entrar y no podrán.** (Nótese que la pregunta fue de uno solo, y el Señor dirige la respuesta a muchos. Quizá para demostrar que la pregunta hecha por vana curiosidad no merecía respuesta, pero quiso de ella tomar ocasión el Señor para dar a todos una lección muy importante. Como observan algunos exegetas, estas palabras de Jesús no parecen las mismas que cuando nos dice: *Entrar por la puerta estrecha, porque la ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que por entrarán por él. Porque angosta es la puerta y estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos los que lo encuentran*, donde no se habla de esforzarse y se trata más bien de un pasaje de una puerta.

Nuevamente repite el Señor la enseñanza que fue el resumen del Sermón del Monte, y el método de vida que supone su doctrina. La imagen es sumamente gráfica, pues hace comprender que, así como nos esforzamos por hacernos pequeños para poder pasar por una portezuela en que no caben los grandes, así hemos reluchar por hacernos pequeños para poder entrar en ese reino que está exclusivamente reservado a los que se hacen niños, según lo dice el Señor. El Señor nos está dando un motivo para que luchemos por nuestra propia salvación: porque habrá muchos que no llegarán a tiempo. Se esforzarán cuando ya el esfuerzo sea inútil. El momento de resolver es ahora, cuando Jesús exhorta a la penitencia. Muchos tendrán un ciego y estéril deseo de la bienaventuranza, pero no la constancia y firmeza que conviene para andar por un camino tan estrecho y para poder pasar por la puerta estrecha.

Dios no se contentó con criarnos para Él mismo, como para nuestro último fin; quiso también, por un efecto de su infinita bondad, obligarnos indispensablemente a ir a Él por la puerta estrecha que nos permitirá entrar por la multitud de medios que Él nos preparó para entrar al mismo último fin. No hay criatura alguna que, considerada en sí misma, no nos sirva de medio para conocer y amar a Dios; si alguna nos sirve de estorbo, es porque

abusamos de ella. Los bienes y los males de esta vida, hasta los mismos trabajos que Dios nos envía para castigar nuestros pecados, todo puede servir de pedal para permitirnos auparnos y así poder entrar por esa puerta angosta y facilitarnos la salvación. Nuestros propios defectos pueden también contribuir a lo mismo. No tenemos enemigo más mortal de nuestra salvación que el demonio: en medio de eso, sus artificios, sus lazos y sus tentaciones pueden también servirnos para atravesar esa puerta ceñida y salvarnos. Pero para ello es necesario la gracia para traspasar la puerta y llegar a buen fin, porque sin ella serían inútiles nuestros mayores esfuerzos, de eso no hay duda, como tampoco la hay de que nosotros podemos faltar a la gracia, pero que ella nunca nos puede faltar, y de que no hay en el infierno un solo condenado por culpa suya, sino porque quiso, porque no le dio la real gana de aprovecharse de los medios que Dios nos da gratis para salvarnos. Por la corrupción que causó el pecado en corazón del hombre tenemos una inclinación a lo malo, pero ¿se pudieran desear auxilios más poderosos que los que tenemos para no caer, y para levantarnos después de haber caído? ¿Hemos considerado alguna vez lo fácil que es conseguir pasar por la puerta estrecha si queremos aprovechar los grandes medios que tenemos para conseguirlo? Tantos Sacramentos que, por decirlo así, son como un baño de su preciosísima sangre, en los cuales halla el alma tantos socorros para alcanzar nuestro fin. Sacramentos, remedios saludables, inagotables fuentes de tantas gracias, ¿no son medios fáciles y eficaces para traspasar la puerta estrecha? A los discípulos del Salvador, teniendo en cuenta que estaban a la vista del Santo de los Santos ¿les sería más fácil que a nosotros pasar por esa puerta? ¿Será para nosotros dificultoso teniendo en nuestra compañía la Eucaristía? También la oración es un medio muy eficaz, y el Señor nos empeñó su palabra, y se obligó solemnemente a concedernos todo cuanto en su nombre le pidiésemos. Ninguna excepción hubo en esta obligación que nos hizo, y la extendió indiferentemente a todo género de personas. No hay más que pedir insistentemente estas gracias y ser diligentes en merecerlas para poder pasar por esa puerta por donde solamente entran los pequeños.

Ojalá, Señor, que en adelante nunca nos desviemos del camino que conduce a esa puerta de paso dificultoso para los soberbios engrandecidos en su yo y que nuestros corazones estén grabados con vuestra santa Ley, a fin de que no os ofendamos jamás.) **En seguida que el dueño de la casa se haya despertado y haya cerrado la puerta vosotros, estando fuera, os pondréis a llamar a la puerta diciendo: ¡Señor, ábrenos! Más el respondiendo os dirá; No conozco ni sé de donde sois.**”(Este versículo parece que empieza con un nuevo pensamiento. La imagen anterior de la puerta estrecha se cambia por la puerta cerrada, por la que no se puede pasar. Anteriormente se podía entrar con dificultad. Ahora el Dueño de la casa ha cerrado la puerta, quedándose fuera aporreando la puerta para que se los abra los que no han podido entrar en la sala del banquete, símbolo de la vida eterna. Cristo, como Señor de la

casa responde: *no os conozco, ya es tarde*. Permanecer afuera en las tinieblas exteriores de la noche, desposeídos de la luz, es decir sufriendo la pena de daño que padecerán en las tinieblas exteriores donde el llanto y rechinar de dientes serán patentes para siempre jamás, unido al dolor de sentido por haber perdido la felicidad eterna. Es ese no os conozco el resumen del día de la ira, de la aflicción y la angustia de la impotencia de saberse desconsolados en la desesperación de los impíos que abandonados en ese lugar maldito lugar que tiene entrada pero no salida, y en donde permanecerán abandonados de la misericordia divina eternamente y consumidos por un rabioso odio a Dios, sabiendo que los méritos de Cristo no les alcanzará y que por consiguiente el perdón jamás será realizado.) **Entonces comenzaréis a decir: “Comimos y bebimos delante de Ti, y enseñaste en nuestras plazas.”** (Aunque estas palabras hablan generalmente a todos los discípulos de Jesucristo, parece que miran particularmente a los judíos, *que habían comido y bebido en su presencia* cuando los alimentó en el desierto milagrosamente, y cuando en diversas ocasiones lo convidaron a comer en sus casas. También los había enseñado y enseñaba todos los días en sus plazas públicas y sinagogas. Pero al mismo tiempo los desengañaba diciendo, que todo esto de nada aprovecharía por no haberle querido reconocer por su Salvador. ¿Y qué podemos esperar los cristianos si, más favorecidos de Dios que los judíos mismos, no escuchamos a Dios cuando los llama, sino que despreciamos sus avisos y consejos?) **Pero él os dirá: “Os digo, no sé de donde sois. Alejaos de mi obradores todos de iniquidad.”** (No valen las excusas cuando se trata de la eternidad. Entonces, en aquel día del juicio, resplandecerá la verdad y nadie podrá poner disculpas y pretextos ante Aquel que todo lo sabe. Por ello el Señor insiste en decir que no los conoce. Además escrito está que *nadie oirá su voz en las plazas*, porque Él no será turbulento, pues los frutos que permanecen no son los de un apostolado efectista y ruidoso, que el bien no hace ruido y el ruido no hace bien. Si ellos escucharon, pues, fue a otros, como se lo anunció Jesús; a otros que no buscaban la gloria del que los envió, sino la propia gloria y la injusticia de su propia cuenta, por lo cual no podían tener fe. Esos no eran por tanto, los verdaderos discípulos a quienes Él dijo: *Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha*, sino los falsos profetas sobre los cuales tanto había prevenido.) **Allí será el llanto y rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y a vosotros arrojados fuera. Y de Oriente y del Occidente, del Norte y del mediodía vendrán a sentarse en el reino de Dios.** (Los excluidos del reino tendrán una situación de penitencia y desesperación impotente, y los judíos serán arrojados fuera a pesar de su presunción por descender de Abrahán, y que en aquella hora no les valdrá de aval y que en su lugar verán entrar en el banquete del cielo a los gentiles de todo el mundo y toda suerte de nación extranjera.) **Y así hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.** (Esta sentencia puede mirar en particular a la reprobación de

los judíos que fueron los primeros en la vocación; y a la conversión de los gentiles que fueron los últimos. Puede aplicarse también muy naturalmente a los Apóstoles, que teniendo el último grado por su nacimiento entre los judíos, fueron elevados por la elección de su divino Maestro al primer grado, no solamente de la virtud sino también de dignidad y de autoridad; y últimamente, puede contemplarse como verificada muchas veces en el curso de los siglos, pues en todos ellos se ha visto que los que eran los primeros, ya por su dignidad, ya por el tiempo de su vocación, ya por su piedad, vinieron a ser los últimos por una caída deplorable; y que grandes pecadores ocuparon el lugar de los hijos del reino, los cuales serán arrojados, como dice en otra parte el Hijo de Dios, a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y crujir de dientes.) (Lucas 13, 22 – 30).



NO DESPRECIEMOS NINGUNA GRACIA POR PEQUEÑA QUE PAREZCA



Y recibieron cada uno un denario.

70 - LOS OBREROS DE LA VIÑA

Porque el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña. Habiendo convenido con los obreros en un denario por día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercera, vio otros que estaban de pie, en la plaza, sin hacer nada. Y les dijo: “Id vosotros también a mi viña, y os daré lo que sea justo.” Y ellos fueron. Saliendo otra vez a la sexta y a la novena, hizo lo mismo. Saliendo todavía a eso de la hora undécima, encontró otros que estaban allí, y les dijo: “¿Por qué estáis allí todo el día sin hacer nada?” Dijéronle: “Porque nadie nos ha contratado.” Les dijo: “Id vosotros también a la viña. “Llegada la tarde, el dueño de la viña dijo a su mayordomo: “Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando por los últimos, hasta los primeros. Vinieron, pues, los de la hora undécima y recibieron cada uno un denario. Cuando llegaron los primeros, pensaron que recibirían más, pero ellos también recibieron cada uno un denario. (Esta parábola es una exposición aclaratoria de la sentencia del versículo precedente y que termina igualmente con la misma idea.

Daremos aquí una breve exposición de esta parábola, para que con facilidad pueda ser entendida. El *padre de familias* es el Padre eterno, que desde el principio del mundo invitó al apostolado en su viña, enviando a los obreros en un *día de trabajo*, la propia vida, prometiéndole por premio en su trabajo *un denario*, el reino de los cielos o la felicidad de la vida eterna. Jesucristo, como *mayordomo* del reino del Padre celestial y conforme a su voluntad, cuando llegase *la tarde*, esto es, el fin del mundo, llamará a juicio a los trabajadores de la viña de su Padre, para dar a todos la debida recompensa. Las *diversas horas* en que fueron llamados, pueden representar las diversas edades del mundo o de la vida. Llama la atención de que todos reciban *el mismo salario*, aún los últimos. Es que el reino de los cielos no puede dividirse, y su participación es siempre un don libérrimo de la infinita misericordia de Dios. Todos los trabajadores reciben la moneda en la que se registraba la imagen del soberano. Todos los bienaventurados gozarán de la vida de aquel adorable objeto que hace felices a todos lo que lo ven. Más no todos lo verán igualmente; porque el mismo Jesucristo afirmó: *En casa de mi Padre hay muchas moradas*, Y San Pablo nos dice: *así como la luz del sol es diferente de la luz de la luna y de la de las estrellas, y que entre las estrellas mismas hay diferencias de luz, lo mismo sucederá en la resurrección de los muertos*. Y para entender todo esto de algún modo, debemos tener presente que la gracia del Señor no es una recompensa semejante a lo que se debe a un trabajador, sino que es gratuita.) **Y al tomarlo murmuraban contra el dueño de la casa.** (La justicia es obra de Dios, y de ningún modo podemos tener osadía de murmurar contra el padre de familias que ha querido llamarnos para que le sirvamos y trabajemos en su viña. Es verdad que cooperamos con Dios en las

obras de justicia, pero esta misma cooperación es efecto de su gracia, *porque Dios es el que, por su benevolencia, obra en vosotros tanto el querer como el hacer*, como nos dice San Pablo.) Y decían: **“Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los tratas como a nosotros que hemos soportado el peso del día y el calor”**. Pero él respondió a uno de ellos: **“Amigo, yo no te hago injuria. ¿No conviniste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que te toca, y vete. Más yo quiero dar a este último tanto como a ti. ¿No me es permitido, con lo que es mío, hacer lo que me place? ¿O has de ser envidioso, porque yo soy bueno?”** (El que así habla es como el de la parábola de las minas, como veremos más adelante en capítulo aparte, que pensaba mal de su Señor y que por eso no pudo servirlo bien, porque no lo amaba.

La justicia es una cosa, y otra la liberalidad. Pagándoles lo convenido, en nada falta a la justicia: Dios es libre para mostrarse generoso con quien quiera, y eso es precisamente lo que hace el padre de familias con los últimos, que con esperanza se apoyan en la fe de que el yugo de Jesús es excelente y los mandamientos de su Padre no son pesados, sino dados para nuestra felicidad y como guías de su seguridad en el camino que han de recorrer sin extraviarse, esperaron mucho, y mucho recibieron. Esta es la doctrina escondida en esta parábola de los obreros de la viña, que nos enseña, pues, a pensar bien de Dios y a buscarle con sencillez de corazón. Los cristianos debemos pensar como los obreros de la última hora puesto que debemos esperar mucho del Padre, para que por *nuestro trabajo en la viña* también recibamos lo que esperamos. Esto que parecería alta mística, no es sino lo elemental de la fe, puesto que no puede construirse vínculo alguno de padre a hijo si éste empieza por considerarse peón y creer que su padre le quiere explotar como tal. El cristiano que sabe estar en la verdad frente a la apariencia, mentira y falsía que reina en este mundo tiranizado por Satanás, no cambiaría su posición por todas las potestades de la tierra.

Nótese el contraste entre el modo de pensar de Dios y el de los hombres. Estos solo valoran la duración del esfuerzo. Dios en cambio aprecia, más que todo, las *disposiciones del corazón*. De ahí que el pecador arrepentido encuentre siempre abierto el camino de la misericordia y del perdón en cualquier trance de su vida, porque Jesús mismo nos invita: *¡Y vosotros no queréis venir a Mí para tener vida!* Y continúa remachando esta invitación diciéndonos: *Todo lo que me da el Padre vendrá a Mí, y al que venga a Mí, no le echaré fuera*, siendo para los pecadores el mayor aliciente que puede ofrecernos a los arrepentidos.) **Así los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos**. (De esta forma vuelve el Señor a repetir la sentencia anteriormente expuesta antes de la parábola, que resume lo que debe deducirse de ella y explica la vocación de nosotros los gentiles, no menos ventajosa por tardía. En ella el corazón de Dios se valió también de los fallos de unos y de otros para compadecerse de todos; y lo más asombroso aún es que igual cosa

podemos aprovechar nosotros en la vida espiritual, para sacar ventajas de nuestras faltas que parecieran cerrarnos la puerta de la amistad con nuestro Padre. *Comportaos prudentemente con los de afuera, los que no son miembros de la Iglesia. Nuestra conducta sea tal que el mundo pueda palpar la verdad en nuestra religión, y decir, como los primeros cristianos: ¡Mirad cómo se aman! Y es que para vivir en Cristo hemos de vestirnos, como elegidos de Dios, santos y animados, de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre y longanimidad, sufriendonos unos a otros, y perdonándonos mutuamente, si alguno tuviese queja contra otro. Como el Señor ha perdonado, así perdonar también vosotros. Pero sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es algo más que un uniforme con el estamos vestidos: es la señal de nuestra elección. El mundo debe conocernos por las obras de nuestra caridad. Jesús puso como señal para sus discípulos el mutuo amor y enseñó que este espectáculo es el que puede convertir al mundo. Por eso San Pablo añade a la anterior cita: vestíos del vínculo de la perfección, y la termina: el amor es el vínculo de la perfección, es decir, el amor es el lazo de unión que vincula y caracteriza a los perfectos. En verdad, dice León XIII en la encíclica Sapiencia Christiana, la caridad es el vínculo de la perfección, porque une con Dios estrechamente a aquellos entre quienes reina, y hace que los tales reciban de Dios la vida del alma, vivan con Dios, y que dirijan y ordenen a Él todas sus acciones.)*

Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos”. (El Señor repite aquí lo dicho al final de la parábola de los invitados al banquete nupcial, pero aquí el sentido, aun siendo el mismo, no se refiere, como allí, expresamente al pueblo judío, sino concretamente a los gentiles.

¿Quién no trabajara con temor y sobresalto en su salud oyendo a Jesús pronunciar esta sentencia que parece tan terrible? Parece decir que muchos, en efecto, abrazarán la fe, más pocos son los que llegarán al reino de los cielos. Todo el recinto de nuestra Iglesia está lleno de cristianos, ¿pero quién podrá conocer cuán pocos hay que sean del número de los escogidos? En la boca de todos se oye el nombre de Jesucristo, mas sus vidas no corresponden a lo que creen; y la mayor parte sigue a Dios solamente con los labios, mientras sus obras son muy contrarias a la santidad de su profesión.

Este porvenir sombrío llena de terror a las almas pusilánimes. Muchos se retiraran, otros quedarán desconcertados, otros se esforzarán por comprender sin conseguirlo. Ante esta perspectiva preguntamos al Señor, entonces ¿Cuántos serán salvos? Esta pregunta siempre ha inquietado, porque las respuestas dadas por el Mesías son cada vez un peldaño más elevado para conseguir el fin deseado. En primer lugar nos exhorta a que cumplamos sus Mandamientos, aconsejándonos a que renunciemos a nuestros parientes y a nosotros mismos, a que vendamos nuestros bienes y los repartamos entre los pobres, a que tomemos nuestra cruz y le sigamos, después a que nos esforcemos por entrar a través de la puerta estrecha, y si esta estuviese cerrada

a que gritemos desde afuera: *Señor ábrenos*. Y que Él nos responderá: *No os conozco* e inútilmente nos disculparemos y trataremos de disuadirle recordándole que comimos y bebimos con Él, pero nos repetirá que no sabe quiénes somos y que nos alejemos de su lado por nuestra iniquidad. Después nos profiere la sentencia de que los últimos serán los primeros, para terminar con esta sentencia que parece definitiva: *muchos son los llamados y pocos los elegidos*.

La verdad es que esta sentencia agota y rebasa el caudal de comprensión del conocimiento humano. Efectivamente, es el veredicto más duro y riguroso de todos los pronunciados por el Señor; al menos esa es la impresión primera, causar ese sentimiento impotencia ante el futuro, sobre todo para aquellos que ven solo a Jesucristo crucificado y muerto, y no son capaces de verle Resucitado de entre los muertos, es decir que vive y que su vida rebosa amor; un amor que comparte con todos los que confiados en su resurrección son partícipes de sus méritos, que aprovecharan muchos. El cristianismo es una religión de vivos, esto es, de los que sabiéndose sarmientos están y desean estar insertados en la vid.) (Mateo 20, 1-16).





Mirad, Señor, a vuestra alianza, y no desechéis para siempre las almas de vuestros pobres; levantaos, Señor, y juzgad vuestra causa, y no olvidéis a los que os buscan.

71 – LOS DIEZ LEPROSOS

Siguiendo su camino hacia Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Y al entrar en una aldea, diez hombres leprosos vinieron a su encuentro, los cuales se detuvieron a la distancia, (Jesús continúa viajando a Jerusalén y al llegar a una aldea limítrofe entre Galilea y Samaria diez hombres desgraciados se habían apostado cerca del camino en actitud de respeto y de dolor, pero a la distancia obligada, esto es fuera del poblado y apartados de toda relación, eran dignos de lástima pues sus cuerpos desfallecidos cubiertos de harapos dejaban ver sus miembros asquerosos, llevaban las cabezas rapadas, y con manos temblorosas sujetaban el bordón, la muleta o el palo que sostenía sus cuerpos extenuados; sus ojos, sus mejillas, su boca y lo que dejaban ver de sus cuerpos estaban roídos de úlceras repugnantes, investidos en vida por la corrupción de la muerte: la lepra, terrible mal que se creía como el signo visible del alma infectada por el pecado.

Excluidos del trato de sus semejantes, los leprosos vivían en grupos a las afueras de las aldeas, a cuya puerta concurrían para pedir limosna a los que entraban o salían.) **Y levantando la voz, clamaron: “Maestro Jesús, ten misericordia de nosotros”.** (Guardando la distancia legislada por el Levítico y no pudiendo acercarse a la ciudad, estos hombres se ven obligados a gritar para ser oídos, y también para llamar la atención y conmover a los demás. Los leprosos estaban excluidos del trato directo con sus semejantes y por eso vivían agrupados a las puertas de las ciudades para recibir limosna de los que entraban y salían, por eso viendo la llegada de Jesús le piden limosna, una limosna muy especial, que se recibe cuando está en juego la misericordia de Dios.) **Viéndolos les dijo: “Id, mostráros a los sacerdotes”. Y mientras iban quedaron limpios.** (Es necesario resaltar que Jesús les da una orden, y que ellos la obedecen antes de ser curados, porque tienen fe en Jesús. De hecho la curación les llega cuando van de camino cumpliendo la orden dada por el Señor.

Jesús ve a los leprosos, los mira compasivo y conmovido por aquella miseria les da la limosna de la salud. Una sentencia de los sacerdotes los había separado de sus conciudadanos y un certificado de curación era lo único que podía reintegrarlos a la vida social. Les ordena una promesa de curación, condicionada a un acto de fe. Ellos creen y conforme se alejan, empiezan a observar la desaparición de sus úlceras y manchas blanquecinas del cuerpo al tiempo que sus carnes comienzan a ser sonrojadas como cuando eran niños. Aquella situación humillante ha terminado, pues su curación es completa.) **Uno de ellos, al ver que había sido sanado se volvió glorificando a Dios en alta voz, y cayó sobre su rostro a los pies de Jesús dándole gracias, y ese era samaritano.** (Es de notar que en grupo de leprosos sanados hay un samaritano, quien venciendo la repugnancia de raza y religión, se había unido a los leprosos de Israel rompiendo el muro de las discordias, hermanándose a

ellos en la desgracia. Pero, al verse libres de aquel azote, los mismos judíos ya no vieron al samaritano más que como enemigo de su pueblo, por lo que se separaron de él y siguieron a ver a los sacerdotes, para que con su visto bueno se reintegraran a la vida social, mientras que el samaritano, a pesar de estar en solitario no se siente solo, sino que vuelve al lugar en donde había sido sanado y postrándose ante Jesús, hasta tocar con su rostro los pies de su bienhechor le da las gracias con una reverencia, que en la época era muy frecuente

¿En cuántas ocasiones hemos sido curados de la lepra del alma? ¿Y cuántas veces hemos vuelto a postrarnos a los pies de Médico divino? La ingratitud es más fácil que la fidelidad, porque el desagradecimiento, el repudio y el desapego son hijos de la soberbia, en tanto que la lealtad, la honestidad y la rectitud son frutos de la humildad, y ésta a su vez, despojada de la vergüenza y sometida plenamente a la voluntad del que la ejerce hace llenar su alma de nobleza, de rectitud, de confianza y de agradecimiento. He ahí el porqué del regreso del samaritano a dar gracias al Señor; ejemplo que hemos de seguir quienes tantas veces hemos sido curados el cuerpo y sanados el alma. Tengamos conciencia de ello y volvamos, como este leproso curado, a agradecer humillados las gracias recibidas.

Sin embargo, muchas veces no nos humillamos por la vergüenza que representa ante los demás este rebajarse conforme a quienes creemos y aparentamos ser. No nos damos cuenta que esa figura exterior es el fruto de nuestra soberbia, y que además, ante los demás no somos esa exaltada figura sobresaliente que nosotros hemos forjado con nuestra vanidad y ese querer aparentar ser más que nadie, sino que somos, en la casi totalidad de las veces, los simples mortales situados en lugar en que ellos nos ven y juzgan. Y es que frecuentemente dejamos en el tinero lo que realmente somos: humanos, y por tanto meros mortales cargados de taras y miserias, que por más que las mezclamos hasta la saciedad, no harán que lleguemos a ser los superhombres que creemos ser, osando incluso colocarnos en el lugar de Dios, como actualmente intenta ese humanismo cristiano que a plazo fijo hará, si Dios no lo remedia, llegar a esa apostasía que precederá al final de los siglos.

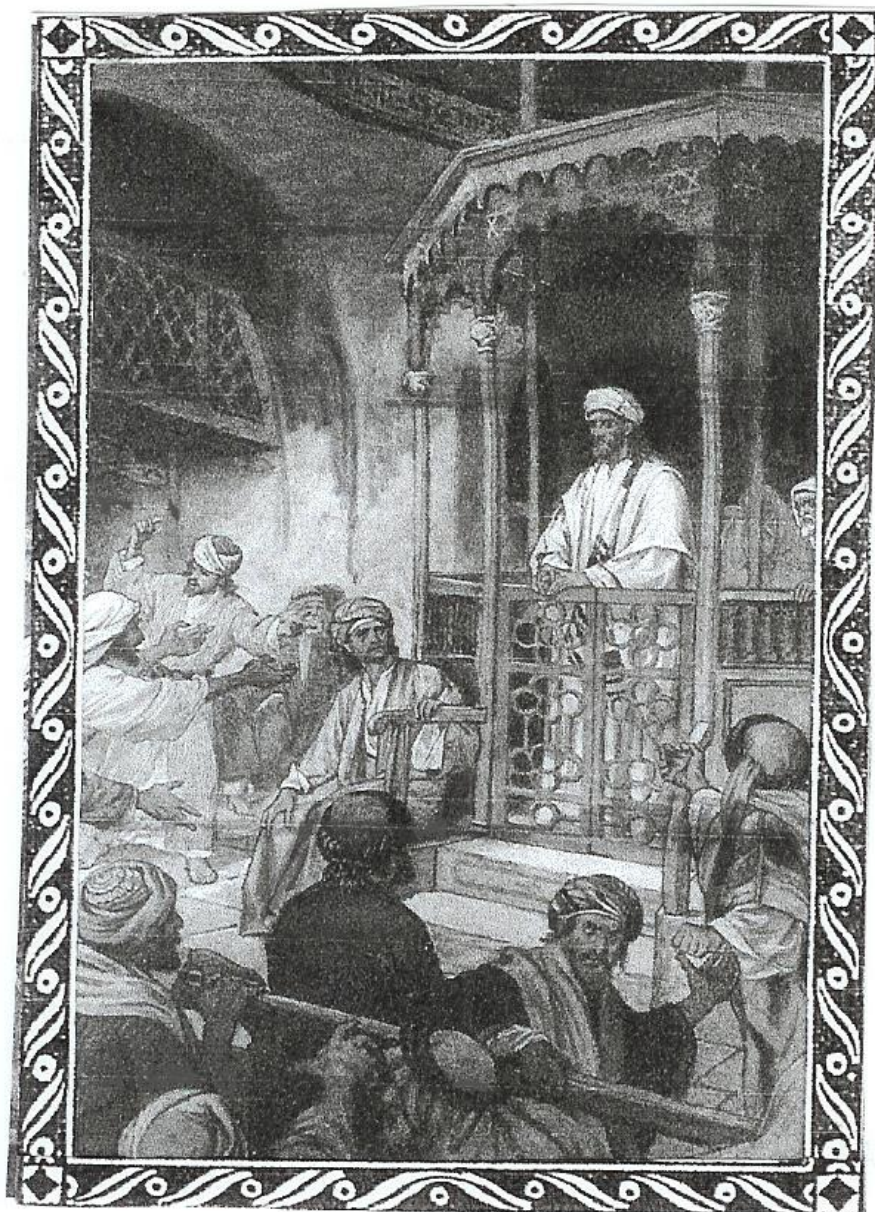
No olvidemos, para no caer en la tentación de creernos superhombres, *que Dios despojado de sí mismo, tomó forma de siervo, se hizo semejante a los hombres, y hallándose en esa condición, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Y acordémonos prestando mayor atención a las cosas que ahora hemos oído, no sea que nos deslicemos por la pendiente que lleva a la trasgresión y la desobediencia. ¿Cómo escaparemos nosotros, si tenemos en poco una salud tan grande?) Entonces Jesús dijo: “¿No fueron limpiados diez? ¿Y los nueve dónde están? ¿No hubo quien volviese a dar gloria a Dios sino este extranjero?”* (Estas preguntas respiran profunda tristeza, acentuada por la palabra extranjero, que pronuncia con el desconsuelo de quién siente la ingratitud de los judíos frente a la piedad de su corazón. La conducta de los nueve restantes es frecuentemente la de los

hombres, desagradecidos para con Dios. Este incidente es como el resumen de toda su misión. Había prodigado a manos llenas sus beneficios a Israel, y su pueblo le rechazaba. ¿Acaso, en un tiempo no lejano, alguno de estos leprosos curados figurarían entre la turba frenética que con sus gritos reclamaran su muerte? Una vez más Jesús resalta que la gloria de Dios consiste en el reconocimiento de sus beneficios. Por ello la alabanza más repetida en toda la Escritura: *Alabad al Señor porque es bueno, porque su misericordia permanece para siempre*, es la más grata a Dios, y es por qué se refiere a su corazón de Padre. Y al igual *que un Padre se apiada de sus hijos, así Yahvé se compadece de los que le temen*. El retrato de Dios que aquí asume toda su plenitud nos descubre el secreto más íntimo, como preludio de la suprema revelación: *Dios nos ama porque es Padre y como un Padre*. Los que esto creen, entienden todo, pues en su misericordia les perdona sus culpas, y no les extermina mostrando un contraste entre lo que somos nosotros y lo que es Él, ya que en el momento en que nos creemos perdidos y absolutamente abandonados de Dios, es precisamente cuando Él nos busca con una bondad infinita y está cuidando de nosotros. Aún en su ira detiene la espada de su justicia y sigue derramando sobre nosotros los tesoros de su misericordia inagotable. Puesto que la justicia del Padre está inspirada y dominada por clamor, y está dirigida a la purificación de las personas y de los pueblos para atraerlos hacia Sí.

En el Evangelio hallamos la total explicación del misterio de la paternidad divina, que no procede de la simple creación como en todos los demás seres, sino de la regeneración que el Espíritu Santo realiza en nosotros por la gracia en virtud de los méritos de Cristo.) **Y le dijo: “Levántate y vete, tu fe te ha salvado”**. (La fe del samaritano ha sido motivo para que Jesús ejercite en él su poder. De estas palabras parece inferirse, que además de la salud del cuerpo le concedió el Señor la del alma, a diferencia de los otros nueve que quedaron sanos en el cuerpo.

Este samaritano es símbolo de todos los hijos de la gentilidad, que habían de recibir con fe y agradecimiento el beneficio de la redención.) (Lucas 17, 11-19).

Si rebajaste un momento por debajo de los ángeles; lo coronaste de gloria y honor, y lo pusiste sobre las obras de tus manos.



**¿A dónde iremos, Señor, si no te encontramos?
Encuétrase a Dios siempre que se le busca:
¡Y que consuelo es hallarle después de buscarle!**

72 – JESÚS ENSEÑA EN EL TEMPLO

Pero después que sus hermanos hubieron subido a la fiesta, Él también subió, más no ostensiblemente, sino como en secreto. (Jesús no quiso subir con el grueso de los peregrinos, pues no quería excitar los celos y la envidia de los fariseos, por lo que prefiere caminar varias jornadas por Samaria y Transjordania, dando un gran rodeo a la ribera del Jordán, para evitar manifestaciones políticas y no irritar antes del tiempo establecido por el Padre, para ofrecerse en sacrificio. Y llegó a Jerusalén de incógnito pues conocía el recibimiento que le aguardaba por parte de los Fariseos.) **Buscábanle los judíos durante la fiesta y decían: “¿Dónde está Aquel?”**(La Ciudad Santa estaba llena de peregrinos, y Jesús era uno de ellos. Estamos en el centro del fanatismo y fariseísmo, en la madriguera de los doctores que desde hacía tiempo, con sus corazones llenos de maldad y resentimiento, trataba a Jesús con desprecio y remiraban con odio, porque estaban presurosos por prenderle, por lo que entre ellos se preguntaban dónde estaría Jesús. También le buscaban los que esperaban que aquella fiesta había de ser decisiva en las reclamaciones mesiánicas del Profeta galileo. Los que reconocían deseaban verle allí para aclamarle y decidirle a su papel de libertador; los que no le conocían suspiraban por ver alguno de los prodigios que contaban de Él. Otros aguardaban el desenlace y fin de aquella lucha entablada entre los Doctores y el Profeta. En conclusión las gentes buscaban por las calles y tiendas a Jesús, pero siempre con recelo por temor al espionaje fariseo y saduceo.) **Y se cuchicheaba mucho acerca de Él en el pueblo.** (Esto se entiende de los que hablaban bien de Él y que le tenían en buen concepto.) **Unos decían: “Es un hombre de bien”. “No, decían otros, sino extravía al pueblo”. Pero nadie expresaba públicamente su parecer sobre Él, por miedo a los judíos.** (Las opiniones sobre Jesucristo eran antagónicas, se le discutía, se le calumniaba, y hasta los más ardientes de sus partidarios creían prudente no exagerar los elogios por miedo a los Jefes de la sinagoga y a los Fariseos influyentes, que por esta época se habrían declarado ya contra Él, y aunque muchos creían en Él, no lo confesaban públicamente por temor a las represalias que podían llevarles hasta ser expulsados de las sinagogas.) **Estaba ya mediada la fiesta, cuando Jesús subió al templo, y se puso a enseñar.** (Empezaba ya a calmarse la efervescencia de los primeros días de la fiesta, cuando de tienda en tienda y de corro en corro empezó a correr la esperada noticia: ¡Está aquí! ¡Ha llegado con sus discípulos! ¡El Profeta de Nazaret ha venido a la fiesta! Efectivamente, esa era la verdad, cuando llevaban celebrándose cuatro días de regocijo y de fiesta se presentó de improviso en el Templo, y se puso a predicaren el atrio la Buena Nueva. La multitud inmensa le rodeó, sedienta por verle, escucharle y espiarle; amigos y enemigos observaban las maneras del Profeta; los Fariseos despechados por su derrota tiempo atrás, observaban curiosos siempre dispuestos a favorecer una alboroto; el resto en su indiferencia

estaban atraídos por el ansía de novedades; habiendo también partidarios y entusiastas perdidos en una masa tímida pero simpatizante y partidista más que hostil; otros anónimos y desapercibidos que aparentaban despreocupación y desinterés permanecían en sus sitios sin perder palabra y movimiento del nuevo doctor; también estaban los jocosos que interpretaban con chanza todo aquel acontecimiento. Tales son el auditivo que aquí peyorativamente se nombra como judíos. Si tú y yo hubiésemos estado allí ¿en qué grupo hubiésemos estado encuadrados? O mejor aún ¿Dónde preferimos estar ahora? No olvidemos que también estaban los discípulos.

Jesús si en un principio se portó como un hombre, ocultándose de los judíos, para dar ejemplo a los suyos, que no deben exponerse sin necesidad a la malicia y el furor de sus enemigos; ahora obra como dueño soberano, mostrándose públicamente, enseñando en el Templo, y sin temor de los hombres, dando a entender que podía cumplir su ministerio sin que nadie se lo impidiese.) **Los judíos estaban admirados y decían: “¿Cómo sabe Éste de letras no habiendo estudiado?”** (Esta admiración, era muy estéril, porque ciegos y obstinados quedaban, a causa de su orgullo, impedidos de ver y conocer que Aquel, cuya doctrina admiraban enseñando con una autoridad que ellos no tenían, era verdaderamente el Hijo de Dios.) **Replicoles Jesús y dijo:” Mi doctrina no es mía, sino del que me envió.** (Esta doctrina que vosotros miráis como de un hombre, no es mía; porque si Yo fuera un hombre tal como vosotros, hubiera debido hacerme instruir por vosotros, y recibir mi doctrina por el canal ordinario de los Doctores, que hay establecidos en Israel. Mas siendo Dios por mi naturaleza, y el Verbo y la Sabiduría de Dios mi Padre, que me ha enviado, de Él es de quién tengo mi doctrina, como Dios y como hombre.) **Si alguno quiere cumplir su voluntad, conocerá si esta doctrina viene de Dios, o si Yo hablo por mi propia cuenta.** (Procedimiento infalible para llegar a tener fe: Jesús promete la luz a todo aquel que busca la verdad para conformar a ella su vida. Porque Dios es luz y en Él no hay tiniebla alguna, *Dios es espíritu y habita en una luz inaccesible que ningún hombre ha visto.* Pero no existe nada tan real, vivo y exacto como esa imagen de la luz para hacernos comprender lo que es espiritual y divino. Lo mismo vemos en la parte negativa y negra de las tinieblas, es decir, que Dios no solamente es perfecto en Sí mismo -lo cual podría sernos inaccesible e indiferente-, sino que lo es con respecto a nosotros, no obstante nuestras miserias y precisamente a causa de ella, pues su característica es el amor y la misericordia para los que somos miserables.

Está aquí, pues, toda la apologética de Jesús. El que con rectitud escuche la Palabra divina, no podrá resistirse porque *jamás hombre alguno habló como Éste.* El que lo hace con doblez o ánimo doble, por el contrario, en vano intentará buscar la Verdad divina en otras fuentes, pues su falta de integridad cierra la entrada al Espíritu Santo, único que puede hacernos penetrar en el misterio de Dios. De ahí que, como lo enseña San Pablo y lo declaró San Pío

X en el juramento antimodernista, basta la observación de la naturaleza para conocer la existencia del Creador eterno, su omnipotencia y su divinidad; pero la fe no es ese conocimiento natural de Dios, sino el conocimiento sobrenatural que viene de la adhesión prestada a la verdad de la palabra revelada, a causa de la autoridad de Dios sumamente veraz: En conclusión el que quiere obedecer a Dios sinceramente, despojándose de toda malicia, de toda envidia, y de ese odio, que me tenéis injustamente, conocerá luego sin dificultad que es Dios el que habla de Mí, y el que os instruye por mi boca.) **Quien hablador su propia cuenta, busca su propia gloria; pues quien busca la gloria del que lo envió, ese es veraz, y no hay en él injusticia.** (Jesús, *testigo fiel y veraz*, nos da aquí una norma de extraordinario valor psicológico para conocer la veracidad de los hombres. El que se olvida de sí mismo sin misión y sin vocación en Dios, para defender la causa que se le ha encomendado, está demostrando con eso su sinceridad. Según esa norma, se retrata Él mismo, que fue el arquetipo de la fidelidad en la misión que el Padre le confiara. Habla sin acatamiento a personas, mereciendo el crédito del que es incapaz de engañar a los que instruye, porque solamente busca la gloria de Dios.) **¿No os dio Moisés la Ley? Ahora bien, ninguno de vosotros observa la Ley ¿Por qué tratáis de quitarme la vida?”** (Jesús tiene aquí un recuerdo que resulta toda una ironía, pues cuando el pueblo recibió de Moisés la Ley hizo, como un solo hombre, grandes promesas de cumplir todas las palabras del Señor, y ahora el Mesías los muestra que ninguno de ellos las cumple. ¿Por qué me decís que Yo no cumplo la Ley, cuando sano a un hombre en sábado? ¿La cumplís vosotros, substituyéndole vuestras tradiciones, que son humanas, y opuestas a la misma Ley? ¿Cómo sois tan escrupulosos, que no podéis sufrir que Yo sane a un hombre en sábado, al paso que vosotros lo estáis profanando a cada instante? ¿Por qué me buscáis para hacerme morir? Si ninguno de vosotros cumple la Ley y con todo me queréis matar como trasgresor ¿Por qué a Mí y no a los otros? **La turba contestó: “Estás endemoniado. ¿Quién trata de quitarte la vida?”** (Aunque Jesucristo hablaba de los Fariseos, que realmente buscaban medios para hacerle morir, el pueblo, que ignoraba sus designios, persuadido que el Señor hablaba también con ellos, y no sintiéndose culpable de semejante pensamiento, le respondió con desdén y enojo, profiriendo una blasfemia contra su persona; más el Señor sin turbarse prosiguió su discurso.) **Jesús les respondió y dijo: “Una sola obra he hecho, y por ello estáis desconcertados todos.** (Jesús alude aquí al milagro de la curación del enfermo curado en sábado.) **Moisés os dio la circuncisión - que ella venga de Moisés, sino de los patriarcas – y la practicáis en día del sábado. Si un hombre es circundado en sábado, para que no sea violada la Ley de Moisés: ¿Cómo os encolerizáis contra Mí, porque en sábado sane a un hombre entero?** (En la circuncisión se corta una partícula de carne, que se llama prepucio, el cual entre los judíos era una nota de infamia y de indignidad. Más Jesucristo sanó a un paralítico en todo su cuerpo y toda su alma, pues fue una curación

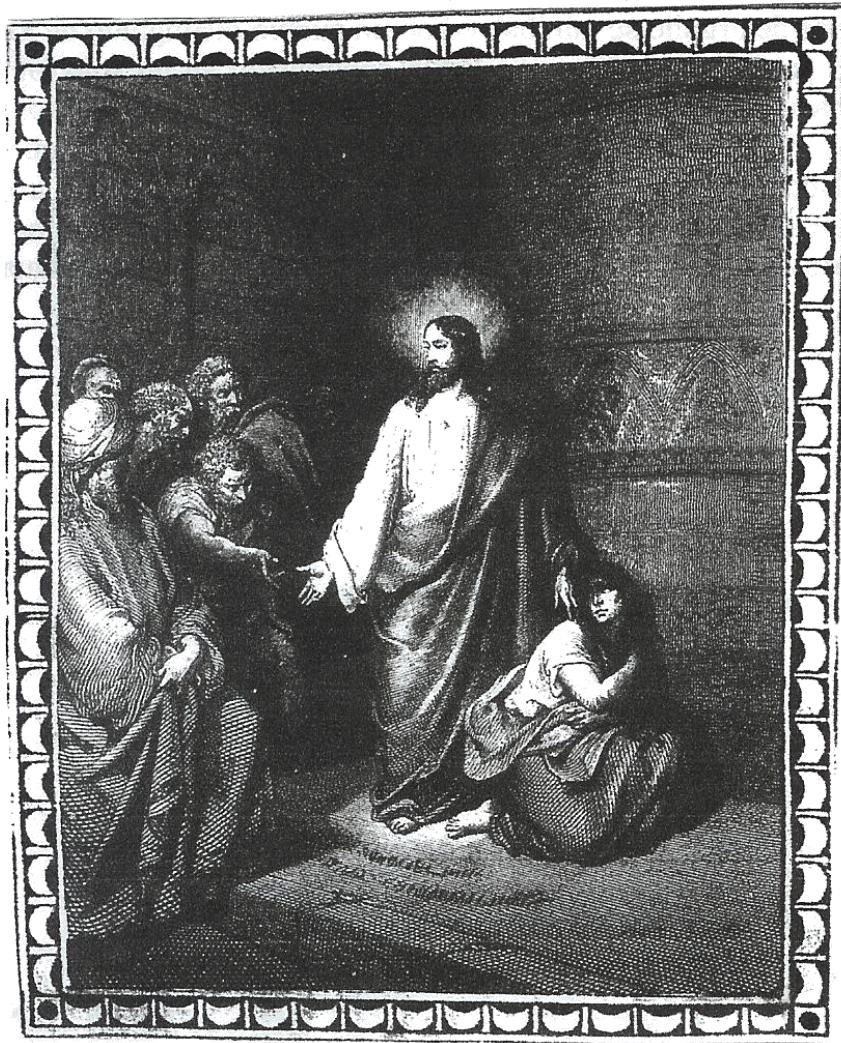
entera, es decir, de todo el hombre.) **No juzgáis según las apariencias, sino que vuestro juicio sea justo.** (La Ley os manda que hagáis un juicio justo de las cosas, y que no juzguéis según la apariencia de ellas, sino libres de odios, de favores, de respetos humanos, de acepción de personas, más conmigo ejercitáis todo lo contrario. Usad de un mismo peso y de una misma medida para pesar y medir vuestras acciones y las mías, y no daréis lugar a que os acuse de prevaricación de la Ley.) **Entonces algunos hombres de Jerusalén se pusieron a decir: “¿No es Éste a quién buscáis para matarlo? Y ved como habla en público sin que le digan nada. ¿Será que verdaderamente habrán reconocido los Jefes que Él es el Mesías?** (Veían por una parte el furor de que estaban armados contra Jesús, y por otra parte le oían predicar con toda libertad, y sin que nadie se lo impidiese, y no sabiendo en qué podía esto consistir, porque no conocían la virtud divina, que invisiblemente no los permitía obrar contra el Señor, comenzaron a dudar, si sus ancianos y sacerdotes le habrían reconocido por el Cristo.) **Pero sabemos de dónde es Éste; mientras que el Mesías, cuando venga, nadie sabrá de donde es.”**(El tono despectivo usado por los judíos tiene en su base que ellos esperaban que el Mesías, después de nacer en Belén, del linaje de David, aparecería con poder y majestad para tomar posesión de su reino. También creían erróneamente que Jesús era de Nazaret y por lo tanto, no quisieron ver en Él al Mesías. Más, a pesar de las palabras y hechos con que Él puso en evidencia que se cumplían en su persona todos los anuncios de los Profetas, nunca procuraron averiguar con exactitud donde había nacido, no obstante lo que se había hecho público por todos los principales Sacerdotes y Escribas a la llegada de los Reyes Magos.

Los contemporáneos de Jesús confundían las dos generaciones de Jesucristo: La una temporal y visible, la otra oculta e incomprensible; porque no entendían aquel célebre oráculo de Isaías: *Fue arrebatado por un juicio injusto, sin que nadie pensara en su generación.* Y es porque este versículo es de los más oscuros de Isaías y no hay unanimidad sobre un auténtico sentido. *Él fue arrebatado* parece hacer alusión al procedimiento, contrario a todo derecho, que aplicaron los jueces al proceso de Jesús. En cuanto a *que nadie pensara en su generación*, muchos Padres de la Iglesia ven en esta frase una alusión a la generación eterna del Hijo por el Padre; otros lo entienden de la numerosa descendencia espiritual: los cristianos. Los expositores modernos hacen notar que la palabra *generación* se refiere a los contemporáneos de Cristo y así traducen: ¿Quién podrá contar la conducta de sus contemporáneos con respecto a Él? Otra traducción dice: Entre los contemporáneos ¿quién pensó que era cortado de la tierra de los vivos; que la plaga le hería a causa de los pecados de su pueblo? Es decir, supusieron que sufría por sus propios pecados, como en el caso del ciego renacimiento. Resumiendo ¿Quién es el que contará su generación.) **Entonces Jesús, enseñando en el Templo, clamó y dijo: “Si vosotros me conocéis y sabéis de donde soy; pero es que Yo no**

he venido de Mí mismo; más Él que me envió, es verdadero; y a Él vosotros no le conocéis. (Vosotros sabéis mi origen y nacimiento según la carne, más ignoráis el eterno y divino que tengo, por lo que insiste nuevamente sobre la necesidad de conocer a *Dios como Padre suyo*; pues Israel ignoraba entonces el Misterio de la Trinidad, o sea que Dios tuviese un Hijo.) **Yo sí que conozco, porque soy de junto a Él, y es Él quién me envió.**” (Me engendró y soy su Hijo natural. Vengo de Él en una misión temporal, que supone la eterna, porque el punto de partida es el seno del mismo Dios, viene de junto a Él.) **Buscaban, entonces, apoderarse de Él, pero nadie puso sobre él la mano, porque su hora no había llegado aún.** (Los Fariseos, y no el pueblo, pues muchos creyeron en Él, querían prenderlo, pero la hora de Jesucristo era la de su voluntad, por cuanto se ofreció al sacrificio porque quiso; y así hasta que llegó aquel momento determinado en el consejo de Dios, aunque querían echarle mano, y le tenían allí delante de ellos, con intención de agredirle, pero eran detenidos por una oculta fuerza o virtud que desconocían; no obstante espiaban los pasos de Jesús con ojos asesinos que miraban con odio, mostrando el desprecio de la impotencia.) **De la gente, muchos creyeron en Él, y decían: “Cuando el Mesías venga, ¿Hará más milagros que los que Éste ha hecho?”** (Los grupos de oyentes se habían lanzado bramando y amenazando, pero la muchedumbre no les siguió, sino que al contrario, impresionados por las declaraciones de aquel día e iluminados por un principio de fe se opusieron a la agresión diciendo ¿quién puede hacer los milagros que hace Jesús?) **Oyeron los Fariseos estos comentarios de la gente acerca de Él; y los Sumos Sacerdotes con los Fariseos enviaron satélites para prenderlo.** (Conocieron los Fariseos la fuerza y consecuencias de esta opinión y voz del pueblo, y quisieron cortarlas rápidamente de raíz, y aunque tenían decidido prenderle ellos mismos, viendo que el terreno no estaba todavía bien preparado para ello, decidieron, con los Príncipes de los Sacerdotes, hacerlo por medio de los sicarios de Roma o por los Magistrados del Templo, a fin de que fuese un arresto regular. No podemos pasar por alto que todos los esfuerzos de la malicia humana son inútiles contra las exhortaciones de Dios. En estos versículos el Señor da una doble prueba de su dignidad: Primeramente descubriéndoles el pensamiento y designio que tenían de prenderle; y en segundo lugar dándoles a entender, que eran inservibles todas sus tentativas, hasta que llegase el tiempo que tenía determinado para entregarse voluntariamente en las manos de su enervación y rabia.) **Entonces Jesús dijo: “Por un poco de tiempo todavía estoy con vosotros; después me voy a Aquel que me envió. Me buscaréis y no me encontraréis, porque donde Yo estaré, vosotros no podéis ir.”** (Me buscaréis, después que haya vuelto al que me envió; más no me hallaréis, ni me tendréis presente corporalmente. Mientras estuviereis en esta vida mortal, no podréis ir a donde Yo estaré entonces, y ya estoy por mi divinidad. Es una confirmación de lo que les había dicho antes sobre su origen divino; una alusión que sus enemigos

no podían o no querían comprender.) **Entonces los judíos se dijeron unos a otros: “¿Adónde, pues ha de ir que nosotros no le encontraremos? ¿Irá a los que están dispersos entre los griegos o irá a enseñar a los griegos? ¿Qué significan las palabras que acaba de decir: me buscaréis y no me encontraréis, y a donde Yo estaré, vosotros no podéis ir?”** (Llenos de orgullo se miraban como un pueblo distinguido de los otros, y a quienes Dios con particular predilección había congregado en un solo lugar, al paso que había derramado por todo el mundo las otras naciones, que los judíos tenían por malditas de Dios, y por consiguiente por incapaces e indignas de que les fuese anunciada su palabra; y así esto lo dijeron en un tono de desprecio e ironía. ¿Irá a enseñar a los que profesan la religión griega y profana o a los judíos helenistas dispersos en las provincias fuera de Judea, griegos de nacimiento y de lenguaje?). (Juan 7, 10 – 36).





**Tú salvarás al pueblo humilde y humillarás los ojos altaneros.
Porque ¿quién es Dios fuera de Ti, Señor?**

73 – LA MUJER ADÚLTERA

Por la mañana reapareció en el Templo y todo el pueblo vino a Él, y sentándose les enseñaba. (La noche y la charla íntima y apacible con sus discípulos, el descanso, y la oración, la conversación con el Padre celestial, como preparación para la lucha del día que comienza con el nuevo sol, otra vez la nueva discusión, la enseñanza, el divino llamamiento a las multitudes en el pórtico del Templo, donde se había sentado en uno de los bancos de piedra acompañado de sus discípulos. Rodéale de inmediato la muchedumbre y Él comenzó a enseñar.) **Entonces los Escribas** (nombre de profesión de la mayoría del partido de los Fariseos, que se distinguían por su soberbia y rigorismo con los demás.) **y los Fariseos** (Partido integrado por personas superficialmente observantes y religiosos, sin humildad, de duro juicio y corazón intransigente para los demás, faltos de misericordia, hipócritas y codiciosos. Más les hubiera valido ser pecadores que desfigurar la religión que aparentaban profesar.) **llevaron una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio, le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en fragante delito de adulterio. Ahora bien la Ley de Moisés, nos ordena apedrear a tales mujeres. ¿Y Tú que dices? Esto lo decían para ponerle en apuros, para tener de qué acusarle.** (Al poco tiempo de comenzar la enseñanza, un grupo de Escribas y Fariseos irrumpen en medio de donde está Jesús, trayendo a una mujer que se cubre el rostro con las manos, y colocándola delante del Rabí, le llaman con adulación e ironía: Maestro; para preguntarle con aparente respeto que oculta su mala intención: ¿Qué piensas de este caso?, danos tu opinión. Era evidente que le estaban tendiendo un lazo para cogerle al primer pronunciamiento, porque si Jesús la condenaba a muerte lapidándola, hubiesen tomado este pretexto para desacreditarle ante el pueblo, cuya afición y crédito se había ganado por su suavidad y dulzura. Fuera de que le hubieran acusado delante del Gobernador Romano de que usurpaba un poder que no pertenecía sino al Soberano. Romano. Si la absolvía, le hubiesen acusado de prevaricador y enemigo de la Ley. Si respondía que a Él no le tocaba juzgar de delitos ni imponer penas capitales, que acudiesen al Gobernador, le hubieran del mismo modo desacreditado delante de las gentes, haciéndoles creer que era un enemigo de la nación y fautor de la tiranía, atropellando los privilegios y la libertad que Dios había concedido a su pueblo escogido. Cualquier solución podía ser fatal para Él.) **Pero Jesús inclinándose, se puso a escribir en el suelo con el dedo.** (Jesús había permanecido en la misma actitud en que le encontraron. Ni siquiera les mira, y cuando ellos terminaron su relato, con mucha parsimonia se inclina hacia la tierra, y traza signos de escritura en la arena, como quien no tiene nada que contestar o está dejando pasar el tiempo, por lo que los acusadores esperan impacientes mientras sigue inclinado y escribiendo.) **Como ellos persistían en su pregunta, se enderezó y dijo: “Aquel de vosotros que esté libre sin**

pecado, tire el primero la piedra contra ella”. (Jesucristo con esta acción les quiso dar a entender, que conocía bien su depravada intención: que su pregunta no merecía respuesta, y que Él no había venido al mundo para condenar a los pecadores, sino para instruirlos y para convertirlos. Ellos, creyendo que su pregunta le había embarazado de tal suerte que no sabía qué responder, y que buscando como eludir la cuestión, dilataba, escribiendo en el suelo, dar la respuesta, le instaron y porfiaron a que lo hiciese; y el Señor lo hizo, dándoles una respuesta llena de justicia, de dulzura y de verdad, que les tapó la boca, y los dejó llenos de confusión. La piedra la tiro Jesús contra sus enemigos.) **E inclinándose de nuevo, se puso otra vez a escribir en el suelo.** (Realmente no sabemos qué es lo que escribía el Señor en la arena del suelo, pero bien pudiera ser los pecados de aquellos acusadores hipócritas que sin disimulo los leían y les hacían recordar el texto de Jeremías: *Oh Yahvé, esperanza de Israel, todos los que te escucharan quedaran confundidos, los que se apartan de Ti, en la tierra serán escritos, por haber dejado a Yahvé.*) **Por ello después de oír aquello, se fueron uno por uno comenzando por los más viejos, hasta los postreros, y quedó Él sólo, con la mujer que estaba en medio.** (Esto hace alusión a la costumbre que tenían los judíos; pues los testigos eran los primeros que tiraban las piedras contra los culpables. Jesucristo no quiere significar con esto, que para que un juez pueda castigar legítimamente los delitos de otros, es necesario que esté libre de pecado. Pretende solamente obligar a los malignos acusadores de esta mujer a dejarla libre, en vista de los remordimientos de su propia conciencia, y temiendo que el Señor publicase los delitos ocultos que ellos tenían aún de la misma clase. De este modo la saca libre de entre sus manos, y sin dejarles el menor pretexto para poder acusar.

Las interpretaciones acerca de lo que escribió el Señor con su dedo en la tierra son de diferente disquisición, y sobre lo cual sólo podemos decir las conjeturas de algunos intérpretes. Acaso, dicen unos, escribió aquella sentencia de Jeremías: *Los que se separan de no serán escritos en tierra*, donde se borren sus nombres. Otros, y así lo ponen algunas copias del Evangelio, creen que escribió los pecados de cada uno de los acusadores. Algunos creen que no hizo otra cosa que trazar líneas y signos sin sentido. Lo más verosímil parece que no parece creíble que si lo hubiera entendido San Juan no nos lo hubiera dicho. Y ¿acaso podía entenderse si lo que escribía lo trazaba en el pavimento del templo, que, embaldosado como estaba, no podía recibir huellas de lo que el dedo allí marcaba? Pero en lo que si están de acuerdo es en que el Señor se inclinó para dar lugar a que los acusadores no pudiendo sufrir las acusaciones de sus propias conciencias, se saliesen o retirasen con menos rubor el uno después del otro, como lo hicieron, y para mostrarle el poco aprecio que hacía de su acusación.) **Entonces Jesús levantándose, le dijo: “Mujer ¿dónde están ellos? ¿Ninguno te condenó?”.** **“Ninguno, Señor”, respondió ella. Y Jesús le dijo: “Yo no te condeno**

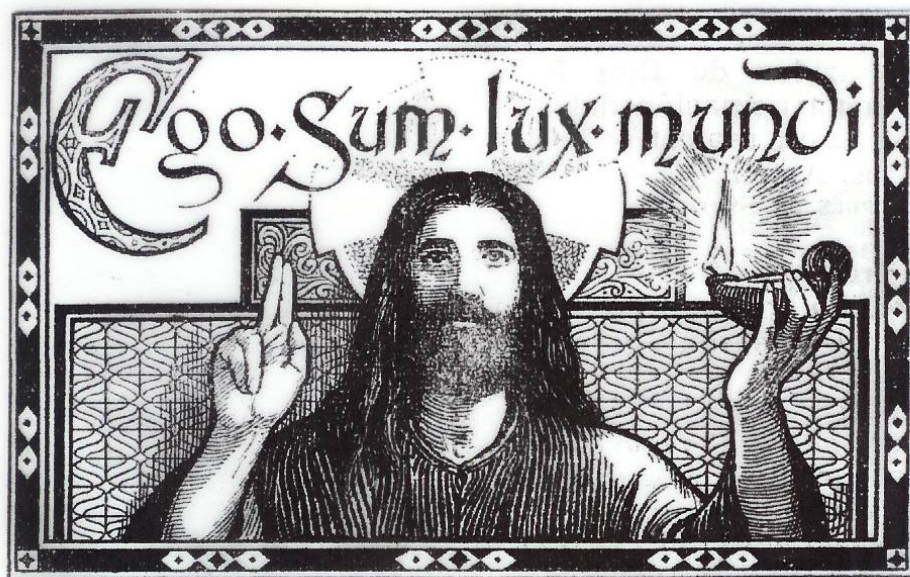
tampoco. Vete, desde ahora no peques más.” (Al levantar la mirada de nuevo Jesús encuentra sola a la mujer pecadora; una estampa bíblica: La miseria frente a la misericordia. Es ahora cuando va a dar la solución que le pedían, una solución bondadosa para con el hombre, implacable para con el pecado. Él no había venido a abolir la Ley de Moisés, sino a perfeccionarla, y lejos de anularla desgarrándola, había penetrado su más íntimo sentido; apartar el mal y dirigir el bien.

Los que aman esta benignidad de Jesucristo, no deben olvidarla verdad de su justicia, y han de recordar con el salmista: *El Señor está lleno de benignidad y de rectitud*. Es certísimo, que su misericordia es el consuelo de los pecadores; más su rectitud y justicia debe atemorizar a los impertinentes. Usa de su bondad y misericordia con los pecadores; pero sin ofender a su justicia, pues les manda que cesen ya de pecar. Perdona los pecados, pero siempre bajo la condición expresa de un arrepentimiento sincero, y de no volver a caer en los pecados que perdonó. Con esta actitud admirable de Jesús, la justicia había sido sublimada, Jesús perdona al hombre, no perdona el pecado.

Siendo Dios, usó su derecho a no aplicar su Ley, a dar un nuevo plazo a la pecadora, como se lo había dado a sus acusadores, y da a todos los que siendo pecadores no les castiga en el acto. Preciosa y delicadísima bondad e indulgencia, Su suavísima sabiduría halló el modo egregio de librarse a sí mismo de las redes que le estaban tendiendo, presuntuosos y malévolos, sus enemigo. En cuando a la mujer, el Señor no añade como en otras ocasiones, aquel sublime *se te perdonan los pecados, vete en paz*, sino que solamente la dice *no te quiero condenar*, acaso porque la pecadora estaba únicamente preocupada por su vergüenza y por el miedo de ser apedreada, no había pensado lo suficiente acerca de su enmienda, y viendo el Maestro esta aptitud solamente añadió *Vete y no quieras pecar más*.

Como vemos, Jesucristo que no quiso ejercer exteriormente el papel de juez ni de acusador, no iba tampoco esta vez a ejercerlo, y como en otra ocasión, pudiera haber contestado en esta: *¿Quién me ha nombrado a mí juez de estos casos?*

En la imagen de esta pecadora vemos parte de la terrible vergüenza y pena que nos espera a los pecadores en el día que seremos juzgados por Dios. Mientras Jesús nos muestra su inagotable misericordia, que aún sin pedir ella el perdón, ni decirle que la perdona, le da más tiempo para que se arrepienta. Hoy a nosotros nos da más tiempo también para arrepentirnos, y sin pasar vergüenza.) (Juan 8, 2- 11).



**Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron.
Yo soy la luz del mundo. El que me siga, no andará en tinieblas,
sino que tendrá la luz de la vida.**

Ahora Bien, el último día, el más solemne de la fiesta, Jesús poniéndose en pie, clamó: “Si alguno tiene sed venga a mí, y beba. (La alegría era la nota dominante, tanto en la asistencia al templo cuanto en esta fiesta de los Tabernáculos, cuya culminación era la toma del agua, de la cual decía el proverbio: *Quien no ha visto la alegría de la toma del agua no ha visto alegría*. Por donde se ve que Jesús, al decir: Si alguno desea ser feliz, venga a Mí, y hallará la verdadera felicidad, como se bebe el agua en un perenne manantial, se manifiesta como el único que puede distribuir el agua viva de la alegría verdadera.) **Quién cree en Mí. Como ha dicho la Escritura: de su seno manarán torrentes de agua viva”.** (Cualquiera que cree en mí, será lleno de Espíritu Santo: su seno, esto es, su corazón entonces se hará una fuente abundante, de donde se derramará la gracia como un agua viva sobre sí, y también sobre los otros por el ejemplo que les dará por sus buenas obras y virtudes. Como dice la escritura en varios lugares de los Profetas, en especial Joel, Profeta de Judá: *Después de esto, derramaré mi espíritu sobre toda la carne*, es decir sobre todos los hombres. Esta profecía además de su cumplimiento en Pentecostés, tiene un sentido escatológico referente a los fenómenos cósmicos que están anunciados para los últimos tiempos, o sea para el día del Señor, cuya venida los primeros cristianos esperaban de hora en hora. Esta misma promesa se encuentra en Isaías: *Derramaré mi espíritu sobre la posteridad y mi bendición sobre tus descendientes*. A la restauración en el orden temporal sucederá, por el poder en el espíritu de Dios, una admirable floración espiritual, que se extenderá a todos los descendientes y clases del nuevo pueblo de Dios. A todos hablará Dios por sueños y visiones, es decir, por las formas principales de las revelaciones proféticas, que antes no eran concedidos sino a un pequeño número de hombres. E igualmente profetiza Ezequiel: *Infundiré mi Espíritu en vuestro corazón*, es como un nuevo principio vital que penetrará y hará realizar obras dignas del Señor. Téngase presente que en los Evangelios, y en todo el Nuevo Testamento, se habla muchas veces de la primera venida de Jesucristo, y luego se pasa a hablar de la segunda, proponiéndonos tan pronto a Jesucristo como Redentor amoroso para alentar nuestra esperanza o como Juez de vivos y muertos para movernos a la penitencia.) **Dijo esto del Espíritu que había de recibir los que creyesen en Él: pues aún no había Espíritu, por cuanto Jesús no había sido todavía glorificado.** (Aún no había subido Cristo a su gloria; porque los dones del Espíritu Santo, que había de enviar sobre los hombres, habían de ser el fruto de la pasión y muerte del Salvador. El Espíritu Santo, que Jesús resucitado anunció como promesa del Padre para consolarnos como lo había hecho Él, bajo en Pentecostés después de la Ascensión de Jesús, es decir, sólo cuando Él, glorificado vino a ser causa de sempiterna salud para todos los que obedecen, siendo constituido por Dios Sumo Sacerdote a la manera de

Melquisedec, es decir con un sacerdocio para siempre porque su vida indestructible, dado que Él, resucitado, ya no puede morir como morirán los demás sacerdotes. Él permanece para siempre y vive para interceder por nosotros sentado a la diestra del Padre como Ministro del Santuario celestial y Mediador del Testamento nuevo, lo cual exigía la previa muerte del Testador; y como el sacerdocio requiere víctimas que ofrecer, Él ofrece su sangre, pues *como Sumo Sacerdote de los bienes venideros... por la virtud de su propia sangre entró una vez para siempre en el Santuario después de haber obtenido redención eterna*. Por lo cual imploró para nosotros el Espíritu por el que *hemos sido santificados una vez para siempre por la oblación del Cuerpo de Jesucristo, quien ofreciendo por los pecados un solo sacrificio*, a diferencia de los antiguos sacerdotes que sacrificaban víctimas cada día, *para siempre está sentado a la diestra de Dios aguardando lo que resta para que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies*. Mostrando cuán grande es la significación de lo que San Pablo llama *juramento posterior a la Ley* y merced al cual tenemos *confiado acceso al Santuario celestial* para recurrir al *gran Sacerdote establecido sobre la casa de Dios, al cual hemos de llegar con corazón sincero, en plenitud de fe y caridad de unos y otros y confesión de nuestra esperanza* en su gloriosa venida. Esta es una metonimia, por la cual se pone la causa por los efectos.) **Algunos del pueblo, oyendo estas palabras, decían: “A la verdad, Éste es el Profeta” .Otros decían: “Éste es el Cristo”; pero otros decían: “Por ventura ¿de Galilea ha de venir el Cristo? No ha dicho la Escritura que Cristo, ha de venir del linaje de David, y de Belén, la aldea de David?** (Las palabras de Jesús los sobresaltaba despertando en ellos las discusiones propias de los que se sienten impresionados por la doctrina de este hombre de bien, lanzando diferentes títulos de sospecha sobre el rostro de los fariseos, quienes oponiéndose con objeciones aparentemente insolubles, vierten en la figura de Jesús los argumentos que fácilmente hubieran podido asegurarse de la verdad, si con buena voluntad hubieran buscado sin preocupaciones y con deseo de aceptar. Lo hubieran hallado todo conforme a lo que dijeron los profetas de Jesucristo; y así reconocida la falsedad de la opinión popular, que le hacía oriundo de Nazaret en galilea, donde se había criado, le hubieran seguido y adorado, como a verdadero Mesías.) **Se produjo así división en el pueblo a causa de Él, pero nadie puso sobre Él la mano.** (Estas diversidades de pareceres, hábilmente explotadas, produjeron un movimiento de hostilidad, que los enemigos de Jesús juzgaron propicio para prenderle.) **Volvieron, pues, los satélites de los Sumos Sacerdotes y Fariseos, los cuales les preguntaron: “¿Por qué no le habéis traído?” Respondieron los satélites: “Nadie jamás hablo como ese hombre.”** (Los policías encargados de esta misión no se atrevieron a realizarla. Los contenía por un lado las palabras y majestad de Jesús, y por otro la actitud nada tranquilizadora de sus admiradores. Y a la pregunta de reproche que les hacen, contestan con estas palabras que guardan

y condenan visiblemente la mala voluntad de los que habían venido a prenderle.) **A lo cual los Fariseos les dijeron: “También vosotros habéis sido embaucados ?”** (Si los Fariseos estuvieran menos preocupados, es natural que hubiesen preguntado a estos policías, qué cosa era lo que les había hecho tanta impresión en su ánimo, qué los había dejado como sin manos y sin acción para ejecutar las órdenes que llevaban, sin embargo, ellos ciegos y preocupados trataban de seducción y engaño todo lo que podía contribuirse a aumentar el crédito de Jesucristo.) (Juan 7. 37-47) **Jesús les hablo otra vez, y dijo: “Yo soy la luz del mundo. El que me siga, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”** (Jesús seguía instruyendo a la multitud. Ya había interpretado y aplicado a su persona el símbolo del agua. Las ceremonias de estas fiestas tienen puras figuras de los tiempos mesiánicos, como otros muchos símbolos del Antiguo Testamento: La serpiente de metal, el templo, la roca, la nube, el cordero pascual. Ahora para levantar el espíritu de sus oyentes, va a utilizar las luminarias nocturnas, aquellas luces que contemplaban embobados en ágil movimiento de los címbalos y las arpas, sin advertir que junto a ellos estaba la fuente de la luz, que Isaías había anunciado con otras palabras: *Levántate y brilla, porque viene tu luz*. O aquella otra que hablaba del mismo profeta en nombre de Yahvé: *Poco es que seas mi siervo para rehabilitar las tribus de Jacob y reunir las reliquias de Israel; mira, Yo te he puesto como luz de las naciones, para que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra*. Y fue precisamente ahora cuando Jesús se aplica la analogía de la luz a su persona, para alumbrar no solamente a los judíos, sino también a los gentiles y a todas las naciones de la tierra, cuya excelencia era propia del Mesías, el cual conforme a los vaticinios de los profetas había de ser la hermosa luz de la verdad, de la fe y de la piedad, de todas las gentes y de todos los pueblos, y el camino para ir al cielo. El mismo San Juan nos presenta esta altísima doctrina de cómo la luz, que es el Verbo, es para nosotros vida. Según el plan de Dios, el Espíritu Santo nos es dado mediante esta previa iluminación del Verbo. En las tinieblas del error y de la ignorancia alumbrará la luz de su doctrina, que nos mostrará el camino de la vida eterna.) **Redijeron, entonces, los Fariseos: “Tú te das testimonio a Ti mismo; tu testimonio no es verdadero”.** (Aunque Jesús no invoca generalmente su propio testimonio porque tiene el de su Padre, todo profeta tiene un testimonio en su conciencia de enviado de Dios.) **Jesús les respondió y dijo: “Aunque Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vengo y adónde voy; más vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy.** (Si lo que Yo digo de Mí mismo, no tuviera otro fiador que mi sola palabra, entonces podríais dudar o desconfiar de mi testimonio porque diríais que ninguno es buen testigo ni juez de su propia causa. Más los testimonios de los profetas, y los milagros que Yo hago prueban que cuando digo que he venido de Dios, y que debo volver a Él, no digo una cosa que no sepa, y que no merezca ser creída.) **Vosotros juzgáis carnalmente; Yo no**

juzgo a nadie; y si Yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no soy Yo solo sino Yo y el Padre que me envió. (Es como si les dijese: vuestra ignorancia no os excusa de lo que decís, porque nace de la corrupción de vuestro corazón, y porque las pasiones y el orgullo os dominan y no os dejan reconocer mi virtud divina. Yo no he venido a juzgar, o no os acordáis que cuando trajisteis la mujer pecadora no la condené, porque mi misión es de salvar, y además no es tiempo de venganza sino de misericordia.) **Está escrito también en vuestra Ley que el testimonio de dos hombres es verdadero. Ahora bien, para dar testimonio de Mí, estoy Yo mismo y el Padre.**” (Si Yo juzgo, dice el Señor, bien de otros o de Mí mismo, mi juicio debe tenerse por verdadero; porque si, según la Ley de Moisés, para condenar a un hombre era exigencia el testimonio de tres o por lo menos dos testigos, con mucha mayor razón lo ha de ser también el mío acompañado del de mi Padre, que me envió.) **Ellos le respondieron: “¿Dónde está tu Padre?”** (Muchas veces les había declarado ya quién era su Padre; pero se daban por desentendidos, para obligarle a que lo repitiese y lo dijese más descubiertamente, y así poder tener una nueva ocasión para prenderle.) **Jesús respondió: “Vosotros no conocéis ni a Mí ni a mi Padre; si me conocieseis a Mí, conoceríais a mi Padre.”** (Porque no se conoce a Dios, sino cuando se cree, que de toda eternidad engendra un Hijo, que se hizo hombre por nuestra salud. Sólo con los ojos de la fe se puede ver en Cristo al Padre, por razón de la naturaleza divina común a Ambos, y esa fe es la que precisamente les faltaba a ellos. Fe, que igualmente falta en nuestros días en esas reuniones “pacifistas” de miembros obsesionados en pedir paz, omitiendo hacer la petición a través de Jesucristo, en quién no creen e incluso rechazan como Único Mediador. ¡Quién no quiere creer en el Hijo, no puede agradar al Padre!) **Dijo esto junto al Tesoro, enseñando en el Templo. Y nadie se apoderó de Él, porque su hora no había llegado.** (Literalmente y a la letra: el Tesoro era una especie de sacristía donde ordinariamente se reunían los Escribas y los Fariseos, quienes a pesar de estar en su terreno no osaron prenderle porque no era el tiempo propicio y querido por el Señor.) **De nuevo les dijo: “Yo me voy y vosotros me buscaréis, más moriréis en vuestro pecado. Adonde Yo voy, vosotros no podéis venir.”** (Ahora comienza una discusión, un juego de palabras, que nos harán recordar la enseñanza sobre el pan de vida. Pero en esta ocasión la lucha está más abierta y las frases que encenderán al choque, son pausadas y serenas por parte de Jesús y furiosas y ardientes en boca de sus enemigos. Ya había pronunciado anteriormente estas palabras, pero ahora las dice con la variante de que morirían en la incredulidad y en el odio contra Él.) **Entonces los judíos dijeron: “Acaso va a matarse, pues que dice: Adonde Yo voy, vosotros no podéis venir.”** (Los judíos no comprendieron que Jesucristo no hablaba de la muerte, que es común a todos los hombres, sino del cielo, adonde después de su muerte, volviendo a su Padre, debíais, y adonde le habían de seguir solamente los que creyesen en Él.) **Y Él des dijo: “Vosotros sois de abajo;**

Yo soy de arriba; vosotros sois de abajo; Yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; Yo no soy de este mundo. (Jesucristo según su carne era de acá abajo; más como Hijo Unigénito del Eterno Padre, era de lo alto, esto es, engendrado Dios de Dios antes de todo tiempo. Los judíos eran y son de aquí abajo, porque asidos a los pensamientos bajos de sus genealogías, y a la corrupción del siglo, no creían en Aquel que había venido a elevar consigo al cielo a los que por seguirle renunciaren a las cosas de la tierra. Un verdadero discípulo de Jesucristo debe estar en este mundo, como si no estuviera en él, y usar de sus bienes, como si no usara. Su conversión y pensamientos han de estar en el cielo.

Estas palabras son como la síntesis de todos los reproches de Jesús a los falsos servidores de Dios de todos los tiempos; la religión es cosa esencialmente sobrenatural que requiere vivir con la mirada puesta en lo celestial, como nos dice San Pablo: *Si fuisteis resucitados con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios*, es decir, en el misterio donde se predica la Sabiduría de Dios. Se oculta a los sabios y se revela a los niños de lenguaje sencillo. Y los hombres se empeñan en hacer de ella una cosa humana, convirtiendo el Evangelio de Dios en evangelio de hombres. Y es que el apostolado no consisten demostrar que el cristianismo es razonable sino paradójico. Sólo porque lo ha dicho un Dios, y no por la lógica, podemos creer que se oculta a los sabios lo que se revela a los niños, y que la parte de María, sentada, vale efectivamente más que la de Marta en movimiento. Cuando el Señor habla, el primer homenaje es saber escucharle, y aunque parezca y un lenguaje de contradicción, es porque Él nos anunció que era piedra de escándalo y por tanto signo de contradicción, y es que Él, al revelar que el Omnipotente Creador es su Padre, lleno de sencillez y de bondad como Él mismo, dejaba, por ese sólo hecho, tremendamente condenadora y confundida la soberbia de cuantos se creían sabios y virtuosos. De ahí que fuesen estos, y no el común de los pecadores, quienes lo persiguieron hasta hacerlo morir. Jesús es signo de contradicción y todo su Evangelio es una constante ostentación de ellos. Por ello dice el Señor: *Bendito el que no se escandalice de Mí.*) **Por eso, os dije que moriréis en vuestros pecados.** (Anteriormente se refería a un pecado, en singular, al pecado por excelencia de la Sinagoga, que es el de incredulidad frente al Mesías. Aquí muestra que, cometido aquel pecado, los demás pecados permanecerán también. Es como una tremenda condenación en vida, que Jesús anticipa a los hombres de espíritu farisaico.) **Si, si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados.** (Si no creéis que Yo soy el Cristo, aquel de quién los profetas han hablado, aquel Mesías, que os han prometido, moriréis en vuestros pecados, porque ninguno puede absolutamente salvarse sin la fe en Jesucristo.) **Entonces le dijeron: “Pues ¿quién eres?” Respondióles Jesús: “Eso mismo que os digo desde el principio.”** (Yo que estoy hablando con vosotros, soy el principio de todas las cosas; soy el Verbo, por quién fueron hechas todas las

criaturas. ¿Por qué disputáis sobre mí ser y me preguntáis quién soy? Soy el Mesías, el Hijo de Dios, el que soy desde el principio, esto es, antes de todo principio, y el que doy principio a todas las cosas. O también: Yo soy el mismo que os dije desde el principio, cuando me llamasteis, para que respondiese en vuestra curiosidad. Cabe aún otra versión, cuyo sentido sería: ¿Si yo fuera el Mesías, acaso os hablaría como os hablo? Pero en cualquier modo que se explique el texto, el sentido es siempre el mismo: Jesús muestra a los Fariseos que ya no necesita repetirles la verdad de su carácter mesiánico. Se lo ha dicho muchas veces, y ellos no quisieron creerle.) **Tengo mucho que decir y juzgar de vosotros. Pues Él que me envió es veraz, y lo que Yo oí a Él, esto es lo que enseño al mundo. Ellos no comprendieron que les estaba hablando del Padre.** (Podría hablar de vuestra soberbia, del odio injusto que me tenéis, de vuestras prevaricaciones, de vuestra hipocresía, de vuestros deseos y anhelos avarientos, de vuestras envidias, y sobre todo de vuestra incredulidad, etc. Más todo esto fue anunciado por los profetas, por cuya boca hablaba Dios, cuyo testimonio es infalible, y por consiguiente lo es también el mío, pues no hablo por Mí sino lo que he oído de Él, y de Él hablo.) **Jesús les dijo pues: “Cuando hayáis alzado al Hijo del hombre entonces conoceréis que soy Yo (el Cristo)** (El mayor de todos los delitos, que cometéis en mi persona, alzándome y haciéndome morir en la cruz, os obligará por último a que reconozcáis, que Yo soy el que tantas veces os he dicho. Anuncio de la crucifixión, que va a abrir los ojos a muchos. Esto se verificó en los prodigios que se vieron en su muerte, en su resurrección gloriosa y en particular cuando envió al Espíritu Santo, en la predicación, constancia y milagros de los Apóstoles, y últimamente en la ruina de Jerusalén, en la dispersión total del pueblo y su exterminio. Muchísimos creyeron en Cristo como testimonio de amor del Padre que reenviaba, si bien la conversión de todo Israel solo está anunciada para cuando Él vuelva.) **y que de Mi mismo no hago nada, sino que hablo como mi Padre me enseñó.** (Admiremos el constante empeño de Jesús para ocultarse a fin de que toda la gloria sea para el Padre, despojándose a sí mismo, haciéndose servidor semejante a todo hombre y condición humana. Y ello para que su humillación y obediencia fuese exaltación y gloria del Padre.) **Y el que me envió, está conmigo. Él no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que le agrada.** (Porque en cuanto Dios, soy una misma cosa con Él; y en cuanto hombre, no atiendo a otra cosa, sino a cumplir en todo Su voluntad.) **Al decir estas cosas, muchos creyeron Él.** (No se refiere a los Fariseos, sino muchos hombres del pueblo judío. Estos comprendieron ese misterio de la sumisión filial y amorosa de Cristo al Padre, que aquellos no entendieron, ni querían entender.) **Jesús dijo entonces a los judíos que lo habían creído: “Si permanecéis en mi palabra, sois verdaderamente mis discípulos.”** (Como si les dijese: si mi palabra permanece en vosotros, es que creéis en Mí. Pero estos creyeron pasajeramente, y por algún tiempo, como se verá después; ya que para ser

verdadero discípulo de Jesús no basta con escuchar su palabra y guardarla por un momento, sino que es necesario perseverar hasta el fin en la fe y en la práctica del Evangelio.) **Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.** (La libertad de los hijos de Dios se funda en la buena doctrina. Pasarán a gozar de la libertad de los hijos, dándoles el conocimiento de la verdad figurada por las sombras de la Ley. Solo Jesucristo podía darles esta libertad, librándoles del pecado, que eran los que los hacían esclavos.

La falsa libertad consiste en querer obrar a impulsos de nuestra propia voluntad, acomodando lo que nos ata a lo temporal deseado. Ahora bien, el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu está el conocimiento de la verdad y hay libertad. Porque el que persevera en mirar atentamente la Ley perfecta de la libertad, esto es del Evangelio, no como oyente olvidadizo, sino practicándola efectivamente, éste será bienaventurado en lo que hace, ya que busca y conserva las palabras de verdad que los hace libres.) **Replicárosle: “Nosotros somos la descendencia de Abrahán, y jamás hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo, pues dices Tú, llegaréis a ser libres?”** (Los que así hablaban no eran los que creyeron, sino los enemigos, que se dan indebidamente por aludidos, según se ve por lo que sigue. Aunque el Señor hubiera podido responderles, haciéndoles presente la notoria falsedad de su afirmación, pues los judíos que presumían de no haber sido jamás esclavos carecían precisamente de ella ahora bajo el yugo del imperio de los romanos, como anteriormente fueron esclavos en Egipto, en Babilonia, etc.; sin embargo se contentó con proponerles otro género de esclavitud, en la que ellos no pensaban, y de la cual pretendía libertarlos.) **Jesús les respondió: “En verdad, en verdad, os digo todo el que comete pecado es esclavo del pecado.”** (Los judíos habían tomado en sentido humano la libertad y la esclavitud, y como hijos de un gran padre, aunque estaban y habían estado dominados, nunca se sintieron como esclavos. Tenían y tienen la conciencia de que están llamados para dominar a los gentiles. Su destino, según su soberbia, era el de señores del mundo. Pero Jesús lleva el tema al plano espiritual, y la libertad de que les habla el Señor no viene de la sangre, es algo más íntimo todavía: es la disposición del alma, que se consigue por la fe. Aunque el principio del pecado como tirano es general, Él apuntó al pecado propio de los judíos, al de su incredulidad frente al Mesías, que les va a hacer perder sus derechos de hijos del reino, y siendo siervos del pecado son siervos de la corrupción, y ésta es precisamente la esclavitud fundamental del pecado, que separa de Cristo y priva de la vida sometiendo a la ley de la condenación. Por el pecado estamos en el dominio de la muerte eterna, como por la justicia entramos en la libertad de la vida eterna.

Profundicemos aún más en la libertad de la Verdad y en la esclavitud del pecado. El hombre liberado por el conocimiento de la Verdad es espiritual y no peca, comenzando su resurrección en Cristo y empieza a ver las cosas venideras con los ojos de la fe, alegrándose de la futura exaltación de su

naturaleza, de tal modo que lo que aquello que cree ya es como si lo tuviese. Por otra parte el hombre carnal es esclavo, porque no es capaz de seguir su voluntad libre, sino que obra dominado por la razón. Y es que ocurre como dice San Pablo le paso a él antes de su conversión: *más veo otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me sojuzga a la ley del pecado que está en mis miembros*, y planteando aquí el problema moral del hombre, o sea, la tragedia del hombre caído, que se expresa por aquella fórmula que dice: *El acto sigue al deseo, si no se opone un amor en el conocimiento que da voluntad mejor*. Es decir, que por clamor nos alejamos del pecado, cuyo deseo está en nuestros miembros y estará hasta la muerte, pues la carne nunca dejará de rebelarse contra el espíritu, porque la carne esta contra el espíritu y éste en contra de la carne. Jesús nos enseña eso claramente al decir que el que no lo ama no podrá guardar su doctrina, y que por eso Él no se manifestará a todos. La experiencia propia y ajena nos lo muestra también, pues son muchos los que temen el infierno, y sin embargo pecan. En cambio los que desean a Dios - como un bien deseable desde ahora, y no como la salvación de un mal -, esos no pecan, porque ese amor que les hace desear a Dios es el mismo espíritu Santo; amor que por consiguiente nadie tiene si no le es dado, pero que a nadie se le niega si lo pide, como que el Padre está deseando darlo. Y cuando lo tenemos, somos hijos de ese Padre y Él, mediante ese Espíritu, que es soplo, impulso, nos mueve a obrar, como tales hijos, y no ya como esclavos; y entonces no podemos pecar y hemos vencido al Maligno, pero no ciertamente con la carne sino con el espíritu, puesto que tenemos entonces el mismo Espíritu de Dios, más poderoso que el que está en el mundo. Gracias a este conocimiento espiritual que nos es dado por las palabras de Dios, esencialmente santificador, nos decidimos a aceptar esa vida de amor divino como cosa deseable y no solo como obligatoria, y entonces no puede sorprender que este deseo sea más fuerte que aquellos deseos de la carne, que hay en nuestros miembros como aquí vemos, pues no se trata ya de desear cosas que Dios nos dará, sino *de desearlo a Él mismo*, como desea todo el que ama. Él mismo es nuestra recompensa; es decir, que al ser amado de Él, y por amarlo, es un bien infinito que poseemos desde ahora, y claro está que, si de veras creemos en tal maravilla, despreciaremos y odiaremos, aun contra nuestros propios miembros, todo lo que pretenda quitarnos esa actual posesión y disgustarlo a Él que así nos amó hasta divinizarnos mediante el don de propio Hijo y de su propio Espíritu.) **Ahora bien, el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo queda para siempre.** (Jesús remata lo anterior con una nueva comparación en a que nos hace comprender que cuando legue el tiempo de la separación particular en la hora de la muerte, o de la general en el día del juicio, los esclavos del pecado serán para siempre separados de la casa del Señor, y solo los hijos quedarán para habitar en ella eternamente.) **Si pues, el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres.** (Porque es el heredero y dueño, y por eso tiene derecho de vender o poner en libertad a los

esclavos como gustase. Unámonos al Hijo, que habla aquí como Redentor, y nos da participación en su filiación.) **Bien sé que sois la posteridad de Abrahán, y sin embargo, tratáis de matarme,** (Sois descendientes en sentido natural, según la sangre y carne, pero no espiritualmente, en cuanto no imitan la fe de Abrahán, pues son hijos del diablo, en cuanto que imitan sus obras y dejándose influir por él pretenden matar al Mesías.) **porque mi palabra no halla cabida en vosotros.** (Es tal vuestra dureza y obstinación que impedir a mi palabra y mensaje de vida eterna entrar en vuestros corazones, sin dejarme echar raíces en la semilla de verdad que es la fuerza de Dios.) **Yo digo lo que he visto junto a mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis aprendido de vuestro padre.**” (Aquí habla del antagonismo existente entre el Padre de la Verdad y el padre la mentira que en los versículos siguientes declara abiertamente su identidad. Vuestro padre os inspira a que me quitéis la vida, oponiéndos y remitiendo con terquedad a la verdad que os anuncio, porque vosotros sus hijos sois mentirosos y maliciosos como él.) **Ellos le replicaron diciendo: “Nuestro padre es Abrahán.”** (La testarudez de los judíos es tan firme que, no se aperciben, porque su soberbia les obceca en su orgullo.) **Jesús des dijo: “Si fuerais hijos de Abrahán, haríais obras de Abrahán. Sin embargo, ahora tratáis de matarme a Mí, hombre que os he dicho la verdad que aprendí de Dios. ¡No hizo esto Abrahán!** (Sois hijos de Abrahán según la carne; más no imitáis al espíritu y a la fe de Abrahán. Este odio mortal, que me tenéis, es muy ajeno a la piedad de Abrahán. El desprecio, que hacéis de la verdad, y de la verdad, que os revela el mismo Dios, está muy distante de la fe y obediencia, con que Abrahán se sujetó a las órdenes de Dios; y así sois unos hijos bastardos de Abrahán, y vuestro padre verdadero es otro, cuyas obras hacéis.) **Vosotros hacéis las obras de vuestro padre”. Dijéronle: “Nosotros no hemos nacido del adulterio; no tenemos más que un padre ¡Dios!”** (Nosotros no somos hijos de la prostitución, como los gentiles: somos el pueblo escogido y separado de las naciones, y por esto no adoramos muchos dioses, sino uno solo como Abrahán. Y así no solo descendemos de Abrahán según la carne, sino que le imitamos en la fe.) Jesús les respondió: **“Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais a Mí, porque Yo salí y vine de Dios. No vine por Mí mismo sino que Él me envió.** (El Señor pronuncia aquí una de las frases más duras que salieron de su boca: Quien no ama al Hijo no puede amar al Padre. El que tiene al Hijo tiene la vida; quien no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Y eso es así porque sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado el entendimiento para que conozcamos al Padre, y esa es la obra por excelencia del Hijo: hacernos conocer el verdadero Dios. Y de esa venida en carne del Hijo de Dios y la revelación de su Evangelio se sigue para nosotros el don de la sabiduría cristiana: *dianota*, actitud para discernir y penetrar, es la sagacidad sobrenatural. Y además de esto a nadie es negada para sí mismo se da también, a los pequeños, otro especial para utilidad de los demás, según la medida de

la donación de Cristo. Nada es comparable al conocimiento de Dios, porque nada hace tan feliz. Este conocimiento es la misma bienaventuranza.

Salí y vengo de Dios y estoy aquí en el mundo cumpliendo la voluntad de Aquel que me envió, y los efectos de esta misión continúan.) **¿Por qué, pues, no comprenderéis mi lenguaje? Porque no podéis sufrir mi palabra.** (Yo no hago otra cosa, que es explicar la voluntad de mi Padre, y con todo eso no entendéis el lenguaje en que os hablo: ¿y por qué es esto? Porque no queréis abrir vuestro corazón a la doctrina que os enseño, que es la de mi Padre, y así no sois sus hijos. Profunda enseñanza, según la cual, para comprender la Palabra, hay que estar dispuesto a admirarla y a creer en su misión. Es la Verdad que San Anselmo expresaba diciendo: *Creo para entender.*) **Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre, Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay nada de verdad en él. Cuando profiere la mentira, habla de lo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira.** (El diablo fue criado bueno, pero por su pecado de orgullo no guardó su principado, sino que arrojado del cielo abandonó su propia morada, por otra bajo tinieblas en cadenas perdurables para el juicio del gran día. Por su orgullo no perseveró en el amor de la verdad y se apartó de ella, quedando desde entonces por carácter y distintivo propio la mentira. Y así ved ahora, quién es vuestro padre. El demonio fue homicida desde el principio, porque es vuestro padre. Y porque introdujo la muerte en el mundo, haciendo que pecase el primer hombre; vosotros no pensáis en otra cosa, que en ver cómo me habéis de hacer morir. El demonio es mentiroso, y padre de la mentira; vosotros resistir siempre a la verdad. Vosotros no oís mis palabras, que son de Dios: el que no oye las palabras de Dios, no es su hijo; con que no siendo hijos de Dios, podéis comprender quién será vuestro padre. He aquí el gran misterio de la ceguera de los judíos, obra del príncipe de este mundo que es el padre de la mentira.) **Y a Mí porque os digo la verdad, no me creéis.** (Los judíos, acostumbrados a seguir la mentira del diablo, se rebelan contra Jesús, que dice la verdad, porque no ven en Él lo admirable de su sabiduría y la realidad de sus milagros, y en vez de alegrarse y seguirlo o al menos estudiarlo... se escandalizaban. Por esa razón Jesús señala con énfasis: y a Mí, como la antítesis entre su conducta y la del diablo.) **¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado? Y entonces; si digo la verdad. ¿Por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios, por eso no la escucháis vosotros, porque no sois de Dios**” (Es un doble argumento, o un dilema con que de nuevo les estrecha; o debéis convencerme de pecado y de mentira, o creerme, no podéis convencerme de mentira, luego necesariamente me habéis de creer. La verdad de Jesús es su fidelidad a la palabra y obra que el Padre le ha confiado. Dada esa fidelidad ¿por qué no aceptan sus testimonios? Porque vosotros tenéis especial relación con la mentira no sois de la verdad y por ello, ni sois de Dios, ni queréis escuchar sus palabras.) **A lo cual los judíos respondieron**

diciéndole: “¿No tenemos razón, en decir que Tu eres un samaritano y un endemoniado?” (Los samaritanos eran considerados por los judíos como enemigos de la Ley de Moisés y de la religión de sus padres, y eran mirados como cismáticos, y no tenían ningún comercio ni comunicación con ellos. Al primer baldón de llamarle samaritano no contestó el Señor, porque como era notorio a todo el mundo, no lo era ni aún por origen, ni por nacimiento, ni por costumbre o religión. La segunda afrenta de llamarle endemoniado fue para causar mayor impresión al vulgo, y hacerles creer, que hacía milagros por virtud de los demonios, como ya habían dicho otras veces, y así con estas ofensas se abstienen de responder; usan del ultraje y del insulto, cosa que Jesús hará notar seguidamente con una respuesta tan sublime como serena.) **Jesús repuso: “Yo no soy un endemoniado, sino que honro a mi Padre, y vosotros me estáis ultrajando.** (A la injuria responde con una mansedumbre soberana, rebatiendo los insultos que le profieren los judíos, honrando a su Padre. ¿Existe mayor y mejor fin que encumbra, ensalzar, ennoblecer y alabar al Padre?) **Más Yo no busco mi gloria;** (El único que merece ser infinitamente glorificado es mi Padre. Anteriormente había dicho: No busco mi voluntad, Jesús obra en todo como un Niño pequeño e Hijo ejemplar, frente a su Padre. Se nos ofrece así el modelo perfecto de la infancia espiritual que es la síntesis de las virtudes evangélicas, el remedio de nuestras malas inclinaciones, y la prenda de las más altas promesas.) **hay quién la busca** (Notemos la ternura de esta alusión de Jesús a su divino Padre. ¿Cómo no había de glorificar Él al Hijo amado y al Enviado fidelísimo que así afrontaba los insultos, y hasta la muerte ignominiosa, por cumplir la misión salvadora que el Padre le confió?) **y juzgará.** (Dios Padre juzgará a su tiempo a todos los que los hubieren despreciado.) **En verdad, en verdad, os digo, si alguno guardase mi palabra, no verá jamás la muerte.”** (Por la gloria que Jesús pedirá al Padre, levantando los ojos al cielo cuando la hora sea llegada, consistirá precisamente en poder darnos vida eterna, es decir, librar de la muerte a los que guardan su palabra. San Juan en su primera carta nos dice: *Escribo esto a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.*) **Respondiéronle los judíos: “Ahora sabemos que estás endemoniado. Abrahán murió, los profetas también; y tú dices: Si alguno guardase mi palabra no gustará jamás de la muerte. ¿Eres Tú, pues, más grande que nuestro padre Abrahán, el cual murió? Y los profetas también murieron; ¿Quién te haces a Ti mismo?”** (Los judíos interpretan mal la promesa de Jesús y no quieren ver su trascendencia., y aferrándose a la muerte material le preguntan con ironía ¿cómo puedes tu presumir de ser más importante que Abrahán y que todos los profetas? Ante tal pregunta Cristo va a hacer ahora una de las revelaciones más impresionantes. Es tan grave e importante la respuesta que necesita prepararla de tal modo que parece en cierto modo excusarse.) **Jesús respondió: “Si Yo me glorifico a Mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es quién me**

glorifica: Aquel de quién vosotros decís que es vuestro Dios; más vosotros no le conocéis. Yo sí que le conozco, y si dijera que no le conozco, sería mentiroso como vosotros, pero reconozco y conservo su palabra. (Si Yo me apropiara lo que es de otro, o buscara mi propia honra en lo que digo, mi honra no merecería aprecio. Pero hay quién cuide de mi honra, que es mi Padre. Si Yo me glorificase y fuese orgulloso, como vosotros pretendéis, mi gloria sería falsa. Es lo que Jesús ha establecido cuando les dijo: *quien habla por su propia cuenta, busca su propia gloria, pero quien busca la gloria del que le envió, ese es veraz y no hay en él injusticia.* Yo glorifico a mi Padre, Aquel a quien vosotros llamáis Dios de Israel, porque reconozco y le honro, al contrario de vosotros que sois mentirosos y obradores del mal, infieles y rebeldes a Dios, como vuestro padre el diablo.) **Abrahán, vuestro padre, exultó por ver mi día; y lo vio y se llenó de gozo.**” (Abrahán, a quien prometió Dios, que naciera de su linaje el Verbo Encarnado, deseó con ansia saber el tiempo en que se cumpliría esta promesa, y Dios se lo hizo conocer. Se cree que se lo reveló en el misterio del sacrificio de Isaac. Y así vio de lejos este misterio, y con los ojos de la fe, tal y como se deduce en la Epístola a los Hebreos. También los creyentes nos llenaremos un día de ese gozo, como vemos en los comentarios de San Pedro en el misterio de la segunda venida de Jesús, anticipándonos el gozo inmenso contenido en esa expectativa que San Pablo llama de bienaventurada esperanza. Es en efecto propio del hombre el alegrarse de antemano con el pensamiento de los bienes esperados, supone el amor, pues nadie puede desear el advenimiento de aquello que no ama. Y solo se ama lo que se conoce.) **Dijéronle, pues los judíos: “No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?”** (No sabiendo los años, que podía tener el Señor, no fueron escasos en aventurárselos, como si dijeran: Demos, que no eres un hombre de edad ¿cómo puedes haber visto a Abrahán, que hace tantos siglos que murió? Los judíos le miraban como hombre, y el Señor hablaba de Sí mismo como Dios.) **Dijoles Jesús: “En verdad, en verdad os digo: “Antes que Abrahán existiera. Yo soy.”** (Con anterioridad a que Abrahán fuese engendrado, naciera y viviera *Yo soy*, dice y no *Yo era*, lo que explica admirablemente la eternidad de su Ser, que expresa una existencia eterna, fuera del tiempo, esto es la naturaleza divina del Verbo y que San Pablo llama Espíritu eterno.) **Entonces tomaron piedras para arrojarlas sobre Él.** (Esta revelación de misterio tan sublime les pareció como una blasfemia horrorosa a la mayoría de sus oyentes. Su rabia ya no tenía límites; se hacía superior a su padre Abrahán, pretendiendo ser el único en conocer a Dios, prometía la vida eterna a los que creyeran en Él, los llama mentirosos e hijos del diablo, y, para colmo de audacia la declaración tan expresa de su divinidad, apoyada de otros infinitos testimonios, atribuyéndose privilegios y cualidades que solo a Dios competían, no solamente no sirvió para abrirles los ojos, sino que los llenó de furor. ¿Cómo consentir tantas blasfemias? Lanzando gritos de indignación echaron mano de un montón de piedras que allí había para las

obras del Templo, y armándose de ellas desearon lapidarlo.) **Pero Jesús se ocultó y salió del Templo.** (Al igual que en Nazaret, Jesús pudo evitar los golpes de los asesinos. Pareciendo su retirada una derrota a los ojos farisaicos, pero todavía no había llegado la hora de manifestar su poder.) (Juan 8,12-59) **¿Acaso hay alguien entre los jefes o entre los Fariseos que hayan creído en Él? Pero esa turba, ignorante de la Ley, son unos malditos.** (Parecía que había terminado aquel altercado violento en que por el color de la discusión se cambiaran palabras por piedras. Entonces llega esta tremenda confesión hecha por ellos mismos. ¿Veis que crea en ese hombre que vosotros alabáis, alguno de los príncipes de los Fariseos, que son los que entienden la Ley? Por tanto a estos debéis seguir, y no a ese hombre que por ignorar la Ley, es execrable y maldito de Dios. Solo habían creído los pequeños a quienes ellos, los jefes legítimos pero apóstatas, despreciaban como necios ignorantes, porque ellos se habían guardado la llave de las Escrituras y no entraban ni dejaban entrar. Este discurso es semejante al que podía hacer un ciego, culpando a la luz del sol porque no la veía, sin reparar que la falta está en sus propios ojos. Estos Fariseos pretendían autorizar recientemente su voluntaria ceguera con la multitud de otros ciegos semejantes.) **Más Nicodemo, el que había venido a encontrarlo anteriormente, y que era uno de ellos, les dijo: “¿Permite nuestra Ley condenar a alguien antes de haberlo oído y de haber conocido sus hechos?”** (Nicodemo, uno de ellos, y miembro del Sanedrín, sin la soberbia de ellos y con la humildad del que está abierto a la luz, y que había estado una noche buscando la verdad y había recogido en las palabras de Jesús la impresión de su divinidad, tiene ahora el valor de protestar delante de sus colegas y decirles sencillamente que no conocen la Ley.) **Le respondieron y dijeron: “¿También tu eres de Galilea? Averigua y verás que de la Galilea no se levanta ningún profeta.”** (A esta sólida pregunta de Nicodemo escuchada por la guardia del Templo, la policía del Sanedrín, y por sus correligionarios, venía a justificar su conducta; aunque el famoso doctor se vio atajado por una lluvia de insultos y de ironías, que pusieron al descubierto el apasionamiento de sus contradictores Fariseos, quienes respondían haciéndole presente los motivos que ellos tenían para mandar que se prendiese a Jesús. Y así responden apasionada y exageradamente con una doble injuria, primeramente tratándole de galileo, que en su opinión era un grande improperio, porque creían que no podía salir nadie bueno de Galilea, y en segundo lugar dándole en el rostro con una grosera ignorancia de las Escrituras.

Nicodemo pudo haber contestado que de Galilea habían salido Nihum y Jonás, profetas hartamente conocidos de todos los galileos, pero o bien los Fariseos sentaron aquella aserción ciegos de cólera o bien eran ciegos incurables. En ningún caso se referían al Mesías, porque ni por vía de hipótesis, admitieron que Jesús pudiera serlo.) **Y se fueron cada uno a su casa.** (Juan, 7,48-53).



La creación ha sido dada al hombre como diáfana ventana por la que puede penetrar la luz de Dios en su alma.

75 – CURA A UN CIEGO DE NACIMIENTO

Al pasar vio a un hombre, ciego de nacimiento. (Posiblemente cuando la fiesta de los Tabernáculos había terminado ya, y los odios habían quedado silenciados, aunque quedaban en los pórticos del Templo los ecos de la gran discusión con los Fariseos, Jesús vuelve de nuevo allí ve a un mendigo que pedía en una de las puertas con lastimera cantinela: limosna para el pobre ciego, que apartado día a día en aquel lugar privilegiado para miserables se había hecho popular. Era un ciego de nacimiento que Jesús se encontraba en un día de sábado.) **Sus discípulos le preguntaron: “Rabí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que naciese ciego?”** (La desgracia de este hombre hizo pensar a los Apóstoles en un problema moral: ¿Cuál ha podido ser la causa de que éste naciese ciego? ¿Sus pecados o los de sus padres? Bien sabían que este ciego no había podido pecar con pecado personal antes de nacer, y también que el pecado fue el que introdujo las enfermedades en el mundo, y que algunas veces castiga Dios en los hijos los pecados de los padres; pero al igual que los demás judíos en general, creían que todo el mal temporal era castigo de Dios, es decir que todo mal físico era consecuencia de un mal moral, concepto que rechaza el Señor es su respuesta. Por esto proponen al Señor esta cuestión, para que les instruyese, y dijese lo que pudiera haber ocasionado en este hombre una tal desgracia.) **Jesús respondió: “Ni él ni sus padres, sino que ello es para que sus obras de Dios sean manifestadas en él.** (Como vemos el Señor responde, que no es precisamente por sus pecados por los que Dios les había enviado aquella carencia, pues había otros muchos igualmente pecadores, a quienes no había acaecido semejante desgracia, y que Dios los envía a los hombres, o para castigar sus propios pecados, o en sus hijos las injusticias de sus padres en que tuvieron algún parte, o que los imitan; o para justificar y probar su virtud, o para hacer brillar las obras de su poder. En este caso parece que va a obrar un nuevo milagro que provocará entre amigos y adversarios la más profunda emoción que recrudecerá aún más los odios originados por el milagro de la piscina de Betsaida.

Como vemos en las respuesta de Jesús no existe una explicación del origen del sufrimiento, pero aprovecha la ocasión para dirigir la mirada de sus discípulos a comprender que las enfermedades no son un castigo caprichoso de Dios, sino la ocasión de una manifestación de amor y gloria.) **Es necesario que cumplamos las obras de Aquel que me envió mientras que es de día;** (Esto es, el tiempo, que debía estar en este mundo, y alumbrarle con la luz de su doctrina.) **viene la noche,** (El tiempo de su muerte, en que dejó de obrar visiblemente.) **en que ya nadie puede obrar.** (En estas palabras nos da el Señor un importantísimo aviso, esto es, que no perdamos los días, que nos han sido dados para que los empleemos en buenas obras que nos hagan merecer, porque llegará la noche de la muerte, en la que no podremos ya trabajar ni por nuestra propia salud, ni por la de los otros.) **Mientras estoy en el mundo, soy**

luz del mundo. (Nos dice Jesús que Él sigue realizando esas maravillas para las cuales fue enviado, hasta que la violencia se lo impida y empiece para *este mundo* la noche que perdurará *hasta que Él venga* según los oráculos de la Gloria y Parusía del Señor que son una luz previsor, pero ya preciosa mientras esperamos la aurora de la perfecta Luz que será la llegada del Señor. Nuestras lámparas en la noche de este siglo malo han de ser las profecías de que está llena la Sagrada Escritura, colmadas las dichas promesas para el alma y para el cuerpo, para la Iglesia y para Israel. En ellas, no menos que en la doctrina, está lo que San Pablo llama la consolación de las Escrituras. Si el viajero que temblando cruza una jungla poblada de fieras e insectos pestíferos, pudiera ir leyendo una alegre novela que absorbiese su atención ¿no viviría contento en este mundo olvidando en su espíritu la angustia que le rodea? ¿Qué cosa mejor que ese libro podrían ofrecerle para su felicidad presente? Eso es la Sagrada Escritura para el que atraviesa el mundo en el que a cada paso podemos ser víctimas de la maldad humana, de un crimen, de una injusticia o de una calumnia, de un accidente, de un contagio; de la miseria o de la guerra. Pero hay dos diferencias fundamentales: la novela consolaría con la ficción; en tanto que la Biblia consuela con la verdad. La novela haría olvidar el peligro, más no lo conjugaría; mientras que la Palabra de Dios le conjura, porque Dios es el único que puede proponer y promete, por añadidura, todo cuanto necesitamos para el tiempo presente, si ponemos nuestra atención en desear su Reino y su justicia. Porque *la fe es la substancia de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve*. Es por ello que la seguridad que la fe nos proporciona de las cosas invisibles es incomparablemente mayor que la alcanzada por medio de la ciencia humana. De ahí que la fe viva sea el único fundamento sobre el cual se puede apoyar la esperanza de los bienes venideros, para lo cual ha de estar animada por el amor, ya que sin éste no desearíamos los bienes. Muy necesario es avivar la fe. Tal es el objetivo de toda la Biblia. El único reproche hecho por Jesús a sus discípulos era la falta de fe, y es que, son tantas y tan distintas de la lógica humana las maravillas que Él nos propone creer en cada página del Evangelio, que por eso Él mismo nos dice que la fe es la vida del justo, porque si no es fingida nos lleva a obrar por amor. La prueba de que lo no se ve es sinónimo de seguridad y certeza, de confianza total, de crédito ilimitado a la Palabra de Dios, aunque a veces nos parezca un crédito en descubierto; de entrega sin condiciones, como la desposada que se juega toda su vida al dejar el hogar de sus padres para entregarse a un extraño. ¡Dichosos los que no vieron y creyeron! ¿Y nosotros? ¿Es así como creemos en Cristo? ¿Quién se atrevería a pretenderlo? Mientras así no sea, estaremos en falta de fe, y necesitamos creer en ello cada día, a cada instante. Tenemos, pues, que pedirla, porque es un don de Dios, y buscarla especialmente en las Sagradas Escrituras y en la Tradición, pues la fe viene de la Palabra; y no averiguar otra explicación para nuestras tristezas y faltas de espíritu o de conducta: todo viene de que no creemos a Jesús, pues si

le creemos, Él habita en nuestros corazones y vivimos de Él como el sarmiento en la vid. Sobre esto de creer a Cristo decía con fuerte ironía un predicador: *Conviene recordar bien de memoria todas y cada una de las Palabras de Jesús. A lo mejor resulta que son ciertas y que perdemos lo que en ellas se nos promete por no haberlas sabido o no habernos interesado en recordar lo que escuchamos con frialdad y escepticismo.*) **Habiendo dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva y le untó los ojos con barro. Después le dijo: “Ve a lavarte a la piscina de Siloe”, que se traduce “El Enviado”. Fue, pues, se lavó y volvió con vista.** (Nadie ha pedido un milagro, y nadie lo esperaba, sin embargo un nuevo milagro se iba a realizar aquel sábado en que según la Ley no se podía hacer ni un nudo, encender una lámpara, escribir dos letras, ni hacer barro y mucho menos untar los ojos, que es lo que acababa de hacer Jesús con su propia saliva. Y esto lo hace para que crean en Él, y elige para ello una piscina, que por una secreta disposición de la Divina Providencia se la había dado el nombre se Siloe, esto es *el que ha de ser enviado*, a cuyas aguas debía comunicar el *Enviado* de Dios la virtud de dar la vista a un ciego de nacimiento; siendo esto la figura del Bautismo, en donde nuestras almas son lavadas e iluminadas por el Espíritu Santo, y representando ellas al vivo todas las gracias que nos vienen por los méritos del Mesías verdadero. El Señor con sola su palabra pudo curarle, pero quiso que precediéndolas estas disposiciones para probar su fe, lo mismo había ya practicado Eliseo con Naamán, cuando le envió a lavarse siete veces al río Jordán, quién se mostró resentido del modo que tenía el Profeta de portarse con él; y ya empezaba a retirarse, diciendo con un tono enfado: *Yo pensaba que este Profeta invocando sobre mí el nombre de su Dios y que al menos tocándome con su mano, me curaría la lepra.* Y mostrando así su indignación, ordenó volverse a Siria. Entonces sus criados más serenos que él, le hicieron razonar diciéndole: Si el Profeta os hubiese mandado alguna cosa dificultosa, ciertamente, conociéndoos como os conocemos, estamos seguros que la habríais hecho, luego ¿por qué no obedecerle en algo tan sencillo para curar vuestra lepra? Naamán se rindió a este razonamiento y se lavó siete veces en las aguas del Jordán, y al instante quedó perfectamente curado. Los sentimientos de gozo, de admiración y de agradecimiento se sucedieron a los de indignación y exclamó: *Se ciertamente que no hay otro Dios en toda la tierra que el que hay en Israel.* Eliseo, animado y conducido por el espíritu de Dios, admira y alabó su fe y su celo, y le dio a conocer que el culto al verdadero Dios no está ligado a un país, ni a una tierra particular y que en todas partes se puede amar y servir a Dios. En la resolución y curación de Naamán el leproso se reconoce la figura de la gentilidad llamada al Evangelio y el símbolo del Bautismo que limpia al alma de la lepra del pecado, y se encuentra también el modelo de una conversión perfecta por una entera mudanza de costumbres y de conducta probada previamente su fe. Y por esa misma razón mandó al paralítico, a quien curó también en sábado, que cargase

con el lecho en que yacía, y así confundir a los fariseos, quienes por aquellas leyes de su capricho, y que ellos habían añadido a la Ley de Dios, hacían consistir la religión deslavado en ciertas menudencias y observaciones que no eran sino hipocresía y superstición, y por la misma razón mando al paralítico a quien curó también en sábado, que cargase con el lecho en que yacía.) **Entonces los vecinos y los que antes lo habían visto - pues era mendigo-dijeron: “¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna?” Unos decían: “Es él, otros: “No es él, sino que se le parece. Pero él decía: “Soy yo”** (Sin duda alguna el ciego era un personajillo conocido en aquellos lugares cercanos al Templo, y en una de sus puertas acostumbraba a mendigar. Con la curación su rostro cambió notablemente pues sus ojos ahora tenían vida, por lo que existieron las dudas sobre la personalidad de este hombre que él mismo daba fe de su curación y de su persona. Así comienza la crítica de este milagro.) **Entonces le preguntaron: “¿Cómo, pues, se abrieron tus ojos?” Respondió: “Aquel hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó con él los ojos y me dijo: “Ve al Siloe y lávate”. Fui, me lavé y vi.”** (No le preguntan sobre la curación misma, que esta gente da por cierta, sino por el modo como se ha realizado la curación misma. El apaga su curiosidad contándoles brevemente lo sucedido, sin saber que Jesús es el Mesías, pues el ciego ve en Él a un hombre.) **Repreguntaron: “¿Dónde está Él?” Respondió: “No lo sé”. Llevaron, pues, los Fariseos al que antes había sido ciego.** (Jesús había desaparecido de la escena, dejando libre a sus adversarios para que indagasen y criticasen este milagro. No olvidemos que la curación se ha efectuado a distancia de Jesús y que hasta que los Fariseos excomulguen al recién curado, no aparecerá en presencia del Salvador para darle la vista del alma y recibirle en el círculo de sus discípulos.) **Ahora bien, el día en que Jesús había hecho barro y le había abierto los ojos era sábado. Por lo que volvieron a preguntarle los Fariseos cómo había llegado a ver, les respondió: “Puso barro sobre mis ojos, y me lave, y veo”. Entonces entre los Fariseos, unos decían: “Ese hombre no es Dios, porque no observa el sábado”. Otros, empero, dijeron: “¿Cómo puede un pecador hacer semejante milagro?” Y estaban en desacuerdo.** (Ahora es interrogado de forma oficial por los Fariseos, siendo la respuesta del interrogatorio concisa y seca. Existen divisiones de opiniones, aunque los más apasionados critican a Jesús como doble violador del sábado al hacer barro y untarlo en los ojos del ciego.) **Entonces preguntaron nuevamente al ciego: “Y tú, ¿qué dices de Él por haberte abierto los ojos?” Respondió: “Es un Profeta.”** (Todavía no está seguro de que sea el Mesías, aunque ve en Él un hombre santo, un hombre eminente en virtud y en doctrina, un enviado de Dios. Más tarde lo confiesa plenamente.) **Mas los judíos no creyeron que él hubiese sido ciego y que hubiese recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista. Le preguntaron: “¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues ¿cómo ve ahora?” Los padres**

respondieron: **“Sabemos que estás nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo es que ve ahora no lo sabemos; y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco sabemos. Preguntárselo a él: edad tiene, él hablara por sí mismo.”** (La pasión no es buena consejera y es la que les hace dudar y sin estar convencidos del milagro niegan el hecho de la ceguera, y llaman a sus padres para sonsacarles con mala intención y dando a entender la respuesta que buscan. Querían pues, sin duda, que lo dijese que no era aquel su hijo, o que no había nacido ciego, lo que les bastaba para disminuir el crédito de un milagro. Pero los padres intimidados confiesen que era su hijo, y que había nacido ciego; pero añadieron, que no sabían cómo veía ni quién le había devuelto la vista, y por esa misma razón remitieron al testimonio de su hijo, de quién decían que tenía edad para poder hablar y ser creído en juicio, ya que entre los hebreos era la de trece años.) **Los padres hablaron así, porque tenían a los judíos. Pues éstos se habían ya concertado para que quien quiera lo reconociese como Cristo, fuese excluido de la Sinagoga. Por eso sus padres dijeron: “Edad tiene, preguntarle a él.”** (Esta es una especie de excomunión, por la que separaban del trato y comunicación de los otros, a los que eran convencidos de impiedad y de irreligión.) **Entonces llamaron por segunda vez al que había sido ciego, y le dijeron: “¡Da gloria a Dios! Nosotros sabemos que este hombre es pecador.”** (Esta es una fórmula solemne, con que se pretendía obligar a decir la verdad al que se le preguntaba, como si dijeran: Para gloria de Dios confesarnos toda la verdad del hecho. Pero no es esta la que buscaban, sino tapan la boca al ciego, e intimidarle para que se desdijese de lo que antes había confesado. Nosotros, dicen, que somos los doctores de la Ley, las cabezas del pueblo, y los jueces en materia de religión, sabemos que ese hombre es un pecador, un hombre malo y perverso que desafía la ley del sábado. ¿Qué es lo que dices tú de Él?) **Más el repuso: “Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que yo era ciego y que al presente veo.” A lo cual repreguntaron otra vez: “¿Qué te hizo? ¿Y cómo te abrió los ojos?”** (A mí no me toca juzgar, les respondió, si es, o no, lo que vosotros decís; me toca declarar solemnemente lo que sé. Sé que era ciego, y no me engaño en lo que digo; y sé, y tampoco me engañáis vosotros, cuando digo, que ahora veo claramente. A esta respuesta tan sencilla, y tan fuerte, quedaron como mudos para poderle replicar, y volvieron otra vez a su primera pregunta.) **Contestóles: “Ya os he dicho, y no lo escucháis. ¿Para qué queréis oírlo de nuevo? ¿Queréis acaso vosotros también haceros sus discípulos?** (Cansado ya de tanta importunidad, y conociendo que sus preguntas no eran dirigidas a informarse de la verdad, sino a oscurecerlas y en calumniarle, les respondió con firmeza, y en tono irónico les dio en rostro con la incredulidad.) **Entonces le indujeron y le dijeron: “Tu sí eres su discípulo; nosotros somos los discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés; pero éste, no sabemos de donde es.”** (La ironía que se revela en la pregunta del ciego excita extremadamente a los Fariseos, que son

los verdaderos ciegos; en efecto, el pecado de su incredulidad es la ceguera voluntaria que deliberadamente niega la evidencia de los hechos. Es el pecado contra la luz y en consecuencia contra el Espíritu, el que no tiene perdón, porque no es obra de la flaqueza sujeta a arrepentirse, sino de la soberbia reflexiva y de la hipocresía que encubre el mal con la apariencia del bien para poder defenderlo. La antítesis entre *Tú* y *nosotros* respira soberbia y desprecio en la derrota farisea.) **Les replicó el hombre y dijo: “He aquí lo que causa admiración, que vosotros no sepáis de donde es Él, viendo así que me ha abierto los ojos.”** (El que era ciego y ahora ve, se indigna con los otros ciegos, y en el mismo tono de ironía les dice: Por cierto es una cosa asombrosa, que vosotros que entendéis las Escrituras, e instruíis a los otros, no alcancéis de dónde sea Aquel, que ha abierto los ojos a un ciego de nacimiento, y que yo, aunque rudo e ignorante, alcanzo, que Dios no oye a pecadores para obrar una maravilla como la que ha obrado conmigo, y tal, que no se ha oído semejante desde que el mundo es mundo. Además de esto entiendo, que este hombre es de Dios, pues le honra, y cumple su voluntad, porque Dios le oye; de lo contrario no podía hacer tales prodigios, porque Dios que es la Verdad, no concede a un impostor el poder de autorizar sus mentiras con milagros.) **Sabemos que Dios no oye a los pecadores, pero al que es piadoso y hace su voluntad, a ese le oye. Nunca jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si Él no fuera Dios, no podría hacer nada.”** (El ciego habla como que aún no estaba enteramente iluminado en el espíritu; porque es cierto, que Dios oye a los pecadores, que de veras le busca como se vio en el Publicano, y en otros lugares de la Escritura. Y aún algunas veces concede a los pecadores las gracias extraordinarias que los teólogos llaman *gratis datas*, como el don de profecía, de milagros, etc. Así profetizó Caifás, como dice el Evangelio, y de históricas fidedignas costa haber Dios obrado milagros por medio de pecadores, y aún infieles.) **Ello le respondieron diciendo: “En pecados naciste todo tú, ¿y nos vas a enseñar a nosotros? Y lo echaron fuera.** (Una vez más los Fariseos recurren al insulto, a faltas de argumentos y ponen en práctica lo que tenían resuelto cuando hablaron con los padres del ciego. ¿Naciste ciego, has vivido pidiendo una limosna, y lleno de arrogancia pretendes venir ahora a enseñarnos a nosotros, que sabemos los ápices de la Ley? Del concilio o sala donde estaban congregados algunos le echaron de la Sinagoga. Algunos dicen que le excomulgaron.) **Supo Jesús que lo habían arrojado, y habiéndolo encontrado, le dijo: “¿Crees tú en el Hijo del hombre?”** (Llenos de despecho y acorralados le habían echado de la Sinagoga y entonces debieron empezar las preocupaciones para este hombre excomulgado, y Jesús sabedor de su generosa sinceridad aprovechó la ocasión para buscarle y encontrarle en los alrededores del Templo. Quiere consolar al perseguido por la justicia y completar su curación llevándole a la plenitud de la fe: ¿Estás dispuesto a creer en el Mesías?) **El respondió y dijo: “¿Quién es, Señor, para que crea en**

Él? (El pobre hombre reconoció la voz milagrosa, la voz inolvidable que le había ordenado lavarse en la piscina; y es por lo que le llama Señor. En cambio nosotros seguimos formulando la misma pregunta del ciego, una y otra vez, sin saber reconocer la voz de Aquel que tantas veces nos ha curado mandándonos lavar en el agua de su perdón.) **Díjole Jesús: “Le estás viendo, es quien te habla.”** (Esto es, tú le ves al presente, o también puede interpretarse: tú le has visto experimentando en tí su divina virtud cuando te di la vista. Jesús se define abiertamente como la Palabra por excelencia: el Verbo, el Logos.) **Y él repuso: “Creo, Señor”, y le adoró.** (El hombre indica con respeto su fe en el Hijo del hombre, por eso sigue el acto de adoración.) **Entonces Jesús dijo: “Yo he venido a este mundo para un juicio, para que vean los que no ven; y los que ven queden ciegos.”** (Este es, pues, el juicio: que la luz ha venido al mundo, y los hombres han amado más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Para hacer brillar este terrible juicio, que los que reconocen de buena fe su ceguera, sean alumbrados de la luz divina; y los que confían en sus propias luces, sean castigados por la ceguera de su corazón; porque no hay que olvidar que *Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da gracia*. Los soberbios serán heridos de ceguera espiritual, ceguera culpable que los hará perderse, y *por eso Dios les envía poderes de engaño, a fin de que crean la mentira, para que sean juzgados todos aquellos incrédulos a la verdad, los cuales se complacen en la justicia*.) **Al oír esto, algunos Fariseos que se encontraban con Él, le preguntaron: “¿Acaso también nosotros somos ciegos?” Jesús les respondió: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado. Pero ahora decís: “Vemos”, vuestro pecado persiste.”** (Nótese la estupenda dialéctica del Maestro. El rechazo que ellos hacen de la imputación de ceguera, se vuelve en su contra, como un *argumentum ad hominem*, mostrando así que su culpa es aún mayor de lo que Jesús les había dicho antes. Si conociereis vuestra ceguera, recurriríais a Aquel, que puede curarla, y os libraría de vuestros pecados; más por cuanto no la reconocéis, y os tenéis por *los Videntes*, ni buscáis al Médico, que os pudiera curar; por esto permaneceréis en la ceguera de vuestro pecado, o vuestro pecado permanece en vosotros, y os tiene ciegos, y por lo mismo incurables.) (Juan 9, 1-41) **Y de nuevo los judíos se dividieron a causa de estas palabras. Muchos decían: “Es un endemoniado, está loco. ¿Por qué le escucháis?” Otros decían: “Estas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos a un ciego?”** (Los mismos hechos y las mismas palabras de Jesús son interpretados de diversa manera, según la diversa disposición de los hombres. Unos se ponen en contra, otros a su favor, lo mismo ocurrirá con el milagro de la resurrección de Lázaro. De entre todas las enfermedades del alma no hay otra más mortal, ni de que cure menos, que la ceguera. Como el alma no advierte el peligro, tampoco busca el remedio. Pero ¿a cuantas caídas no está expuesto un ciego? Y más caminando, durante esta vida, por un camino pedregoso y lleno de precipicios.

¿Cuántos tropezones no es preciso que dé? Es imposible andar mucho tiempo por él sin caerse. La ceguera espiritual no es menos ceguera del corazón que del entendimiento. El desarreglo del corazón es el principio de esta enfermedad, la cual se comunica muy presto al entendimiento. En la ceguera del alma pasa lo mismo que en la del cuerpo: son muy semejantes sus causas y sus síntomas, como también sus efectos. Una abundancia de humores acres y malignos debilita primero el órgano de la vista, y después la extingue. Los dolores cesan con la vista. Un ciego no siente dolor; pero no ve. La corrupción del corazón causa bien presto aquellos vapores espesos y malignos que debilitan y oscurecen los ojos del alma. Al principio los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada punzan y duelen; pero, en fin, sus puntas se embotan con la continuación del desorden. La razón se oscurece y se nubla; el alma no siente ya dolores, la fe no obra como antes; y faltándoles estas luces al alma, pierde la vista, y que ciega: o cuando no tanto, los vapores espesos que las pasiones levantan la impiden el que vea la luz; y en medio de estas espesas tinieblas del alma se adormece, y por último viene a quedarse del todo dormida. Por más que se la llame, por más que se la grite y se haga ruido alrededor de ella, nada oye, porque está en una especie de letargo espiritual. La sordera es compañera inseparable de la ceguera espiritual. Bien puede tronar, bien pueden caer rayos a su lado; como el alma casi no ve ni aún los relámpagos, ni oye todavía algún ruido, se imagina siempre que el trueno resuena muy lejos de ella; de aquí viene aquella funesta insensibilidad que bien presto se convierte en un terrible endurecimiento. En este estado nada la hace impresión: las verdades más espantosas de la Religión, las amenazas más terribles, los accidentes capaces de asustar a los corazones más bien dispuestos, no la mueven. ¡Qué estado, buen Dios, más funesto, y que esperanza de conversión!

Además de la ceguera corporal hemos de considerar, en este relato evangélico, dos suertes de ceguera espiritual; la una es de pecado, y la otra que es efecto y castigo del pecado. La primera es una rebelión, una resistencia actual a las saludables ilustraciones y piadosos movimientos de la gracia, cuando el pecador cierra voluntariamente los ojos a esta luz viva, y endurece su corazón contra sus más fuertes impresiones. La segunda es el hábito contrario por esta frecuente resistencia, y éste es propiamente un estado de ceguera a que el pecador se ha reducido por su criminal obstinación. A fuerza de cerrar los ojos a las luces de la gracia, hace que Dios permita quedar cerrados, por decirlo así. ¡Qué estado, Señor, más infeliz y más espantoso! Se desespera de un enfermo curado se le ve en un letargo que le embarga el uso de todos los sentidos: ¿y habrá mucha esperanza de que salve un pecador sepultado en una ceguera que lo hace insensible? Todo pecador es ciego; porque, en fin, si se viese la justicia y santidad del mandamiento que se quebranta, la majestad y la bondad de Dios a quien se ofende, el rigor del castigo que se merece, el colmo de desdichas en que se precipita el que peca, y la enormidad del delito que se

comete, ciertamente no habría pecados ni pecadores; pero la pasión ciega, y se sacrifica a la pasión la obligación, el reposo, los intereses, y hasta la misma salvación. Pero a lo menos, esta ceguera común a todos los pecadores es sólo accidental, y así pasa y se acaba. Pero cuando uno es ciego por elección y de propósito deliberado; cuando se cierran los ojos a la luz de la gracia, y cuando, por último, en castigo de una malicia tan insigne, deja Dios al alma en aquella horrenda ceguera que ella se había atraído, por su culpa. ¿Quién le estorbará el que caiga en el precipicio? Después de esto, ¿debemos extrañar el que aquellas terribles verdades, que han hecho tantos ilustres penitentes en todos los estados, que en todos los tiempos han convertido a los más insignes pecadores y a las naciones bárbaras, el que aquellas verdades tan poderosas, que hicieron tantos millones de mártires, no muevan ni den golpe al pecador que yace en una profunda ceguera? ¡Cuántos de estos desventurados ciegos se han visto morir en una insensibilidad espantosa!

¡Ah, Señor, vengan sobre mí todas las desdichas de la vida antes que esta espantosa ceguera! Castigadme de todos modos, con tal que no tenga yo la desgracia de vivir y morir ciego. Nada os costó el dar la vista al ciego de nacimiento; curad mi ceguera por vuestra misericordia. ! Señor, no permitáis que yo cierre jamás los ojos a las luces de vuestra gracia, y cuando alumbréis mis ojos libradme para siempre de esta mortal ceguera.) (Juan 10,19-21).



**TU QUID DICISDE ILLO,
QUI APERUIT OCULOS TUOS?**



La sencillez consiste en hacer el viaje de la vida llevando solamente el equipaje necesario.

76 – MISION DE LOS SETENTA Y DOS

Después de esto, el Señor designó todavía otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de Él a toda ciudad o lugar, adonde Él mismo quería ir. (Habiendo ya elegido los doce Apóstoles, como si el Salvador hubiese querido elegir un Apóstol para cada tribu; quiso, además de los doce, elegir setenta y dos Discípulos, seis personas por tribu al modo de Moisés, para que trabajasen bajo la dirección de los Apóstoles. Por esto toda la autoridad ha reconocido a los obispos por sucesores de los Apóstoles, y a los sacerdotes por sucesores de los Discípulos, y los envía de dos en dos, porque un hermano asistido por un hermano es como una ciudad fortificada, y también para que se ayuden y reconforten mutuamente en la fatiga y sucesos de su ministerio.

La misión de estos discípulos fue sin duda alguna una empresa de mucha alegría y carente de dificultades. Ahora es un ensayo misionero que anuncia la inminencia del reino y el arrepentimiento, sin mencionar a Cristo. Después no será así. En los días de la Iglesia, inmediatamente después de la Ascensión del Señor, seguirán predicando, por supuesto, penitencia, pero será una penitencia en nombre de Cristo. El contenido del mensaje, genéricamente descrito, lo integrarán las cosas relativas a Jesús. Proclamarán, ante todo y sobre todo, la muerte y resurrección del Salvador, y a este hecho expuesto siempre en lugar destacado, habrán de subordinarse las restantes enseñanzas. Este es el Evangelio, la Buena Noticia que es menester difundir. Los Discípulos serán por encima de toda otra consideración, los testigos de Cristo y además los Apóstoles serán también guardianes del depósito de la fe y ministros de la palabra, y su deber consistirá en conservarla pura, pese a quien pese y aunque suscite escándalos no omitirla y silenciarla. Interesa subrayar, sobre todo que siendo mensajeros de Jesús, ni Él los puede abandonar ni ellos tienen derecho a desfigurar su recado, porque el que bien claro lo dice el Señor: *a quién vosotros oye a Mí me oye. Vosotros predicarme fielmente, a cambio Yo os defenderé, sostendré vuestro corazón, moveré vuestra lengua, dormiré junto a vosotros en la cárcel, y con vuestra misma sangre, vertida en mi honor, mezclada a impropia sangre preciosa, os haré un manto de púrpura, un manto de gloria.* Persuadiros que por vosotros mismos no valéis nada. Que cuando levantéis vuestra mano para perdonar, será la mano del Señor la que se alza; cuando consagréis el pan y el vino, serán las palabras de Cristo las que lo transformen en su cuerpo y en su sangre. Diréis yo sabiendo que es Cristo quién habla. Es decir, los frutos no os pertenecen. Porque este es el verdadero Proverbio: *que uno es el que siembra y otro el que siega: Yo os envío a segar lo que no trabajaréis; otros lo trabajaron y vosotros os aprovecharéis de su trabajo.* Desconfiad de todo medio humano. La Verdad

ha de transportarse siempre en vehículos sencillos y pobres, envuelta de tal suerte en la última oscuridad para hacer posible la fe.

Por esta predicación, que han de hacer a partir de la Ascensión, les amonesta y les dice que sean prudentes y sencillos y que se guarden de los hombres inicuos, quienes os perseguirán y os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles de mi amor.) (Lucas 10,1) **Y les dijo: “Id, os envío como corderos entre lobos.** (El aviso se da mirando a las persecuciones y trabajos que les esperan. La antítesis entre lobos-corderos hay que referirla a la inocencia y sencillez apostólica comparada con la maldad y pasiones del mundo judío y pagano que tienen que convertir.) **No llevéis ni bolsa, ni alforja, ni calzado,** (Esto es, no tengáis ni oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestra bolsa. La intención del Salvador no era publicar a sus Apóstoles y discípulos a andar a pies descalzos, ni prohibirles el uso de un báculo para descansar en él; solo quiere darles el espíritu de pobreza, remortificación, de desinterés, de desapropio y de confianza con que los operarios del Señor deben trabajar en su viña, siempre prontos a ponerse en camino, sin hacer provisión de nada de cuanto les sería necesario para vivir cómodamente mientras durasen sus correrías evangélicas. Quiere que vayan con el equipaje de unos simples caminantes sin llevar víveres en sacos, sin ir cargados de bultos innecesarios, que es lo que se entiende, ni de muebles inútiles, sin que tengan ni zapatos ni vestido que mudar; porque Dios provee siempre a las necesidades de los que en sus misterios sólo buscan su gloria y la salvación de las almas, y no quiere en su servicio operarios sensuales y delicados.) **ni saludéis a nadie por el camino.** (Esto es, no os obstaculicéis ni aún en saludar a nadie. Era costumbre entre los pueblos orientales saludarse con muchas ceremonias, y con muchas preguntas y respuestas. Por ello el Señor les advierte y encarga, que cuando van a un negocio de la mayor importancia, como el de anunciar a los pueblos el reino de Dios, no pierdan el tiempo en semejantes e inútiles ceremonias.) **En toda casa donde entréis, decid primero: “Paz a esta casa”.** (Hijo de la paz es aquel temeroso de Dios que está dispuesto a aceptar la palabra de Dios. Hermosa fórmula de saludo, con el que se desea toda prosperidad, felicidad y bendición, que debemos usar en la vida diaria, del mismo modo que se usa en la liturgia.) **Y si allí hay un hijo de paz, reposará sobre él la paz vuestra; si no, volverá a vosotros.** (Que sea digno de vuestra paz evangélica. Que esté en disposición de aceptar la doctrina del Evangelio, en que se anuncia la paz y reconciliación de Dios con los hombres.) **Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es acreedor a su salario. No paséis de casa en casa. Y en toda ciudad en donde entréis y os reciban comed lo que os pusieren delante. Curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: “El reino de Dios está llegando a vosotros.” Y en toda ciudad en donde entréis y no os quieran recibir, salid por sus calles y decid: “Aún el polvo que de vuestra ciudad se pegó a nuestros pies, lo**

sacudimos (dejándolo) **para vosotros. Pero sabedlo, ¡el reino de Dios ha llegado!**” (Esto es, aunque os he dicho que el obrero que trabaja debe ser alimentado, y por consiguiente que se os debe dar lo necesario para que podáis vivir, esto no obstante, no debéis ser molestos en las casas, y os habéis de contentar con lo que os pusieren delante, con tal que sea lo suficiente para poder vivir. De este modo recibir lo que os es debido, y al mismo tiempo mostráis vuestro desinterés, y lo que buscáis de los prójimos es la salvación de sus almas. Quiso al mismo tiempo darles a entender el Señor que estaban libres del yugo de la Ley por lo relativo y tocante a la diferencia de los manjares puros e impuros, en la que los doctores de eran impertinentes y supersticiosísimos. La gratitud se muestra en curar a los enfermos y en predicarles el reino que inaugura el Mesías, en el cual serán reconocidos los derechos de Dios, y en donde los hombres alcanzarán la salvación, puesto que ya ha bajado del cielo y a pesar de que os reciban mal o no os reciban además de sacudir el polvo predicad el Evangelio del reino.) **Os digo que aquel día será más tolerable para los de Sodoma que para aquella ciudad.**” (Para Cristo el rechazo de los predicadores del Evangelio es el peor de los agravios, pues bien claro nos lo dice: *El que me rechaza y no acepta mi palabra, ya tiene quien le juzgará.* Según esto, el no querer escuchar la Palabra de Cristo es peor que, después de haberla escuchado, no cumplirla.) (Lucas 10, 3-12) **Entonces se puso a maldecir a las ciudades donde había hecho el mayor número de sus milagros, porque no se habían arrepentido.** (Ignoramos y no tenemos noticias en los Evangelios de cuales fueron los milagros obrados y la predicación del Señor en esas ciudades maldecidas por la falta de penitencia de sus habitantes. Sin embargo, yo creo a pesar de este silencio escrito, que Jesús predicó y obró muchos milagros en estas ciudades, y que si se han omitido al igual que otros muchos hechos conocidos por los primeros cristianos y que nos transmitieron oralmente los testigos que lo presenciaron.) **“¡Ay de ti Corazín! ¡Ay de ti Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los prodigios que han sido hechos en vosotras, desde hace tiempo se habrían arrepentido en saco y ceniza.”** (Comenzó entonces a increpar a las ciudades en que había hecho muchos milagros, porque no habían hecho penitencia. Estas ciudades eran vecinas de Cafarnaúm. Las tres son aquí maldecidas por su incredulidad e infidelidad a los privilegios de que se gloriaban, siendo sus habitantes más dignos de castigo que los de las ciudades fenicias y paganas de Tiro y Sidón, porque habían recibido mayores gracias al escuchar la doctrina de Cristo y presenciar sus numerosos milagros, y sin embargo no habían hecho penitencia de sus pecados por carecer del arrepentimiento interno, que de tenerlo lo hubieran mostrado con las señales exteriores que solían acompañarse en los días de luto y de calamidades públicas, como era el vestido áspero y grosero de arpillera y la ceniza esparcida sobre sus cabezas como muestra de un mayor sufrimiento, y que Jesús lo hubiera hecho por ellos con tal que aquellos se hubiesen con ello

arrepentido. El ¡Ay! del Señor se ha cumplido de modo espantoso, pues las ruinas de estas ciudades lo denuncian hasta hoy.

Muy parecida aptitud existe en aquellos cristianos que se contentan y glorían con el solo nombre de tales y con la vinculación exterior a la Iglesia sin vivir la doctrina de Jesucristo, por lo que al final de su existencia oirán la voz del Señor que maldiciéndoles terriblemente les dirá: *¡Alejaos de Mí obradores de iniquidad! Jamás os conocí.*) **Por eso os digo, “que el día del juicio será más soportable para Tiro y Sidón que para vosotras.”** (Si nos preguntásemos ¿por qué el Evangelio no ha sido predicado, y tampoco obrado todos esos milagros en Tiro y en Sidón, puesto que Jesucristo declara que hubieran creído y hecho penitencia? Hemos de responder que Jesucristo nuestro Señor nos descubrió en estas palabras, que son de la misma verdad, la profundidad del misterio de la predestinación. Pues los juicios de Dios nos son desconocidos, así como los misterios de su conducta que guarda con cada uno de los hombres son verdaderamente impenetrables a nuestra corta y limitada capacidad. San Pablo, hablando de estos profundos arcanos en su carta a los Romanos, exclama y dice: *¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inapelables sus caminos! ¿No será temeridad y presunción querer nosotros escudriñarlos y comprenderlos?*) **“Y tú Cafarnaúm, ¿acaso habrás de ser exaltada hasta el cielo? Hasta el abismo serás abatida. Porque si en Sodoma hubiesen sucedido las maravillas que han sido hechas en ti, aún estaría ella en pie el día de hoy. Por eso te digo que en el día del juicio será más soportable para la tierra de Sodoma que para ti.”** (Separadamente y con frases aún más severas dirige Cristo sus quejas contra Cafarnaúm, ciudad privilegiada, elegida como principio de su vida pública y centro de sus actividades apostólicas, y en donde había establecido su domicilio, cuyas plazas y calles habían sido testigos tantas veces de su predicación y de tantos y tantos prodigios allí obrados, tampoco respondió al llamamiento de Cristo, quien la compara con Sodoma, desaparecida totalmente por sus enormes pecados, pero que hubiese subsistido si en ella se hubiesen obrado los milagros que hizo en Cafarnaúm, pues se habría convertido. El Señor les dice más aún, en el día del juicio la sentencia que caerá sobre los catarinitas será más severa, porque su pecado es mayor, que la que acaecerá a los sodomitas.

A pesar de todas las traiciones y maldiciones, a pesar de esas ruinas que dejan abatido el corazón de quién hoy bordea el lago, sabemos que los nombres de Corazín, Betsaida y Cafarnaúm son nombres que no pertenecen únicamente a la arqueología. Son ciudades como estrellas lejanas que hoy día iluminan aunque hace siglos que se apagaron.

Corazín, Betsaida y Cafarnaúm amadas y malditas. El orden inverso es igualmente válido: Cafarnaúm, Betsaida y Corazín malditas y amadas.

Estos versículos deben hacernos recapacitar sobre nuestros pecados. Los pecadores anteriores a la venida del Salvador serán juzgados con menor rigor

que los nuestros, puesto que ofendemos al Señor a sabiendas que Él padeció, sufrió y murió por redimirnos.) (Mateo 11, 20-24).

Entretanto (Esto denota que mientras los discípulos habían ido a cumplir su mandato, el Maestro había continuado su actividad en la predicación de la Buena Nueva) **los setenta y dos volvieron y le dijeron llenos de gozo: “Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre.”** (Parece que este gozo que mostraban los discípulos a su regreso, iba acompañado de alguna imperfección y afecto humano; porque no tanto daban muestras de su contento por la fe y aprovechamiento que habían visto en las pruebas, como por ver que se les sujetaban los demonios.)

Díjoles: “Yo veía a Satanás caer como un relámpago del cielo. (Descubriendo Jesús en ellos una complacencia demasiado natural, quiso corregir todo lo que veía en ellos de más defectuoso. Dándoles a entender con esto, que el más noble y más perfecto ángel se había perdido por la soberbia: que por más santo y favorecido de Dios que uno sea, debe humillarse; y por más prodigios que obre, y por más fruto que haga, debe creer que es un siervo inútil. Aquí Jesús es como si les dijera: Tened presente la caída de Satanás, y guardaos bien de la vanagloria y soberbia que en un punto le derribaron del cielo, y le hizo pasar de la mayor felicidad a la mayor miseria. No creáis que me estéis diciendo algo nuevo; porque desde el momento mismo de mi Encarnación veía yo que iba a caer y ser destruido todo el poder de Satanás, y a establecer el reino de Dios por la predicación del Evangelio

En la misma visión profética que nos hace muestra el Apocalipsis de San Juan: *Y fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, que se llamó el Diablo y Satanás, el engañador del universo. Arrojado fue a la tierra, y con él fueron arrojados sus ángeles;* y que anteriormente ya había anunciado Daniel en la visión profética de los últimos tiempos cuando San Miguel, el gran príncipe y defensor de los hijos de tu pueblo salvará a los escogidos inscritos en el libro de la vida y que tienen derecho al reino de los cielos.) **Mirad que os he dado potestad de caminar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo poder el enemigo y nada os dañará.** (De esta potestad tenemos un buen ejemplo en los Hechos de los Apóstoles cuando San Pablo al echar leña al fuego en la isla de Melita, del ramaje le salió una víbora y le prendió en la mano. *Más él sacudió el reptil en el fuego y no padeció daño alguno.* Dándoles a entender al mismo tiempo, que todo el poder del infierno figurado por la serpiente y escorpiones, no puede dañar ni ofender a los que Dios tiene bajo su divina protección.)

Sin embargo no habéis de gozaros en esto de que los demonios se os sujetan, sino gozaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo. (No hemos de ver reproche en estas palabras, sino el deseo de purificar el gozo de aquel retorno triunfal, que en buena teología, es como decir: Gozaos si están escritos vuestros nombres en el libro de la vida. Donde se entiende que no se debe el hombre gozar sino en ir camino de ella, que es hacer las obras en

caridad; porque ¿qué aprovecha y qué vale delante de Dios lo que no es amor de Dios?

Más por cuanto a ninguno ha revelado Dios su predestinación según Ley general de su Providencia sobrenatural, de la que nos consta expresa y auténticamente que haya dispensado en particular a nadie, debe entenderse que aquí el Señor habla del estado de gracia en que entonces se hallaban sus discípulos. Y además, no puede entenderse lo que les dice el Señor de la predestinación consumada y perseverancia final, si de los doce Apóstoles se perdió uno, y de los siete diáconos de quienes se habla en los Hechos de los Apóstoles uno de los cuales prevaricó y se perdió, que fue Nicolás, autor del error de los Nicolaistas, no es de extrañar que de los setenta y dos discípulos haya perecido uno o más. Son incomprensibles y por tanto adorables los juicios de Dios. **En aquella hora se estremeció de gozo, en el Espíritu Santo,** (También Jesús se alegra ante aquellos primeros augurios de la amplitud de su obra redentora, y esta alegría le inspiró alguna de las frases más bellas entre las frases del Evangelio.) **y dijo: “Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mantenido estas cosas escondidas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeños. Si, Padre, porque así te plugo a Ti.** (He aquí el gran misterio de la infancia espiritual, que difícilmente aceptamos, porque repugna, como incomprensible al orgullo de nuestra inteligencia. El Evangelio no es privilegio de los que se creen sabios y prudentes, sino que abre sus páginas a todos los hombres de buena voluntad, sobre todo a los pequeñuelos, esto es, a los pobres en el espíritu y humildes de corazón, porque aquí tienen todos a Cristo, sumo y perfecto ejemplar de justicia, caridad y misericordia, y están abiertas para el género humano, herido y tembloroso, las fuentes de aquella divina gracia, postergada la cual y dejada aun lado, ni los pueblos ni sus gobernantes pueden iniciar ni consolidar la tranquilidad social y la concordia. Por eso San Pablo dice que la doctrina del Evangelio es escándalo y locura.)

Por mi parte, me ha sido dado todo, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo. (Demuestra que el Padre le comunica su misma naturaleza, y por tanto que Él es el único medio para conseguirla salud, y como el excelente y perfecto canal por donde se nos comunica la gracia de Dios. Y por esto no se ha de juzgar de Mí según el juicio de los hombres, sino conforme aquella voz de mi Padre: *Este es mi Hijo, muy amado.*) (Lucas 10, 17-22).

Γαλιλεα αμαδα ψ μαλδιτα.

Ινπερσι Ιν:

Γαλιλεα μαλδιτα ψ αμαδα.



A Ti levanto mis ojos esperando Tu misericordia.

77 – LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA

Si alguno oye mis palabras y no las observa, Yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo (Juan 12,47) (Al meditar profundamente las dos venidas de Cristo que contemplan los Evangelios, se concluye por una parte lo exigente que es Jesucristo, no en sus exhortaciones como lo hacen muchos gobernantes y superiores, sino que en su infinita justicia es el Juez implacable que juzgará en la eternidad a lo Dios. Y la misericordia derramada mostrada por el Salvador ante nuestra miseria. De ahí que Santa Teresita del Niño Jesús se atreviera a escribir: *Yo espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia*. Y en el libro de la Sabiduría se nos dice: *Su Omnipotencia se complacen ponerse al servicio de su misericordia*. Confiemos en su justicia, confiemos también en su misericordia, y sobre todo no utilicemos nuestros parámetros para imaginarnos a Dios como un explorador de conciencias muy meticuloso, que anda buscando ansiosamente las menores esquirlas de maldad para gozar descubriéndolas, al igual que un juez terreno que examina los cargos de su enemigo. Ni tampoco prefijemos su misericordia como la tolerancia absoluta de quien todo lo perdona sin previo arrepentimiento. Sería una injusticia el traslado de la lógica humana a los atributos divinos.

Justicia y misericordia, dos extremos de difícil conciliación. Ardua empresa en el terreno de las nociones, al tratar de fundir el temor y la confianza en nuestra vida interior resulta paradójica y teóricamente alcanzable porque la esperanza correcta incluye en partes iguales ambos sentimientos, Así en el seno de Dios conviven sin enojo sus dos atributos: justicia y misericordia. La esperanza supera la aparente antinomia de estos dos conceptos, la supera y resuelve proclamando que la justicia de Dios coincide con su misericordia y que su misericordia no es otra cosa que una forma excelsa de justicia. Jamás se opone la misericordia a la justicia, no la debilita ni la viola, antes al contrario, constituye su plenitud y su último esplendor. *La misericordia aventaja al juicio*, si analicemos este versículo¹³ del Salmo 2, podemos deducir que si yo doy diez a quien nada más debo cinco, o si yo perdono a alguien los cinco que me debe, no obro contra la justicia mientras eso que doy sea mío. Pues bien, Dios da siempre de lo suyo y condona siempre las deudas que a Él se refieren, ya que Él es el único acreedor de todo. Nos dice Santo Tomás que a causa de la bondad infinita de Dios es más propio tener misericordia y perdonar que castigar, pero hemos de entender esto bien: Nunca la misericordia derriba la justicia, ni la obliga con malas artes a un acuerdo de mitigación. Ni pensemos que en los juicios de Dios, la misericordia venga a atemperar las sentencias emanadas de la justicia. La misericordia actúa ya antes, presentando a la justicia el cuadro de una conducta y tal como ésta es observada por los ojos del amor. Puede, por tanto, con mucho acierto decirse que en los actos de la divina misericordia propiamente interviene la justicia,

ya que Dios no perdona a un alma sino en consideración a la caridad que en ella advierte, esa caridad que la misericordia, por supuesto, se ha encargado previamente de infundir.

Dios, puro amor, es la Misericordia Infinita, que nos ha enviado su Palabra en esta primera venida de su Hijo para salvarnos. He aquí la gran diferencia con los hombres que a veces perdonamos y con la naturaleza que no perdona nunca.

En los discursos anteriores pueden encontrarse casi siempre algún anatema contra la hipocresía y la soberbia, en cambio, cuando habla a los desgraciados, deseosos de romper los lazos de los vicios, su palabra brotaba ungida de compasión y mensajera de consuelos. A los censores rígidos, que cerraban el acceso al perdón, había dado desde el principio esta respuesta, inspirada en la Escritura: *Misericordia quiero y no sacrificio*. Ahora va a expresar el mismo pensamiento en unas parábolas emocionantes que parecen las estrofas de un himno a la misericordia divina. Es la revelación magnífica del Corazón Divino, de una mirada indulgente para todos. Las parábolas de la misericordia son las páginas que más conmueven a los hombres, porque aquí y ahora en el tiempo y mientras vivimos, el Corazón de Jesús sigue reflejando en ellas la misericordia del Padre, igualmente infinita, mostrando en ellas la predilección con que su amor se inclina hacia los necesitados, contrastando con la ingratitud humana que busca siempre a los triunfadores, en tanto que Jesús va dando confianza a los pecadores más pervertidos para que se conviertan a Dios, y todas sus ofensas sean perdonadas. Grande e infinita es la bondad de Jesús y delicada la benevolencia con que trataba a los pecadores; tanto que los Fariseos se lo echaban en cara. Más Jesús lejos de discriminarlos, les dijo que lo hacía a propósito; y que un día, les explicaría el porqué y el cómo obraba de esta manera y que así seguiría obrando en adelante. Y llegado el tiempo les propuso las parábolas de la misericordia de Dios.

Jesús nos apremia en su consejo divino: *Tened misericordia de todos*. Nuestra caridad debe ser universal, si no, no es verdadera caridad. Que todos sean nuestros prójimos, tanto los próximos y hermanos en la fe, como los lejanos y abandonados, sobre todo los más necesitados, aunque sean desconocidos, porque *ante todo, conservemos asidua nuestra caridad, porque la caridad cubre multitud de pecados*. La caridad o la misericordia con los pobres es una tierna compasión del alma a la vista de las miserias y de las necesidades ajenas, con un vivo deseo de remediarlas. La compasión es una virtud connatural al hombre: apenas hay bárbaro que pueda mirar a sangre fría las lágrimas y el desconsuelo de los otros. Un corazón duro es señal de alma negra y maligna. Ninguna cosa hace a los hombres más semejantes a las fieras que la inhumanidad y ninguna es más propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella un mandamiento, precepto suyo muy particular, queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones o preciosos títulos por los

cuales nos había de conferir el reino de los cielos, y como el medio único para desarmar su justa cólera contra nuestros pecados, y hallar misericordia en su justo tribunal, en el que *se hará justicia sin misericordia al que no uso de la misericordia*. Quiere que la caridad de Dios tiene con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial*. ¿A cuanta bondad, a cuanta compasión, a cuanta liberalidad nos obliga este precepto? La caridad que tendremos con nuestros hermanos será, digámoslo así, la medida de la que Dios usará con nosotros, de modo que la sentencia de aprobación o reprobación no será fundada precisamente sino en el ejercicio, o en el haberse negado a esas obras de misericordia. *Venid, benditos de mi Padre*, dirá a los escogidos, *a poseer el reino que os está preparado desde la constitución del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; y a los réprobos: apartaos de mí, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y para sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; no tenía donde recogerme, y no me hospedasteis; estaba desnudo, y no me vestisteis, estuve enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis*. Y ¿Cuáles son los efectos que producen en nosotros estas terribles verdades? ¡Ah! En vano nos dice el Salvador que Él mismo es el que nos pide limosna; Que a Él mismo se la damos; tiénese por una figura retórica que se lee o se oye con admiración. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿Créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos, donde todo falta? ¿Créese que es el que desfallece en los hospitales, el que muere de hambre o de miseria en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y los excesos te acortan los días de vida? ¿Juzgas que fue efecto de la casualidad o de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y sobre tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría hizo ricos para que fuesen padres, tutores y cuidadores de pobres. Quiere el Señor que gocemos de los bienes, pero quiere también que los pobres tengan parte de ellos. No olvidemos, pues, esta obligación de una caridad indispensable, y desde hoy mismo impongamos una ley de que no se nos pase día sin hacer alguna limosna a proporción a nuestros haberes. ¡Cuántos hay que gustan en mantener gordos perros y gatos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Reflexionemos lo que en un solo día gastamos en juego, diversiones y otras costumbres ociosas, considerando que esas minucias bastarían para sacar de miseria a un gran número de infelices. No nos pide Dios que nos despojemos de todos los bienes, aunque así lo hicieron muchos santos. Tampoco nos pide que nos hagamos esclavos para rescatar a otros, solamente nos pide que cuando visitemos a los pobres en los hospitales que los socorramos, que consolemos a los enfermos y a los encarcelados, alentándolos también con buenos consejos. No nos empobrecerán estas obras de misericordia, antes bien enriquecerán so sólo a los pobres, sino a nuestros mismos herederos. Pues sé rico en misericordias,

sé liberal, sé magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las propiedades es la subsistencia de los pobres; el bien que se hace a ellos interesa al mismo Dios; todo cuanto se les da se pone a lucro. No esperemos que nuestra habilidad ni nuestras precauciones hayan de asegurar a nuestros hijos una rica hacienda; más virtud y más fuerza tiene la limosna que todas las escrituras y que todos los contratos. ¿Dónde hay gloria más brillante ni más sólida que la que produce la misericordia con los desdichados? Pongamos los ojos en estas parábolas. Sea la caridad la que alegre nuestras manos al pobre, para que sirva de sacrificio de propiciación por nuestros pecados, como dice el Eclesiástico, y para que el Señor eche la bendición sobre nuestros bienes. Recordemos el Salmo del rey David donde se nos dice: *Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él, y le librá en el día de mayor tribulación.* Por último sigamos el consejo de San Agustín: *Si tienes tres hijos, haz cuanta que tienes cuatro, contando a Jesucristo por uno de ellos, y vístele en la persona de un pobre.*) (Juan 12, 47).





El que tiene verdadera y perfecta caridad, en ninguna cosa se busca a sí mismo, sino solamente desea que Dios sea glorificado en todas.

Se levantó entonces un doctor en la Ley, y para enredarlo le dijo: **“Maestro, ¿qué he de hacer para lograr la herencia de la vida eterna?** (Cualquier persona, por poco versada que esté de la Ley, sabe que para salvarse era necesario guardar los mandamientos y que éstos se resumen en dos grandes preceptos: el amor de Dios y el amor del prójimo. Al formular esta pregunta tan vulgar, se ve que el Doctor intentaba más bien coger a Jesús en una problemática que le ridicularizase ante los demás o que perdiese su prestigio.) **Respondióle: “En la Ley, ¿Qué está escrito? ¿Cómo lees?” Y él replico diciendo: “Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, y con toda tu alma, y con toda la fuerza y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo”.** (Jesús ha visto la intención del Doctor de la Ley, y en vez de responder, pregunta a su vez: ¿Cómo entiendes la Ley y lo que está escrito en ella sobre ese particular? El doctor responde citando lo prescrito en el Deuteronomio, para lucirse y mostrar su sapiencia: La oración que está al principio del Shema, oración o confesión.) **Díjole Jesús: “Has respondido justamente. Haz esto y vivirás”.** (La religión nunca fue una ciencia de sola especulación; sus verdades nos encaminan principalmente a la práctica de ellas. Debemos conocer a Dios para servirle y adorarle; y debemos conocer un solo Dios para no servir a otro, ni irnos tras de aquello que nos puede apartar de su servicio y amor.) **Pero él, queriendo justificarse a sí mismo** (Para que entendamos mejor, esta justificación propia es queriendo justificarse con Jesús, dando a entender que no le había preguntado con fin torcido, sino queriendo dar muestras de ser justo.) **dijo a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”** (Los judíos no miran como prójimos sino a sus parientes, a sus amigos y cuanto más a los que son de su misma raza, nación y religión.) **Jesús repuso diciendo: “Un hombre, bajando de Jerusalén, vino a dar entre salteadores, los cuales, después de haberlo despojado y cubierto de heridas, se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente, un sacerdote iba bajando por ese camino; lo vio y paso de largo. Un levita llegó asimismo delante de ese sitio; lo vio y paso de largo. Paso un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba, lo vio y se compadeció de él; y acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; luego poniéndolo sobre su propia cabalgadura lo condujo a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacando dos denarios los dio al posadero y redijo: “Ten cuidado de él, todo lo que gastes de más, yo te lo reembolsaré a mi vuelta.”** (Jesús no es maestro en teorías ni ha venido a resolver disputas teóricas; Él ha venido a enseñar el camino llano de la vida eterna. Por eso, en esta parábola realista y reveladora, responde enseñando prácticamente como se cumple con clamor al prójimo y quién es el prójimo, las encarna en un samaritano de buen corazón. Prójimo es el herido y prójimo es el caminante samaritano. Jesús no da definición teórica de prójimo, como solicita el doctor,

sino que muestra la realidad práctica. Lo que salva no es saber quién es mi prójimo, sino vivir y obrar como prójimo. Como vemos, la doctrina de Jesús no tiene fronteras y se dirige a los hombres de todos los tiempos y latitudes. Aquí nos habla de un hombre viajero sin datos personales, ni nos dice cual sea su profesión, edad o nombre. Simplemente, un semejante, un hermano de todos los hombres. Pudo haber sido un judío, un romano, un griego, un negro, pero sólo le presentó como un hombre que transitaba desde Jerusalén a Jericó, que en cuyo camino fue asaltado, robado, golpeado y dejado medio muerto al borde del camino, por donde cualquiera que pase pudiese verle. Esta es la definición que Cristo nos da del prójimo, objeto de la caridad que salva; un hombre que necesita de nosotros, como vemos el Señor no profundiza en detalles y pormenores que no interesan, sino solo el cuadro general: Un desaparecido, un necesitado de caridad.

Siendo Jericó ciudad levítica y sacerdotal, parece natural que el primero en pasar por allí fuese un Sacerdote o algún Levita que bajaban a la Ciudad Santa para cumplir sus funciones. Pasaron por donde estaba el hombre moribundo, quizás hiciesen un gesto de repulsión o quizás sintieron un poco de piedad, pero sin escuchar la voz que salía de dentro, del fondo de su alma, siguieron su camino. Y he aquí que llega un otro hombre montado en un pollino, y lleno de compasión, se llega hasta él, examina sus heridas y le da su primera limosna, la limosna de su corazón, que ninguna otra puede suplir. Porque muchas veces la moneda que un rico deja caer en la mano del pobre le humilla, al descender de lo alto, pero la que desciende del corazón, borrando las distancias, quita las susceptibilidades. Este era un samaritano, un extranjero, un cismático, un enemigo, y sin embargo dio una moneda detrás de otra. Como vemos es un extraño, que, sin temor, hizo los oficios que el Sacerdote y el Levita negaron a un hombre de su misma religión. Bien sabido es el irreconciliable odio que tenían los judíos a los samaritanos, con quienes se comunicaban aún menos que con los mismos infieles. Y es precisamente en esta parábola con la que el Señor nos da a entender que el extranjero y aún el más vil enemigo deben ser tenidos por prójimo. Prójimo es el herido y prójimo es el samaritano. El caminante de Samaria no ve en el otro, sólo a un herido apunto de espirar, sino a un hombre que lleva sobre sí como él la imagen de Dios, ve a un desgraciado que tiene necesidad de socorro, y dejando las vanas quejas, las lágrimas inútiles y los estériles deseos, pone momento a momento todos los medios necesarios para aliviarle, pues la caridad debe ser compasiva sin aceptación de personas, y activa, reduciéndose toda a obras. Jamás debemos olvidar esta lección: *Lo que salva no es saber quién es el prójimo, sino vivir y obrar como prójimo*; pues lo que hace falta para salvarse son las obras de caridad.) **¿Cuál de estos tres te parece haber sido el prójimo de aquel que cayó en manos de los bandoleros?** (La lección dada no define quién es el prójimo, sólo pregunta quién ha obrado como prójimo del herido. Es una intención clara de la que hay que sacar una moraleja.) **Respondió: “El**

que se apiadó de él.” (No era posible dudar, pero el Escriba no pronuncia el nombre odioso, en su orgullo de raza, y que parecía dispuesto no reconocer como prójimos sino a sus compatriotas, se ve obligado a confesar aquí que aquel despreciado samaritano era más prójimo del judío moribundo que el Sacerdote y el Levita del pueblo escogido. En ese judío desgraciado se veía representado el Doctor, y confesaba humillado que el extranjero a quién él no aceptaba como prójimo le había dado pruebas de serlo al portarse como tal, en contraste con la actitud de los otros judíos.) **Y Jesús le dijo: “Ve, y haz tú lo mismo.”** (Si queremos seguir la enseñanza de Cristo hemos de tener presente que no hay castas, ni fueros, ni privilegios de sangre. La práctica de la Ley del amor obliga para con todos: judíos, paganos y samaritanos, incircuncisos y hasta los propios enemigos. Jesús no quiere ofrecer solamente un hermoso retrato o dar una lección de bella teoría. El Doctor ha de colocarse a la altura de las ideas, y Jesucristo desciende al campo de los hechos, a la práctica: *Haced vosotros otro tanto*. La idea no tiene valor ninguno sino se transforma en vida. Tomemos ejemplo de este buen samaritano.

Quiero recordar aquí el pasaje vivido por San Luis Maria Grignion de Montfort, cuando una tarde al pasar por las calles de Dinan, encontró a un pobre, leproso y cubierto de úlceras. No esperando a que éste le pidiera ayuda, le dirigió la palabra ofreciéndose a ayudarlo, y sin dar tiempo a su respuesta, lo recogió y cargó sobre sus hombros y se encaminó a la casa de los misioneros. Ésta se hallaba cerrada por ser ya avanzada hora de la tarde. Golpeó, gritando repetidas veces: *¡Abrid la puerta a Jesucristo! ¡Abrid la puerta a Jesucristo!* (Lucas 10, 25-37).





**El amor divino del Corazón de Jesús nos busca siempre,
pobres pecadores, ovejas no siempre dóciles de su redil.**

79 – LA OVEJA Y EL DRACMA PERDIDAS

Todos los Publicanos y los pecadores se acercaban a Él para oírlo. (Nos muestra aquí un aspecto característico del ministerio público del Señor, en el que los Publicanos y pecadores, deseosos de alcanzar su salvación se acercan para escuchar. Ejemplo de lo que todos nosotros debemos oír, las enseñanzas de Jesús en orden a nuestra propia salvación.

Jesucristo aparece hoy rodeado de pecadores, solícito de su conversión. En su corazón compasivo, que se entristece al ver la desgracia del que vive sin la dulce amistad de Dios. Sus ojos misericordiosos miraban flamante y con ternura a los que tenían el alma cargada de miserias morales.) **“Más los Fariseos y los Escribas murmuraban y decían: “Este recibe a los pecadores y come con ellos.”** (Nuevamente la crítica de los Escribas y los Fariseos. Esta es una constante en el ministerio de Jesucristo, reflejando que en su predicación era *criticado*, como si fuese una característica histórica, por Escribas y Fariseos a causa del trato permanente que Jesús daba a Publicanos y pecadores. Estas críticas se repiten, una y otra vez, durante todo el ministerio del Salvador. Y es que para los Fariseos y Escribas su principio era que el hombre no debe relacionarse con el impío ni para enseñarle la Ley, puesto que el pecador no es objeto del amor hasta su conversión. Jesucristo nos enseña que Dios no abandona al pecador ni aún durante su mala vida de perdición, sino que trabaja con su gracia para que se convierta; es decir, que el pecador, dentro de su pertinaz estado pecador, sigue pensando en la balanza misericordiosa del Padre

¡Qué opuesto es al orgullo de los Fariseos el espíritu de Cristo! Ellos desprecian con soberbia, y echan de sí a los pecadores; Cristo los alienta a que vengan a Él, y con suavidad los recibe. ¿Cuál de estas dos actitudes nos domina? ¡Qué miserables seríamos si Cristo no hiciera esto! Si no nos hubiera recibido, ¿en qué abismo estaríamos sumergidos?) **Entonces** (En ese tiempo, en ese preciso momento, Jesús con palabras llenas de invitación al dolor va a manifestar el regocijo que hay en el cielo por la conversión de un pecador que vuelve a la casa paterna, expresando la búsqueda que siempre el Señor desencadena para encontrar a los que se creen que encuentran a Dios.) **les dijo esta parábola:** (Lección que explica y justifica su fin y su intento y da la causa por que recibe a los pecadores.) **“¿Qué hombre entre vosotros, teniendo cien ovejas, si llegara a perder una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el desierto, para ir tras la oveja perdida hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre los hombros, muy gozoso, y vuelto a su casa, convoca a amigos y vecinos, y los dice: “Alegraos conmigo, porque hallé mi oveja, la que andaba perdida.”** (Jesús, el Buen Pastor, que guarda personalmente su rebaño, representado aquí por todas las criaturas racionales del cielo y de la tierra, ha de dejar a noventa y nueve en el aprisco, esto es a los ángeles, para ir a buscar la oveja descarriada, al hombre, a tí o a mí por el

pecado, pues es tal clamor que siente por una sola, como el que tiene por las restantes, dejadas en el establo, mientras recorre buscando, con trabajo, dolores y tormentos por todos los caminos, desde el pesebre hasta la cruz, hasta que encuentra a la perdida; y reparando la torpeza del descarriamiento la toma y la carga sobre sus hombros la devuelve al redil en que ahora vive; siendo tal el gozo y tan grande su alegría que deseando hacer partícipes a sus parientes y amigos les comunica el sentimiento de júbilo por la recuperación de esa oveja perdida y hallada. Conozcamos en el paradigma de esta parábola, la benignidad del buen Pastor y su gran amor sin medida, con el que busca y cuida a todas sus ovejas, no solo a las noventa y nueve dejadas en el redil, sino también a las que han huido y a las que comienzan a extraviarse. No suceda ya que en adelante huyamos de Él y nos perdamos.) **Así os digo, habrá gozo en el cielo, más por un solo pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse.** (Cuando un pecador después de una vida malgastada y corrompida se convierte sinceramente y hace penitencia de sus pecados, la alegría y júbilo en Dios y sus Ángeles es objeto de una gran fiesta. Ese *uno* solo pecador se refiere a cada *uno* de nosotros pues ese *uno* somos todos, ya que para todos y cada uno de los justos tiene ese amor, y mayor, en virtud del cual todo lo de Dios es de ellas, aunque no se manifiesta en una fiesta ocasional como en el presente ejemplo.

¡Oh bondad de mi Jesús! Yo debía convocar a todas las criaturas para que me diesen los parabienes de haber sido hallado y recibido la vida. Pero Él se da a sí los plácemes, como si hubiera logrado algún bien por haberme hallado a mí. ¡Ah! Si tanto gozo recibe Dios por hallarte, no quieras ya más huírtele, antes bien entrégate de nuevo a Él.

Ayudemos a Jesucristo en esta obra divina de la conversión de los pecadores. Con el ejemplo de la vida cristiana, con la oración ardorosa, y si podemos también con el consejo y la instrucción, llevemos al divino redil las almas todas que pertenecen a Aquel que gozaba en proclamarse el verdadero Buen Pastor.) **¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si llega a perder una sola dracma, no enciende el candil y barrer la casa y busca con cuidado, hasta que la halla? Y cuando la ha encontrado, convoca a las amigas y vecinas, y las dice: “Alegraos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido”** (Jesús vuelve a la carga con otra parábola misericordiosa de igual perfil que la anterior de la oveja perdida. Pero aquí se resalta la perseverancia, la actitud firme en la búsqueda de esta mujer que persiste en la búsqueda barriendo, una y otra vez, toda la casa, aun siendo posiblemente que los pisos fuesen de tierra, para encontrar el céntimo perdido. Y luego que la encuentra la comunicación de su alegría a sus amigas y vecinas, para que participen con ella del gozo que la embarga.) **Os digo que la misma alegría reina en presencia de los Ángeles de Dios, por un solo pecador que se arrepiente.”** (Si para nuestro corazón, tan pobre, es un gozo incomparable presenciar la

conversión de un amigo que había perdido la fe, ¿qué será esa alegría de los Ángeles que hallan corta la eternidad para alabar y querer y bendecir y agradecer?) (Lucas 15, 1-10)



EL SEÑOR ES MI PASTOR, NADA ME FALTA



El Dios de la paz, el cual resucitó de entre los muertos es el gran Pastor de las ovejas, en la sangre de la Alianza eterna.

80 - EL BUEN PASTOR

“En verdad, en verdad, os digo, quién no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, ese es un ladrón, un salteador. Más el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y él llama por su nombre a las ovejas propias, y las saca fuera. (En los primeros versículos de esta parábola nos narra el Señor un hecho ordinario del orden pastoril: el redil con una cerca de piedras y cuya única puerta está vigilada en la noche por turnos de los diversos pastores que guardan dentro del corral común las ovejas propiedad de los diferentes pastores, es decir, varios rebaños. El ladrón que va a robar ovejas no entra por la puerta vigilada por un pastor, sino que salta la tapia como un vulgar salteador; a diferencia de los pastores que entran por la única puerta para sacar por ella sus rebaños a pastar. ¿Quién es este portero tan importante, sino el divino Padre? Él es quién abre la puerta a las ovejas que van hacia el Buen Pastor. Porque, así como nadie puede ir a Jesús si el Padre no le elige y no le atrae. Y nótese que Jesús no sólo es el Buen Pastor sino que es Él también la puerta. Esa puerta que el Padre nos abre, es, pues, el mismo Hijo, porque el Padre nos lo dio para que por Él entremos en la vida y para que Él mismo sea nuestra vida. La diferencia entre el ladrón y el pastor legítimo está en que el pastor llega a las ovejas por la puerta y las llama por su nombre, porque está en intimidad con ellas, en tanto que el ladrón salta el muro y no las llama porque no las conoce. La puerta es la que sirve para diferenciar el pastor del ladrón.) **Cuando ha hecho salir todas las tuyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz.** (Las almas fieles no pueden desviarse: Jesús las va conduciendo y se hace oír de ellas en el Evangelio y por su Espíritu. Él es la puerta abierta que nadie puede cerrar para aquellos, no obstante su debilidad, que custodian su palabra y no niegan su Nombre. Y esta puerta abierta al apostolado que Dios nos prepara es una ocasión para predicar la palabra y anunciar el misterio de Cristo. La promesa de que nadie podrá cerrarla es tanto más precioso cuanto que se trata de un tiempo de apostasía muy avanzada pues se anuncia ya la gran persecución. La debilidad es mostrada por la humildad de los que se sienten “basura de este mundo” y que sin espíritu de suficiencia propia cuentan solo con la gracia, al revés de los que se creen ricos y son miserables.) **Más al extraño no le seguirán, antes huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.”** Tal es la parábola, que les dijo Jesús, pero ellos no comprendían de qué les hablaba. (Resumiendo: el *aprisco* es la Iglesia, las *ovejas* son los fieles y particularmente los escogidos. La *puerta* es Jesucristo, el *portero* el mismo Dios, que recibe a todos los que entran por Jesucristo; esto es, en su nombre, por su orden, y por el movimiento de su espíritu. El verdadero *pastor* es el que entra dentro por Jesucristo, que es el Pastor de los pastores. ¡Privilegio de los que están familiarizados con el lenguaje de Jesús! Él les propone aquí un

instinto sobrenatural que les hará reconocer a los falsos maestros y huir de ellos, de los *extraños y ladrones* que no tienen vocación legítima para conducir las ovejas.) **Entonces Jesús prosiguió: “En verdad, en verdad, os digo, Yo soy la puerta de las ovejas.** (Puerta o portero responsable de la guarda de las ovejas y por la que han de pasar y estar unidos a Él todos los que sean pastores de verdad. Los dirigentes judíos que rompen con Jesús no son verdaderos pastores, sino ladrones y salteadores. Esta es la lección moral, que corresponde a estos versículos, en los que Jesús en su calidad de guardián de la puerta, es el Buen Pastor de los pastores. Todos los demás pastores legítimos, que vienen en nombre del dueño, tienen que contar con Él y pasar por la puerta buscando el bien de las ovejas. Los que no cuentan con Él, no buscan el bien del rebaño y corren un riesgo peligroso en sus personas.) **Todos los que han venido antes que Yo son ladrones y salteadores, más las ovejas no los escuchan.** (Ladrones que roban por astucia y salteadores que se apoderan por la violencia. Los tales son ladrones de gloria, porque la buscan para sí mismos y no para el Padre como hacía Jesús; y salteadores de almas, porque se apoderaran de ellas y, en vez de darles el pasto de la Palabra revelada para que tengan vida divina, las dejan *esquilmas y abatidas y se apacientan a sí mismos*. Los jefes civiles y espirituales de Israel no apacentaban la grey que Dios les había confiado sino que la arruinaban y empobrecían cruelmente, como hicieron antes y durante el cautiverio babilónico; después del regreso de Babilonia. En cuanto al tiempo del mismo Jesús, no cesó Él de increpar a los pastores a quienes dedicó solamente su último discurso del Templo, ni se cansó de prevenir a los demás contra ellos declarándolos a todos como aquí, mercenarios, ladrones y salteadores. Y es que cuando un mal pastor anda a través de los precipicios es muy natural que el rebaño caiga en ellos. Muchos ladrones y salteadores han osado atribuirse la cualidad de Mesías, como fueron Teodas, Judas de Galilea, y otros semejantes impostores. Pueden también entenderse todos los falsos profetas que no eran enviados por el Señor, y más particularmente los Fariseos, Saduceos y Esenios, que en algunos siglos fueron, no pastores del pueblo, sino unos lobos que devoraban. Es de advertir, que antes de venir el Mesías, no se halla que alguno se quisiese alzar con este glorioso título; pero después que apareció en el mundo, se levantaron muchos que pretendían hacerse reconocer por tales. De aquí se saca contra los judíos su argumento que no tiene réplica, de que al tiempo en que se descubrió nuestro Redentor fue el mismo en que aquel pueblo esperaba al Mesías. ¿Por qué pues antes de la venida de Mesías no hubo alguno que se apropiase este nombre? Fue sin duda porque sabían que no era llegado el tiempo señalado para su venida, y que serían luego tenidos por unos impostores. ¿Y por qué luego que se verificó su venida, se levantaron tantos que quisieron ser tenidos por Mesías? Fue porque veían que la conformidad del tiempo y la expectación común podían favorecer a su pretensión.) **Yo soy la puerta, si alguno entra por Mí, será salvo; podrá ir y venir y hallará pastos. El ladrón no viene**

sino para robar, para degollar, para destruir. Yo he venido para que tengan vida sobreabundante. (No basta entrar por la puerta, que es Jesucristo, para salvarse. Judas entró por la misma puerta, y se perdió; así lo que significan estas palabras *será salvo*, es que se podrá en estado de salvación, aunque pueda después perderse por su culpa. El que por el bautismo y la fe en Jesucristo hubiere entrado en su Iglesia, si es fiel a las promesas que hizo en Él, vivirá libre de pecado, y saldrá en paz de este mundo a gozar de la eterna bienaventuranza. Se alimentará, mientras viva, con su divina y celestial doctrina, con la Santísima Eucaristía, y con internos consuelos e inspiraciones, y después de la muerte pasará a gozar eternamente de la divina contemplación y de la abundancia de todos los bienes de la casa del Señor, en los que quedará embriagado, cuando bebiere en el torrente de las divinas delicias.) **Yo soy el pastor, el Bueno. El buen pastor pone su vida por las ovejas. Más el mercedario, el que no es el pastor, de quién no son propias las ovejas, viendo venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo las arrebató y las dispersa,** (El Buen Pastor por excelencia es Aquel de quién dice Isaías *que conducirá su ganado a los pastos, como un pastor que apacienta sus ovejas, librándolas con su muerte del furor del lobo infernal, que quiere devorarlas y disipar el rebaño.* El Buen Pastor *pone su vida*, es decir que la expone, lo cual es más exacto que decir *la da*. El pastor no se empeña en que el lobo lo mate, pero no vacila en arriesgarse a ello, si es necesario en defensa de sus ovejas. Tampoco Jesús solicitó que lo rechazaran y le quitaran la vida. Antes por el contrario, afirmó abiertamente su misión, mostrando que las profecías mesiánicas se cumplían en Él. Más si aceptó el reconocimiento de sus derechos, no quiso imponerlos por pura fuerza, sin resistir a la de sus enemigos, y no vaciló en exponer su vida al odio de los homicidas, aunque sabía que la crudeza de su doctrina salvadora exasperaría a los poderosos y le acarrearía la muerte. Tal es el contenido de la norma de caridad fraterna que nos da San Juan a imitación de Cristo: *Amar a los humanos hasta exponer si es necesario la vida por ellos.* En igual sentido dice San Pablo que *Jesús fue obediente al Padre hasta la muerte de cruz*, y tan es también el significado de la felicidad que Jesús nos reclama *hasta el fin*, es decir, hasta el martirio si necesario fuera.) **porque el mercedario no tiene interés en las ovejas.** (El impostor solamente tiene cuidado de las ovejas por el interés personal y temporal que le reporta. Tales eran los Fariseos con quienes hablaba, gente que solo buscaba su particular beneficio, y que no temían enseñar a los pueblos que instruían, máximas contrarias a los mandamientos de Dios, con tal que contribuyesen a contentar su avaricia. En este versículo creo necesario recordar las palabras del profeta Ezequiel: *Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza y di a estos pastores: Así habla Yahvé, el Señor; ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No es más bien el deber de los pastores apacentar el rebaño? Vosotros coméis su leche y os vestís de su lana; matáis lo gordo, pero no apacentáis el rebaño.*

No fortalecisteis a las ovejas débiles, ni curasteis a las enfermas, no vendasteis a las perniquebradas, no condujisteis al redil a las descarriadas, no fuisteis en busca de las perdidas, sino que las dominabais con violencia y crueldad; de modo que se dispersaron por falta de pastor; vinieron a ser presa de todas las fieras del campo y se perdieron, Mis ovejas andan errantes por todas las montañas y por todas las altas colinas. Por toda la faz de la tierra dispersáronse mis ovejas y no a quién las busque ni quién se preocupe de ellas.

Notemos como aparece, a través del reproche a los mercenarios y prepotentes, el Corazón del Buen Pastor, que anticipa aquí su Evangelio, señalando como preferidas a las débiles, las enfermas, las heridas, las extraviadas y las perdidas. En otras religiones es necesario ser bueno para acercarse a Dios, pero en la de Cristo sucede a inversa, porque Él busca a los pecadores, a los malos, y estos en vano pretenderían dejar de serlo sin recurrir antes al único Médico, al que nos lava... hasta los pies.) **Yo soy el pastor bueno, y conozco las mías, y las mías me conocen, -así como el Padre me conoce y Yo conozco al Padre- y pongo mi vida por mis ovejas.** (Conozco a mis ovejas en mi presencia y elección eterna, y ellas me conocen por su Redentor, por su Médico, por su Salvador. El conocimiento mutuo es también mutuo interés y amor que recuerda el mutuo conocimiento que hay entre Padre y el Hijo.) **Y tengo otras ovejas que no son de este aprisco. A esas también tengo que traer; ellas oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.** (Estos son los gentiles, que deberían creer en Jesucristo, y formar una sola Iglesia con los judíos convertidos. Las ovejas de su aprisco son a quienes el Salvador fue enviado: Los judíos; por eso aunque los gentiles no son excluidos del reino de Dios, envía a los Apóstoles a evangelizar en su primera misión, a las ovejas perdidas en su propio pueblo, y como ellas no oyen la voz de su pastor, *Dios escogerá de entre los gentiles un pueblo para su Nombre*, hasta que con el retorno de Israel se forme un solo rebaño con un solo pastor.) **Por esto me ama el Padre, porque Yo pongo mi vida para volver a tomarla.** (Texto que se ha traducido diversamente. Unos lo hacen así : *más la volveré a tomar*, lo que aclara el sentido y coincide con la expresión según la cual *es la generosa inmolación del Buen Pastor por sus ovejas, lo que lo hace extraordinariamente caro al Padre*. No puede decirse una prueba más asombrosa de amor y misericordia del Padre hacia nosotros.) **Nadie me la puede quitar, sino que Yo mismo la pongo. Tengo el poder deponerla, y tengo el poder de recobrarla. Tales el mandamiento que recibí de mi Padre.”** (Con estas palabras declaró el poder absoluto que tiene sobre la muerte, como Dios. Habla como hombre sometido perfectamente a la voluntad de su Padre, que era la misma que la suya, porque según su naturaleza divina, el Padre y el Hijo no tienen sino una misma voluntad. Este es el mandamiento que Jesucristo recibió del Padre en su Encarnación, de morir por la salud del mundo, y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; pero ejercitó esa

obediencia con perfecta libertad. Es decir que la obediencia que en este caso prestó Jesús a la voluntad salvífica del Padre, nada quita al carácter libérrimo de la oblación de Cristo, cuya propia voluntad coincidió absolutamente con el designio misericordioso del Padre. Esto es lo que nos dice San Pablo en el capítulo ocho de la carta a los Romanos: *Más Dios da la evidencia del amor con que nos ama, por cuanto siendo pecadores, Cristo murió por nosotros. Mucho más, pues, siendo ahora justificados por su sangre, seremos por Él salvados de la ira. Pues, si como enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su hijo, mucho más después reconciliados seremos salvados por su vida. Y no solo esto, sino que aún nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por quién ahora hemos logrado la reconciliación.* Divina revelación que la Iglesia recoge en la doctrina de la Semana de Pentecostés, mostrándonos hasta donde llega la obra santificadora del Espíritu Santo, que pone en nosotros su propia fuerza para hacernos capaces de corresponder al amor con que el Padre nos ama, mostrándonos también el amor de Cristo por nosotros. En ambos resplandece ante todo la misericordia en un grado tan incomprensible que se vale del suplicio y muerte del Verbo encarnado, para otorgarnos la redención en vez de castigarnos; pues siendo como enemigos fuimos reconciliados con el Padre por la muerte de su Unigénito. Inmensa y asombrosa revelación de lo que es el corazón de Dios. En ello consiste toda nuestra felicidad, pues de no haber sido Él así, estaríamos perdidos sin remedio, ya que nacimos enemigos de Él y propiedad de Satanás. El Padre nos da así el ejemplo del amor a los enemigos, que es la esencia del Sermón de la Montaña; no sólo es bueno con los despreciados y malos y hace salir su sol para ambos, sino que lleva esa bondad al grado infinito y no vacila en entregar a su Hijo incondicionalmente, a la muerte ignominiosa, con el fin no sólo de perdonar, sino de hacernos iguales al Hijo que se sacrificaba, hijos como Él. Así comprendemos por qué Jesús pospone al Padre de arquetipo y modelo del amor y misericordia que hemos de tener con el prójimo. Nada podremos en materia de amor si no recordamos que Él nos amó primero, y si no descubrimos ese amor y le creemos. Una sola vez nos expone Jesús el gran mandamiento del amor en forma solemne, pero nos habla, a la inversa, de lo que el Padre nos ama a nosotros, de que nos ama tanto como a Él, hasta entregarle a Él y alegrarse de que Él se entregara por nosotros y amarlo especialmente a Él por eso; también nos dice que Él mismo nos ama tanto como el Padre a Él, y que si le amamos a Él, el Padre nos amará especialmente, y ambos vendrán a nosotros, y entonces si seremos capaces de cumplir aquel gran mandamiento de amor al Padre, porque al venir así Él con su Hijo a habitar espiritualmente en nosotros, estaremos llenos del Espíritu de Amor, el cual pondrá en nosotros la capacidad de amar como somos amados.) (Juan 10, 1-18). **Pero vosotros no creéis porque no sabéis de mis ovejas.** (No creéis, ni queréis creer, ni admitís que un hombre sea Dios. La argumentación que les ha ofrecido siempre es impecable: Prueba de ello son los milagros y obras que

hago y que son obras exclusivas de Dios. No porque tenga autoridad delegada de Dios, como cuando dijo: *¿No está escrito en la Ley: Yo dije: dioses sois?* Citando este versículo del salmo para demostrar que tiene derecho a llamarse Hijo de Dios. ¡Hoy podemos nosotros también serlo nosotros gracias a Él! Pero ello será si la sinceridad de nuestra fe hace efectivamente de nuestro bautismo un nuevo nacimiento. Los judíos no quieren entrar en su aprisco porque no son ni quieren ser mis ovejas.) **Mis ovejas oyen mi voz, Yo las conozco y ellas me siguen.** (Las ovejas perdidas que oyen la voz de Jesús son los pecadores que deseosos de amor, aman porque han pecado; son las semillas que en su pequeñez se humillan ignorantes frente a la soberbia de los doctores de la Ley que no creen ni quieren creen en un carpintero de Nazaret. Y esas ovejas son las que creen y siguen al Mesías.) **Y Yo las daré la vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano.** (Porque habiéndolas Dios predestinado a la gloria, por su pura misericordia, les ha preparado todas aquellas gracias con que inefablemente se salvarán. Aquí explica la causa, y no la consecuencia. Como cuando nos explicó cuando nos dijo: *Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre: Él fue homicida desde el principio*, porque introdujo la muerte en el mundo, haciendo que pecase el primer hombre.) **Lo que mi padre me dio es mayor que todo, y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre.** (Pudiéndose también traducir: mayor que todas las cosas o que todos los enemigos. Se refiere a que el Padre es el Ser Supremo, la Divinidad, el Omnipotente... y sin ninguno puede arrebatarle estas ovejas de la mano de mi Padre, tampoco de las mías; porque mi Padre y Yo somos una misma cosa. Declarando así la unidad de naturaleza, y diciendo *somos*, la distinción la distinción de las personas por eso es admirable que entendiesen los judíos lo que no entienden los arrianos, o no quieren entender, por llevar adelante su error. (Juan 10, 26-29).





**Señor, tu que amas a todos tus hijos pródigos, los pecadores que, alejados de Ti son perseguidos aún por tu gracia, y tornándose tristes y arrepentidos, la misericordia desbordada de vuestro corazón les perdona.
¡Oh Padre que estás en los cielos, tened piedad de nosotros!**

81 – EL HIJO PRÓDIGO

Dentro del contexto de las parábolas de la misericordia, ésta es sin duda una de las más bellas y transcendentales revelaciones del Corazón misericordioso del Padre celestial. Todos somos hijos pródigos, pecadores. En la primera parte describe Jesús la separación de Dios por parte del hombre; en la segunda la vuelta del pecador a Dios; en la tercera, el recibimiento del pecador por parte del Padre.

Algunos expositores antiguos y modernos refieren la parábola a la vocación de los gentiles, figurando el hijo menor a éstos, y el mayor a los judíos. Falta, empero, el elemento esencial, pues ni Israel pudo llamarse fiel como el hijo mayor, ni puede decirse que hubiese en la gentilidad un alejamiento y una vuelta al hogar, pues nunca había estado en él. Recordemos las palabras de San Pablo a los Efesios: *Acordaos vosotros, los que en otros tiempos erais gentiles en la carne, llamados incircuncisos por aquellos que se llaman circuncisos, -la cual se hace en la carne por medio de hombres- acordaos digo de que entonces estabais separados de Cristo, extraños a la comunidad de Israel, y ajenos a los pactos y a las promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo.*

La enseñanza de esta parábola es, pues, eminentemente íntima e individual como cuando dice Jesús: *Yo no he venido para convidar al arrepentimiento a los justos sino a los pecadores.* Es pues un intenso significado espiritual infalible para convertir a cualquier pecador que no esté perdido por la soberbia como apunta Santiago cuando nos dice: *A los soberbios resiste Dios, más a los humildes da gracia,* y es que esta parábola, retrato el más amable de la misericordia de Dios, consuelo de los pecadores, imagen acabada de la ruindad y degradación del hombre que huye de Dios y de la magnanimidad estupenda caridad de Nuestro Señor que le redime.

Dijo aún: un hombre tenía dos hijos, el menor de los cuales dijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes, que me han de tocar”. (Estos dos hijos representas, el primogénito a los justos, que viven siempre sometidos a la voluntad de Dios, el otro el pecador, a la oveja descaminada, que después de haber recibido infinitos bienes de la bondad y liberalidad divina, le vuelve villanamente la espalda y sacude el yugo de su obediencia. El menor a pesar de que tiene menos méritos, pide a Dios que le de la libertad de usar de sus potencias y sentidos y de las cosas como él quiera. Como si fuesen suyas las criaturas y no de Dios.) **Y les repartió su haber.** (Dios por justa providencia suya, nos concede la libertad de usar de las cosas como nuestras para la vida eterna. Seamos justos o pecadores ¿cuánto hemos recibido del Padre? ¡Qué colmo de gracias! Si a otro hubiera repartido lo que a mí me ha dado, ¡qué ganancia no hubiera dado! Y yo, ¿qué hago por Él?) **Pocos días después,** (Porque el pecador no por muchos días se abstiene de pecar) **el menor, juntando todo lo que tenía, partió para un país lejano,** (Lejos de la patria

celestial, lejos de Dios su Padre para vivir tanto más licenciosamente cuanto más apartado estaba de su Padre, y no le enfrenase la reverencia de su vista.) **y allí dispó todo su dinero,** (La gracia y los dones sobrenaturales.) **viviendo perdidamente.** (Este es el primer paso del pecador. Depravar el entendimiento y la voluntad según el ímpetu de sus concupiscencias. Rompiendo la unión con Dios, porque en el momento que le pidamos nuestra legítima, esto es lo que nos toca de derecho, nos alejamos de Dios en el país distante que es el olvido de Dios. Y allí empezamos a pasear caminando en holguras, festines, placeres y torpezas, para, en ese estado usar los dones que Dios le dio a su capricho, y de ordinario licenciosamente, es decir, lujuriosamente, o en otros pecados.) **Cuando lo hubo gastado,** (Cuando el pecador malgastado todo su patrimonio, solamente le queda la pobreza y a la miseria., propio del que nada tiene de Dios y vive esclavo de sus concupiscencias; porque *la concupiscencia es un fuego que nunca dice basta.*) **sobrevino una gran hambre en ese país, y comenzó a experimentar necesidad.** (Segundo paso del pecador. Pierde todo lo que sacó de la casa de Dios: la gracia, las virtudes, las buenas inclinaciones, la vergüenza, la dignidad, el decoro y muchas veces las buenas compañías, la amistad de los buenos, la salud y hacienda. Y siempre la paz, la tranquilidad. Las potencias las llena de perversos pensamientos y de indignos afectos. Los sentidos los empapa de vicios y pasiones. Y a pesar de tanto gasto no satisface sus apetitos y se encuentra vacío y con más hambre. En toda la región de los pecadores hay siempre vacío y hambre. Nunca se satisfacen los vicios.) **Fue, pues, a ponerse a las órdenes de un hombre del país, el cual le envió a sus tierras a apacentar los puercos.** (Tercer paso vergonzosísimo. En vez de volver al padre, va y se pone el pecador a servir a algún vicio mayor, a algún demonio, y se compromete con él por gozar y comer del pecado. Y el demonio lo rebaja y lo pone a guardar puercos, es decir, a las acciones más viles y deshonoras, a los vicios y pasiones más infames, en las que inútilmente busca saciar la cruel hambre que le consume.

¡Oh que desgracia tan digna de compasión! Un joven de noble nacimiento, criado entre tantos regalos y comodidades, venir a tal extremo de miseria y de degradación, que andrajoso, medio desnudo, cayéndose de hambre, se estaba bajo una encina, cuidando de una piara que se apacentaba de su fruto, sin atreverse él a aquietar su hambre aún con los puercos. Ves ahí el estado de un pecador, que reengendrado a la gracia en las aguas del Bautismo, sustentado con los divinos sacramentos, hijo adoptivo del Padre celestial, con el pecado renuncia la filiación de Dios y por su vilísimo placer se entrega por esclavo del demonio. ¿Qué paz, que alegría puede jamás tener quien pierde a Dios, y su amistad y especial providencia, con que le asistía en los peligros, como su guarda; le consolaba en las tribulaciones, como amigo; le procuraba toda la felicidad, como Padre? Más ahora desamparado, como a hijo ingrato y rebelde, como traidor le amenazan suplicios eternos.) **Y hubiera, a la verdad,**

querido llenarse el estómago con las bellotas que comían los puercos, (Cuarto paso del abyecto pecador en su degradación espantosa. Olvidando de que es hijo de Dios, desea la vida de los animales, desea poder gozar como ellos, desea llenar su vientre de bellotas, esto es, de los pecados que no satisfacen sus apetitos y deleites sensuales ¡Felices, dice como aquel poeta, los animales que no tienen entendimiento y satisfacen sus pasiones! Yo no puedo hartarme. Quisiera gozar como ellos, vivir como ellos, ser uno de ellos.) **pero nadie se las daba.** (A pesar del ansia que produce la miseria que da el pecado, no satisface su hambre animal de las concupiscencias porque no se las dan. Y cuanto más pecaba, tanto como un hambriento, quería pecar más. ¡Oh condición miserable del pecador! ¿A que no llega el que se aparta de Dios y al punto no se vuelve a Él? ¡Oh noble criatura, adornada de tantos dones! ¿A dónde te dejas caer voluntariamente?) **Volviéndose entonces sobre sí mismo, se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo, aquí, me muero de hambre!** (Primera reflexión del pecador, que conociendo su miserable estado, envidia no ya los consuelos de la vida cristiana, sino su pan, es decir, la paz de la conciencia, que es lo menos que todos los que sirven a Dios tienen.) **Me levantaré, iré a mi Padre,** (¡Oh, pecador, mira la segunda reflexión del hijo pródigo; resuelve apartarse de los vicios y además ir a su padre! Pero en esta situación ¿qué le dirías a tu Padre, a tu Dios? Con la esperanza que se concibe del perdón, al considerar el paternal afecto, examinar la región de imperfecciones de la propia vida, para reparar, si fuera de perdición y de muerte, primero diciéndose a uno mismo: *me levantaré* y mi Padre no me desechará, ya que Él no quiere la muerte del pecador. Sí, ¿cuantas veces he dicho eso y cuantas no las he cumplido?) Las mismas que he dejado de cumplirlas seriamente. Fue veleidad, no voluntad resuelta. Digamos firmemente: *Me levantaré* de esta imperfección; saldré de este estado, de esta costumbre y ocasión; cumpliré esta obligación; dejaré este vicio sin volver jamás a ello, aunque me cueste la vida.) **y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y delante de tí.** (Hermoso pensamiento. ¡Padre! Porque todavía es Padre, aunque yo no soy hijo, ni heredero del cielo, que tanto bien me ha hecho y tanto he ofendido ¡He pecado!, confiesa. Si esta es la confesión ingenua y la contrición humilde, de un hijo que sólo ha ofendido a su padre en un caso imprevisto: un sentimiento de dolor después de ver lo que hizo ofendido a su padre. En cambio tú y yo hemos ofendido a nuestro Padre, no tan ignorantemente, sino a sabiendas de que estábamos obrando la ofenda, por lo que hemos de confesar que hemos hecho mal sin excusar nuestros pecados.) **Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.** (La satisfacción es una acción privativa, con que se priva uno con gusto del bien de que podía alegrarse.) **Hazme como a uno de tus jornaleros.”** (Que es acción positiva, con la cual quiere afligirse. Y no es ahora exigente como lo era antes. Ya no soy digno de ser tratado como hijo. Trátame como quieras, como a uno de tus jornaleros. Notemos que esto es lo que se propone decir el hijo pródigo, y es una prueba

de la humildad necesaria en la conversión. Su corazón se conforma a priori con las penitencias y castigos que el padre quiera darle. Y es lo normal, pues todo lo que puede acontecer por nuestros pecados lo tenemos merecido.)

Y levantándose se volvió hacia su padre. (Esta es la ejecución del propósito. Todo esto representa los diversos grados de la conversión del pecador. Vuelve sobre sí, conoce su miseria y la gran dicha que hay en servir a Dios; se resuelve a dejar el pecado, apartarse de todo aquello que puede servirle de ocasión de pecar, y volverse a Dios, a quién mira siempre como a su Padre; le pide como una singular gracia que le ponga en la suerte de los últimos de su casa, y por último ejecuta sin dilación lo que ha resuelto.

Pero no dejes de cumplir los propósitos, sino sé resuelto, constante y eficaz. Levántate y ven a Dios, ven a tu Padre. Mira cómo le recibió y como te recibirá a ti.) **Y cuando estaba todavía lejos, su padre le vio, y se le enternecieron las entrañas, y corriendo a él, cayó sobre su cuello y lo cubrió de besos.**

(Pero cuando está ante el padre, ya no alcanza a decir esas palabras, porque éste se lo impide con el estallido de su amor generoso. ¡Qué bien predica aquí el *misionero* Jesús, para hacernos comprender lo que es el Corazón de su Padre y nuestro Padre. El no impone su Santo Espíritu; pero a penas lo deseamos, nos lo prodiga, justo con su perdón, y sus favores, como si el beneficiado fuera Él. Quien nos descubre así lo que es Dios - del mismo modo que lo sentiría Abraham cuando el Ángel le detuvo el brazo en el sacrificio de Isaac - ¿Qué podría yo pedir o esperar del mundo?

Su padre había salido muchas veces al camino a ver si volvía el hijo. Pero el hijo se alejaba más. Y le ofendía cada vez más. Y el padre, con todo, seguía saliendo y esperaba...Mira cómo te espera Dios en la cruz, clavado, para no poder huir, y con los brazos abiertos, para no poder cerrarlos hasta que vengas para abrazarte. Y le vio venir, y le vio cuando aún estaba lejos...

Apenas nosotros empezamos a volver a Dios, Él nos ve y nos atrae y ayuda y sale al encuentro. Jesús revela aquí los más íntimos sentimientos de su divino Padre que, lejos de rechazarnos y mirarnos con rigor a causa de nuestras miserias y pecados, nos sale a buscar cuando estamos todavía lejos. Notemos que si Adán se escondió después del pecado original fue porque no creyó que Dios fuese bastante bueno para perdonarle. Es decir, que el disimulo y el miedo vienen de no confiar en Dios como Padre. Por donde vemos que la desconfianza es mucho peor que el pecado mismo, pues a éste le perdona Dios fácilmente, en tanto que aquella impide el perdón y, al quitarnos la esperanza de conseguirlo, nos aparta de la contrición, arrastrándonos a nuevos pecados, hasta el sumo e irremediable pecado de la desesperación, que es el característico de Caín y de Judas y del mismo Satanás. También la mentira viene de la desconfianza, pues si creyéramos en la bondad de Dios, que nos perdona lisa y llanamente, total y gratuitamente no recurriríamos a buscar excusas por nuestros pecados, ni nos sería doloroso, sino al contrario, muy grato, declararnos culpables para sentir la incomparable dulzura del perdón.

El que duda de ser perdonado por sus faltas porque lo está tratando de falso, ya que ese divino Padre ha prometido mil veces el perdón, haciéndonos saber que *Él es bueno con los desgraciados y malos*. Hay en esto también una enseñanza definitiva dada a los padres de familia, para que imiten más que nadie, en el trato con los hijos, la misericordia del Padre celestial, y sepan que les inducen a la mentira, más que a la contrición, si usan un rigor inexorable que les haga dudar de su perdón. Considera aquí la benignidad de Dios para contigo pecador.) **Su hijo le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.”** (Confesión sincera. Sí, Dios mío, yo he sido un miserable, un canalla, un pecador; no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Jornalero, esclavo, eso me basta. Más el padre, sin dejarle acabar lo que tenía preparado decirle, le interrumpe.) **Pero el padre dijo a sus servidores: “Pronto traed aquí la ropa, la primera, y vestirlo con ella; traed un anillo para su mano, y calzado para sus pies; y traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este hijo mío estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.” Y comenzaron la fiesta.** (¿Ves? ¡Qué misericordia tan estupenda! Casi sin acabar la confesión del hijo, le interrumpe; pero no le riñe, ni le echa en cara su ingratitud, ni mucho menos que le pongan el mejor vestido, el principal y más precioso de los vestidos, que es el símbolo de la gracia santificante que Dios da a los que se convierten; el anillo que es la señal del hijo de Dios; el calzado para caminar por la virtud, que es la gracia actual, y el mejor banquete y manjar, que es la Sagrada Comunión, y música y dulzura espiritual. ¡Qué paz suelen tener los pecados luego que se reconcilian con Dios! ¡Oh, cuanto ama Jesucristo a los pecadores, y cómo desea que se conviertan! Bondad infinita del Señor, que recibe en su gracia el pecador convertido, y le adorna de sus más preciosos dones alimentándole de la carne de Jesucristo. ¡Repara cuanto gozo muestra Dios sobre tí, pecador, cuando haces penitencia! ¡No quieras privar al Padre de tanto gozo, volviendo a guardar puercos!) **Más sucedió que el hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver llegó cerca de la casa, oyó música y coros. Llamó a uno de los criados y le averiguo qué era aquello. Él le dijo: “Tu hermano ha vuelto y tu padre ha matado el novillo cebado, porque lo ha recobrado sano y salvo.”** (A la llegada del hijo mayor es un criado quién le informa de todos los pormenores y detalles de la vuelta de su hermano.) **Entonces se indignó y no quería entrar.** (La misericordia de Dios con los pecadores es tan grande, que pudiera dar celos a los mismos justos si estos fueran capaces de tenerlos. El hijo mayor, disgustado de su suerte no podía comprender la conducta del padre para con el menor, viene a estar más lejos de Dios que su hermano arrepentido. Él es imagen de quienes creyéndose usufructuarios excluidos del reino de Dios, se sienten ofendidos cuando Dios es más misericordioso que ellos. Por eso el hijo *justo* recibe una reconvención, mientras su hermano pecador goza

de la dicha de ser acogido festivamente por su padre y, al sentirse perdonado cree en clamor.

Nótese que esta parábola fue dirigida a los Escribas y Fariseos que murmuraban de que Jesús conversase y se familiarizase tanto con los pecadores, dándoles tan particulares muestras de su amor y benevolencia.) **Su padre salió y le llamó.** (Rogándole amistosamente y con carillo el padre, lejos de darle motivo de enojo, debía por el contrario llenarse de alegría, por las razones que después le alega.) **Pero él contestó a su padre: “He aquí tantos años que te estoy sirviendo y jamás he trasgredido mandato alguno tuyo; y a mí nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos. Pero cuando tu hijo éste que se ha comido toda tu hacienda con meretrices ha vuelto, le has matado el novillo cebado.”** (El hijo mayor, habla con razón, y el padre obra y habla con el corazón que está muy por encima del de su hijo primogénito. El padre tenía más motivos para estar ofendido y echar en cara al pródigo su conducta; lo que él no hecho lo hace ahora el hermano, pero no quiere reconocer como hermano al que se llevó la hacienda para dilapidarla con meretrices, por lo que le dice: *Este hijo tuyo...* Los parámetros con que nosotros medimos no son los de Dios, por ello muchas veces no comprendemos las obras del Señor, pero otras veces es que nos empecinamos en no querer reconocer que la misericordia de Dios es infinita y no tan raquítica como la nuestra que muchas veces no quiere perdonar ni ser semejante e imagen del Creador.

Consideremos aquí no la envidia de los justos, de que carecen, sino la grandeza del amor con que recibe Dios al pecador que vuelve a Él, y esforcémonos a tener confianza de llegarnos siempre a Él cuantas veces pequemos, aún sea levemente, porque tiene gran voluntad de recibir a los pecadores arrepentidos, en los que derrama su misericordia.) **El padre le dijo: “Hijo mío, tu siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo.** (El padre silencia los defectos del pródigo y responde enseñando al hermano mayor: *No pierdes nada por esto, cuando todo lo que yo tengo es para ti.* El padre explica así que no le ha dado nada, pues estando siempre con él y siendo todo suyo puede disponer de todo. ¿Y quién querrá apartarse de tan buen padre? Esta es la herencia de los justos: estar con Dios y participar con Él los bienes celestiales. ¿Puede existir mayor consuelo?) **Pero estaba bien hacer fiesta y regocijarme, porque este hermano tuyo había muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado.”** (La razón que motiva la fiesta y la alegría es la suerte de *este hermano tuyo*, que debe considerarse también una suerte para ti, pues puesto que ante esta felicidad nada pesan los pecados pasados en orden a la alegría de todos.

Sería desviar el sentido de la parábola si se dijera que el padre amaba más al hijo menor. El padre ama a los dos por igual; el amor al mayor se manifiesta en darle todo lo suyo; al menor en celebrar su vuelta..

Con todo la figura del hermano mayor tiene una proyección universal y simboliza a todos los hombres, que vemos la paja en el ojo del hermano y no vemos la viga en el propio. El padre es Dios y el hermano pequeño, el pecador.) (Lucas 15,11-32).



¡Me levantaré!



Mira que estoy a la puerta y llamo.

82 – MARTA Y MARIA

Durante su viaje entro en cierta aldea, y una mujer llamada Marta, le recibió en su casa. (Yendo de camino entró en Betania, villorrio insignificante y sin importancia a tres kilómetros de Jerusalén, y en donde Jesús solía hospedarse en casa de Marta, el alma familiar de aquella casa, que era la que proveía y disponía todo haciendo honor a su nombre que significa *señora*. Ella es quién recibe al Señor.) **Tenía ésta una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra.** (La manera de presentar a la hermana pequeña de Marta, hasta ahora desconocida, favorece a su distinción de la pecadora y de María Magdalena. El carácter de ella es distinto al de las mujeres que seguían a Jesús. *Sentarse a los pies* es el nombre empleado para designar al discípulo que escucha al Maestro. María, en esa posición, oye absorta en dulce arrobamiento aquella palabra que ilumina la mente y transforma el corazón.) **Pero Marta, que andaba muy afanada en los múltiples quehaceres del servicio, vino a decirle: “Señor, ¿no se te da nada que mi hermana me haya dejado servir sola? Dile, pues que ayude.”** (En ese ajetreo continuo de preparación al buen recibimiento y alojamiento del Señor, Marta pasa una y otra vez por la sala tratando de que su hermana se dé cuenta de que está sola y sin ayuda para solventar el trabajo. El tiempo corre y hay muchas cosas aun por hacer; y después de un momento, de nuevo entra donde se encuentra el Señor, y movida por una santa emulación, y sin poder contenerse más, se planta delante de Jesús y le dice con familiaridad justificada por un antiguo conocimiento: *Señor, ¿no te importa verme tan ocupada mientras mi hermana permanece ahí sin ayudarme?* Si quisieses podrías decirle que me eche una mano. Parece que quiere dar a entender que las labores domésticas terminarían antes si su hermana hiciese alguna cosa, y entonces ambas podrían sentarse a los pies de Señor y así gozar de su palabra.) **El Señor la respondió: “¡Marta, Marta! Tú te afanas y te agitas por muchas cosas. Una sola es necesaria. María eligió la buena parte, que no le será quitada.** (La respuesta de Jesús repitiendo el nombre indica grande afecto que matiza el reproche. Marta servía al Señor en su carne mortal; María estaba envuelta en el hechizo de las palabras de Cristo, escuchando y contemplando las grandezas de su divinidad. Marta distraída en muchos cuidados; María atenta a uno solo, el más importante y por consiguiente el mejor: ocuparse en el principal negocio de la salvación, escuchando y meditando la palabra de Dios; ocuparse en el conocimiento del Sumo Bien, y de los medios para llegar a Él. A María no le sería quitado el empleo que escogió, esto es, estar unida y asistida de su Señor por medio de una perfecta caridad y altísima contemplación; a Marta le será quitado el suyo para darle otro mejor.

Estas dos santas han sido después miradas como representando en sus personas dos suertes de vidas diferentes. Marta es imagen de la una, que se

llama activa. La otra, llamada contemplativa, es figura en el reposo de Maria. Estas dos vidas se unen frecuentemente en una misma persona. Y así, si el que se ocupa de ejercicios exteriores de caridad no procura recogerse de tiempo en tiempo como a los pies de Jesucristo, para oír interiormente la voz de la verdad, para que le instruya, ilumine y alimente, corre el riesgo de perder por último todo el mérito de los ejercicios de la vida activa. Del mismo modo, si bajo el pretexto de ser más perfecto el ejercicio de contemplación se desprecia el cuidado de los pobres y el asistir al prójimo en sus necesidades, cuando se puede y hay obligación de hacerlo, sería una ilusión manifiesta y un estado de vida muy peligroso, porque en el día del juicio serán destinados a las llamas del infierno los que no hubiesen ejercitado las obras de misericordia con su prójimo.

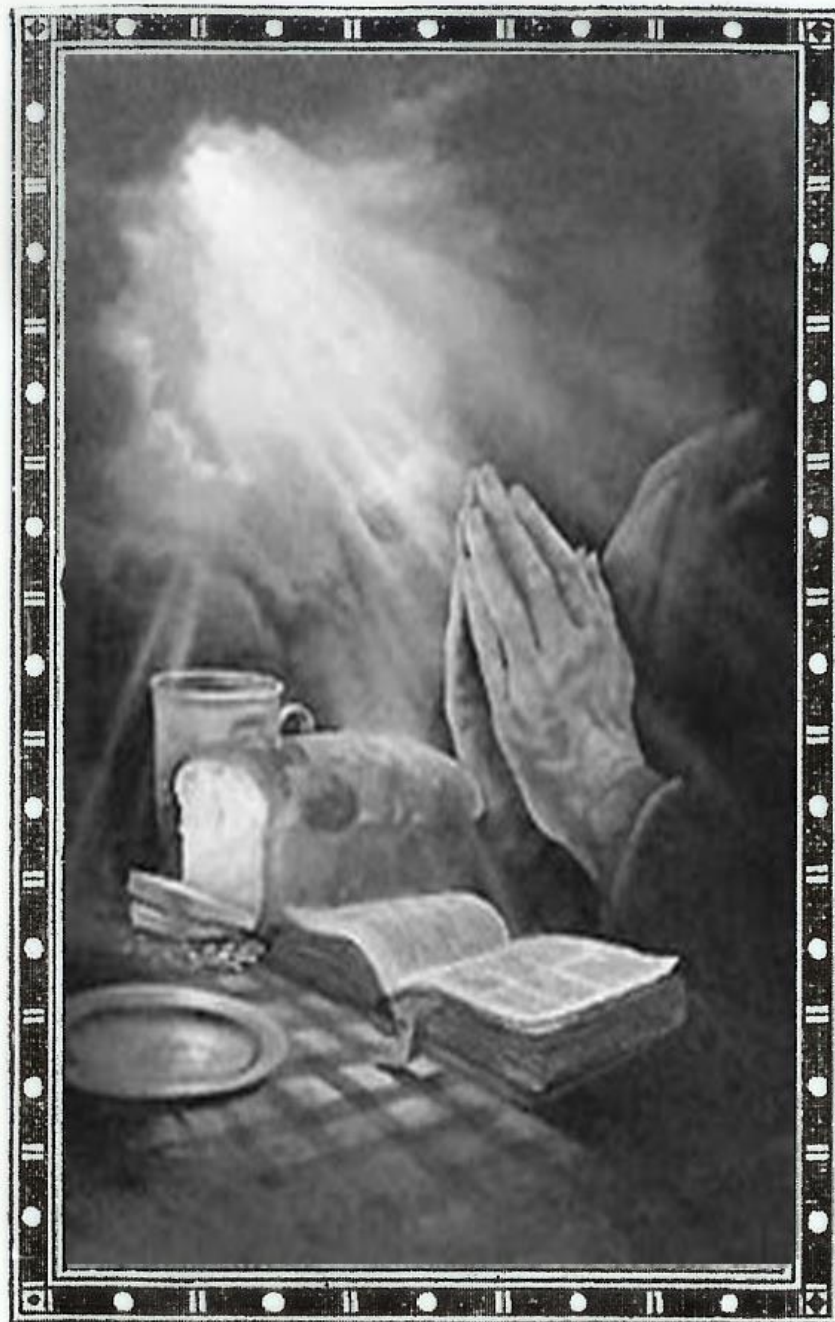
Es este otro de los puntos fundamentales de la Revelación cristiana, y harto difícil de comprender para el que no se hace pequeño. Dios no necesita de nosotros ni de nuestras obras, y éstas valen en proporción al amor que las inspira. Jesucristo es *el que habla* y el primer homenaje que le debemos es escucharle. Sólo así podremos luego servirle dignamente. A tal fin la lectura de la Sagrada Escritura nos será de suma utilidad para el desenvolvimiento de la vida cristiana, principalmente para la formación del espíritu y para la enseñanza de la fe. Siendo a la vez uno de los textos clásicos para probar la divina inspiración de la Escritura, pues el mismo Jesucristo apelaba constantemente a la autoridad de los Libros Sagrados: y los discursos y cartas de los Apóstoles están como tejidos con textos del Antiguo Testamento usados como argumentos firmísimos a favor de la Nueva Ley. Y es como dice San Pablo: *Toda la Escritura es divinamente inspirada y eficaz para enseñar, para convencer, para corregir y para instruir en justicia, y ello a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, y bien provisto para toda obra buena*. He aquí el fruto de la Palabra de Dios en el alma: La perfección interior, en la fe, el amor y la esperanza. Y ello es lo que trae a su vez la disposición para toda obra buena, pues *el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad*. Admirable revelación que nos muestra cómo la buena conducta procede del conocimiento sobrenatural de la luz de Cristo. Esa luz de Cristo es su Palabra, en la que también confía la Iglesia, pues el Evangelio es la fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, cuya fe es engendrada por la divina Palabra, y que, aun tratándose de personas considerada fuera de su seno, el Concilio IV de Cartago dispuso en su canon 84 que los Obispos *no prohibieran oír la Palabra de Dios a los Gentiles, heréticos y judíos durante la Misa de los Catecúmenos*. Y el Papa Pío VI, escribiendo en 1769 a Monseñor Martini, le manifestaba su deseo de que se excitara *en gran manera a los files a la lección de los Sagradas Escrituras, por ser ellos las fuentes que deben estar abiertas para todos, a fin de que puedan sacar de allí la santidad de las costumbres y de la doctrina*. De aquí que el Tribunal de la Inquisición Española declarara

en 1782 que los deseos de la Iglesia son *que el pan de la divina Palabra sea el alimento cotidiano y común de los fieles.*

En conclusión podemos afirmar y afirmamos que el Señor le agrada nuestra oración, más que todos nuestros afanes, incluso de apostolado. Hoy, en el mundo en que vivimos, frío e incrédulo, irónico y burlesco, Jesús hostigado y rechazado busca casas como la de Betania, viene a nosotros y nos dice: *Mira que estoy a la puerta y llamo.*) (Lucas 10,38-42).



MIRA QUE ESTOY A LA PUERTA Y LLAMO; SI ALGUNO ESCUCHA MI VOZ Y ABRE LA PUERTA, YO ENTRARÉ A ÉL Y CENARÉ CON ÉL Y ÉL CONMIGO. AL QUE VENCIERE LE HARÉ SENTARSE CONMIGO EN MI TRONO, ASÍ COMO YO TAMBIÉN VENCÍ Y ME SENTÉ CON MI PADRE EN SU TRONO. EL QUE TENGA OÍDOS, OIGA LO QUE EL ESPÍRITU DICE A LAS IGLESIAS." (APOCALIPSIS 3, 14-22)



El pan nuestro de cada día dánosle hoy

83 - ORACIÓN DOMINICAL

Un día que Jesús estaba en oración, en cierto lugar, cuando hubo terminado, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”. (Como sabemos Betania, la aldea donde vivían Marta y María, estaba situada a unos pocos kilómetros de Jerusalén. Bastaba atravesar el repecho del monte de los olivos para divisar la ciudad de David con la gloria de sus palacios, con la fortaleza de sus torres y baluartes y con esplendor de sus edificios separados. Y allí, en el vértice del monte, frente a la casa de oración de los judíos el señor, nos dice el evangelista Lucas, estaba Jesús en oración, dándonos ejemplo de que la clave del éxito, tanto en la vida material como en la espiritual, es la oración basada en la fe. Y Jesús mismo nos da repetidas veces ejemplo de oración desde el momento de su Encarnación y que desde el momento de entrar en el mundo: *“sacrificio y oblación no los quisisteis pero un cuerpo me has preparado”*. Siendo la primera oración del “Hijo del hombre” que motiva su presencia en la tierra por deseo de cumplir la voluntad del Padre. Como cosa ordinaria, ora al ser bautizado por Juan, tras curar al leproso, antes de la confesión de Pedro, en la transfiguración, en el momento de enseñar la oración dominical, en las madrugadas siendo aún muy de noche, en la soledad del desierto, y cuando despedía a las multitudes subía a la montaña a orar. También antes de las comidas como podemos ver e antes de multiplicar los panes y los peces, y en la última cena. Da gracias al Padre por su providencia que revela los misterios del Reino a los pequeños, porque siempre y en todo momento le escucha como nos confirma en la resurrección de Lázaro. Es notorio que en todos los acontecimientos importantes los preparaba en la oración - elección de los Apóstoles y en su agonía en el huerto -, sin olvidar los cuarenta días que en el desierto preparó el comienzo de su ministerio. Durante toda su vida oró con clamores y lágrimas como nos resume el Apóstol en la Carta a los Hebreos; hasta en la cruz no cesó de orar y pronunció su última plegaria: *“En tus manos encomiendo mi espíritu”*.

Completemos este rosario de oraciones de Jesucristo con las palabras de Pío XI en su Encíclica “Ad catholici Sacerdotii”: Aunque en la cruz no quiso Jesús entregar su alma las manos del Padre antes de haber declarado que estaba ya cumplido todo cuanto las Sagradas Escrituras habían predicho de Él, y así toda la misión que el Padre le había confiado, hasta aquel último tan profundamente misterioso *“tengo sed”* que pronunció para que se cumpliera la escritura.

La oración de Jesús es la más perfecta y la que revela su íntima familiaridad con el Padre y por consiguiente la aceptación plena de su voluntad: *“Quiero que tu voluntad de salvar a los hombres, para lo cual me enviaste”*.

Ejemplo de Cristo, modelo nuestro, que todos hemos de imitar. La oración diaria es capaz de transformar nuestras vidas, haciendo que nuestras miserias

y pecados sean transformados, al igual que la tristeza y las enfermedades, en la alegría de la santidad, que la oración puede conseguirnos. Con razón decía san Agustín: “*Sabe vivir quien sabe orar*”.

Pues bien, allí cerca del huerto de Getsemaní, un terreno de una familia amiga, donde Jesús solía detenerse en sus salidas de Betania a Jerusalén. Lugar de descanso, recogimiento, de oración y el que nos recomendó un día su oración: “*Velad y orad para que no entréis en tentación*”, y que ahora resuena como un eco anticipado del “*no nos dejes caer en la tentación*” del Padrenuestro, oración que no era la primera ni la única vez que enseñó a rezar a sus seguidores y que insistía ahora en este punto tan trascendental que ya había tratado en otras ocasiones como en el Sermón del Monte. La fórmula del Padrenuestro la repetía muchas veces hasta grabarla en la memoria de sus discípulos, quienes deseosos de aprender a orar hicieron esta pregunta al Maestro, que como tal sabe lo que necesitamos y como Hijo de Dios sabe lo que Dios quiere de nosotros, por lo que Jesucristo nos enseña palabras venidas del cielo para remedio y consuelo nuestro, previa petición de dar gracias al Señor).

Les dijo: “Cuando oréis decid: Padre, que sea santificado tu nombre; que llegue tu reino. Danos cada día nuestro pan supersubstancial; y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe; y no nos introduces en prueba”. (Jesús no les declaró o lo que Él decía a su Padre, como posiblemente desearan y pensaban intrigados sus discípulos cuando el Maestro se retira durante esas ausencias interminables en lo alto de las colinas, bajo los cielos estrellados o entre el suave murmullo de los bosques, pero reveló una fórmula maravillosa en la que estaba condensado todo lo que los espíritus pueden comprender y todas las memorias puedan retener con facilidad. Concentran en la sencillez de estas palabras la mayor grandeza y fecundidad. Tres peticiones que tienen por objeto la gloria de Dios; otras tres encaminadas a procurar nuestro bienestar. No falta ni sobre nada.

Toda la mística está en el Padrenuestro, por donde se ve que hablar de mística no ha de ser cosa rara ni excepcional entre los cristianos, puesto que todos sabemos y rezamos esta oración; a menos que la recitemos solo con los labios y teniendo distante el corazón. Tal es lo que Jesús imputa a sus peores enemigos los fariseos. La oración hemos de hacerla con atención, reverencia, humildad, confianza, fervor, perseverancia y resignación con lo que Dios quiere. Teniendo la fe muy firme de que si conviene, Dios nos concederá lo que le perdimos; pero no podemos anteponer nuestra voluntad a la de Dios, pues además de irreverente y absurdo, sería completamente inútil y estéril. Cuando hablamos con Dios, eso es orar, hemos de manifestarle nuestro amor, tributándole en honor que se merece, agradeciendo sus beneficios, ofreciéndole nuestros trabajos y sufrimientos, al mismo tiempo que le pedimos

consejo sobre los asuntos que nos preocupan y le confiamos las personas que amamos así como a los que nos tienen por enemigos.

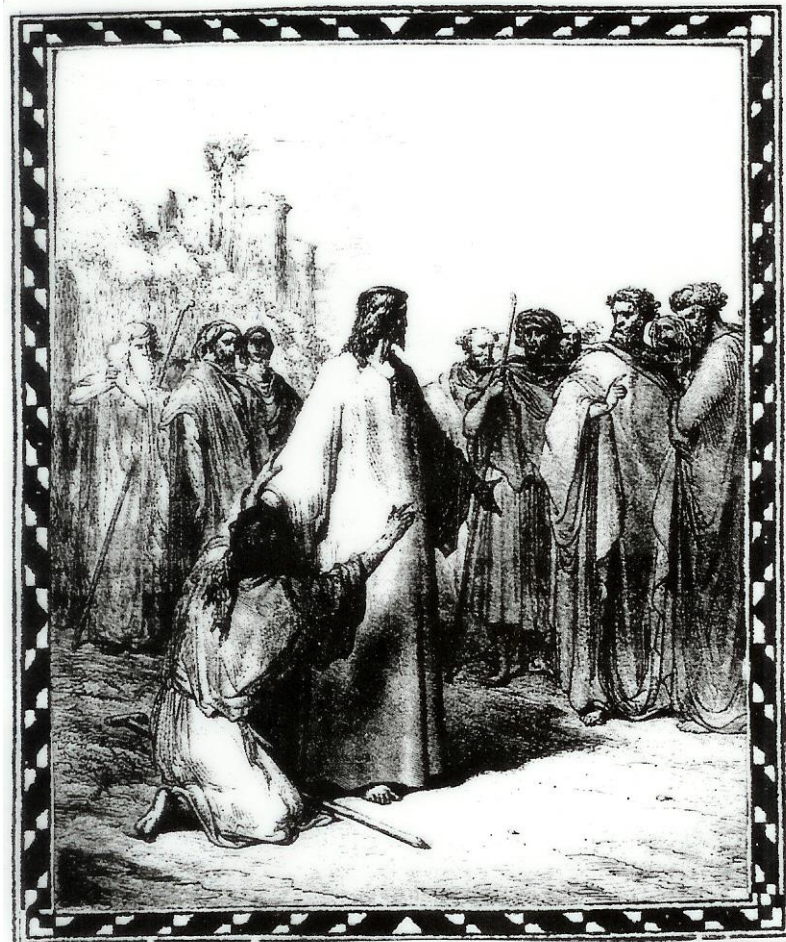
La verdadera oración pone siempre en movimiento el corazón, y es necesario que oremos a menudo, porque Dios así nos lo manda: “*Pedid y recibiréis*” pues “*es necesario orar siempre y no desfallecer*”, y sin ingratitud de regatear a Dios las manifestaciones de amor y reverencia elijamos el lugar adecuado - ¡ojala nos acostumbremos tener unos ratos de charla con nuestro Señor en el Sagrario!- y la postura interior y exterior que a nuestro creador debemos: “*Nunca es el hombre más grande que cuando está de rodillas delante de Dios*”. Cualquier cristiano tiene así a su disposición toda la mística, pues lo más alto de esta vida consiste en ser, respeto a nuestro Padre divino, “*todo entrañable*”, como los niños pequeños. Este Padrenuestro breve que aquí nos enseña Jesús, sintetiza en forma sumamente admirable esa actitud filial que, deseando todo la gloria para su Padre, ansía que llegue su reino, para que en toda la tierra se haga su voluntad, y entre tanto le pide, para poder vivir en este exilio y valle de lágrimas, el don de Jesús que es la vida, “*el pan de Dios, que descendiendo del cielo y dá la vida al mundo*”.

El valor que tiene el Padrenuestro es tan grande que con él trabajamos más que nadie en favor del prójimo: conmutamos más pecados que los sacerdotes, curamos más enfermos que los médicos, auxiliamos a los necesitados mejor que las sociedades de caridad y ayuda de caridad, y defendemos a la patria mucho mejor que los soldados, porque nuestro rezo del Padrenuestro hace que Dios ayude a los soldados, a los médicos a los sacerdotes y a las sociedades caritativas para que consigamos lo que pretenden; y es que un hombre de rodillas puede más que toda la filantropía vacía. Acudamos a Dios en todas nuestras penas y alegrías. En las penas para encontrar consuelo y ayuda; en las alegrías para dar gracias y pedir que se prolonguen. No nos cansemos nunca de rezar el Padrenuestro, no porque el Señor desconozca nuestras necesidades, sino porque quiere que acudamos a Él, para concedernos esas peticiones tan necesarias para nuestra salvación, puesto que toda oración que sube al cielo nunca vuelve vacía. Por ello cuando pedimos cosas absolutamente buenas, si las pedimos bien, la eficacia de la oración es infalible. Aunque a veces modifica el Señor la petición en cuanto a las circunstancias, tiempo, etc.

Dios como hemos dicho, conoce nuestras necesidades y las remedia muchas veces sin que se las pidamos; pero de ordinario quiere que acudamos a Él, porque con la oración practicamos muchas virtudes: adoración, amor, fe, confianza, humildad, agradecimiento, conformidad... Pero hay una sola cosas que Dios está deseando concédenosla en cuándo se la pedimos. Es la fuerza interna necesaria para vencer las tentaciones de pecado que nos pone el demonio, el mundo y nuestras malas inclinaciones. Sobre todo, si lo pedimos mucho y bien, Dios nos concede la salvación eterna. Y es que la vida de la gracia, además de respirar necesita, al igual que la vida natural, alimentarse.

Dios nos da también ese alimento para la vida sobrenatural de la gracia: la Sagrada Comunión, el verdadero Cuerpo del mismo Jesucristo bajo apariencia de pan, que guardado en el Sagrario es la Sagrada Eucaristía que pedimos diariamente es este rezo cuando decimos: “*Danos cada día nuestro pan supersubstancial*”. Es el recuerdo que Jesucristo nos dejó antes de subir al cielo. Él se iba, pero al mismo tiempo quiso quedarse entre nosotros, hasta el fin de los siglos, en el Sagrario, y en donde una lámpara encendida nos indica que allí prisionero por nuestro amor está el Salvador del mundo esperando una mirada de amor, una visita de caridad y una palabra de agradecimiento y reconocimiento por ser nuestro Redentor. ¡Oh Cristo Jesús! Rey universal ejerce sobre nosotros todos tus derechos.) (Lucas 11, 1 – 4).





YO SOY EL SEÑOR DEL "SABADO".

84 – LA MUJER ENCORVADA

En aquel momento llegaron algunas personas a traerle la noticia de esos galileos cuya sangre Pilato había mezclado con la de sus sacrificios. (Estos eran sediciosos de Galilea que Pilato había hecho morir mientras estaban sacrificando en Jerusalén, adonde habían ido con ocasión de alguna grande fiesta; y por esto dice que su sangre se mezcló con las víctimas que sacrificaban.

Y respondiendo les dijo: “¿Pensáis que estos galileos fueron los más pecadores de todos los galileos, porque han sufrido esas cosas? (Esta respuesta del Señor da a entender que miraban aquel suceso como un castigo de la impiedad de aquellos galileos, y al mismo tiempo esperan oír lo que Jesucristo decía sobre Él. Más el Señor, tomando de aquí ocasión para corregir unos juicios y para humillarlos, les dice que de estos sucesos no se debía corregir la mayor o menor gravedad de los pecados, puesto que Dios no ejecutaba en ellos mismos iguales o mayores castigos siendo mucho más reos que aquellos, y que tuviesen entendido que si no se arrepentían de sus pecados padecerían como ellos, esto es, con una mala muerte, que es la de los pecadores: “La malicia del impío lo lleva a la muerte”).

Os digo que de ninguna manera, sino que todos pereceréis igualmente si no os arrepentís. (Equivale aquí al “renunciarse a sí mismo” de la negación del yo). **O bien aquellos dieciocho, sobre los cuales cayó la torre de Siolé los mató ¿pensáis que eran más culpables de todos los demás habitantes de Jerusalén?** (El Señor para confirmar la misma doctrina, les propone otro ejemplo semejante de diez y ocho personas sobre las cuales cayo la torre de Siolé. Esta se llamaba así por estar cerca de la fuente de Siolé, que salía al pie del monte de Sion. De esta fuente se formaba la piscina de Siolé, en donde el Salvador mandó al ciego de nacimiento que se lavase, después de haberle ungido los ojos con barro que amasó con tierra y con su saliva).

Os digo que de ninguna manera sino que todos parecéis igualmente no os convertís. (La misma conclusión, que anteriormente nos da el señor exhortándonos a la penitencia.

Como los amigos de Job, tenemos tendencia a pensar que los que reciben a nuestra vista grandes pruebas son los más culpables. Jesús rectifica esta presunción de penetrar los juicios divinos y de ver la paja en el ojo ajeno, mostrando una vez más, como lo hizo desde el principio de su predicación, que nadie puede creerse exento de pecado y por consiguiente que a todos es indispensable el arrepentimiento y la actitud de un corazón contrito delante de Dios.) (Lucas 13, 1-5).

Después, un día sabático enseñaba en una sinagoga, (Normalmente Jesús aprovechaba los sábados para enseñar su doctrina en una sinagoga (Lucas 13,10).

Y dijo esta parábola: “Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, vino a buscar el fruto de ella, y no lo halló. (Esta higuera representa la nación de los judíos, en la que buscó largo tiempo el fruto de sus buenas obras sin haberle jamás hallado. Jesucristo, representado por el que cuida la viña, no dejó medio de cultivarla con el mayor esmero durante su vida mortal, exhortándolos y predicándoles continuamente, y obrando en beneficio suyo infinitas maravillas; pero como no se aprovecharon de estas instrucciones y avisos, fueron últimamente echados de la tierra en que Dios lo había establecido. En sentido más amplio la higuera estéril es la figura de todos los hombres impenitentes que no dan los frutos de la fe, como se ve también en la parábola de los talentos.)

Entonces dijo al viñador: “Mira, tres años hace que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo. ¡Córtala! ¿Por qué ha de inutilizar la tierra? Más él le respondió y dijo: “Señor, déjala todavía un año, hasta que yo cave alrededor y eche abono. Quizá de fruto en lo futuro; si no, la cortarás”. (Algunos entienden estos tres años a los que empleó el Señor después de su bautismo predicando para convertir al pueblo judío. Otros que Jesús consiguió del Padre, al cabo de tres años de predicación desoída, el último plazo para arrepentirse, que puede identificarse como el llamado tiempo de los Hechos de los Apóstoles, durante el cual, no obstante el deicidio, Dios lo renovó, por boca de Pedro y Pablo, todas las promesas antiguas. Desechada también esta predicación apostólica, perdió Israel su elección definitivamente y San Pablo pudo revelar a los gentiles con las llamadas Epístolas de la cautividad, la plenitud del Misterio de la Iglesia. San Pablo por última vez y en un extremo esfuerzo trató de conseguir que Israel y principalmente Judá aceptase a Cristo tal como Él se había presentado en el Evangelio, es decir, como el Profeta anunciado por Moisés que lo venía a cambiar la Ley sino a cumplirla; que “*no es enviado sino a las ovejas perdidas de Israel, y a Israel envió también a sus discípulos*”. Por eso se dirige San Pablo en el último discurso de los Hechos de los Judíos principales de Roma, aclarándoles que en nada se ha apartado de la tradición judía, antes bien, que está preso por defender la esperanza de Israel y les predica según su costumbre a Cristo y el Reino de Dios con arreglo a la Ley de Moisés y a los Profetas, como hace en la Carta a los Hebreos en son de reproche cuando dice: “*He aquí que vienen días, dice el Señor, en que concluiré una alianza nueva con la casa de Israel y con la casa de Judá,*” Pero ellos se apartaron de él sin quedarse siquiera los que antes le creyeron. Es, pues, el rechazo definitivo, pues estando preso por dos años más, no puede seguir buscándoles en otras ciudades. Termina así este tiempo de los Hechos concedidos a Israel como una prórroga del Evangelio, para que reconociese y disfrutase al Mesías resucitado, a quien antes desconoció y que les mantuvo las promesas hechas a Abrahán. Pero Pablo escribe entonces con la cita de Isaías y con la que Jesús había reprochado

la incredulidad de Israel: “*Ve a este pueblo y di: oiréis con vuestros oídos y no entenderéis; miraréis con vuestros ojos, pero no veréis.*” (Lucas 13, 6-9). **Había allí una mujer que tenía desde hacía dieciocho años, un espíritu de enfermedad: estaba toda encorvada, y sin poder absolutamente enderezarse.** (Una enfermedad extraordinaria e incurable con que el diablo la había atormentado. En esta mujer se representaban los hombres, que habiendo sido criados por Dios con la cabeza levantada y derecha para que miren hacia arriba y aspiren continuamente a las cosas del cielo, se ven agobiados del peso de sus pecados y pasiones, y por ello andas siempre encorvados y cosidos a las cosas de la tierra.) **Al verla la llamo y la dijo: “Mujer, queda libre de tu enfermedad”. Y puso sobre ella sus manos, y al punto se enderezó, y se puso a gloriar a Dios:** (Como vemos es Jesús el que toma la iniciativa, llamando en alta voz a la enferma para atraer la atención de todos los presentes sobre el caso. Después de haberla puesto las manos se opera de inmediato la curación. Todo ello seguido de la acción de gracias y glorificación de Dios por parte de la mujer.) **Entonces el Jefe de la Sinagoga, indignado porque Jesús había curado en día sabático, respondió y dijo al pueblo: “Hay seis días para trabajar; en esos días podéis venir para haceros curar y no el día de sábado”.** (El que presidía a los otros se llamaba Rosch-Hakahal, Jefe o príncipe de la Sinagoga o congregación, para el que eran escogidos hombres de edad avanzada, de consumada prudencia y sabiduría. Este hombre quiso cubrir la oculta envidia que le consumía con una capa de falso celo por la observancia del sábado.) **Más Jesús le replicó diciendo: “Hipócritas, ¿cada uno de vosotros no desata su buey o su asno del pesebre, en día sabático, para llevarlo al abrevadero? Y a esta que es hija de Abrahán, que satanás tenía ligada hace ya dieciocho años, ¿no se la había de liberar de sus ataduras, en día sabático?”** (Si el sábado soltáis vuestros animales para abrevar, no es más importante liberar a esta mujer oprimida con una dura esclavitud. El Señor por vía de ejemplo va de menor a mayor, para dirigirse a los escribas y fariseos condenando su espíritu de apariencias exteriores y vaciedad interior que trasmitían a muchos.) **A estas palabras todos sus adversarios quedaron anonadados de vergüenza, en tanto que la muchedumbre entera se gozaba de todas las cosas gloriosas hechas por Él.** (La verdad y energía de la palabra del Señor tiene un doble efecto: envidia, vergüenza y resentimiento de los adversarios: fariseos y escribas, y alegría y dicha en el pueblo horado que no estaban preocupados contra el Señor.) (Lucas 13, 11-17).

“Mujer, queda libre de tu enfermedad”.



No te jactes delante del Rey, ni te pongas en el lugar donde están los grandes.

85 – PARABOLA DE LOS PRIMEROS PUESTOS

Mientras Él hablaba lo invitó un fariseo a comer con él, y se puso a la mesa. (Lucas 11,37). **En ese momento se acercaron algunos fariseos para decirle: “sal, vete de aquí porque Herodes te quiere matar.”** (Es creíble que Herodes, incitado por los mismos fariseos, dijese alguna cosa contra Jesucristo, y esto le dio motivo para venir a darle este aviso, con el fin de hacerlo salir de aquella provincia en donde su envidia no lo podría sufrir.) **Y les dijo: Id a decirle a ese zorro: (a ese príncipe impío, artificioso y cobarde, a quien hace sombra la virtud y fortaleza de los otros.) He aquí que echo demonios y obro curaciones hoy, mañana, y el tercer día habré terminado.** (Que forme contra mi vida los designios que quiera, porque yo debo emplear aun algún tiempo en mi ministerio, que es dar salud espiritual y temporal, y hacer bien a todo el mundo; y predicar el reino de Dios; y pasado este tiempo comenzaré o acabaré mi sacrificio con la muerte.) **Pero hoy, mañana y otro día, es necesario que Yo ande, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén.** (Ni los fariseos, ni Herodes logran intimidarlo. Él va a morir libremente cuando haya llegado su hora. Cuando ésta llegue, lo veremos con sublime empeño “adelantarse” hacia Jerusalén, sin que nada ni nadie puedan detenerlo. (Lucas 13, 32-33).

Estaba allí un hombre hidrópico (Jesús que había sido invitado a comer en casa del fariseo para ser espiado y después avisarle sobre los deseos de Herodes y tras la magnífica respuesta de Jesús y sentado ya a la mesa con los demás invitados y roseado por los asistentes no invitados, pero si en permisión de entrar en la casa donde se celebraba el banquete, había entre ellos un hombre hidrópico. ¿Cómo llegó allí? ¿Era un amigo de la casa o simplemente un advenedizo? A Jesús eso le importa poco, solo ve en él un necesitado que mueve su misericordia, pero antes quiere iluminar con su enseñanza a sus enemigos.) **Tomándole la palabra, Jesús preguntó a los doctores de la Ley y a los fariseos: “¿Es lícito, curar en día sabático, o no?”** (Bien sabía el señor que en un eminente riesgo de la vida era lícito al judío aplicar las medicinas convenientes para conservarla. ¿Pues, entonces, por qué les hace ver su ceguedad y el odio que le tenían, que acechaban sus acciones y llenos de malicia observaban todas sus acciones y momentos, para ver si faltaba a alguno de sus ritos y observancias, que “miran con” mayor respeto que la ley misma de Dios, para tomar ahora esa pregunta? Para hacer ocasión de condenarle, pretendiendo que no le era lícito aquello que a otro era permitido; mucho más que el Señor curaba con sola su palabra, lo que tanto menos se oponía a lo que permitían sus cánones en el día del sábado. En definitiva su pregunta es para poner de relieve la importancia que tiene la obra de caridad. **Pero ellos guardaron silencio. Tomándolo entonces de la mano lo sanó y lo despidió.** (El silencio de los doctores es roto con una buena obra que demuestra la licitud de usar en sábado, y sin otro ruido le despide probando

que el enfermo había acudido para ser curado.) **Y les dijo: “¿Quién hay de vosotros, que viendo a su hijo o su buey caído en un pozo, no lo saca pronto de allí, aún en día de sábado?** (El ejemplo puesto por Jesús es apodíctico, ya que todos salvarían al hijo o al animal doméstico aunque fuese sábado.) **Y no fueron capaces de responder a esto:** (Ya dejamos notado como el señor confundió en varias ocasiones la malicia de los escribas y de los fariseos, enseñándoles que no se oponen a la observancia de los sábados o fiestas los ejercicios de caridad que se practican con el prójimo.

Jesús hace estos milagros en sábado, para probar la fe de los judíos, quienes en vez de aceptar los signos de Dios, reinciden en su hipocresía blasfema de impedir que Dios haga milagros en sábado, puesto que evidentemente los milagros los realiza Dios.)

Observando como elegían los primeros puestos en la mesa, dirigió una parábola a los invitados diciendo: Cuando seas invitado a un convite de bodas, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya allí otro invitado objeto de mayor honra que tú, y viniendo el que os convidó a ambos, te diga: “Deja el sitio a ésta”, y pases entonces con vergüenza, a ocupar el último lugar. (Esta enseñanza en forma de metáfora se trata de un ejemplo de la vida humana cotidiana que ilumina una recomendación moral. El humilde huye de los primeros puestos como por instinto, porque sabe que esto agrada al Padre Celestial. El hombre según el corazón de Dios hace siempre lo que Él quiere; une tu corazón al Corazón de Dios; une tu alma al Espíritu Santo; quiere lo que Dios quiere y no quieras lo que Él no quiere.) **Por el contrario, cuando seas invitado, ve a ponerte el último lugar, para que, cuando entre el que te ha invitado, te diga: “amigo sube más arriba”. Y entonces tendrás el honor a los ojos de todos los convidados. Porque el que se levanta, será abajado, y el que se abaja, será levantado.** (Por esta instrucción que da el Señor, se ve cuán conformes son al Evangelio las reglas de la urbanidad cristiana. Pero el Señor quiso por una profesión de vida más santa, enseñar a quienes crían tener derecho a los primeros asientos, que con la humildad se granjea el honor y ser respeto de todo el mundo, puesto que con la presunción por el contrario solo se gana el desprecio y la confusión.) **También dijo al que le había invitado: “Cuando después de un almuerzo o una cena, no invitas a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y que estos sea su pago. Antes bien, cuando des un banquete, convida a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos.** (El Señor no condena aquellos convites sobrios y modestos que los parientes y amigos se hacen normalmente unos a otros con la sola mira de mantener una unión y caridad cristiana. Condena la suntuosidad de los banquetes que se dan los ricos unos a otros por respetos temporales de interés, de gula y vanidad, y quiere que las riquezas se empleen en socorres a pobres, y que no sirvan del fomento al lujo, a la diversión y a la embriaguez.

La invitación al banquete tiene, como vemos, un sentido general: practica el bien. Los amigos, los ricos, hermanos, parientes... da una imagen de conjunto: son todos los que pueden recompensarnos en el mundo. Los pobres, ciegos, cojos, lisiados..., son los que no nos van a recompensar, o porque no pueden o porque no quieren y son ingratos.) **Y feliz serás, porque ellos no tienen como retribuirte, sin que tú seas retribuido en la resurrección de los justos.** (Es versículo expresa con una energía extraordinaria dos ideas claves en la doctrina evangélica, primeramente la práctica desinteresada del bien sin discriminación; y en segundo lugar la esperanza y la realidad de la vida eterna. La renuncia a toda ventaja terrena solo es razonable cuando se espera con alegría estar en la bienaventuranza con Jesús. Porque los justos resucitarán para la vida y la gloria, más los malos para su condenación.) (Lucas 14, 10-14).





YO Y MI PADRE SOMOS UNO.

86- JESÚS CONFIRMA SU MISION MESIÁNICA

Llegó entre tanto la fiesta de la dedicación en Jerusalén. Era invierno. (Algunos entienden por esta dedicación, la del templo que fue construido por Salomón. Otros la del templo que fue reedificado por Zorobabel después del cautiverio de babilonia. Y otros la dedicación o purificación solemne que mandó celebrar Judas macabeo por espacio de ocho días, después de haber renovado el altar de los holocaustos profanado por los gentiles. Y esto es más conforme a la propiedad del vocablo. Se celebraba en el mes de Casleu, que corresponden al de diciembre: y por eso dice aquí el evangelista que era invierno. También se llamaba “Fiestas de las Luces”, porque de noche se hacían grandes luminarias.)

Y Jesús se paseaba por el templo, bajo el pórtico de salomón. (Esto es por el pórtico fabricado por el mismo sitio y a semejanza del que construyó Salomón. Posiblemente la estación invernal haría que Jesús pasease para defenderse del frío, tal y como hacemos los demás hombres.)

Lo rodearon entonces, y le dijeron: “¿Hasta cuándo tendrás nuestros espíritus en suspenso?” Si Tu eres el Mesías, dínoslo claramente”. (No pretendían informarse de la verdad, sino que buscaban medios para perseguir al que descubría los desarreglos que ocultaban en su corazón. Cuando el Señor con curaciones y obras maravillosas les daba las pruebas evidentes de su divinidad, recurrían artificiosamente y llenos de malicia a pedir una declaración descubierta. Y cuando el Señor se declaraba abiertamente, recurrían entonces a pedirle milagros. Puede también interpretarse de este otro modo: ¿Hasta cuándo nos tienen en suspensión? Dinos claramente si tú eres el Mesías. Por una parte veían el tiempo cumplido para su venida: ellos esperaban al Mesías conquistador, lleno de pompa y gloria mundana,, que les librase del yugo de los gentiles y nada de esto reconocían en el Señor; pero al mismo tiempo eran testigos de los ruidosos milagros, con que acreditaban que Aquel podía ser el verdadero. Y así fluctuando le hacen esta pregunta, para ver si es el Mesías, como ellos esperaban.)

Jesús les replicó: “Os lo he dicho, y no creéis, las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, esas son las que dan testimonio de Mí. (¿Cuántas veces y de cuántas diversas formas les había contestado a esta pregunta? Y es que ellos vuelven a hacer esta pregunta porque lo han entendido, pero quiere que ahora directa y abiertamente les confiese como a la Samaritana al ciego de nacimiento que Él es el Mesías. Todos los diálogos de San Juan están encaminados en este sentido mecánico, pero ellos no quieren creer lo que las obras divinas proclamaban que era Jesús. No, ellos no querían entender, sino que le espiaban puesto que deseaban tener una respuesta que les permitiese prenderle y matarle.) (Juan, 10, 22 – 25).

“Yo y mi Padre somos uno”. (El hijo no está solo para defender el tesoro de los almas que va a redimir con Su sangre; está sostenido por el Padre, con

quien vive en la unidad del Espíritu Santo, y a quién hoy ruega por nosotros sin cesar, en cuanto permanece para siempre en sacerdocio sempiterno que no necesita ofreceré víctima, porque lo hizo una vez ofreciéndose a Sí mismo. ¡Qué consuelo no significa para nosotros el saber que podemos contar permanentemente con la oración todopoderosa de Cristo por nosotros y por nuestro ideal apostólico! Solemos pensar que a Jesús, por ser Dios, no podemos pedirle que ruegue por nosotros, como si fuera impropia de Él tal cosa. Aquí vemos, con más claridad aún que respecto de los Santos y la Santísima Virgen, como Jesús no solo rogó por nosotros en vida: *“Por ellos ruego; no por el mundo, sino por los que Tú me diste, porque son tuyos”* (Juan 17,9), es decir, que nosotros, sin saberlo ni merecerlo, disfrutamos de un título irresistible al amor de Jesús y es: el sólo hecho de que somos cosa del Padre y hemos sido encomendados por Él a Jesús a Quien el padre le encargó que nos salvase. Y prometió rogar después *“para que el Padre nos diera otro Intercesor, que estará siempre con nosotros, el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce, porque el mora y estará con vosotros”*. (Juan 14,16). Y estará rogando permanentemente por nosotros, siendo ésta precisamente su misión como Sacerdote). (Juan. 10, 30).

De nuevo los judíos recogieron piedras para lapidarlo. (Los judíos habían comprendido que Jesús se hacía igual a Dios. La metafísica que explica lo que es esencia y existencia está representada en la Unidad del Padre y del Hijo en la unidad de amor, de conocimiento y de poder. Es decir, de ser y esencia. Así se explica la excitación de los judíos, que quieren apedrearlo como blasfemo. Aquí se ve, en este texto, la distinción de las personas divinas – Yo y el Padre – y la unidad de esencia).

Entonces Jesús les dijo: “Os he hecho ver muchas obras buenas, que son de mi padre ¿Por cuál de ellas queréis apedrearme? Los judíos les respondieron: “No por obras buenas te apedreamos, sino porque blasfemas, y siendo hombre, te haces a Ti mismo Dios”. (Jesús les desarmó con esta respuesta valiente y serena, pero ellos aullaron: ¿Blasfemia! No por obras buenas sino por que acabas de proferir que eres Dios, siendo puramente hombre).

Respondióles Jesús: “¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije. Sois dioses?” (Por ley entendían frecuentemente, no solo el pentateuco, sino todo o que comprendía el Antiguo Testamento, que lo miraban como regla de sus operaciones. Esto así, Jesús elige estas palabras del libro de los Salmos: *“Es cierto que Yo dije: sois dioses. E hijos todos del Altísimo”*. En estas palabras hablaba Dios con los que había establecido por jueces de su pueblo, exhortándolos a desempeñar su ministerio, sin perder de vista la justicia, y sin acepción de personas. Los llama dioses e hijos del Altísimo, por su elevada dignidad que les hacía semejantes a Aquel, que siendo Dios Soberano les comunicaba una parte de sus poderes y de su dignidad convirtiéndoles en

lugartenientes de Dios, demostrándose así que tienen derecho a llamarse Hijos de Dios, entonces ¿por qué queréis apedrearme?

Escuchamos a San Pablo la Cristología: la preexistencia eterna de Cristo, su venida en la plenitud de los tiempos como enviado de Dios, su nacimiento de la Virgen y sumisión a la ley para redimirnos y hacernos partícipes de la filiación divina, aprendemos que el mismo Espíritu da testimonio, justamente con el espíritu nuestro, de que somos hijos de Dios y coherederos de Cristo, si sufrimos juntamente con Él para ser glorificados con Él. Y porque somos hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu del Hijo, que clama: ¡Abba! Voz arameica que significa Padre. Así llamaba Jesús al padre Celestial. Parece que los primeros cristianos conservaban este nombre como herencia sagrada, y así lo era para el mismo Cristo, que sintetizaba todas sus virtudes en ser un Hijo ejemplar del Padre; por eso vemos aquí que el Espíritu de Jesús es eminentemente el Espíritu filial. Y como ese Espíritu de Él, que nos es dado, es el mismo Espíritu Santo que nos hace hijos del Padre, es claro que el amor con que los hijos de Dios lo amamos a Él, no puede nacer en nosotros mismos, “hijos de ira” siendo como es, cosa esencialmente divina. Ese divino Espíritu de amor se llama Espíritu Santo, es en el Padre, amor paternal, y en Jesús amor filial. El Padre es el gran dador, y sólo a Él está reservado ese amor de índole paternal, de protección, de generosidad, que da y nada recibe. A nosotros se nos da el mismo Espíritu de amor para que podamos corresponder al amor del Padre, y por eso no se nos da, claro está, como amor paternal, sino como amor filial, es decir, de gratitud, de reverencia, de gozo infantil. Así pues, San lo nos revela expresamente que recibimos de Dios Padre, gracias a la Redención del Hijo que Él mismo nos dio, el Espíritu de ese Hijo que nos lleva a llamarlo Padre nuestro, y a santificar su nombre, como Jesús lo llamó su “Padre Santo”, es decir, que nos permite amarlo como el mismo Jesús. Y ese amor filial, que fue la suma virtud de Jesús, es la infinita maravilla que Dios nos da gratis con la sola condición de no despreciarlo. Porque *“el que rechaza la santidad, no rechaza a un hombre, sino a Dios, que también nos da si Santo Espíritu”*. Y así *“nos predestino como hijos suyos por Jesucristo, en Él mismo, conforme a la benevolencia de su voluntad”*, es decir que hemos sido exactamente filiados, y por tanto destinados a ser hijos verdaderos y no solo adoptivos, como nos dice San Juan: *“Mirad qué amor nos ha mostrado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios, y lo somos; por eso el mundo no nos conoce a nosotros, porque a él no lo conoció”*.

El gran prodigio obrado con nosotros por el Padre al igualarnos a su Hijo Unigénito ¿No es cosa admirable que la envidiosa serpiente del paraíso contemple hoy, como castigo suyo, que se ha cumplido en verdad, por obra del Redentor divino, esa divinización del hombre, que fue precisamente lo que ella propuso a Eva, creyendo que mentía, para llevarla a la soberbia emulación del Creador? He aquí que - ¡oh abismo! - la bondad sin límites del divino Padre halló el modo de hacer que aquel deseo insensato llegase a ser realidad.

Y no ya solo como castigo a la mentira de la serpiente, no sólo como respuesta a aquella ambición de divinidad – que ¡ojalá fuese más frecuente ahora que es posible, lícita y santa! – No, Satanás quedo ciertamente confundido, y la ambición de Eva también es cierto que se realizará en los que formamos la Iglesia; pero la gloria de esa iniciativa no era nuestra, sino de aquel Padre inmenso, porque Él lo tenía así pensado desde toda la eternidad, tan como lo es Jesús mismo. Pero esto solo tiene lugar en Cristo, y en Él. Es decir que *“no hay sino un Hijo de Dios, y nosotros somos hijos de Dios por su intervención vital en Jesús. De ahí la bendición del Padre que ve en nosotros al mismo Jesús, porque no tenemos filiación propia sino que estamos sumergidos en su plenitud.”* Este es el sublime misterio que estaba figurado en la *bendición* que Jacob, el menor, recibió de Isaac como si fuera el mayor. Pero este nuevo nacimiento que Jesús nos obtuvo, debe ser aceptado mediante una fe viva en tal Redención. Es decir que gustosos hemos de dejar de ser lo que somos para nacer de nuevo en Cristo y ser “nuevas criaturas”. Esta divina maravilla se opera desde ahora en nosotros por la gracia que viene de la fe. Su realidad aparecerá visible el día en que *“Él transformará nuestro vil cuerpo haciéndole semejante al suyo glorioso”*. ¿Qué otra cosa sino esto, quiso enseñar Jesús, al decir que Él nos da dado aquella gloria que para sí mismo recibió del Padre, esto es la gloria de ser su hijo, para que Él sea en nosotros, y nosotros seamos consumados en la unidad que Él tiene con el Padre, el cual nos ama por Él y el Él. ¿Qué otra cosa significa su promesa de que, desde ahora, quien comulga vivirá de su misma vida, como él vive la del Padre? Es la verdadera divinización del hombre en Cristo, que San Agustín expresa diciendo que el verbo de humanizó para que el hombre se divinice. Jesús nos lo confirma literalmente, al citar con ilimitada transcendencia las palabras del salmista: *“Sois dioses, hijos del Altísimo”*. No hay sueño panteísta que pueda compararse con esta verdadera realidad: *“Ya no vivo yo, sino que en mí vive cristo, y si ahora vivo en carne, vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó por mí, y por todos los hombres, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”*. Pero ello será si la sinceridad de nuestra fe hace efectivamente de nuestro bautismo un nuevo nacimiento, pues *“todo el que ha nacido de Dios no peca, porque en el permanece la simiente de Aquel y no es capaz de pecar por cuanto es nacido de Dios”*. Y es que el Padre nos ha engendrado con la Palabra de la verdad, siendo la semilla que Dios ha puesto en nuestros corazones, para que germine y de frutos de santidad. El que la conserva es preservado del pecado por la acción del Espíritu Santo. Es decir ni pecamos ni podemos pecar mientras conservemos la gracia del nuevo nacimiento que hemos recibido de Dios. ¡Hoy somos nosotros los hijos de Dios, y no solo adoptivos, sino verdaderos, gracias Cristo!

“El misericordísimo Dios de tal modo amó al mundo, que dio a su Hijo Unigénito; y el Verbo del Padre Eterno, con aquel mismo único amor divino,

asumió de la descendencia de Adán la naturaleza humana, pero inocente y exenta de toda mancha, para que del nuevo y celestial Adán se derivase de gracia del Espíritu Santo a todos los hijos del primer padre”.

Si ha llamado dioses a aquellos a quienes fue dirigida la palabra de Dios – y la escritura no puede ser anulada – (Es decir a pesar de que ha llamado dioses a los jueces de su pueblo les pregunta: “*¿Hasta cuándo fallareis injustamente y haréis acepción de personas con los inicuos? Haced justicia al oprimido y al huérfano; amparad al afligido y al menesteroso; libres al desvalido y al necesitado, arrancarlo de la mano de los impíos*”). Porque ni saben ni entienden, y los que debieran ser luz para los demás caen en las tinieblas tan calamitosas como graves que hacen vacilar hasta los fundamentos de la tierra. Esta ignorancia culpable o voluntaria de la que mil veces habla la escritura como un sello del fariseísmo es la falta de rectitud de la que a pesar de su alta dignidad, lo jueces y príncipes morirán y como hombres ordinarios serán juzgados y castigados con una severidad incomparablemente mayor. Vemos como son reprendidos agriamente por Dios aquellos inicuos jueces, que habían olvidado su oficio. Y como Jesús no solo responde de la autenticidad de los Sagrados libros, sino que declara que no pueden ser modificados ni en un ápice. “*No añadas nada a sus palabras; no sea que Él te reprenda y seas hallado falsario*”. Punto gravísimo de meditación para todo el que enseña o predica las divinas palabras, que son de Dios y no de hombres. **¿Cómo de Aquel que el Padre consagró y envió al mundo, vosotros decís: “Blasfema”, porque dije: Yo soy el Hijo de Dios**”. (Jesús consagra una vez más “su consagración y su misión teocrática”, tanto más reales y elevadas que los de los jueces de Israel: Ahora bien, si aquellos jueces, que solo recibieron de Dios una pequeña porción de su poder, son llamas dioses, ¿Cómo decís que blasfemo cunado me llamo Hijo de Dios, Yo, a quien mi Padre comunicó su santidad esencial, y a quien engendró de toda eternidad como a su Hijo?

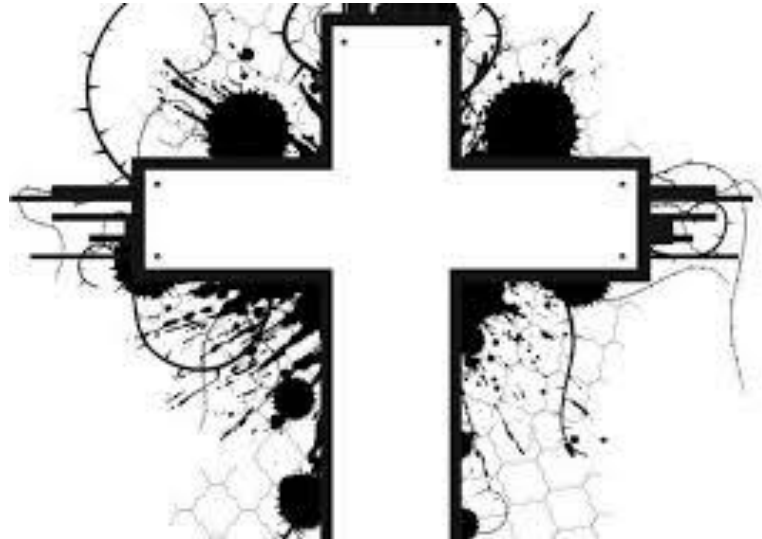
Si no hago las obras de mi Padre, no me creéis; Pero ya que las hago, si no queréis creerme, creer al menos, a esas obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre es en Mí, y que yo soy en el Padre. (Y si o creéis en Mí sobre mis palabras, creed al menos en mis obras, pues estas os dirán que son obras de mi Padre, descubriéndose en ellas los efectos de su bondad y poder divino. Ellas os convencerán, que el Padre está en Mí y Yo en el Padre, o que mi Padre y Yo somos una misma cosa, como yo os tengo declarado.)

Entonces trataron de nuevo de apoderarse de Él, pero se escapó de entre sus manos. (Dando otra prueba de su divinidad, como esta evasión, por lo menos, preternatural. La intención de San Juan es esta exposición parece muy claro al consignar este hecho.

He aquí el fruto de tanta evidencia. Sírvenos de gran consuelo esto que soportó Él, cuando nos hallemos ante igual dureza.)

Y se fue nuevamente al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había bautizado primero, y allí se quedó, pero todo lo que dijo de Éste, era

verdad. Y muchos allí creyeron el Él. (Si creímos en Juan, y nos faltó poco para tenerle por Mesías, solamente por la santidad de su vida, y por la eficacia de su palabra, aunque no hizo ningún milagro, ¿cómo podemos dejar de creer en Éste, que junta tantos milagros a una vida irreprochable, a una doctrina celestial, y a quien se ve cumplido todo lo que Juan nos anunció de Él?) (Juan 10, 32, 39).





El fiel en lo muy poco, también lo mucho es fiel; y quien en lo muy poco es injusto, también en lo mucho es injusto. Si, pues no habéis sido fieles en la riqueza inicua, ¿Quién os conferirá la verdadera?

87 EL ADMINISTRADOR INFIEL

Dijo también, dirigiéndose a sus discípulos: “Había un hombre rico, que tenía un mayordomo. Este le fue denunciado como que dilapidaba sus bienes. Lo hizo venir y le dijo: “¿Qué es eso que oigo de tí? Da cuenta de la administración, porque ya no puedes ser mayordomo.” Entonces el mayordomo se dijo dentro de sí mismo: “¿Qué voy a hacer, puesto que mi amo me quita la mayordomía? De cavar no soy capaz; mendigar me da vergüenza. Lo que voy a hacer, para que, cuando sea destituido de la mayordomía, me reciban en sus casas.” Y llamado a cada uno de los deudores de su amo dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?” Y le contestó: “Cien barriles de aceite”. Le dijo: “Aquí tienes tu vale; siéntate enseguida y escribe cincuenta.” Luego le dijo a otro: “¿Y tú cuanto debes? Este le dijo: “Cien medidas de trigo”. Le dijo: “Aquí tienes tu vale, escribe ochenta.” (El Señor deseando esclarecer el equívoco acerca de los bienes de este mundo puede urgir ante la conducta de los terratenientes, que imaginan que poseer el monopolio de la virtud porque tienen el poder de la riqueza. Frente a este concepto falso, pero que, bien administrado, puede servir para la salvación del alma.

Ésta es la principal idea que encierra la presente parábola que trata de un gran terrateniente, que no quiere voces con los trabajadores que cultivan sus tierras. Apenas hace acto de presencia en ellos, porque posee una fortuna fabulosa. Y para librarse de las molestias personales se ha buscado un administrador, que recibe los pagos de los colonos y hace los contratos de venta con los comerciantes. Y este administrador no era mejor ni peor que otros muchos: esquilmaba a los trabajadores y colonos, defraudaba a su amo todo lo que podía y se daba una vida de gran señor.

El amo supo lo que ocurría por una denuncia sobre la conducta de este administrador sin escrúpulos, y tomo la decisión de llamarlo para que presentase las cuentas y una vez puestas al día se marchase a su casa dejando la administración. Un grave problema se presentaba en la vida de este hombre, pues conocía la dureza del trabajo de aquellos colonos que se inclinaban delante de él, y peor todavía, ¿cómo podría pedir limosna a aquellos que tantas veces habían besado sus manos? Él tenía demasiada arrogancia para humillarse y pedir un pedazo de pan. Entonces tuvo una idea luminosa que podía poner en práctica en aquellos días que le quedaban de ecónomo antes de presentar las cuentas al hombre rico.

Llamó a los deudores y cuando los tuvo delante pensando que se trataba de un nuevo atropello les invita a rehacer lo pagarés rebajando las deudas, quienes comprendieron, frotándose las manos, que el mayordomo depuesto acudiría a ellos y todos juntos podrían reírse de su señor. En líneas generales esta es la parte humana de la parábola, donde sílo interesa la prudencia de este mayordomo, que sabe aprovechar el tiempo de su administración para

asegurarse su tiempo futuro. Todo lo demás son rasgos ornamentales que nos enmarcan el cuadro o tipo humano de esta prudente previsión.)

Y alabó el señor al inicuo mayordomo, porque había obrado sagazmente.

(Cuando supo el caso estaba posiblemente de buen humor, y con indulgente ironía hasta llega a elogiar la habilidad de aquel mayordomo.)

Es que los hijos del siglo, en sus relaciones con los de su especie, son más listos que los hijos de la luz. (Los hijos de este siglo y los hijos de la luz son frases hebreas por las que significan los hombres que solo miran las cosas de la tierra, y los que siguen la luz y la verdad del Evangelio son los hijos del reino de Dios. Los hijos del siglo son más sabios y más industriosos para procurar y adquirir bienes perecederos, en tanto que los hijos de la luz lo son para la felicidad eterna que siempre esperan; pero la prudencia de los primeros, según la carne, es la muerte de su alma; y la de los segundos, según el espíritu, es un manantial de vida y de paz.

Jesús no alaba aquí las malas prácticas del administrador ni elogia la moralidad del acto, sino la habilidad, el ingenio, la perspicacia y maestría con que fueron realizados para salvar su existencia futura. Fue sin duda un hurto, pero un hurto ingenioso, que muestra el ingenio de un hombre aterrado en la perspectiva de la miseria y que gracias a su habilidad asegura su porvenir. Tengamos claro que no se ensalza aquí su infidelidad, sino su destreza y astucia. Al modo de que cuando oímos alguna acción mala de un hombre que la ejecutó con ingenio, condenamos la obra pero resaltamos y alabamos el talento, doliéndonos de que no lo emplee en cosas buenas.

Así nosotros podemos “atesorar riquezas en el cielo” y no hemos de ser menos previsores que él. Así “las riquezas de la iniquidad” han de ser utilizadas para tal fin. Es de notar que no se trata de un simple individuo sino de un mayordomo y de que las liberalidades con que se salvó no fueron a costa de sus bienes propios sino a costa de los de su amo, que es rico y bueno. ¿No hay aquí una enseñanza también para los pastores, de predicar la bondad y la misericordia de Dios que viene de sus manos guardándose de colocar pesadas cargas sobre los hombros de los demás?

Por lo cual Yo os digo granjearos amigos por medio de la inicua riqueza para que, cuando ella falte os revivan en las moradas eternas. (Los hijos de la luz tienen algo que imitar en este hijo de las tinieblas. Los ricos sobre todo, deben saber que también ellos son administradores de un gran propietario, que es Dueño universal. Ecónomos de Dios, están obligados a mejorar este mundo de Dios, tan transformado por las riquezas de los hombres, con su esfuerzo, con su bondad y son su dinero. De esta manera sus hermanos, los hombres, a los que hayan consolado, ayudado, distribuyendo trabajo, seguridad y alegría, les recibirán la las puertas de cielo y les harán cortejo cuando tomen posesión de la recompensa. La riqueza de este mundo, riqueza de iniquidad, se convertirá en ellos en lucro de justicia y bienaventuranza.

Es la conclusión que debemos sacar de esta parábola, y es que nosotros somos ecónomos o mayordomos de Dios, y le daremos cuenta del uso que hagamos de sus bienes. El que se disipe, esto es, el que los emplee en otras cosas que en las que conducen y miran a su gloria, merece ser despojado de todo, y según el consejo del Señor nos fabriquemos amigos, con las riquezas de iniquidad para que con los ruegos y plegarias de los pobres que socorrimos, sea aplacado Dios y nos reciba en las moradas eternas.)

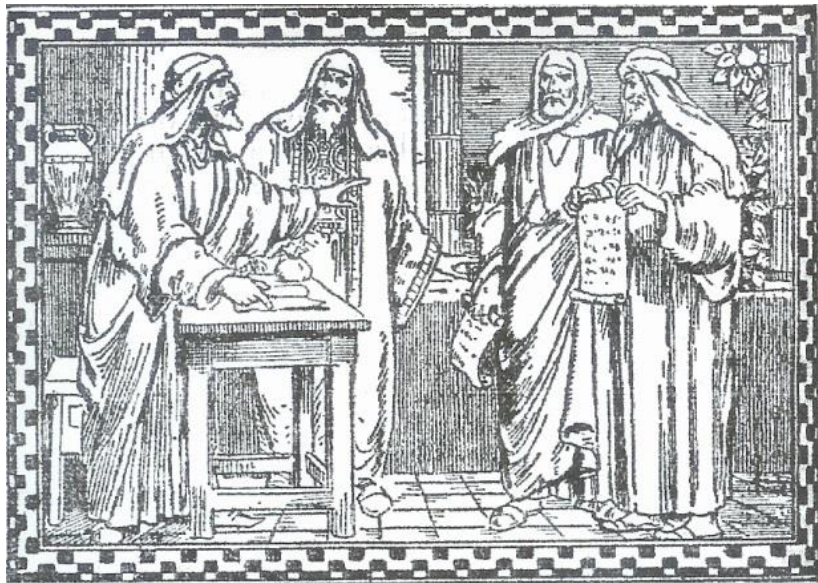
El fiel en lo muy poco, también lo mucho es fiel; y quien en lo muy poco es injusto, también en lo mucho es injusto. Si, pues no habéis sido fieles en la riqueza inicua, ¿Quién os conferirá la verdadera? (Esto es, el que es infiel en el uso de las riquezas temporales, que son falsas y perecederas, lo será también en el de los bienes espirituales, que son los verdaderos y que nunca han de faltar.

Analícemos someramente en “lo muy poco”: He aquí una promesa llena de endeble suavidad, porque todos nos animamos a hacer “lo muy poco”, si es que queremos. Y Él promete que este poquísimo se convertirá en mucho, como diciendo: No le importa a mi Padre la cantidad de lo que hacéis, sino el espíritu con que obráis, por ello nos dice el proverbio: *“Ante toda casa guardada guarda tu corazón; porque de él mana la vida”*. Si sabéis ser niños, y os contestáis con ser pequeños, Él se encargará de haceros gigantes, puesto que la santidad es un don del espíritu. De aquí sacó Santa Teresita del Niño Jesús su técnica de preferir y recomendar las virtudes pequeñas más que las grandes en las cuales fácilmente se infiltra, o la falaz presunción como del Kempis, que luego falta como la de Pedro en sus negaciones, o la satisfacción venosa del amor propio, como el del fariseo que Jesús nos presenta rezando en el templo, cuya soberbia, notémoslo bien, no consistía en cosas temporales, riquezas o mando, sino en el orden espiritual, en pretender que poseía virtudes.)

Y en lo ajeno no habéis sido fieles, ¿quién os dará lo vuestro? “Lo ajeno” son los bienes temporales, pues pertenecen a Dios que los creó, y que os tenemos solamente en préstamo, en administración; porque Él al darnoslos, no se desprendió de su dominio, y nos los dio para que con ellos nos ganemos “lo nuestro”, es decir los espirituales y eternos, únicos que el Padre Celestial nos entrega como propios por ser nuestra herencia. Para la adquisición de esta fortuna nuestra, influye grandemente, como aquí enseña Jesús, el empleo que hacemos de aquel préstamo ajeno. ¡Qué lección ésta para los ricos, que miran como propias las riquezas, de las que Dios ha puesto solamente en sus manos la administración y empleo! Desprecian a los pobres que ven necesitados de su socorro. Y el Hijo de Dios les enseña aquí a reformar su juicio, haciéndoles ver que los ricos son los que tienen necesidad de los pobres y los que deben trabajar por hacérselos amigos. Dios hubiera podido impedir esta grande desigualdad que se nota entre los hombres a causa de la división de los bienes, que dependen absolutamente de su voluntad. Más quiso que hubiese ricos y

pobres, para que los unos contribuyesen a la salud de los otros. El reino de los cielos pertenece a los pobres, o porque entrara el él solamente los que lo son de corazón y de espíritu, o porque la asistencia y socorro que se da a los pobres como a miembros de Jesucristo, de derecho a los ricos para entrar el él; pues representando éstos a Dios la caridad que usasteis con ellos, conforme a sus promesas y por respeto a ellos, os dará el premio en la vida eterna.) (Lucas 16, 1- 12).

Los fariseos amadores del dinero, oían todo esto y se burlaban de Él. (El hecho de decirnos que los fariseos eran aficionados al dinero inicuo, es tanto como decirnos: ¿Cómo podían oír con gusto una doctrina tan opuesta a sus pasiones? La burla de esa doctrina era el arma que usaban los fariseos delante de los seguidores y discípulos de Jesús, para aparentar que la balanza de las comparaciones caía en beneficio de su sarcástica ironía.) (Lucas 16, 14).





"Señor, Señor, pero que no cumplen su voluntad."

88 LOS DOS HIJOS DESIGUALES

¿Qué opináis vosotros? Un hombre tenía dos hijos, fue a buscar al primero y le dijo: “Hijo, ve voy a trabajar a la viña.” Más éste respondió y dijo: “Voy, señor”, y no fue. Después fue a buscar al segundo, y le dijo lo mismo. Éste contestó y dijo: “No quiero, pero después se arrepintió y fue. (El primero de los hijos es el tipo de los que honran a Dios con los labios, pero cuyo corazón está lejos de Él, pues poniendo la mirada en las cosas que se vencían las cosas temporales, más no ven las eternas, y es que la lucidez es la peor de las cegueras si no se ve nada más allá de aquello que se ve; el segundo es el hombre que, sobrecogido de los remordimientos de su conciencia, se arrepiente y se salva. El remordimiento es una gracia para el pecador. Sentir el remordimiento y escucharlo prueba que la conciencia no está enteramente apartada. El que siente su herida, desea la curación y toma remedios. Donde no se siente el mal, no hay esperanza de vida.)

¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? (Jesús se refiere a los dos casos extremos, y no indica ningún caso donde el que promete cumple. Si añadimos a esto el tremendo fracaso de Pedro en sus promesas, que Dios quiso recalarnos reiterándolo en los cuatro Evangelios, parece descubrirse aquí, con un carácter notablemente general, la falla de los que prometen y la doblez de los que se nos presentan melosamente en una falsa amistad, de la que hemos de estar alerta para no ser sorprendidos, *“porque como un vaso de cobre cría cardenillo su malicia”*, es precisamente por ese orín por el que se conoce la corrupción de un vaso de metal. Así podremos siempre descubrir con certeza la falsa amistad, como aquella que tiene apariencias de mansedumbre. Porque por *“más blando que mantenga en su rostro, dice David, si su corazón es feroz y sus palabras más untuosas que el aceite, son espadas desnudas.”* Aquí, claro está, el que promete creer ser sincero en el momento, como lo fue Pedro. Ahora bien, la enseñanza estaría precisamente en prevenirnos que esta actitud de prometerle a Dios encierra en sí muchísimas veces una falacia, revelando una presunción que Él confunde, porque es vano ofrecer semejante anticipo a Quien está viendo que mañana, tal vez, ya no viviremos, pues *“somos humo que aparece por un momento y luego se disipa”*, y que es el único en saber si seremos o no fieles puesto que sólo Él puede darnos la gracia de la fidelidad. De ahí que la actitud de verdadera fidelidad, lejos de prometer a Dios, implora de Él su sostén. Entonces sí que la fidelidad es segura, precisamente porque desconfía de sí misma y solo se apoya en Dios. Tal ha de ser, pues, el espíritu de todo verdadero propósito de enmienda.)

Respondieron: “El último”. Entonces, Jesús les dijo: En verdad os digo, “los publicanos y las ramera entraran en el reino de los cielos antes que vosotros”. (La respuesta de los ancianos y los sacerdotes es propia de los que dicen: *“Señor, Señor, pero que no cumplen su voluntad.”* La aplicación de esta imagen parabólica la hace el mismo Cristo, identificando a los Sumos

Sacerdotes, los Escribas y Fariseos con el primer hijo, que da buenas palabras, pero desobedece al padre. Efectivamente, se precian de ser fieles observantes de la ley, justos y celantes de la gloria de Dios, pero que endurecidos sus corazones por la soberbia que cegó y no dejó ver ni escuchar las enseñanzas del Bautista, ni mucho menos los milagros y doctrina del Mesías para vencer su pecado contra el Espíritu Santo, por lo que serán excluidos del reino de Dios. Por el contrario, los pecadores y las meretrices, es decir, lo más despreciable de la sociedad, representados por el segundo hijo descortés, quien con un rotundo no contestó a su padre, pero que después reconociendo su culpa cumplió la orden dada, y escuchando primeramente al Bautista y después al mismo Cristo, hicieron penitencia de sus muchos pecados y adelantándose a los jefes del pueblo escogido forman parte del reino mesiánico.)

“Porque vino Juan a vosotros, andando en camino de justicia. (Preciosa expresión que define a Juan el bautista. Es lo mismo que anteriormente había dicho el Precursor, que no comía, ni bebía, sino que ayunaba; y que viviendo en el desierto hacía una áspera penitencia.) **Y vosotros no le creísteis, mientras que los publicanos y las remeras le creyeron. Ahora bien, ni siquiera después de haber visto esto, os arrepentisteis, para creerle”.** (Efectivamente, vino el bautista, dando ejemplo de una vida santa y penitente, predicando el pronto establecimiento del reino mesiánico y la misma presencia del Mesías en la persona de Jesucristo, pero no quisieron reconocerle como enviado de Dios, y mucho menos dar crédito a su doctrina. Contrariamente, numerosos pecadores públicos lo escucharon, creyeron en su predicación, hicieron penitencia y recibieron su bautismo, y ni este ejemplo fue suficiente para mover a los escribas y fariseos al arrepentimiento y creen en Cristo a quien Juan Bautista predicaba.

Con esta parábola Jesús les da a entender que los mayores pecadores, recurriendo a la penitencia, entraran en el reino de los cielos, y que ellos se verán excluidos de su entrada con toda su ciencia y justicia aparente, si no les humillaban siguiendo su ejemplo.) (Mateo 21, 28-32).



“Quien te creo sin ti no te salvará sin ti”.

89 EL RICO EPULON Y EL POBRE LAZARO

Había un hombre rico, que se vestía de purpura y lino fino, y banqueteaba cada día espléndidamente. (Un hombre del mundo, un hombre que ha hecho del buen vivir el centro y objeto de su vida. Un hombre con dos rasgos que revelan una vanidad y una sensualidad: el buen vestir y el buen comer, dos símbolos del materialismo que despreocupadamente envuelve cualquier ideal vacío de los que saborean las delicias de la vida en un lujo insolente y en banquetes diarios con semejantes de vida inimitable.) **Y un mendigo llamado Lázaro, se estaba y tendido a su puerta, cubierto de úlceras y deseando saciarse con lo que caía de la mesa del rico, en tanto que hasta los perros se llegaban y lamían las llagas.** (El contraste del pobre no sólo está acentuado sino que es muy intencionado, para que los rasgos extremados del contraste sea mayor y de más ayuda a comprender el sentido de esta parábola.

Los fariseos tenían como doctrina que cada uno tiene lo que se merece, y por tanto que cada uno recibe la suerte que merece: el rico la riqueza y el pobre la pobreza. Doctrina que Jesús proclama falsa al llamar a este hombre con el nombre de Lázaro que significa: Ayuda de Dios.

El pobre tendido en la miseria más absoluta a la puerta misma del rico oía el ruido de las orgías, los ecos de los cantos y la algazara de los bailes y juegos perpetrados por aquel despreocupado sibarita de lo que ocurría a su alrededor; siempre astroso y hambriento, abandonado y aguardando inútilmente que alguien le llevase los desperdicios de la mesa, reservado para los perros, que también le importunaban con sus ladridos. Olfateaban indiscretos sus heridas y asquerosamente lamían las úlceras purulentas de su cuerpo.)

Y sucedió que el pobre murió, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. También el rico murió, y fue sepultado. (La muerte temporal, que llaman los humanos, termina y llega a su fin con la muerte, y aquí les llega a un tiempo al pobre y al rico.

El lugar que había destinado para el descanso de las almas de los justos, hasta que Jesucristo triunfante de la muerte los llevó consigo a gozar de la eterna bienaventuranza, era el seno de Abrahán, lugar destinado a lo que imitando la fe y la piedad del patriarca, a semejanza de unos hijos tiernos y muy queridos que los llevan para que reposen en el seno o regazo de su padre, pues así es tenido y propuesto Abrahán como padre de todos los vivientes, de todos los que creen sean o no circuncisos, puesto que fu elegido y justificado antes de la circuncisión, y recibió tal promesa espiritual antes de ser padre del pueblo judío según la carne. Así se revela ante nuestros ojos el misterio de dos Testamentos.

El Dios Todopoderoso cambió el nombre de Abram; Padre excelso, por el Abrahán: Padre de las muchedumbres. Y es que el nombre no era una simple etiqueta, como sucede hoy en día que suelen poner, sino que son la expresión de una idea que ha de realizarse en el portador del nombre. Por ello el nombre

de Abrahán podemos decir que llamado “Padre excelso de las muchedumbres”; “*Pues de tí hare una nación grande y te bendeciré; haré grande tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan; y en ti serán benditas las tribus de la tierra*”. ¿Y en que consiste esta promesa hecha a Abrahán? Si admitimos el último conexo con el Protoevangelio; “*Y el pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; éste te aplastará la cabeza, y tú le aplastaras el calcañar*”, podemos deducir que esta bendición especialísima consiste en que la posteridad de Abrahán, el pueblo judío, será elegido por Dios para obrar una liberación universal y espiritual, y esto por uno de sus hijos, el cual triunfará plena y perfectamente sobre las serpiente diabólica.

En efecto son tres las promesas que el Patriarca recibe de Dios, primeramente su elección para hacer de él un gran pueblo, en segundo lugar que en él serán benditas todas las naciones, y por último, en tercer lugar, que se su linaje saldrá el salvador.

De esta manera Dios recompensa las duras fatigas del gran patriarca, el cual ha de abandonar su patria y a sus parientes para servir a un Dios que sus padres apenas conocían. De Abrahán salieron no solo los israelitas, sino también los árabes, descendientes de Ismael, los idumeos, madianitas y otros. Los reyes descendientes de Abrahán fueron entre otros. David, Salomón y el rey de reyes Jesucristo.

San Pablo no se cansa de destacar la fe heroica de Abrahán, “*esperaba contra todo esperanza*”; pues cuando Dios le hizo la promesa de numerosa descendencia, Abrahán era ya anciano y no tenía hijos, y su mujer Sara era estéril. Esta fe heroica le valió el título de “padre de todos los creyentes”, título que la Sagrada Escritura no da a ningún otro santo de la Historia Sagrada. En la Carta a los Hebreos dedica San Pablo un capítulo especial al Santo Patriarca que “*esperaba aquella ciudad de fundamentos cuyo arquitecto y constructor es Dios*”. En tal sentido todos los verdaderos cristianos son hijos de Abrahán. “*Por Cristo y en Cristo somos de la descendencia espiritual de Abrahán*”. Por lo tanto la historia del pueblo de Abrahán debe tener el más conmovedor interés para nosotros los cristianos, que somos sus herederos espirituales, pues trata anticipadamente de Jesús, su origen terreno y su “carne”, que ahora está sentada en el trono de la diestra del Padre. Sólo mirando desde Cristo entendemos el Antiguo Testamento.

También el rico murió y se nos dice que fue sepultado, es decir que la felicidad tuvo su fin; que las riquezas no le valieron contra la muerte, aunque el sepulcro fuese lujoso.)

Y en abismo, levantó los ojos, mientras estaba en los tormentos, y vio de lejos a Abrahán con lázaro en su seno. (Aunque solamente se nos dice que el rico fue enterrado, ha de entenderse que fue sepultado en el infierno. Aquella desigualdad irritante del destino de los dos hombres en este mundo quedo compensada en el otro. A la extrema miseria sucedió la felicidad

suprema; al lujo y al libertinaje, la expiación sin fin. El rico sufría en la Gehenna mientras Lázaro sentado junto Abrahán participaba en el banquete de la eterna bienaventuranza. Uno y otro estaban en la región de los muertos, y el abismo, es decir, la fosa profunda separaba a los que sufren de los que gozan. Desde ese abismo de su miseria el rico vio a Lázaro como a un niño en el regazo de Abrahán y entonces recordó a aquel harapiento mendigo que yacía a la puerta de su morada.)

Y exclamó: “Padre Abrahán, apiádate de mí, y envía a lázaro para que, mojando en el agua la punta de su dedo, refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama”. (El rico se dirige a Abrahán, porque se considera como hijo suyo, cuyos méritos, según la doctrina rabínica, podían salvar a los judíos hasta de la gehenna. Pero no pide ayuda personal del Patriarca, sino que considerando a Lázaro como el pobre al que se le puede mandar y humillar como antaño, y le suplica un alivio de agua para calmar su sed de impío en medio de aquel fuego que no se apaga.)

Abrahán le respondió:” acuérdate hijo, que tu recibiste tus bienes durante tu vida, y así también Lázaro los males. Ahora él es consolado aquí y tú sufres. (La respuesta de Abrahán expresa el pensamiento central de esta parábola cada uno tiene en el otro mundo la suerte que él se ha preparado con su vida en éste. La condenación del rico no se debe al hecho material de haber sido rico, sino al abuso de las riquezas, en tanto que la salvación de Lázaro no se debe a su pobreza material, sino al hecho de haber juntado con la pobreza la piedad.

Manera vulgar de explicarnos esta realidad, porque de otra suerte Abrahán no reconoce por hijos sino a los fieles y santos, como se desprende el texto de Isaías: *“Porque Tu eres nuestro Padre, aunque Abrahán no nos conoce, e Israel nada sabe de nosotros. Tu Yahvé eres nuestro Padre”*. Vemos cual alto es el concepto que Israel tiene de Dios y como Jesús ha de acentuar a cada paso. La diferencia está en que entonces el hijo de Israel era, colectivamente, como pueblo, en tanto de que los cristianos descendientes “de un pueblo necio”, somos elegidos cada uno en particular y por haber creído en el Mesías somos hechos individualmente hijos de Dios a imagen del Hijo Unigénito, sin perjuicio de construir colectivamente, como miembros de Él, la iglesia, cuerpo místico del que Él es la cabeza y a la cual están reservadas, más aún que a Israel, especiales promesas sobrenaturales de gracia y de gloria y la boda que celebrará el Cordero con su Esposa.)

Por lo demás, entre nosotros y vosotros un gran abismo ha sido establecido, de suerte que los que quisiesen pasar de aquí a vosotros, no podrían; y de allí tampoco se puede pasar hacia nosotros. (Todo lo que aquí se ha dicho, que el rico levantó los ojos, que habló, que rogó le refresca, lo que representa los naturales movimientos de aquel infeliz en sus tormentos. Y esta gran sima o abismo que había de por medio, no tanto dignifica la distancia de los ligares, cuando la inmutabilidad del estado de los santos y de

los réprobos después de la muerte. Cotejen los avarientos y glotones los estados diferentes que tuvieron en vida y después de la muerte Lázaro y el rico Epulón, y no esperen que un muerto venga a predicarles, ni crean que les aprovecharían aunque viniera, sino creen en el Evangelio. Escarmienten y teman con este ejemplo, no sea que el Señor los premie en esta vida con los que les ha de servir de instrumento de mayores ofensas suyas, y por consiguiente sean la causa de sus más terribles tormentos en el infierno.

Para mayor aclaración de este comentario recordemos las últimas palabras con las que pone fin el profeta Isaías a todos sus altísimos discurso y razonamientos, poniendo a la vista de todos esta breve pero viva imagen del último estado de los hombres: *“Y saldrán y verán los cadáveres de los hombres que se revelaran contra Mí; cuyo gusano nunca morirá, y cuyo fuego nunca se apagará; y serán objeto de horror para todos los hombres”*.

Respondió: “Entonces te ruego, padre, que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, a fin de que no vengan también ellos, a este lugar de tormentos”. (Parece que mostraba interés por la salvación de sus hermanos; pero esto no tanto era caridad, de la que son incapaces los condenados, cuanto temor de que se aumente su castigo con la pena eterna de aquellos a quienes había inducido al mal con su ejemplo.)

Abrahán respondió: “Tienen a Moisés y a los Profetas; que les escuchen. (La respuesta es clara y viene a decir que tienen los medios suficientes para vivir moralmente con la revelación de la Escritura, que traza el camino de la voluntad divina. El señor no impone la salvación al que no quiere creer y vivir conforme a esa fe. En este sentido dice san Agustín: *“Quien te creo sin tí no te salvará sin tí”*).

Replicó: No padre Abrahán; pero si alguno de entre los muertos va junto a ellos se arrepentirán.” (Parece que a esta respuesta le falta para su perfecto sentido que se ha de sobreentender; no basta que tengan a Moisés y a los Profetas; más impresión les causará lo que los cuenta lázaro, etc.)

Él, empero, le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, no se dejarán persuadir, ni aun cuando alguno resucite de entre los muertos.” (Solemos pensar que la vista de un milagro sería suficiente para producir una conversión absoluta. Jesús muestra aquí que ésta es una ilusión y que la conversión viene de la Palabra de Dios escuchada con rectitud. Y de igual manera nos lo dice San Pablo *“La fe viene, pues de oír, y el oír por la palabra de Cristo.”* Porque la fuerza sobrenatural de la Palabra transforma las almas, pues siendo viva y eficaz y más tajante que cualquier espada de dos filos, penetra hasta dividir alma de espíritu, hiriendo profundamente el corazón del impío con eternos remordimientos contra lo que no puede ni defenderse ni encontrar remedio.

Buena prueba de estas verdades, como veremos más adelante, la resurrección del hermano de Marta y María. El efecto que causó en los corazones obstinados de los judíos, fue tomar la resolución de hacerle morir de nuevo

después de haberle hecho salir Jesucristo del sepulcro. Y aunque después de la muerte del Señor Él mismo resucitó y también otros muchos muertos, no por eso dejaron de perseguir a los Apóstoles haciéndoles mil insultos, y quedándose tan incrédulos y ciegos como antes estaban, porque la fe no es solo cuestión de pruebas, es gracia de Dios y requiere limpieza de corazón para recibirla, y la mayor dificultad para ello es estar inmerso en el pecado y cegado el corazón.) (Lucas 16, 19-31).

“NO ESPEREN QUE UN MUERTO VENGA A PREDICARLES”



“¡Lo que Dios juntó, el hombre no lo separe!”

90 INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

Cuando Jesús hubo acabado estos discursos partió de Galilea y fue al territorio de Judea, más allá del Jordán. Le siguieron muchas gentes, y los sanó allí. (En este viaje de Jesús, quizás el último que efectuó antes de su pasión, ocurrieron varios acontecimientos que poco a poco iban diseñando la organización de su Iglesia. Así en este capítulo que comienza sanando a los enfermos que le seguían, pondrá de relieve la indisolubilidad del matrimonio cristiano, una de las leyes fundamentales del Evangelio.)

Entonces algunos fariseos, queriendo tentarlo, se acercaron a Él y le dijeron: “¿Es permitido al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?”(Los fariseos pretendían hallar en la respuesta del Señor algún achaque o contradicción para calumniarle. Porque si respondía que se podía dejar a la propia mujer para tomar otra, podían replicarle que no se podía y le argumentarían que hablaba contra la doctrina de Moisés, que era la del mismo Dios, porque Moisés había enseñado que el matrimonio instituido por Dios en el Paraíso siendo indisoluble, como el mismo Jesucristo lo atestiguará después. Junto con la idea de la unidad del matrimonio se perdió también la de su indisolubilidad de modo que Moisés al dar legislación moral a su pueblo, tuvo que tolerar el divorcio, como diría Jesús, *“a causa de la dureza de vuestro corazón”*, Sin embargo lo limitó al caso de hallar en la mujer “algo vergonzoso”, es decir un pecado contra la castidad matrimonial o cualquier otro acto de impureza. Así lo explicaba en tiempo de Jesucristo la escuela de Schammai, mientras que la escuela de Hillet permitía el divorcio aún en los casos de simple desavenencia. A pesar de la tolerancia del divorcio. La indisolubilidad del matrimonio era considerado por la Ley y los Profetas como el ideal a alcanzar. El Eclesiástico previene por una separación por liviandad, y Malaquías condena decididamente todo divorcio: *“Porque Yahvé fue testigo entre tú y la esposa de tu juventud”*. La santidad del matrimonio es garantizada por el mismo Dios como testigo, el cual, en el caso del divorcio, va a acusar al marido que toma otra mujer. Malaquías como vemos, se levanta en este admirable pasaje a la altura de la doctrina de Cristo, que repudia en absoluto el divorcio, mientras es tolerado en la Ley de Moisés.

El respondió y dijo: “¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, varón y mujer los hizo?” (La creación narrada en el Génesis nos dice: “Y Dios creo al hombre a imagen suya; y a imagen de Dios lo creo; varón y mujer creó”, es decir varón y mujer aparte, dos individuos no un individuo y dos sexos. También creó varios géneros humanos como nos amplía San Pablo en el discurso de Areópago: *“Él hizo de uno solo todo el linaje de los hombres para que habitasen sobre toda la faz de la tierra”*. Maravillosa visión que nos hace contemplar, según Pío XII, *“el género humano en la unidad de su origen común en Dios.”*

Y dijo: “Por esto deja el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne”. (Siguiendo en la narración del Génesis el Señor atestigua la institución divina del matrimonio, fundamento de la sociedad humana, cuya célula es la familia; y así nos dice por la boca de Adán, valiéndose de él como instrumento para promulgar la Ley del lazo matrimonial como más estrecho y más inseparable que el que tenemos con nuestros propios padres. Pues Dios no creó sino un hombre para una mujer y una mujer para un solo hombre, condenando la poligamia y ordenando que fuesen una misma carne para reprobar el divorcio e implicar la indisolubilidad y unidad matrimonial como seguidamente explica Jesús en los versículos siguientes.)

“De modo que ya no son dos, sino una carne. ¡Pues bien! ¡Lo que Dios juntó, el hombre no lo separe!” (Es como si dijera. “A los que Dios ató o puso bajo un mismo yugo, es decir los casados que caminan unidos y atados por el lazo que formó Dios solamente los puede separar la potestad de Dios por la muerte de uno de los consortes, pues la facultad del hombre no se extiende a tanto.)

Dijéronle. “Entonces ¿porque Moisés prescribió dar libelo de repudio y despacharla?”. (Los fariseos tratan con esta pregunta de enfrentar la doctrina de Jesús con lo dicho por Moisés en el Deuteronomio: *“Si un hombre toma una mujer, casándose con ella y resulta que ella luego no le agrada porque ha hallado en ella algo vergonzoso, la escribirá un libelo de repudio, y entregándoselo en la mano la despedirá de su casa.”* Esto no era precepto sino permisión, pues es propio de un buen estadista atemperar sus leyes al genio e índole de su pueblo. Y como el judaico fue de corazón duro, cerril y testarudo, por eso nuestro suavísimo Dios les permitió repudiar a sus mujeres, en caso de desarmarlas, para evitar el riesgo que corrían de que las matasen sus bestiales maridos, si estas se llegaran a embravecer, viendo que no podían de otro modo deshacerse de ellas. De estos mismos versículos parece inferirse que no solo se les permitía divorciarse en caso de adulterio, como lo limitó el Señor en la Ley Nueva, sino por cualquier otro motivo de lealtad, esterilidad, lepra, hechicerías, continuas riñas, u otros que sobreviniesen a la mujer. Ahora bien, en el adulterio no cabía repudio, porque la adúltera era apedreada, si constaba el delito, y si era solo sospechoso, se averiguaba con las aguas de los celos.)

Respondióles: “A causa de la dureza de vuestros corazones os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fu así.” (No os lo mandó Moisés como vosotros decís, sino que os lo permitió, previendo mayores males, en vista de vuestra obstinación, pero en el principio no fue así, porque Adán y Eva fueron de tal manera creados el uno por causa del otro, y unidos tan estrechamente por disposición de su Creador, que su unión debía ser inseparable y modelo del lazo indisoluble de los matrimonios de sus descendientes. Como podemos observar este es uno de los pocos pasajes en

que Jesucristo ha dado normas a las ciencias profanas; en este caso para la etimología e historia de la cultura. Sin embargo, debemos comprobar que los eruditos modernos, salvo muy pocas excepciones, no hacen caso de esa palabra de cristo, sino que sostienen que en principio las relaciones entre varón y mujer obedecían a la ley de la promiscuidad y que los primeros hombres vivían en poligamia. Son esos los mismos etnólogos que sostienen también que al comienzo de la historia del género humano, reinaba el politeísmo y no el monoteísmo, con lo cual desprecian expresamente a Dios, quien dice claramente que al principio todo estaba bien, muy bien. Esto significa que la depravación, el politeísmo y la poligamia son la segunda etapa de la cultura humana, no la primera. Su consecuencia fue el diluvio.)

Más yo os digo, quien repudia a su mujer salvo el caso de adulterio, y se casa con otra, comete adulterio contra la primera, y el que se casa con la repudiada, somete adulterio. (Estas palabras pertenecen a la oración que precede y no a la que sigue. Lo que da aquí a entender el Señor es, que no hay otra causa para la perpetua separación sino la del adulterio; pero no que sea lícito tomar otra mujer después de haberse separado o divorciado de la primera, porque el lazo contratado con ésta permanece indisoluble; y solamente puede romperse con la muerte . Y así añade después que el que se casa con la que otro dejó, no contrae matrimonio sino que comete adulterio. Hay un bello matiz de caridad en esta clara definición que condena el desorden de nuestra época, en la que la legislación civil se autoriza para separar “lo que Dios ha unido”).)

Dijéronle sus discípulos: “Si tal es la condición del hombre con la mujer, no conviene casarse”. (Como si le dijeran: Porque es una cosa muy dura para un hombre el tener que vivir toda la vida con una mujer llena de malicia, que es lo mismo que ser condenado a vivir siempre encerrado con una especie de fiera. Este planteamiento de los discípulos se le hacen hoy muchos que se llaman cristianos, pero que no ven más allá de su hedonismo, la comodidad y el egoísmo al no saber valorar el verdadero sentido del sacramento del matrimonio, las gracias de estado que aporta y la caridad que une en lazo tan apretado a los esposos, que difícilmente se sabe cuál es la carne de la mujer o la del hombre, siendo la virtud de la caridad la norma por la que han de regirse.)

Pero Él les respondió: “No todos comprenden esta palabra, sino que solamente aquellos a quienes es dado. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por el hombre, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos. El que pueda entender que entienda.” (No todos somos capaces de vivir el celibato, sino aquellos a quienes el Señor concediere esta gracia y el don de la continencia. Y al esclarecer las diferentes clases de eunucos, realza la figura de los que queriendo imitar la pureza de los ángeles, se han castrado a sí mismos de una manera espiritual, o en su cuerpo, sino en la raíz misma de la concupiscencia

que es el corazón. La virginidad es el camino más perfecto, pero no todos son llamados a él, porque no somos capaces de seguirlo sin una asistencia especial de la gracia divina.

Y podíamos preguntar: ¿Por qué el Señor habla aquí, dentro de la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio, de la continencia y de la virginidad? Parece una contradicción ¿no es así? Escuchemos al Apóstol contestando a esta y a otras muchas preguntas que se pueden formular al respecto: *“No os privéis recíprocamente –está hablando a los esposos – a no ser de común acuerdo por algún tiempo, para entregaros a la oración y después volver a cohabitar, no sea que os tienta satanás por medio de nuestra incontinencia.”* San Pablo expone el ideal del matrimonio cristiano con admirable libertad de espíritu previniendo a los conyugues que si Dios los mueve a dejar, por algún tiempo, la cohabitación y dedicarse a la oración, lo hagan siempre atendiendo a la debilidad humana del modo que *“para evitar la fornicación, tenga cada uno su mujer, y cada una a su marido”*, esto es para evitar el peligro de la incontinencia, o sea para que la presunción de ostentar ante Dios una virtud heroica, no los haga olvidar la miseria humana y caigan en el adulterio u otros actos prohibidos, por evitar aquellos que no lo están. Veamos el ejemplo de Tobías, y la promesa que él contiene de las más grandes bendiciones para el hogar, cuando el Ángel Rafael le dice: *“Óyeme y te enseñaré cuales son aquellos sobre quienes tiene potestad el demonio. Son los que abrazan con tal disposición el matrimonio, que apartan de sí y de su mente a Dios, dejándose llevar de su pasión, como el caballo o el mulo que no tienen entendimiento, esos son sobre los que tienen potestad el demonio. Más tú, cuando la hubieses tomado por mujer, y la hayas entrado en el aposento, no llegues a ella en tres días, y no pienses en otra cosa sino en hacer oración en compañía de ella. En la primera noche quemarás el hígado del pez, y será ahuyentado el demonio. En la segunda noche serás admitido en la unión de los Santos Patriarcas. En la tercera alcanzarás la bendición para que de vosotros nazcan hijos sanos. Pasada la tercera noche, recibirás la doncella en el temor del Señor, llevando más bien el deseo de tener hijos, que de la pasión, para que consigas en tus hijos la bendición reservada al linaje de Abrahán.”* Si los contrayentes cristianos consideran esto ¿cuántos no ambicionarán conquistar semejantes bendiciones aprovechando la lección del Ángel? ¡Qué unión de espíritu para toda la vida no se labrarían en estas tres noches de oración!

Estos versículos finales nos dicen y enseñan que por encima del estado matrimonial es recomendada la virginidad, *“porque en vista de la eminente tribulación es bueno para el hombre quedad como está.”* Las ventajas y excelencias de la virginidad por causa de Dios, no se pueden destacar mejor que en esta frase paulina, de un valor que no sufre menoscabo por el cambio de los tiempos ni de las circunstancias. La inminente tribulación se refiere a las cargas y cruces de la vida matrimonial, las percusiones y la vanidad y fugacidad de este mundo que pasa, y en la vida del cristiano pleno en vez de

ser, pues, el tipo de hombre satisfecho, casi prosaico según se lo imagina el mundo el verlo huir de sus oropeles, es el grande y audaz aventurero, que se juega el todo por el todo frente a lo infinito. Él ve que las bellezas temporales según la carne, producen emociones intensas, y que lo espiritual no es emotivo sino tranquilo. Pero él sabe que aquello es apariencia y que esto es “la verdad”; porque *“las cosas que se ven son transitorias, más las que no se ven son eternas”*. Entonces, al ver que todo esto es una apariencia, una escena como en el teatro, no se resigna a poner todo su destino en tan poca cosa, porque es ambicioso. Y entonces no tardará en descubrir que la realidad está escondida en el misterio y que se misterio es todo amor, como el mismo Dios, por lo cual, sin amor no podemos entender la vida, *“porque el que no ama, no ha aprendido a conocer a Dios, porque Dios es amor”*. Hallamos aquí la más alta definición de Dios. El Padre es el Amor infinito, el Hijo es el Verbo Amor, la Palabra de Amor del padre, unidos Ambos por el Divino Espíritu de Amor. El Padre siendo Amor es lo contrario del egoísmo, es decir, algo que difícilmente imaginamos sin honda meditación espiritual. Porque solemos imaginarlo como el infinito Omnipotente vuelto hacia Sí mismo, contemplándose y amándose por no existir nada más digno de ello que Él mismo. Pero olvidamos que el Padre tiene un Hijo, eterno como Él, y que su amor está puesto en Él, de modo que el amor infinito, que es la sustancia del Padre, no se detiene en Sí mismo en su Persona, sino que sale hacia Jesús, y el Él hacia nosotros. El fin de la inminente tribulación siempre puede estar cerca con el ansiado retorno del Rey de reyes, cuyo advenimiento todos debemos de desear y si estaba cerca de los albores del cristianismo ¿cuánto más hoy, transcurridos veintiún siglos?

Como hemos visto la virginidad no se presenta como un precepto, sino que se ofrece como un estado más conveniente y feliz aún en esta vida, de acuerdo con las palabras de Jesús.

Igual doctrina se aplica a la viudez que siempre ha merecido un gran respeto en la Iglesia, y según el parecer y consejo de San pablo: *“Será más feliz si permanece en ese estado”*.) (Mateo 19, 1- 12).





Porque ya está el reino de Dios en medio de vosotros.

91 ¿CUANDO VENDRÁ EL REINO DE DIOS?

Interrogado por los fariseos acerca de cuándo vendrá el reino de Dios, les respondió y dijo: “El reino de dios no viene con advertencia”, (Jesús se presentó en la humildad para probar la fe de Israel; pero tanto las profecías como también los milagros mostraban que era el Mesías, es decir que “tanto la Ley y los profetas llegan hasta Juan y desde este momento el reino de Dios está anunciado”, pero los fariseos continúan merodeando en torno a Jesús, y acercándose le proponen esta cuestión, haciéndose con su habitual hipocresía eco de las impudicias y anhelos de la multitud: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios?” tal vez quieren sacar de Jesús una declaración explícita de las señales o también al problema general de si se debe o no celebrar cuando ha de venir; o tal vez intentan únicamente hacer alusión irónica a aquel reino, que desde el comienzo de su vida pública era el tema fundamental de sus discursos.

“El reino de Dios quiere decir: el Mesías a reinar”, y Jesús les responde: “Sabed que el reino de Dios y del Mesías prometido no vendrá con fenómenos sujetos a observancia, ni con la pompa y manifestación exterior que vosotros os imagináis.”)

Ni dirán: “¿está aquí” o ¿está allí!” (El reinado del Mesías es todo interior y espiritual, y no tiene su asiento en un lugar determinado, como los príncipes de la tierra que ponen su trono en una ciudad que les está sujeta.)

Porque ya está el reino de Dios en medio de vosotros. (El sentido de estar en medio de vosotros no puede ser que el reino esté dentro de sus almas, puesto que no debemos olvidar que Jesús está hablando con los fariseos que llenos de orgullo, no formaban una parte de ese reino, que es un reino de humildad y de dulzura, más les enseña el Señor a buscarle, no en la pompa exterior de un poder temporal semejante a los de los príncipes del siglo, sino en el fondo mismo del corazón del hombre, en donde Dios debía establecer principalmente su reino por su espíritu y por su gracia.)

Dijo después a sus discípulos: “Vendrán días en que deseareis ver un solo de los días del Hijo del hombre, y no los veréis”. (Acordándoos del tiempo que gastáis de su presencia y de su consumación, y comprando a cualquier precio el consuelo de verle y oírle para tener esfuerzo con sus palabras y consejos en medio de las tribulaciones que habéis de padecer, más no le veréis, porque “vendrán días en que el esposo les será quitado”, y será aquel tiempo para vosotros un tiempo de ayuno, de luto y de tristeza. Efectivamente, antes de irse Jesús le habían oído hablar de su gloria, le habían incluso experimentado en el día de la Ascensión y querrán verla pensando en la parusía, pero no lo verán. Deberán seguir sufriendo.)

Y cuando os digan ¿Está allí! O ¿Esta aquí!” no vayáis allí y no corráis tras de él. (Oiréis hablar de falsos profetas de la aparición de la gloria del Mesías. Pero no debemos creer ni hacerlos caso y mucho menos correr tras de ellos, si no que debemos vivir de la fe y de la esperanza.)

Porque como el relámpago, fulgurado desde una parte del cielo, resplandece hasta la otra, así será el Hijo del hombre, en su día. (Ahora Jesús habla a los discípulos y alude a su segunda venida, que no será como la primera: No quedará reducida a un pequeño rincón de la tierra, ni se dejará ver en el desierto o en la habitación más retirada de la casa, sino que será semejante a un relámpago que de repente y sin avisar, en un instante pasa iluminando todo el oriente a poniente y deslumbrando los ojos de todos, del mismo modo el Señor hará brillar en un momento la luz de la gloria por toda la tierra, sin que pueda ocultarse ni esconderse a ninguno de los mortales. La Parusía coincidirá con el fin de los tiempos y de la historia humana sobre la tierra. Esta nueva venida gloriosa, que estaba grabada en la primera generación cristiana, fue el sueño de los discípulos y el consuelo de sus persecuciones y tribulaciones.)

Más primero es necesario que Él sufra mucho y sea rechazado por la generación ésta. (Aunque la vuelta del Señor sea comparada al relámpago, hemos de saber que la gloriosa Parusía tiene un tiempo: antes debe morir y ser despreciado por la generación contemporánea de Jesús, y de sus discípulos, es decir que históricamente se sitúa en el marco temporal del Salvador.)

Y como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, se casaban los hombres y eran dadas en matrimonio las mujeres, hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el cataclismo y los hizo padecer a todos. Asimismo, como fue en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban e edificaban; más el día en que Lot salió de Sodoma, cayó del cielo una lluvia de fuego y de azufre, y los hizo perecer a todos. Conforme a estos casos será el día en que el Hijo del hombre sea revelado. (Antes de este gran acontecimiento se presentarán muchos falsos profetas y será general el descreimiento y la burla como en el tiempo de Noé, cuando las gentes inmersas en la maldad de obras y pensamientos se despreocuparon de Dios y sobrevino el diluvio, y se los tragó a todos. Otro tanto sucedió en los días de Lot cuando el clamor de Sodoma y Gomorra era grande y sus pecados extraordinariamente graves, que el Señor le hizo salir mientras una lluvia de fuego cayó sobre esas ciudades y las consumió. Estos dos ejemplos bíblicos propuestos por Jesucristo tienen por finalidad demostrar el carácter súbito y de sorpresa que tendrá la venida gloriosa del juez para los malos, pues como dice San Pablo, la parusía sorprenderá solamente a los malos, pero no a los buenos quienes con sus buenas obras viven siempre preparados vistiendo la coraza de la fe y la caridad y como alma de esperanza de salvación.)

En aquel día, quien se encuentre sobre la azotea, y tenga sus cosas dentro de su casa, no baje a recogerlas, no se vuelva por las que dejó atrás. (Los tejados eran planos, y estaban balaustrados alrededor para impedir que alguien cayese, y las escaleras para subir o bajar caían en lo exterior sin necesidad de entrar en las casas para hacer uso de ellas Y esto es lo que insinúa aquí el

Señor, que bajasen luego sin entrar adentro para tomar casa alguna. Lejos está de hablar de huir, porque del juicio del Hijo del hombre no se puede huir. Todo el consejo ha de tomarse en sentido espiritual y aplicarse al despego de todas las cosas temporales, con que debe vivir el creyente.)

Acordaos de la mujer de Lot. (Estas palabras nos muestran que si la mujer de Lot se convirtió en estatua de sal, ni fue por una causa de curiosidad, sino de su apego a la ciudad maldita. En vez de mirar contenta hacia su nuevo destino que la bondad de Dios la deparaba y agradecer gozosa el privilegio de huir de Sodoma castigada por sus iniquidades, volvió a ella los ojos con añoranza. Y con la pena que sentía por los bienes allí dejados, contra la expresa orden de Dios, mostrando la verdad de la palabra de Jesús: *“Donde está tu tesoro, allí está tu corazón”*. La mujer deseaba a Sodoma y Dios la dio lo que deseaba, convirtiéndola en una estatua-columna de sal, en un pedazo de mar la misma ciudad que se había vuelto un mar de sal, el Mar Muerto. Con el mismo criterio dice Jesús de los que buscan el aplauso: *“Ya recibieron su paga”* Y el rico Epulón. *“Ya tuviste tus bienes”*. Es decir, tuvieron lo que deseaban y no desearon otra cosa, luego no tienen otra cosa que esperar, pues Dios da a los que desean, a los hambrientos, en tanto que a los hartos, según dice María, deja vacíos.

La sal dice sal Agustín es un símbolo de la sabiduría; y cuando el señor encarga a sus discípulos que se acuerden de esa mujer convertida en sal, les advierte que sean sabios y escarmienten en sus cabezas, no mirando jamás atrás, como si conservarían aun algún gusto de los bienes que dejaron, *“porque el que quiere seguirme y pone su mano en el arado, no es digno de Mí”*.)

El que procurarse conservar su vida, la perderá; y el que la pierda, la hallará. (Quien pretenda salvar su vida o su alma por su propio esfuerzo, está condenado al fracaso de algo que no es capaz de realizar sin recurrir al único salvador y no le quedará otra vida por salvar, porque querer salvarse a sí mismo es lo contrario de negarse a sí mismo, tomar su cruz de cada día para morir. Paradoja divina que los santos han entendido mejor que los sabios, porque en ella se juega con el doble sentido de vida y de salvación, de natural y de sobrenatural, de temporal y eterno.

Y el que pierda la vida por Mí, la hallará, esto es, el que al tiempo de confesarme en presencia del Tirano me afirme no perderá su alma. También puede interpretarse que la muerte temporal de nuestros apetitos nos produce la vida eterna.)

Yo os digo, que en aquella noche, dos hombres estarán reclinados a una misma mesa: el uno será tomado, el otro dejado. Estando dos en el campo; el uno será tomado y el otro dejado. (Aquella noche, se refiere al día del Juicio, porque lo será de calamidad y de desolación, para los que no están preparados para la venida inesperada del Juez. Dos hombres estarán sentados a la misma mesa, uno será tomado para recibir la recompensa y premio de sus buenas obras, otro será separado para el castigo. Por ello hemos de procurar

tener la disposición interna del alma, pues en cualquier momento podemos presentarnos ante el Juez con la conciencia tranquila. La muerte imprevista y repentina es solamente un mal para quien no vive preparado para morir.)

Entonces le preguntaron: “¿Dónde señor? Les respondió: “Allí donde está el cadáver, allí se juntarán los buitres.” (Como si le dijeran: ¿y en donde se hará esta separación tan terrible? Y e señor les responde con esta especie de proverbio, dándoles a entender, que así como un cuerpo muerto atrae las águilas y todas las aves que se alimentan de carne, del mismo modo los escogidos, figurados por las águilas, se juntaran el día del juicio en un instante con Jesucristo en medio de los aires por el poder de su espíritu, que tendrá la fuerza de reunirlos todos como los miembros de su divina cabeza.) (Lucas 17, 20 – 37).





“¿Cómo invocarán a Aquel en quién no han creído?”

92 EL JUEZ INICUO

Les propuso una parábola sobre la necesidad sé que orasen siempre sin desalentarse.

“Había en una ciudad un juez que no temía a Dios y no hacía ningún caso a los hombres. Había también allí, en esa misma ciudad una viuda, que iba a buscarlo y le decía: Hazme justicia y líbrame de mi adversario. Y por algún tiempo no quiso; más después dijo que sí. Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, sin embargo porque esta viuda me importuna la haré justicia, no sea que al fin venga y me arañe la cara” Y el señor agregó. **“Habéis oído el lenguaje de aquel juez inicuo”.** (Esta parábola concuerda, como veremos seguidamente, con la que propuso en el sermón del monte: del amigo inoportuno. En ambas se pone de manifiesto el poder de la oración suplicante, oración distinta de la del Padrenuestro, ya que en la oración dominical se sintetiza míticamente y de forma admirable la actitud filial, que descubrió toda la gloria del Padre, animando a que venga su reino pronto para que haciendo su voluntad se reviva el pan que desciende del cielo y da vida a los hombres que perdonan y piden no caer en la tentación y ser liberados del mal; en esta otra oración es de perseverancia y de constancia. Pero la doctrina principal que hemos de sacar de esta parábola es la seguridad que debemos tener de ser oídos siempre que oramos a Dios. Y aunque no se mencione en ella la constancia - aunque está implícita – y la inoportunidad, estamos seguros que lo esencial está en el hecho de que se logra lo que se pide siempre que sea bueno para nosotros.)

“¿Y Dios no habrá de vengar a sus elegidos, que claman a Él día y noche, y se mostraría tardío con respecto a ellos?” (¿Y sufrirá que siempre sean oprimidos? La oración continua de que habla Jesucristo, y a la que nos exhorta con esta parábola y ejemplo de esta viuda, es un precepto que se pone y toca a todos los fieles. Esta oración consiste principalmente en un deseo continuo fundado sobre la fe, sobre la esperanza y sobre la caridad de la eterna bienaventuranza, esperándola de Aquel que solo nos la puede dar; y esto se ejecuta mejor por los gemidos y suspiros del corazón que por las palabras. Los afanes y negocios de esta vida enturbian este deseo, y así es necesario que en ciertas horas nos retiremos a orar para renovarle con frecuencia.

Esta viuda venía en ciertos días y en ciertas horas a importunar de nuevo al juez, aunque su pensamiento estaba siempre ocupado de aquello mismo que solicitaba de tiempo en tiempo.)

“Yo os digo que ejercerá la venganza de ellos prontamente.” (El Señor dice esto refiriéndose a la fe perfecta, porque esta fe apenas se encuentra en la tierra. Llena está de fieles la Iglesia de Dios. ¿Quién vendría si no hubiera fe? y ¿quién no trasladaría los montes si la fe fuera perfecta?

Esto lo añade el Señor para dar a conocer que si la fe falta, la oración es inútil. Por tanto, cuando oremos, creamos y oremos para que no falte la fe. La fe produce la oración y la oración produce a su vez la firmeza de la fe.

El tiempo oportuno y conveniente como apunta San Pablo: *“Porque todavía un brevísimo tiempo y el que ha de venir vendrá y no tardará.”* Es una idea frecuentemente expresada en sus epístolas. Si un juez cruel e injusto por último se dejó doblar de la inoportunidad de una viuda, un Dios justo y clemente ¿no oirá las voces de los que ama y que claman a Él continuamente oprimidos por la injusticia? Muchas veces parece que Dios abandona a los suyos, pero es para probar su fe, ejercitar su paciencia, purificar sus imperfecciones, para mayor mérito y corona suya, o para hacer por último brillar más su justicia sobre los que obstinadamente los persiguieron.)

“Pero el Hijo del hombre, cuando vuelva ¿hallará por ventura la fe en la tierra?” (Porque cuando venga a juzgar al mundo, serán muy pocos los que tendrán una fe animada de verdadera caridad.

Si desaparece la fe, se extingue la oración. En efecto ¿quién podría orar para pedir lo que no cree? Mirad lo que dice el apóstol Pablo para exhortar a la oración: *“Todos los que invocarán el nombre del Señor serán salvados”*. Después para hacernos ver que la fe es la fuente de la oración y que el riachuelo no puede correr si la fuente está seca, añade: *“¿Cómo invocarán a Aquel en quién no han creído? Y ¿cómo creerán en Aquel de quien nada han oído? Y ¿cómo podrán, sin que haya quien les predique?”* (Romanos 10, 14). Al llegar a este punto nos obliga a una profunda y detenida meditación de este impresionante anuncio que hace Cristo, no obstante haber prometido su asistencia a la Iglesia hasta la consumación del siglo. Es el gran misterio que San Pablo llama de iniquidad y de apostasía y que el mismo señor describe muchas veces, principalmente en su gran discurso escatológico.

Creamos, pues, para poder orar y oremos para que la fe, que es el principio de la oración, no nos falte. La fe difunde la oración, y la oración, al difundirse obtiene, a su vez, la firmeza de la fe. (Lucas 18. 1 – 8).



Os declaro, dice Jesucristo, que el publicano volvió justificado a su casa, a diferencia del fariseo.

93 EL FARISEO Y EL PUBLICANO

Para algunos, los que estaban persuadidos en sí mismos de su propia justicia, y que tenían en nada a los demás, dijo también esta parábola: (Esta introducción es la clave para la interpretación de la parábola que Jesús nos propone. En ella se mira principalmente el relieve de la soberbia que puede encontrarse dentro de una falsa piedad. Por ello Jesús se dirige a los que se creen justos sin serlo, y ponen su confianza, no en Dios como debían, sino en una falsa justicia.)

Dos hombres subieron al Templo a orar, el un fariseo, el otro publicano. (Para los oyentes el fariseo era modelo de devoción, conceptuado como el bueno entre los hombres; el publicano considerado como pecador era el modelo de la maldad. Ambos acuden al Templo, el lugar de oración por antonomasia, y por ser la casa de Dios se la considera en una elevación y dignidad absoluta a la que todos y de todas partes han de subir.)

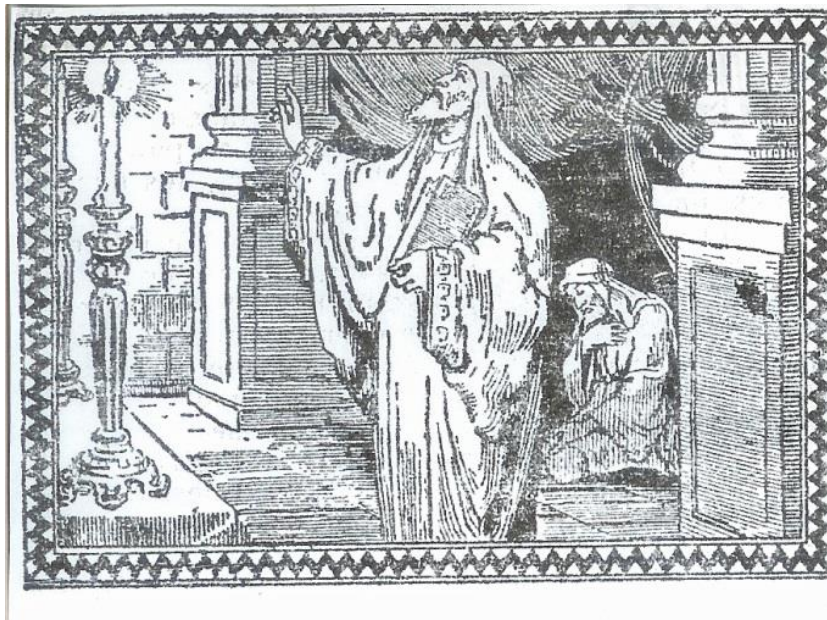
El fariseo, oraba en su corazón de esta manera: “Oh, Dios, te doy las gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni como el publicano ese. Ayuno dos veces en la semana y doy el diezmo de todo lo que poseo”. (La descripción del fariseo puesto en pie - costumbre normal de los judíos - es por sí solo signo de soberbia, hace su oración tan arrogante como infructuosa ya que por sí sola esta acción de gracias va acompañada de una muy refinada soberbia; porque mirando a todos los otros como pecadores, parece que se tiene a sí mismo por el solo justo que hubiese entre todos los hombres. ¡Qué fácil vemos las faltas en los demás! ¿Pero es que hacemos verdadero examen de conciencia y reconocemos nuestras culpas, justificándonos entre los justos, despreciando a los otros con el fariseísmo o pecado de los buenos? Los ayunos que el fariseo practicaba los lunes y jueves son los que aún hoy día observan los judíos, ordenado por los rabinos para cumplir tres razones: por la ruina del Templo, por haber sido quemada la Ley y por las injusticias que se hacían al nombre santo de Dios.)

El Publicano, por su parte, quedándose a disposición, no osaba no aún levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Oh Dios, compadécete de mí que soy un pecador.” (Se ve en el publicano un carácter todo diferente. Metido en un rincón del templo, lleno de confusión, de sentimientos de su propia indignidad, y lejos del lugar santo en donde habitaba Dios entre los hombres, sin atreverse a levantar los ojos al cielo, a quien consideraba ofendido, e hiriendo su pecho con grandes muestras de dolor, arrepentimiento y compunción, se contentaba con decir a Dios: “Señor, ten misericordia de un pecador tal como soy yo”.)

Os digo que éste bajo a su casa justificado, más no el otro, porque el que se eleva será bajado; y el que se abaja, será elevado. (Vemos dice San Agustín, como estos dos hombres presentan su causa ante el Juez soberano de las conciencias. El uno se alaba como justo y acusa con orgullo a todos los

otros pecadores; el otro se reconoce reo, y confiesa con una profunda humildad sus miserias. Oigamos ahora la sentencia que se pronuncia: *“Os declaro, dice Jesucristo, que el publicano volvió justificado a su casa, a diferencia del fariseo.”* Y aprendamos a ser justificados en los ojos de Dios por una humilde confesión de nuestros pecados.

Enseña Jesús el inmenso valor de la contrición perfecta, la confesión más sincera de un corazón arrepentido, la manifestación más profunda de un alma que no busca su propia justicia sino que nos viene de Dios, según enseña San Pablo: *“No teniendo justicia mía, la de la Ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios fundada sobre la fe de conocerlo a Él y la virtud de su Resurrección y la participación de sus padecimientos - confirmado a la muerte suya -, por sí puedo alcanzar la resurrección, la que es de entre los muertos.”* Y es que la justicia según el evangelio, no la hemos de entender en el sentido jurídico de dar a cada uno lo suyo, sino en el que la justificación que viene de Dios. Por esto resulta que el acto de contrición perfecto es un himno de gratitud, confianza y alta alabanza de la misericordia de Dios. Por lo cual el publicano arrepentido fue perdonado y el fariseo, en cambio, agregó a sus pecados uno nuevo el fariseísmo, que se atribuye a sí mismo el mérito de las buenas obras y se cree mejor que el prójimo.) (Lucas 18, 9 – 14).





“La vida ha vuelto sencilla y totalmente; no tiene más que vivir y moverse”

94 LA RESURRECCION DE LAZARO

Había uno que estaba enfermo Lázaro de Betania, la aldea de Marta y de María su hermana. (El hermano era precisamente el hermano menor de Marta y de María, hermanas que hemos visto anteriormente en la casa hospitalaria sirviendo y escuchando al Señor, en aquella pequeña aldea situada al oriente del monte de los olivos y a dos kilómetros y medio de Jerusalén.)

María era aquella que ungió con perfume al Señor y que enjugó los pies con sus cabellos. (En este versículo Juan se refiere a una unción posterior al milagro que aquí se nos muestra. Las dos unciones están hechas por persona y circunstancia diferentes. La de la pecadora fue una unción llena de lágrimas y ungió los pies del salvador, en tanto que la unción de María fue en la cabeza y con perfume. Además, Lucas al contarnos la unción de la pecadora, cuando habla de Marta y María, las presenta sin relación al hecho anterior.)

Su hermano Lázaro estaba, pues, enfermo: (El evangelista vuelve a insistir sobre la enfermedad de Lázaro, como preparando la manera y forma con la que sus hermanas van a advertir al Maestro.)

Las hermanas envían a decir: “Señor, el que Tú amas está enfermo.” (Adviértase la brevedad y perfección de dar una noticia, semejante a la que la madre de Jesús dijo en las Bodas de Caná, que en dos palabras exponen la necesidad y expresan la plena confianza. No piden ni suplican nada, se contentan con poner el caso en conocimiento del Maestro. Es como su dijese: *“Basta que Tú lo sepas, porque Tú no puedes amar a uno y dejarlo abandonado”*.)

Al oír esto, Jesús dijo: “Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea por ella gloriado”. (La respuesta de Jesús es una reflexión. Para muerte, que debe durar hasta la resurrección general, como la de los otros hombres; porque debía recobrar la vida poco después.)

Y Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro. (Aclaración de la petición anterior, pues si el Señor da socorro a todos los necesitados ¿iba a negárselo ahora a aquellos a quienes amaba, y entando uno de ellos enfermo?)

Después de haber oído que estaba enfermo, se quedó aún dos días allí donde se encontraba. (Para que después se descubriese más la grandeza del milagro: y para confundir con esto la incredulidad de los judíos; si hubiese estado presente, ¿cómo hubiese podido negar a las lágrimas y ruegos de las dos hermanas la curación de Lázaro? Pero quería resucitarle la vida y no la salud. Si el Señor tarda, esperémosle con paciencia y resignación,. Si dilata concedernos las gracias que le pedimos, es para probar nuestra fe, y para concedérmolas después mayores.)

Sólo entonces dijo a sus discípulos: “Volvemos a Judea”. (Tras continuar sus andanzas predicando al otro lado del Jordán, en los sitios en que Juan había bautizado en otro tiempo y donde Él había encontrado refugio después de

haber intentado lapidarlo los judíos, Jesús ordenó a sus discípulos la vuelta a Betania.)

Sus discípulos le dijeron: “Rabí hace poco que te buscaban los judíos para lapidarte, ¿y Tú vuelves a Allí?” (Aunque los discípulos amaban a su Maestro, algo amedrantados con la perspectiva del retorno a Judea y el temor a perderle les sugería estas razones, para persuadirle a que no volviese; esto no obstante se echa de ver que nacían de amor propio y de pusilanimidad, porque veían que en la necesidad de haber de seguir al Señor, exponían también ellos su vida al mismo peligro; y por esto procuraban disuadirle. Estos discípulos tan cobardes, tan flacos de fe durante la vida, y a la vista de su maestro, después de su Muerte, Resurrección y Ascensión y venida del Espíritu Santo, hicieron frente a todos los peligros, y derramando su sangre dieron a todo el mundo un testimonio innegable de verdad de todos estos grandes misterios.)

Jesús repuso: ¿No tiene el día doce horas? Si uno anda de día, no tropieza, porque que tiene luz de este mundo. Pero si anda de noche tropieza, porque no tiene luz. (Jesucristo compara el tiempo de su vida a un día cuyas horas son todas contadas, sin que el poder de todos los hombres alcance a poderlas abreviar ni un solo momento. La noche que sucede al día es la muerte. Con eso quiso dar a entender a sus discípulos, que debía cumplir su ministerio durante su vida, y que como no había nadie que pudiese alterar el momento de su muerte que tenía fijada por el Padre, podía ir por todas partes con toda seguridad, con los que caminan en el transcurso del día sin tropezar.)

Así hablo Él, después les dijo: “Lázaro nuestro amigo, se ha dormido, pero voy a ir a despertarlo”. (La muerte en la escritura, principalmente la de los judíos, es llamada frecuentemente un sueño; porque en ella no debe ser mirada como pena, sino más bien como un reposo y cesación de las miserias y trabajos de la vida. Y también porque la muerte de Lázaro se podía considerar como un sueño de pocos días.)

Dijéronle los discípulos “Señor si duerme, sanará”. (Como si le dijeran: si el enfermo duerme, es señal de que se ha mejorado, y que no hay que temer. ¿Por qué quieres ir allá, sabiendo que te buscan para hacerte morir?)

Más Jesús había hablado de su muerte, y ellos creyeron que hablaba del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto. Y me alegro de no haber estado allí a causa de vosotros, para que creáis. Pero vayamos a él. (En estos versículos hay un objeto y un motivo, que son la alegría de Jesús por no haber estado en Betania, ya que, si hubiese estado, se hubiera conmovido, y sin la muerte de Lázaro no hubiese existido el milagro de la resurrección y el motivo, de que la fe de los discípulos, no se hubiese fortalecido, confirmado, crecido y aumentado. Para confirmar lo anterior el Señor dispone partir de inmediato a casa de sus amigos de Betania.)

Entonces Tomás, el llamado Dídimo, dijo a los otros discípulos: “Vayamos también nosotros a morir con Él”. (Dídimo no era sobrenombre del apóstol, sino que es el nombre griego de Tomás.

Puesto que está resuelto a ir, y le buscan para matarle, vamos nosotros a morir con Él. Al mismo tiempo que muestra este santo apóstol un grande ardor en seguir a su Maestro, se descubre que su fe no estaba aún bien arraigada; porque se imaginaba que los judíos podían hacer morir al Señor, aunque no quisiese. Fuera de estas palabras que tiene un aire de movimiento heroico de querer sacrificar su vida por amor a su Maestro, encierra en el fondo un espíritu de desconfianza, de incredulidad, y aun de pretender disuadir a los otros que le sigan. Fue como el último esfuerzo para obligarle a desistir del intento de querer volver a Judea. Estas imperfecciones que vemos en los apóstoles sirven para realizar más la virtud, eficacia y plenitud de gracia que vino sobre ellos. Por lo demás era por tanto gratuita la creencia de que el Señor fuese a morir entonces, dado lo que acababa de decir sobre el tropiezo cuando se camina de día o de noche.

Sin ánimo de justificar la postura de los discípulos, apuntemos que solamente que la palabra Judea, los ponía nerviosos, pues les recordaba las luchas de los fariseos, los atentados y aquellas profecías que Jesús les había hecho sobre su persona, y en las cuales ni siquiera querían pensar. Sabían que ir a Judea representaba ponerse en las garras del enemigo, pero olvidaban que nadie podía detenerle hasta que su tiempo se cumpliese y llegase la hora de las tinieblas.)

Al llegar, oyó Jesús que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania se encuentra cerca de Jerusalén, a unos quince estadios. Muchos judíos habían ido a casa de Marta y María para consolarlas por causa de su hermano. Cuando Marta supo que Jesús llegaba, fue a su encuentro en tanto que María se quedó en casa. Marta dijo, pues, a Jesús: “Señor si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero sé que lo que pides a Dios, te lo concederá.” (El retrato de las dos hermanas es similar al presentado cuando Jesús estuvo anteriormente en su casa, cuando se nos mostraron al igual que ahora, Marta como la más activa corriendo al encuentro de Jesús. Mientras María permanece esperando sentada. Ellas habían pensado e incluso habrían hablado y repetido, durante todo este tiempo, que si Jesús hubiese estado aquí los acontecimientos hoy serían muy otros. Marta, después de la amorosa queja formulada, se alentó a decirle que aunque su hermano hubiese muerto, y llevase cuatro días enterrado, estaba persuadida que Dios le concedería todo lo que Jesús le pidiese. Con estas palabras manifiesta que su fe era pobre, que ella creía en el poder de Jesús, pero su confianza no era plena, puesto que no espera el milagro por virtud del mismo Jesús, ya que le miraba como a un profeta y como un santo de un gran valimiento para con Dios. Pero al mismo tiempo nos enseña, que se niega a Dios con mayor eficacia cuando

con una humilde resignación nos abandonamos a su voluntad y le pedimos que nos conceda aquello que conozca sernos más útil y conveniente.)

Díjole Jesús: “Tu hermano resucitará.” (No le dice le resucitaré; porque para esto, como Dios que soy, no necesito valerme de otro, sino resucitará, dándonos en todos sus discursos un ejemplo admirable de humildad y de modestia.)

Y Marta repuso: “Sé que resucitará en la resurrección en el último día.” (Posiblemente Jesús les había instruido y enseñado este misterio. Pero Marta sigue sin comprender todavía: cree encontrarse con un simple cumplido de pésame, y piensa en la resurrección del último día, sin darse cuenta que Jesús la está probando la fe.)

Respondióle Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida, quién cree en Mí, aunque muera, revivirá. Y todo viviente y creyente en Mí no morirá jamás. ¿Lo crees tú? (Yo soy el que resucita y el que da la vida, yo soy el autor de la resurrección y de la vida, y el que puede resucitar a los muertos sin esperar al último día, esto es, Jesús es el principio de la vida y de la resurrección. Y aquí se revela su conciencia de “Hijo de Dios” en sentido propio. La vida es eterna y plena, pues supone la resurrección. Sin embargo, la que va a dar a Lázaro es una sombra de la que dará a todos los creyentes. Sólo Dios puede atribuirse este poder de resucitar y dar la plenitud de la vida. Y Él solo puede prometer esto y por lo mismo solo Él puede exigir fe de este poder.

A propósito de todo esto escuchemos a San Pablo: *“He aquí que os digo un misterio: no todos moriremos, pero todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar los ojos, a la trompeta triunfal; porque sonará la trompeta y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Pues es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto mortal se vista de inmortalidad la resurrección gloriosa de los muertos y la transformación de los vivos que vivan en el día de su segunda venida. Cuando esto corruptible se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: “La muerte es engullida en la victoria. ¿Y dónde quedó, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la Ley.”*

La pregunta ¿crees en Mí?, es como si la dijese: eres mi discípula? Porque eso es exactamente lo que significa creer en Su Persona y en Su obra. El que cree en Mí con una fe viva y acompañada de caridad, sin la cual la fe es muerta, vivirá eternamente, porque de la muerte del cuerpo pasará a una vida bienaventurada e inmortal.)

Ella le respondió: “Si Señor, yo creo que Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene a este mundo”. (Esta respuesta de Marta da a entender que el Señor le habría hablado al corazón, comunicándole la luz para que le reconociese y confesase por lo que era.)

Dicho esto, se fue a llamar a María, su hermana, y la dijo en secreto. “El Maestro está ahí y te llama.” Al oír esto, ella se levantó apresuradamente, y se fue a Él. Jesús no había llegado todavía a la aldea, sino que aún estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Los judíos que estaban con María en la casa, consolándola, al verla levantarse tan súbitamente y salir, la siguieron, pensando que iba a la tumba para llorar allí. Cuando María llegó al lugar donde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies y le dijo: Señor, si tu hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Y Jesús viéndola llorar, y llorar también a los judíos que la acompañaban se estremeció en su espíritu, y se turbó a sí mismo. (Marta da su hermana la noticia de que Jesús ha llegado a Betania; se lo dice en voz baja al oído para que no lo oyeran los judíos y así no exponer a Jesucristo a los fariseos y sacerdotes, cuyos designios con Su persona no podía ignorar Marta. María sale de su éxtasis y corre, sin decirlos nada, hacia donde está el Maestro. Ellos creyeron que iba al sepulcro. Efectivamente, como el designio del Señor era resucitar a Lázaro, y como los sepulcros estaban fuera del pueblo, por eso no quiso entrar en la aldea, e hizo llamar a María. Cuando María encuentra al Maestro se arroja a sus pies y le repite llorando las mismas palabras que le dijera Marta: ¡Ah! ¡Señor si hubieras estado aquí! Lo característico de esta escena son las lágrimas de María y de sus compañeros, que arrancan también lágrimas a Jesús, el hombre “grande en obras y en palabras”, pero que se entenece y llora ante las lágrimas de sus amigos; pues su corazón se excitó con un movimiento voluntario de dolor y de aflicción, semejante en lo exterior a las pasiones y turbaciones involuntarias en los demás hombres. Con esto dio muestras de su bondad y de su tierna y viva compasión, queriendo afligirse y llorar como los otros, aunque era dueño de hacer cesar sus lágrimas resucitando a Lázaro, como lo hizo después.)

Y dijo: “¿Dónde lo habéis puesto?” Les respondieron: “Señor, ven a ver”. (Bien lo sabía el Señor, pero no quiere sin necesidad si emplear ni hacer conocer la plenitud de su ciencia y de su poder. La respuesta se la san las hermanas.)

Y Jesús lloró. (Jesús no repara en llorar por amor a su amigo, como no repara en llorar después por amor compasivo a Jerusalén.

El verbo al encarnarse había asumido todo lo humano, excepto el pecado, y por eso ahora lloraba, como lloramos los hombres ante la muerte de un amigo.)

Los judíos dijeron: “¿Cuanto le amaba!” (A lo largo de todo el Evangelio es la única vez que los judíos mejor intencionados interpretan justamente las lágrimas de Jesús, pues verdaderamente lloró por el amigo muerto al que amaba.)

Alguno de entre ellos, sin embargo, dijeron: “El que abrió los ojos al ciego, ¿no podía hacer que éste ni muriese?” (Al amor nunca le faltan las críticas. No hubiera debido permitir que muriera. En esta crítica de los enemigos se reconoce indirectamente el poder de Jesucristo. Sacaban esta

falsa consecuencia, que no había podido hacerlo, porque no lo había hecho; debiendo inferir, que pues había podido abrir los ojos al que nació ciego, si después no había estorbado la muerte de Lázaro, fue porque no había querido, puesto que lo que quería hacer resucitándole, era sin comparación mucho más que lo que no había hecho, que era impedir que muriese.)

Jesús de nuevo estremeciéndose en su espíritu, llegó a la tumba: era una cueva; y tenía una piedra puesta encima. (Los más pobres eran simplemente enterrados en tierra; pero los más hacendados tenían sepulcros aparte para sí y para sus familiares. Estos sepulcros eran, o grutas que la naturaleza había firmado, o que hacían abrir en una roca. Después de haber depositado en ellos los cadáveres, tapaban la entrada con una gran piedra, para defenderlos de los asaltos de las fieras y de las alimañas.)

Y dijo Jesús: “Levantad la piedra”. Marta, hermana del difunto le observó: “Señor, hiede ya, porque es el curto día.” (Marta parece que no había comprendido todavía cual fuese el designio de Jesucristo, creyendo que el mandar que quitasen la losa era para tener el consuelo de verle; y por eso procuraba con buenas razones apartarle de este intento, por excusarle la modestia de percibir el mal olor, que naturalmente echa de sí un cuerpo muerto después de cuatro días de enterrado. Pero parece más cierto que la confianza que hasta entonces había mostrado Marta, comienza a vacilar luego que percibe el hedor que exhala el cadáver. Ah, Señor, ya no es tiempo de pensar en restituirle la vida, porque ha empezado todo a corromperse. En esta exposición convine mejor lo que el salvador le responde. Otro caso igual nos ofrece San Pedro, cuando intrépido caminaba sobre las aguas, que en la hora comenzó a hundirse, le abandonaron su esperanza y su fe. Dios para enseñanza nuestra permite que la fe aun de los mayores santos se vea algunas veces expuesta a extraños síntomas.)

Repúsole Jesús: “¿No te he dicho que, si creyeres verás la gloria de Dios?” (Verás una obra digna de Dios, un efecto del poder que tengo como Dios, y que hará que me glorifiquen los hombres.)

Alzaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: “Padre, te doy gracias por haberme oído. Bien sabía que siempre me oyes, más lo dije por causa del pueblo que me rodea, para que crean que eres Tú quien me ha enviado.” (Jesucristo algunas veces hablaba como Dios, y otras como hombre: Cuando dijo a Marta que era la “resurrección y la vida”, habló como Dios; más ahora obrando como hombre los ojos al cielo, y da gracias al Padre, porque le había oído. Vuelve a su Padre, para que ninguno ignore de donde tenía la potestad de hacer milagros, mostrando al mismo tiempo que no tenía necesidad de ruegos para ser oído, pues daba gracias antes de haber rogado, y porque sabiendo perfectamente cuál era la voluntad del Padre, hablaba ya como si el milagro estuviese hecho.)

“Bien sabía que siempre me oyes, (Porque siendo verdaderamente mi único Hijo por la unión inefable, que se había hecho del hombre con Dios en la

persona del Verbo, no podía dejar de ser oído: porque el Padre y el Hijo quieren siempre una misma cosa.) **más lo dije por causa del pueblo que me rodea, para que crean que eres Tú quien me ha enviado.**” (Acomodándose a su corta capacidad, para que poco a poco e inesperadamente se acostumbrasen al Hijo por el Padre, Juzgando de Él por esta unión de voluntad y de doctrina, que les mostraba haber entre los dos.) **Cuando hubo hablado así, clamó a gran voz: “Lázaro, ven fuera.”** (Esta es la voz de un Dios omnipotente, que tiene en su poder las llaves de la muerte y de la vida. Y esto mismo quiso el Señor que comprendiesen los que le oían clamar de esta manera. Así se obran los milagros que exceden a las fuerzas y a las leyes de la naturaleza. Se obran en un instante. Y sin emplear más que la palabra o la voluntad. La resurrección de los muertos se obra del mismo modo que la creación: Así que la una y la otra son obras de un mismo poder.)

Y el muerto salió, ligados los brazos y las piernas con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús le dijo: “Desatadlo, y dejadlo ir.” (Aquí se vio un doble milagro; porque no solamente resucitó Lázaro a la voz del autor de la naturaleza, sino que atado como estaban, según la costumbre judía de envolver los cadáveres, salió del sepulcro, quitándole este modo a los judíos todo pretexto de poder dudar del milagro; o de calumniarle de que había usado de alguna ilusión para engañarlos. Y por esta razón mando que ellos mismos le desatase las vendas de lino, para que reconociesen si era verdad que estaba vivo, y que realmente andaba por su pie, el que hacía cuatro días que estaba enterrado, y con señales indefectibles de haber muerto. La manera de amortajar que acostumbraban los judíos, era cubrir con un lienzo la cabeza y la cara del difunto, y envolvían el resto del cuerpo con un paño o sábana, que fijaban con muchas vendas desde las espaldas hasta los pies.

Esta imagen sensible de la muerte y la resurrección de Lázaro, nos representa cuan difíciles que el pecador, que está agobiado bajo el peso y habito de sus pecados, se levante por último y resucite a la gracia; y cuan poderosa es necesario que sea la voz interior de esa gracia, que le ha de restituir la vida.) (Juan 11, 10 – 44).





La luz vino a las tinieblas y estas no la recibieron.

95 PROFECIA DE CAIFÁS

Muchos judíos, que habían venido a casa de María, viendo lo que hizo, creyeron en Él. Algunos de entre ellos, sin embargo, se fueron de allí a encontrar a los fariseos, y les dijeron lo que Jesús había hecho. (El cuadro de la resurrección de Lázaro no nos lo cuenta el Evangelista, y por tanto no hemos de esforzarnos mucho para acabar este patético relato diciendo que el resucitado Lázaro pleno de gratitud al Señor y las hermanas embargadas de alegría, en tanto que los presentes entusiasmados unos creyeron en Él, y otros estupefactos fueron a los fariseos para informarles de los que Jesús había hecho. Es decir, que hubo hombres, entre los asistentes, sinceros que se rindieron a la evidencia; y otros, en cambio, al parecer la mayoría, sacrificaron sus más íntimas convicciones a los intereses del partido y se apresuraron a denunciar a Jesús. La historia humana está llena de estas absurdas contradicciones, pero es difícil encontrar una obstinación comparable con la de los fariseos. No importa que se hunda el mundo con tal que el fariseísmo quede en pie. Y así en vez de ver consagrar definitivamente a Jesús como el Mesías esperado, por aquella obra maravillosa, se fragua precipitadamente su muerte. Fue el toque de alarma para que todos sus enemigos se apiñaran para perderle. *“La luz vino a las tinieblas y estas no la recibieron.”*)

Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos reunieron un consejo y dijeron: “¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchos milagros.” (¿Cómo nos estamos así, dicen, mano sobre mano, y sin tomar providencia con este hombre, que hace tantos milagros? Lo que debía servir para su desengaño, y hacerlos volver sobre sí, para que reconociesen al Señor por el verdadero Mesías, los llena de nuevo de furor y rabia contra su persona.)

“Si le dejamos continuar, todo el mundo va a creer en Él, y los romanos vendrán y destruirán nuestro lugar santo y también nuestro pueblo.” (Si dejamos a Éste hombre, que siga predicando y haciendo milagros, todo el mundo creerá en Él, y no en nosotros. Le reconocerán como rey, y los romanos, para castigar esta rebelión, volverán sus armas contra nosotros, y nos exterminarán del mundo. ¿Cómo discurre de este modo los que esperaban un Mesías, que según su opinión los había de restituir a su antigua libertad, después de haberlos hecho triunfar de todos sus enemigos? Se ve claramente, que no hablaban con sinceridad, ni por el interés de la nación, y que tan solamente aspiraban por todos los medios, que les dictaba la envidia, a que el pueblo no reconociese a Jesús por el Mesías. Pero sucedió todo lo contrario; Porque queriendo impedir el exterminio de la nación, y la ruina de su ciudad con la muerte de Jesucristo, fue ésta justamente la cusa de su total dispersión, y de la entera desolación de Jerusalén, quedando privados a un mismo tiempo del reino temporal, que temían perder, y de la vida eterna, en que no pensaban.)

Pero uno de ellos, Caifás, que será Sumo Sacerdote en aquel año, les dijo: “Vosotros no entendéis nada, y no discurrís que os es preferible que un

solo hombre muera por todo el pueblo, antes que todo el pueblo perezca.”

(Debía saber Caifás, que no es permitido hacer un mal, para que de él se siga algún bien, ya que en un tiempo se combatía esa doctrina, demasiado sublime para que la admitan los que no piensan bien de Dios y seguían al consejo de los malvados. ¿Cómo pretender el absurdo de que la fe en la gracia y misericordia de un Dios amante pueda llevarnos a ofenderle? Pues esa fe es precisamente la que nos hace obrar por amor y esas mismas obras son prueba de que uno tiene fe. A la justicia es a quien se ha de obedecer, que es la Ley suprema; y dejar a la Divina Providencia las consecuencias que puedan resultar. Esta máxima de hacer morir a un justo, es imprudente e impía; y en suma la salud pública, y el temor de los ejércitos romanos solamente eran un pretexto, con que estos hipócritas pretendían ocultar su avaricia, su ambición, y la envidia y odio que tenían a Jesús.)

Esto, no lo dijo por sí mismo, sino que, siendo Sumo Sacerdote en aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación. (Dios, que había acostumbrado a hablar a su pueblo por la boca del Sumo Sacerdote, dirigió en esta ocasión la lengua y espíritu de Caifás para que pronunciase un oráculo, cuyo verdadero sentido él mismo no entendía. Preocupado sólo de su intriga contra el Salvador, lejos estaba Caifás de imponer que sus palabras encerraban una autentica profecía. El hablo de sí mismo, que convenía quitar de en medio, y hacer morir a aquel hombre, para que por su causa no padeciese toda la nación, y este consejo le fue sugerido por una falsa política, que le dictaba, que debía ser oprimido un inocente para un peligro remoto e imaginario. Más no habló de sí mismo la verdad del manifiesto, que comprendían estas mismas palabras; esto es, que el Hijo de Dios, hecho hombre, debía morir para salvar al universo. Y así el Señor se sirvió de la boca de Caifás, como en otro tiempo la de Balaam, para profetizar el misterio inefable de nuestra redención. Al mismo tiempo quiso el Señor darnos a entender, cuanto respeto se debe a nuestros ministros, y a los que están en su lugar, aunque sean malos y perversos, y el lugar que ocupan en su nombre.)

Y no por la nación solamente, sino también para congregar en uno a todos los hijos de Dios dispersos. (Por los gentiles que andaban dispersos por todo el mundo, abrumados en sus errores y vicios, y que el Señor había de convertir, para formar de ellos y de los judíos, que creyesen, un solo pueblo, una sola grey, una sola Iglesia.)

Desde aquel día tomaron la resolución de hacerlo morir. (Porque las reflexiones políticas de Caifás les quitaron todo escrúpulo, y así sin otro examen decretaron su muerte; y desde aquel punto comenzaron a pensar en el modo de hacerle prender para ejecutar un malvado designio.)

Por esto Jesús no anduvo más, ostensiblemente, entre los judíos, sino que se fue a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y se quedó allí con sus discípulos. (Portándose en esta ocasión como hombre, y dando a sus discípulos el ejemplo, que pudieron seguir.) (Juan 11, 45 -54).



Todo lo que ha sido escrito por los profetas se va a cumplir para el Hijo del hombre.

96 TERCER ANUNCIO DE LA PASIÓN

Estaba próxima la pascua de los judíos, y muchos de aquella región subieron a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse. (La Pascua de Yahvé se celebraba entre los judíos en el primer mes del año –marzo o abril-, en contraposición a la costumbre que observaban, al parecer, hasta entonces, de comenzar el año nuevo en otoño. Con oraciones y sacrificios según ordenaba la Ley, se disponían a celebrar la Pascua con mayor pureza y santidad.)

Y en el Templo, buscaban a Jesús, y se preguntaban unos a otros. “¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?” (Muchos intérpretes creen, que estos eran enemigos de Jesucristo, que le buscaban para prenderle, o para denunciarle al Sanedrín; y esto parece que se funda en las palabras, que se siguen. Otros lo explican de los judíos aficionados al Señor y a su doctrina, que deseaban verle y oírle predicar en el Templo, como solía.) **Entre tanto, los sumos sacerdotes y los fariseos habían impartido órdenes para que quien quiera supiese donde estaba, lo manifestase, a fin de apoderarse de Él.** (No es sorprendente que después del vaticinio de Caifás, los fariseos estuviesen pendientes de averiguar el lugar donde estaba el Señor para prenderlo. La sentencia está dada, y solo falta apresarle para ejecutarla.) (Juan 11, 55 – 57).

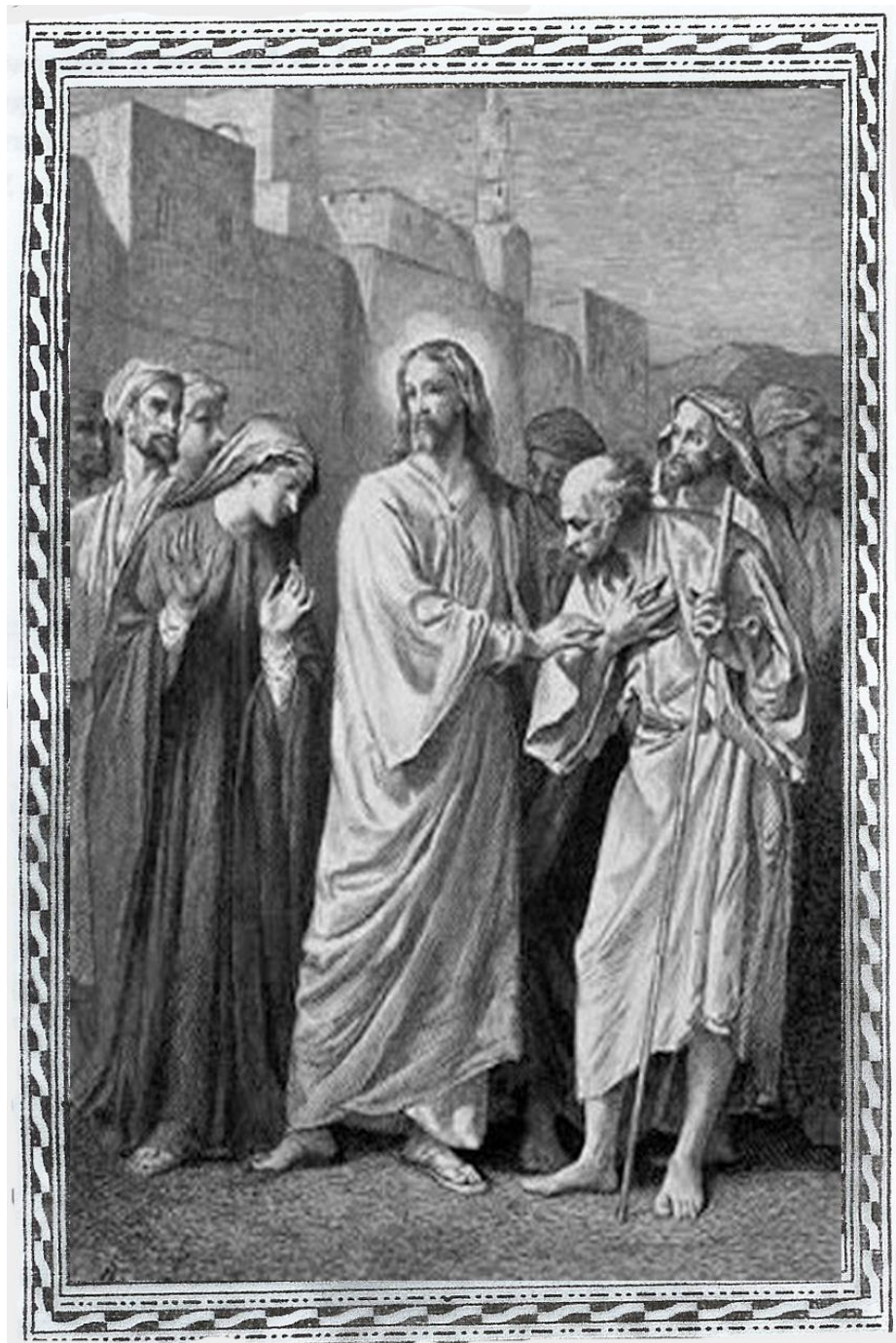
Iban de camino, subiendo a Jerusalén, y Jesús se les adelantaba y ellos se asombraban y le seguían con miedo. (Jesús abandona para siempre los montes de Efraín, para celebrar la Pascua postrera de Jerusalén. Va de viaje, su último viaje, el viaje que no iba a tener vuelta. Camina silencioso, pensativo y tal vez preocupado. Anda solitario, absorto en sus meditaciones. Detrás de Él, los Apóstoles, llenos de estupor y después la turba, espantada, sobrecogida y maravillada. Algo grave tiene que resultar de este viaje. ¿Qué será? Nunca habían visto al Maestro tan callado y solitario a pesar de tanto acompañamiento.) **Y tomando otra vez consigo a los doce, se puso a decirles lo que le había de acontecer:** (De pronto, Jesús se detiene un momento, y los doce se reúnen en torno suyo. Y es a ellos a quienes va a confirmar el secreto. Ya otras veces les había anunciado para prepararlos el escándalo de la cruz, pero ahora les va a descubrir los incidentes de su pasión con toda serie de detalles casi con la precisión de una historia.) (Marcos 10, 32).

“He aquí que subimos a Jerusalén, y todo lo que ha sido escrito por los profetas se va a cumplir para el Hijo del hombre. (Lucas 18,31) Él va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a os escribas y lo condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, (Marcos 10, 33) y se burlaran de Él, lo ultrajarán, escupirán sobre Él (Lucas 18,32) y lo encarcelarán, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán, más tres días después resucitará. (Marcos 10, 34) Pero ellos no entendieron ninguna de estas cosas, este

asunto estaba escondido para ellos y no conocías de qué les hablaba. No puede darse más claridad, y, sin embargo, los Apóstoles se quedan una vez más sin comprender, pues estaban instruidos de lo contrario. Después de tantas exhortaciones sobre la pobreza, la paz, la humildad, la mansedumbre y el amor, ellos sólo piensan en desfiles militares, en proyectos ambiciosos, en recepciones brillantes, en gobiernos, en riquezas y en gastos mundanos. Solo una cosa sacaban en claro: que el desenlace era inminente. De todas formas aunque sucediese todo aquello de que hablaba Jesús, no había que asustarse demasiado, puesto que a su vuelta seguiría una resurrección inmediata, con la que empezaría el reino anunciado.

Estos pensamientos despertaban en ellos las intrigas y los anhelos de mando y poder. Pronto veremos al Maestro sentado en su trono y envuelto en un manto de púrpura. Y junto a su trono, según sus propias palabras, habría otros doce para nosotros: ¿Quién se sentará junto a Él? ¿Quién será el lugarteniente? (Lucas 18, 34).





¿Podéis beber el cáliz, que Yo he de beber?"

97 FALSA AMBICIÓN DE SANTIAGO Y JUAN

Entonces la madre de los hijos del Zebedeo se acerca a Él con sus hijos y prosternóse como para hacerle una petición: (Santiago el Mayor y Juan sabían que Jesús los miraba con predilección evidente, pero temían no tener el primer puesto. Por ello Salomé, su madre, que estaba entre los que seguían a Jesús, quiso asegurar para sus hijos los puestos más relevantes y discutidos. Y sin tiempo que perder, presumiendo que el reino del Mesías estaba cerca, y movida por el amor materno, con el fin de que el reparto de funciones y puestos fuese ocupado con preferencia por sus hijos, llegó a donde estaba el Señor y puesta de rodillas delante de Él tomó la delantera a todos los demás para hacerle un requerimiento ambicioso.) **Él le preguntó. “¿Qué deseas?” Contestole ella: “Ordena que estos dos hijos míos se sienten, el uno a tu derecha y el otro a la izquierda de tu reino.”** (Lejos de irritarse por aquel atrevimiento, Jesús envolvió a los dos hermanos en una mirada comprensiva, pensando que unos días después dos ladrones habían de morir a su lado crucificados ¿Cómo esta madre pide algo así para sus hijos? Es seguro que no había entendido nada de los que acababa de decirles, pues para que exista resurrección es necesario que previamente se pase por la muerte.)

Mas Jesús repuso diciendo: “No sabéis lo que pedís. (El Señor hace ver a sus discípulos, que el pensamiento todo terreno que tenían era indigno de su reino, y que no sabían lo que se pedían. Vosotros me habláis, les dijo, de dignidades, de coronas, y Yo al contrario os hablo de combates de sufrimientos. No es aquí el lugar ni el tiempo de recompensas, sino de peligros, de guerras y de muerte. Y así verdaderamente no sabían, lo que se pedían, porque no reconocían que el reino de Jesucristo era todo espiritual y todo diferente de los de la tierra; ni que el camino para llegar a sus primeros puestos era diverso del que ellos se figuraban.)

¿Podéis beber el cáliz, que Yo he de beber?” (El cáliz es la expresión metafórica que explican su pasión y su muerte, por la que hay que pasar para subir a la gloria.) **Dijéronle: “Podemos.”** (Ellos sin detenerse a pensar respondieron que podían; o porque no entendieron de qué cáliz hablaba el Señor, o si lo entendieron, porque esto les servía de mérito para conseguir los asientos que pretendían. Pero del mismo modo que antes habían pedido neciamente, así ahora prometen sin reflexión, y sin saber lo que se prometen; y estos mismos son los que poco antes manifestaron tanto temor cuando el Señor les declaró que iba a Jerusalén a padecer.) **Él les dijo. “Mi cáliz si lo beberéis;** (Y así se cumplió, porque Herodes hizo quitar la vida a Santiago y san Juan fue azotado por los judíos juntamente con los demás apóstoles, y Domiciano le hizo echar en Roma en una gran tina de aceite hirviendo, y últimamente fu desterrado a la isla de Patmos.) **pero el sentaros a mi derecha o a mi izquierda, no es cosa mía el darlo, sino para quienes estuviese preparado por mi Padre.”** (Sorprendentes palabras del Evangelio que nos

podían hacer dudar de la divinidad de Jesucristo, si nouviésemos de su misma boca el testimonio que Él es igual al Padre. “*Mi Padre y Yo somos Uno*”.

En estas palabras les da a entender e Señor, que si ellos le consideraban solamente como hombre y como pariente suyo según la carne, la sangre y el parentesco, no podían tener algún derecho en la distribución de aquellos puestos honoríficos, tales como ellos se los figuraban; y que ni así no le tocaba a Él si le contemplaban de esa suerte. Cuando dice que el dar aquellas sillas pertenece a su Padre, no pretende por esto separarse de Él en cuanto a su divinidad, como si justamente no tuviese el mismo poder, sino que quería hacer comprender a sus Apóstoles que no pertenecía a este Hombre que ellos veían y miraban como pariente suyo distribuir a las justos los diversos grados de la gloria y de recompensa, sino a Dios, que de toda eternidad, le había predestinado como Hombre, para ser Hijo de Dios, lo que supone, que lo era antes de la declaración, y que esta cualidad le era propia y natural, aunque estuviese oculta y como cubierta con el velo de su santa humanidad, la cual estaba sujeta a las mismas enfermedades e incomodidades de los demás hombres, a excepción del pecado y sus reliquias. El mismo, que era “ab aeterno” Hijo, fue predestinado para ser en su tiempo Hijo de María Virgen; y que también ha predestinado, llamado, justificado y gloriado a aquellos que Él ha conocido en su presencia y destinado para que sean conformes con la imagen de su Hijo, estableciendo en su Iglesia primeramente Apóstoles, después profetas, etc.) **Cuando los Diez oyeron esto se enfadaron contra los dos hermanos.** (De todo esto se desprende cuan imperfectos eran todavía los Apóstoles y que no alcanzaban a distinguir el reino mesiánico aquí en la tierra y el reino de la gloria celeste, el primero lleno de trabajos y persecuciones, y el segundo, en que, como fruto de esos trabajos asignará a cada uno el Padre Celestial recompensa merecida. Las palabras que pronunció Jesús habían dejado desencanto y tristeza y en los demás discípulos la insatisfacción y la indignación hacia los hijos del Zebedeo.) **Más Jesús les llamo y les dijo: “los jefes de los pueblos, como sabéis, les hacen sentir su dominación, y los grandes su poder,** (Como quien dice: Estos príncipes infieles mira con orgullo a los pueblos, que les están sometidos, y los gobiernos con dureza y con fausta, no registrando en su conducta sino el placer de la dominación.) **no será así entre vosotros, sino al contrario;** (Admirable lección de apostolado es ésta, que concuerda con la conducta de Moisés cuando Josué le rogó hiciera callas a Eldad y Medad cuando estaban profetizando, a lo que Moisés contestó: “*¡ojala todos los del pueblo de Yahvé fuesen profetas y derramara Yahvé su espíritu sobre ellos!*”) Donde hemos de admirar esta libertad de espíritu que no pretende monopolizar el don de Dios. De la misma manera que se expresa el apóstol San Pablo respecto de los gentiles en varias ocasiones. En la Carta a los Corintios exhorta a los cristianos a codiciar el don de la profecía; a los Tesalonicenses les dice: “*No apaguéis el Espíritu*” y a los Filipenses excusa a los que predicán a Cristo por “emulaciones”, y se consuelo con el pensamiento

de que Cristo es predicado, aunque con “pretexto”. Pero el más hermoso ejemplo de libertad espiritual nos lo dio el propio Jesús cuando no impidió a los discípulos a los que expulsaban demonios en su nombre, “*porque nadie, haciendo milagro en mi nombre será luego capaz de hablar mal de Mí*”. También nos enseña el Señor, ante todo, que no siendo nuestra misión como la del César no hemos de ser intolerantes ni querer imponer la fe a la fuerza por el hecho de ser una cosa buena, como que la semilla de la Palabra se da para que sea libremente aceptada o rechazada. Por eso los Apóstoles cuando no eran aceptados en un lugar, debían retirarse a otro sin empeñarse en dar “el pan a los perros”. Pero al mismo tiempo, y sin duda sobre eso mismo se nos enseña aquí el sublime poder del apostolado, que sin armas ni recursos humanos de ninguna especie, con la sola eficacia de las palabras de Jesús y su gracia consigue que no ciertamente todos -porque el mundo está dado al maligno y Jesús no rogó por él- pero si la tierra que libremente acepta la semilla, de fruto al 30, al 60 y al 100 por uno.) **entre vosotros el que quiera ser grande se hará el servidor vuestro, y el que quiera ser el primero de vosotros ha de hacerse vuestro esclavo.** (En mi reino serán tenidos por grandes los que fueron pequeños en sus ojos; y el camino para llegar a ser los primeros, es poner en el lugar de los últimos y de los siervos.) **Así como el Hijo del hombre vino, no para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate de muchos.**” (Al saber esto los que, siendo hombres miserables, tenemos quienes nos sirven ¿no trataremos de hacérselo perdonar con la caridad hacia nuestros subordinados, usando ruegos en vez de órdenes y viendo en ellos, como en los pobres, la imagen envidiable del divino Sirviente? Nótese que esto, y sólo esto, es el remedio contra los odios que carcomen a la sociedad.

En cuanto a “*en rescate por muchos*”, esto es, aunque el rescate es para todos serán muchos los que de él se aprovecharán.) (Mateo 20, 20 – 28).



¿Qué quieres que haga por ti?

98 EL CIEGO DE JERICÓ

Cuando iba aproximándose a Jericó, (En otro tiempo esta tierra estéril y sus aguas mortíferas, que se nos cuenta en el Libro de los Reyes que un día el Profeta Eliseo pasando por allí ordenó que le trajeran un vaso lleno de sal, y derramándolo sobre una fuente sus aguas se hicieron fecundas, siendo desde entonces envidiada de las otras ciudades, incluso de Jerusalén. Y precisamente en Jericó se encontraba la corte del rey Herodes, quien la había embellecido con palacios y piscinas. Sin embargo en la entrada de la majestuosa ciudad herodiana se encontraban los arrabales de la vieja ciudad y delante de ellos era necesario pasar para acceder a la nueva, y fue por allí, descendiendo por el camino del Jordán bajaba el Señor.) **un ciego estaba sentado al borde del camino, y mendigaba** (Durante este trayecto y a la orilla del camino un ciego pedía limosna a los transeúntes.) **oyendo que pasaba mucha gente, preguntó qué era eso.** (Las gentes al ver al Señor, recordando sus milagros, hacían lenguas de aquella audacia, que con paso firme se encaminaba a Jerusalén, para afrontar las acechanzas de sus mortales enemigos, Su nombre era coreado de corro en corro y de boca en boca. El ciego impresionado por las referencias y comentarios de los vecinos se interesó por lo que allí estaba sucediendo y que no podía ver.) **Le dijeron: “Jesús, el nazareno pasa”.** (El Maestro de Nazaret, el hombre de quien todas las personas le han dicho tanto bien, está aquí, delante de mí, se decía el ciego, y no puedo dejar que pase. Es mi oportunidad.

Verdaderamente es una gracia especial saber que Jesús está frente a nosotros, y más gracia aún es aprovecharse de ese momento en que le gran Señor va a pasar por nuestras vidas. No hemos de achicarnos, ni por supuesto permanecer indiferentes. Jesús está ahí porque nos ama desde el principio y da ese primer paso, ese acercamiento que no debemos dejar escapar, sino que con humildad y confianza hemos de dar nuestro paso al arrepentimiento y a su perdón.) **Y clamó diciendo: “¡Jesús, Hijo de David, apiádate de mí!”** (Este ciego es una figura del pecador que se convierte pidiendo a Dios la luz de la gracia. “*Quienquiera llegue a conocer que le falta la luz de la eternidad, llame con toda su voz diciendo: “Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí”,* pues llamando al Señor así el ciego confiesa que Jesús es el Medías.)

Los que iban delante, lo reprendían para que se callase, pero el gritaba todavía más. “¡Hijo de David, apiádate de mí!” (Las voces del ciego dominaban los rumores de las gentes y distraían a los que escuchaban las enseñanzas de Jesús; es por eso que unos le miraban hostiles y otros le mandaban callar; pero él clamaba con más fuerza. Sus voces se habían vuelto gritos, y su obstinación era tal que pregonaba abierta y constantemente como una obsesión. Una magnífica obsesión.) **Jesús se detuvo y ordenó que se lo**

trajesen, y cuando él, se hubo acercado, le preguntó: “¿Qué deseas que te haga?” (Ya no le mandaban silenciar sus gritos inoportunos, sino que le alentaron diciendo: “¡Enhorabuena Bartomeo! -Este era su nombre-; el Maestro te llama y algo grande quiere hacer contigo.” Pero el ciego no necesitaba semejantes alientos; arroja su manto y corre hacia Jesús y respetando a pesar de saber lo que desea le pregunta: “¿Qué puedo hacer por ti?”) **Dijo: ¡Señor, que reciba yo la vista!” Y Jesús le dijo: “Recíbela, tu fe te ha salvado”. Y enseguida vió, y lo acompañó glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabo a Dios.** (El ciego pide y Dios otorga al punto, las pupilas extintas se animaron iluminadas por una llama nueva; los párpados se abren, regocijados por la gloria esplendorosa de ver a Jesús. Igual sucederá en el último día, cuando los que estando ciegos vean y por su perseverancia el rostro de Dios.) (Lucas 18, 35 – 43).





“Yo te busco, Tú me encuentras”

99 ZAQUEO, EL PUBLICANO

Entro en Jericó, e iba pasando (Jesús iba de paso a Jerusalén, por lo cual tuvo que atravesar la villa de Jericó.) **y he aquí que un hombre rico llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos** (Zaqueo significa el puro o si se considera como abreviatura de Zacarías: “Yahvé se ha acordado”, es presentado con dos notas que le caracterizan: la riqueza y el ser jefe de los publicanos, así se llamaban a los que arrendaban los tributos y rentas que se pagaban al pueblo romano. Existían tres clases de publicanos: Los que recorrían los pueblos para cobrar y recoger los impuestos, los que exigían el pago en los puertos los puentes, y finalmente los que eran jefes de los anteriores. Aunque en todos era fácil defraudar, él como jefe de publicanos le era más favorable enriquecerse con la práctica de esta profesión.) **buscaba ver a Jesús para conocerle, pero no lo lograba a causa de la mucha gente porque era pequeño de estatura.** (Vemos en él una buena disposición, porque el que busca es porque quiere encontrar, no por curiosidad como en el caso de Herodes, sino con la voluntad de ver a Jesús, algo que aparentemente le impide su pequeñez, aunque ésta puede interpretarse como un símbolo de humildad y confianza que le valieron a este pecador tan dichosa gracia.) **Entonces corrió hacia adelante, y subió sobre un sicomoro para verlo, porque debía pasar por allí. Cuando llegó a este lugar, levantó los ojos y dijo a Zaqueo: “Zaqueo, desciende pronto porque hoy es necesario que Yo me hospede en tu casa.”** (Todo el que tiene interés por descubrir la Verdad, encuentra, como Zaqueo la higuera que le haga ver a Jesús. La Verdad clama en las calles, en las plazas levanta la voz, llama donde hay más concurso de gente, en las puertas de la ciudad expone su doctrina. Así enseñaba Jesús con autoridad propia, con la autoridad divina el conocimiento de Dios y una vida conforme a su voluntad. Debemos tener presente que la Verdad personificada es la Palabra, que se hizo Redentor nuestro. Tal enseñanza adquiere así todo su valor, incomparablemente sublime y deleitoso, para el que conoce el Nuevo Testamento. La Verdad es luminosa y se deja ver fácilmente de los que la aman, por ello si alguien dice que no entiende la Palabra de Dios, no es que le falta inteligencia, sino amor, Amar la Verdad es ya tenerla, porque la Verdad es la misma Sabiduría, y quien desea la sabiduría ya la tiene, pues si la desea es porque el espíritu Santo ha obrado en él para quitarle el miedo a la Sabiduría, ese sentimiento monstruoso de desconfianza que nos hace temer la santidad y aun huir de ella como si la Sabiduría no fuese nuestra felicidad sino nuestra desdicha. Veámoslo, pues, claramente: Si yo no creo que esto es un bien ¿cómo voy a desearle? Por consiguiente, si le deseo, ya he descubierto que Él es el bien deseable y ya me he librado de aquel miedo que es la obra maestra del diablo y del cual nadie puede librarse sino el Espíritu Santo, que es el Espíritu de mi Salvador Jesús, y entonces ya soy sabio, puesto que deseo lo que hay que desear. Y ahora viene la segunda confirmación de

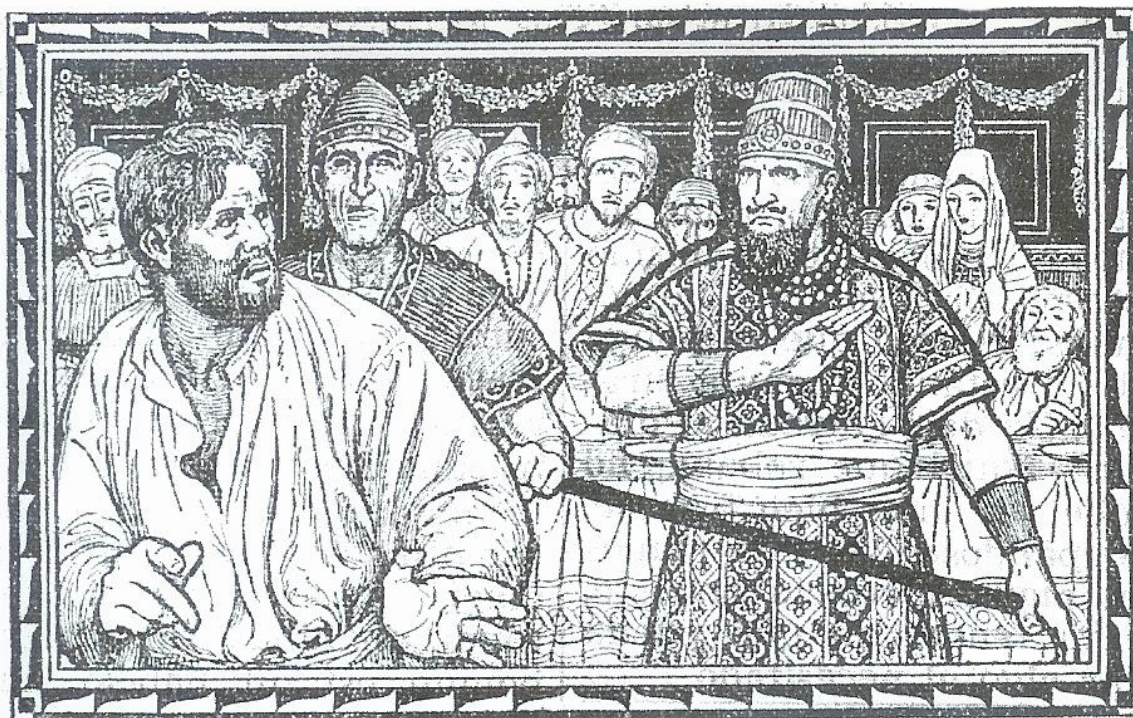
esta maravilla: Desear la Sabiduría es ya tenerla, porque ella está deseando darse, es decir, que se da a todo el que la desea. El que sale a buscarla se hallará conque a la puerta de su propia casa estaba allí esperándole. Y Santiago nos enseña que todo el que necesita sabiduría no tiene más que pedirla a Dios que la dé. La Sabiduría personificada es Jesús, encarnación de la Sabiduría del Padre. Es Él quien está a nuestra puerta y nos llama al banquete. Sí, Jesús nos llama, Él sale al encuentro de los que le buscan para que seamos transmisores del mensaje y coherentes en nuestras obras con nuestra fe. Por ello, Él nos dice. *“No tengas miedo. Yo estoy contigo”*, igual como les dijo a los Profetas, Apóstoles y discípulos: Cuando tengáis temor por lo que os exige el Evangelio, no os desmoronéis en vuestra débil fortaleza, tened confianza en Mí, pues Yo estaré con vosotros, y ¡hay mejor compañía para combatir nuestros miedos! Y es que el que *“viene a Mí no lo rechazo”*, porque el que llama a la puerta de mi corazón, pidiendo ser recibido, es traído por el Padre para la vida eterna, y Yo que *“he bajado del cielo para hacer la voluntad de mi Padre”* no solo no rechazo al que me busca atraído por el Padre, sino que me ha enviado precisamente para que no pierda a nadie y Él los resucite en el último día.

Jesús vio y miró a Zaqueo con los ojos de su admirable misericordia, le miró como a Natanael cuando estaba debajo de la higuera antes de que Felipe le llamase; le miró como miro a Pedro después de su caída. Le miró como mira a los pecadores que humilde y confiadamente madrugamos e busca de la Verdad, sin temor a la fatiga, pues esperamos encontrarla sentada a nuestra puerta, como encontró Tobías a Rafael dispuesto para el viaje. Porque ella misma va por todas las partes buscando a lo que son dignos de poseerla; y por los caminos se presenta como agrado, y en todas las ocasiones le sale al encuentro.) **Y este descendió rápidamente, y lo recibió con alegría.** (Zaqueo ha conseguido lo que deseaba: apoyado en una rana de la higuera silvestre, retira las hojas y abre los ojos con avidez. Tiene delante a Jesús quien acercándose le observa y de repente dirigiéndose al hombre a quienes todos odiaban por ser el jefe de aquellos empleados que chupaban la sangre del pueblo y a quien seguramente maldecían, y sin tener en cuenta que no era un hombre cualquiera le ordena: *“¡Zaqueo! Baja enseguida, porque es menester que Yo me hospede en tu casa.”* ¿Estaré soñando? Pero no, Jesús le llama y esto le hace feliz. Bajó apresuradamente, se colocó al lado del Señor y con toda la comitiva le llevó a su casa.)

Viendo lo cual, todos murmuraban y decían: “Se ha ido a hospedar en casa de un varón pecador.” (Lo que para zaqueo es un gozo, para muchos de los judíos enemigos es motivo de escándalo y murmuran indignados. Si un publicano es un pecador, un jefe de publicanos tenía que ser, por los menos un criminal, un inmundo, un excomulgado. Esto era para los fariseos una especie de añadidura y como una especie de ironía, ya que este personajillo llevaba el nombre de Zaque, es decir, puro.) **Más Zaqueo puesto en pie, dijo**

al señor: “Señor, he aquí que doy a los pobres la mitad de mis bienes; y si en algo he perjudicado a alguno le devuelvo el cuádruplo.” (Zaqueo había advertido las protestas de los otros, y comprendido que su casa es efectivamente indigna de recibir al Maestro, quiere purificarla de alguna manera, puesto que en realidad él sabía que había defraudado al prójimo, como lo confesó delante de Jesús: “*Señor, doy a los pobres, esto es, voy a dar o estoy dispuesto a dar.*” Este es el lenguaje de aquel a quien el Señor había mirado, y que ya había recibido a Jesucristo no solamente en su casa sino dentro de su corazón. Era el Señor el que hablaba en él, o el que le hacía hablar de esta suerte. Zaqueo se impone la obligación de separar sus cuentas, aceptando generosamente el castigo que la Ley Romana imponía en tales casos, que consistía en devolver cuatro tantos más de lo hurtado, además, de la mitad de lo que era suyo a los menesterosos. Amplia reparación y grandes limosnas. A pesar de esto, las críticas continuaron entre la multitud.) **Jesús le dijo. “Hoy se obró salvación en esta casa, porque también él es un hijo de Abrahán. Vino el Hijo del hombre a buscar y salvar lo perdido.”** (Los fariseos no murmuraban porque Jesús se hospedase en casa de un gentil e infiel, sino de un hombre publicano y de mala vida. Pero Jesús que acaba de realizar un milagro más grande que la curación del ciego, les responde a los murmuradores que Zaqueo también es hijo de Abrahán y que Él ha venido a buscar y salvar lo perdido, y si Bartomeo, que así se llamaba el ciego, había recobrado la vista, Zaqueo era el camello que había pasado por el ojo de una aguja. “*cosa imposible para los hombres, pero no para Dios.*”) (Lucas 19, 1 – 10).





Porque todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá sobreabundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.

100 PARABOLA DE LAS MINAS

Oyendo ellos todavía estas cosas, agregó una parábola, porque se hallaba próximo a Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios iba a ser manifestado enseguida. Dijo pues. “Un hombre de noble linaje se fue a un país lejano a tomar para sí posesión de un reino y volver. (Para calmar impacencias y disipar ilusiones de que el reino de Dios iba a aparecer de un momento a otro, Jesús propuso a los convidados una parábola en que prepara a sus discípulos al pensamiento de su ausencia, y anticipa el carácter escatológico de la misma.

En la introducción a la parábola Jesús evoca en la mente de los que le escuchan sucesos recientes que estaban en la memoria de todos. Desde esta ciudad de Jericó había partido en otro tiempo Herodes el Grande hasta un país lejano, hasta Roma y algún tiempo después volvía como rey de Judea; su hijo Arquelao, también realizó el mismo viaje a Roma para hacerse coronar rey por los amos del mundo, pero con menos futuro que su padre, ya que detrás de él partió una delegación de cincuenta judíos principales para encargados por el resto de la nación de ponerse en contra suya. Grande debió ser la impresión que produjo en los oyentes el recuerdo del príncipe desgraciado, que, convertido en solicitador de la dignidad soberana, en vez de corona recibió el destierro.) (Lucas 19, 11 – 12).

Llamó a sus siervos, y les encomendó sus haberes. “A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno, (El hombre que va a un país lejano es la imagen de Jesucristo que sube al cielo, desde donde volverá a juzgar a los vivos y a los muertos. Los criados somos cada uno de nosotros. Los talentos son los dones que Dios nos regala como Padre y Creador, como Hijo y Redentor, y como Espíritu Santo y Santificador. Pero los dones o cantidades son distintitos, como los servicios que tenemos que prestar, lo que Dios exige es solamente nuestra buena voluntad para explotar sus dones, de modo que la fe obre por la caridad.) **a cada uno según su capacidad, luego partió,** (Es decir, su capacidad receptiva. María enseñó que la abundancia será para los hambrientos, e igualmente David que en consonancia con el Magníficat canto: “*Empobrecen los ricos y sufren hambre; pero a los que buscan a Yahvé no les faltará ningún bien.*” Los que tienen hambre de verdad y ser de amor son calmados por Dios. Los que se sienten satisfechos con su propia suficiencia no lo buscan y por eso no lo encuentran, por lo cual es de pensar que aquí también se da más al que tiene menores fuerzas, o sea al que menos alardea de ellos, ya que toda nuestra fuerza nos viene de Él) (Mateo 25, 14 - 15) **diciéndoles: “Negociad hasta que yo vuelva.” Ahora bien sus conciudadanos lo odiaban, y enviaron una embajada detrás de él diciendo: “No queremos que ese reine sobre nosotros.”** (Nótese la diferencia entre estas palabras y el grito del Pretorio: “No tenemos otro Rey que el Cesar.” Con lo cual suele confundirse. Este grito fue pronunciado por los pontífices de Israel al rechazar

a Cristo en su primera venida, en tanto que esta parábola se refiere a la segunda venida de Cristo. (Lucas 19, 13 -14).

Enseguida, al que había recibido cinco talentos se fue a negociar con ellos, y gano otros cinco. Igualmente el de los dos gano otros dos. Más el que había recibido uno, se fue a hacer un hoyo en la tierra, y escondió allí el dinero de su Señor. (Mateo 26,16). Al retornar él, después de haber recibido el reinado, dijo que le llamasen a aquellos servidores a quienes les había entregado el dinero, a fin de saber lo que había negociad. (Como hemos apuntado anteriormente aquí se especifica concretamente a la segunda venida de Jesús para el juicio.) (Lucas 19, 15). **Presentándose el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco, y dijo: “Señor, cinco talento me entregaste; mira otros cinco gané.” Díjole el Señor. “¡Bien! Siervo bueno y fiel, te pondré al frente de los mucho; entra en el gozo del tu señor,”** A su turno, el de los dos talentos, se presentó y dijo: **“Señor, dos talentos me entregaste; mira dos que gané.” Díjole su señor: “¡Bien! siervo bueno y fiel; en lo poco has sido fiel, te pondré al frente de los mucho; entra en el gozo de tu señor”:** Mas legándose el que había recibido el talento, dijo: **“Tengo conocido que eres un hombre duro, que quieres cosechar allí donde nada echarte. Por los cual, en mi temor, me fui a esconder tu talento entierra. Helo aquí; tienen es lo que es tuyo.”** Más el señor le respondió y dijo: **“Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho allí donde no sembré y recojo allí donde nada eché. Debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y a mi regreso yo lo habría recibido con sus réditos. Quitadle, por tanto, el talento, y dárselo al que tiene los diez talentos.** (Precisamente porque pensaba el siervo que el rey era severo, tenía que trabajar con su don. Jesús recrimina aquí a los que piensan mal de Dios, mostrándonos que estos nunca podrán servirle, por falta de amor. Hemos de hacer notar que Jesús no le dijera ¿por qué no trabajaste el talento?, sino que le hablase de desprenderse del capital para entregarlo al banco. Él sabe que sin amor y confianza no puede trabajarse con eficacia, y nos enseña en cambio la obligación de no retener responsabilidades si no hemos de hacerlas frente.

Vemos representados dos actuaciones diferentes, los primeros acentúan la responsabilidad por los dones naturales y sobrenaturales, en tanto que el siervo que enterró el talento en tierra es representación de nosotros mismos si no hacemos fructificar los dones de Dios.) **Porque todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá sobreabundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.** (Frase de hondo sentido espiritual: los que aprovecharla gracia, no solamente la guardan, sino que creen en ella y son recompensados con nuevos dones.) **y a ese siervo inútil, echarlo a las tinieblas de afuera Allí á el llanto y rechinar de dientes.** (Para el juicio final donde Cristo vendrá a juzgar a los hombres, debemos estar continuamente alerta aprovechando al

máximo los talentos, dones y gracias que el señor nos ha concedido para poder dar buena cuenta de ellos el día en que venga a pedírnoslo el supremo Juez. La descripción dramática y solemne de este tremendo juicio en que se condena al siervo perezoso, es una de las sentencias más impresionantes del evangelio,) (Mateo 25, 20 – 30).

En cuanto a mis enemigos, los que no han querido que yo reinase sobre ellos, traedlos aquí y degolladlos en mi presencia. (Sentencia terrible semejante a la que oirán los réprobos en el juicio final. Aquí se recoge el rasgo de los que dijeron: “*No queremos que éste reine sobre nosotros.*” El castigo de los ciudadanos rebeldes es grave y está conforme con las venganzas de los tiranos orientales, simbolizando el juicio contra los judíos.

Esta parábola tiene un sentido escatológico universal y aunque no tiene una explicación expresa, sin embargo debió entibiar sensiblemente los entusiasmos y frenar las esperanzas mesiánicas. Aquel hombre regio misterioso, en el cual es fácil descubrir la personificación de Jesús, debía desaparecer para ir a un país lejano, del cual sólo ha de volver después de mucho tiempo, para inaugurar solemnemente su reino premiado a los súbditos fieles y castigando a los malos. Que nadie especule con una parusía inmediata. El triunfo vendrá necesariamente, pero antes tenemos que aumentar sus talentos, y los adversarios se esforzarán rabiosamente para que el ausente no regrese a tomar posesión de su realeza. Aunque es un empeño en vano, sus esperanzas fallidas y sus proyectos burlados. Aunque hoy se presenten silenciado y destruyendo a todo lo que haga recordar e iluminar la fe de muchos, que llevados por el desaliento, no eleven la mirada de su espíritu a un concepto más exacto y más puro del oficio mesiánico y de la promesa de su vuelta.) (Lucas 19, 27).





"Sin perdón todo se vuelve estrecho".

101 MARIA DE BETANIA UNGE A JESÚS

Seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Betania donde estaba Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. (Son los últimos días de la vida del Maestro. Todo cuando en ellos acontece no es sino una preparación cronológica de la última cena. Escenas, movimientos de masas, enseñanzas, todo está teñido de morado y ligado íntimamente por la trágica alusión al desenlace que parece va a producirse de un momento a otro, y sin embargo cada día tiene un afán y su gota que hace llegar al cáliz que solo Él debe beber en cumplimiento de la voluntad del Padre.

Jesús camino de Jerusalén hace un alto en Betania, y su presencia despertó en unos la irritación y el despechos; en otros, la admiración y el entusiasmo. Muchos de sus enemigos creían que tras la resolución del Sanedrín la predicación del Nazareno habría desaparecido para siempre, pero la presencia de Jesús entre los amigos de Betania fue como una espoleta que, movidos por el nerviosismo del miedo, les hizo saltar en explosión de tristeza y desdén de aniquilarle.

Pero otros, los que esperaban la aparición inmediata del Mesías, entre la mayor parte de hombres y mujeres que se acercaban a Jerusalén, iluminados por un íntimo fervor religioso, para adorar allí al Dios de sus padres, hubo una explosión de alegría. La presencia del Maestro era el inicio seguro de que, al fin, el reino de Israel se iba a restablecer. Porque si Jesús no estuviese seguro, pensaban los peregrinos, de que iba a poder aniquilar a sus enemigos ¿Cómo tendría la audacia de presentarse allí ante sus más fieros enemigos? No, sin duda que venía para organizar el reino tantas veces anunciado. La situación era tal, que ya solamente quedaba el dilema por resolver: o morir o triunfar. Y a aquellas gentes sencillas colmadas de ingenuo entusiasmo no les cabía dentro de sus cabezas que se pudiese triunfar muriendo.

Sí. Jesús estaba en Betania, a pocos kilómetros de Jerusalén, donde vivía Lázaro con sus hermanas y donde el Maestro había obrado aquel y tan grande milagro de la resurrección de su amigo.) (Juan 12,1).

Le dieron allí una cena (Juan 12, 2) en casa de Simón el leproso (Mateo 26, 6) Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con Él. (Algo semejante les sucedía también a sus amigos. Tenían aquel mismo dilema como inevitable, pero con la diferencia que estaban seguros del triunfo inmediato, pero sin lucha, sin pasión, sin la menor apariencia de derrota, sin el paso bochornoso de la muerte. Por ello la actitud de aquellos que habían presenciado el prodigio obrado allí una semana antes, se disputaban el honor de agasajar a Jesús, por ello le dieron una cena, un banquete al atardecer, y aunque muchos se disputaban el honor que recayó en un personaje del lugar a quien llamaban Simón el leproso, del que no conocemos sino el nombre, pero que es suficiente para poder sospechar que podría haber sido curado de la lepra por un milagro de Jesús. En aquel banquete estaban junto al Maestro los

Apóstoles y discípulos del pueblo entre los que se encontraba Lázaro, también Marta, su hermana, estaba entre los convidados, quien siguiendo la costumbre judía no se sentó a la mesa sino que estaba allí para servir a los comensales.) **Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de gran precio (Juan 12, 2 -3) en un vaso de alabastro y ungió con él los pies u la cabeza de Jesús que estaba en la mesa (Mateo 26,7) y los enjugó con sus cabellos, y el olor del ungüento lleno toda la casa.** (En contraposición a la actividad, precisión y servidumbre de Marta, su hermana María nos descubre una vez más el carácter que ya conocemos: confiado, contemplativo e indiferente a las cosas terrenas hasta el despilfarro. Aparentemente ante los ojos de la gente práctica, ella no tenía nada que hacer allí, pero al igual que la Santísima Virgen estaba seguramente persuadida de que el Misterio de Jesús estaba próximo. Además de ese presentimiento posiblemente los Apóstoles le habían comunicado la dolorosa revelación del Maestro camino de Efraín a Jericó. Ellos sospechaban que aquella cena era una despedida, Presienten las persecuciones, los horrores de la pasión, la muerte, la sepultura y, recordando la primera vez que encontró al Maestro junto al lago de Genesaret, entró en la sala del banquete, se dirige al triclinio donde estaba recostado Jesús, y sacando de entre sus velos un pomo de bálsamo de nardos auténticos, de lo mejor sin desvirtuar guardado en un tarro de alabastro que rompió para derramarlo sobre la cabeza y los pies de Jesús las esencias que contenían hasta la última gota. El cuerpo de Jesús queso bañado, pues de la cabeza descendió a las vestiduras, y de estas a los pies y al mismo suelo. Y con sus propios cabellos los enjugó mientras la casa entera y todos los invitados respiraron, aquella noche campesina, la fragancia del rey de los perfumes: el nardo autentico, ligero, transparente, sin mezcla, sin adulterar, puro.)

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que había de entregarlo dijo: “¿Por qué no se vendió este ungüento en trescientos denarios, y se dio a los pobres?” No dijo esto porque se cuidase de los pobres sino porque era ladrón; y como él tenía la bolsa sustraía lo que echaba en ella. (Con gran precisión advierte el evangelista que Judas Iscariote desaprobó aquella unción, y que también calculó minuciosamente el precio de los que para él era un derroche. María acababa de dilapidar en unos minutos la ganancia de un año, privando de pan a muchos miles de bocas hambrientas. Exactamente es en verdad un gesto loco, un alarde que posiblemente no aprobaran cuantos tengan de la caridad un concepto excesivamente pecuniario.

Y es que Judas cubre su avaricia con un velo de caridad, una caridad a todas luces raquílica que hacía transparente el verdadero rostro y el móvil del traidor, que se perdió por su avaricia y este mismo pecado capital es el que le induce a apropiarse de una parte del dinero, que éste infiel administrador del sustento que daban al señor, a sus discípulos y para que se distribuyese entre los pobres. Pero él quería cubrir su codicia con pretexto de caridad, lo que es muy común entre los avaros.) (Juan 12, 3 -6).

Más Jesús dijo: “¿Por qué molestas a la mujer? Ha hecho una buena obra conmigo. Porque los pobres los tendréis con vosotros siempre. Lo que ella podía hacer lo ha hecho. Se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura. En verdad, os digo, donde quiera que fuese predicado este Evangelio, en el mundo entero se narrará, también lo que acaba de hacer, en recuerdo suyo.” (Mientras Judas razonaba y justificaba su pecado, María siguió postrada a los pies del Señor, silenciosa, embargando su pensamiento por el impulso de su fe. Estaba contenta de los que acababa de hacer y la exuberancia del perfume derramado era como una manifestación de su sentimiento interior; pero su alegría se mezcló con lágrimas de ternura al ver que Jesús salía en su defensa diciendo: Déjala que muestre el respeto, que me tiene, con esta obra de piedad. Después de mi muerte no podrá hacer este oficio de embalsamar mi cuerpo; deja que lo haga ahora y que se anticipe así a aquel tiempo. Además, a los pobres los tendréis siempre con vosotros, y cuando queráis les podéis hacer el bien; pero a Mí no siempre me tendréis.

Jesús el más pobre de los pobres, no llevaba dinero, ni los otros Apóstoles, sinoque vivían de la beneficencia que les daban los seguidores y que era administrada infielmente por Judas Iscariote. Éste es llamado ladrón porque sustraía los fondos comunes. Podemos juzgar lo que valía su defensa de los pobres, cuando él por dinero llegaría a entregar al Maestro.

Seguidamente Jesús vaticina impresionantemente algo que se cumple cada día en nuestra vida. Entre todos los personajes que desfilan a través del Evangelio hay pocos que hayan conmovido tan profundamente los corazones como la memoria de esta mujer se ha esparcido por el mundo como la esencia de nardo a través de toda la casa de Simón el leproso.

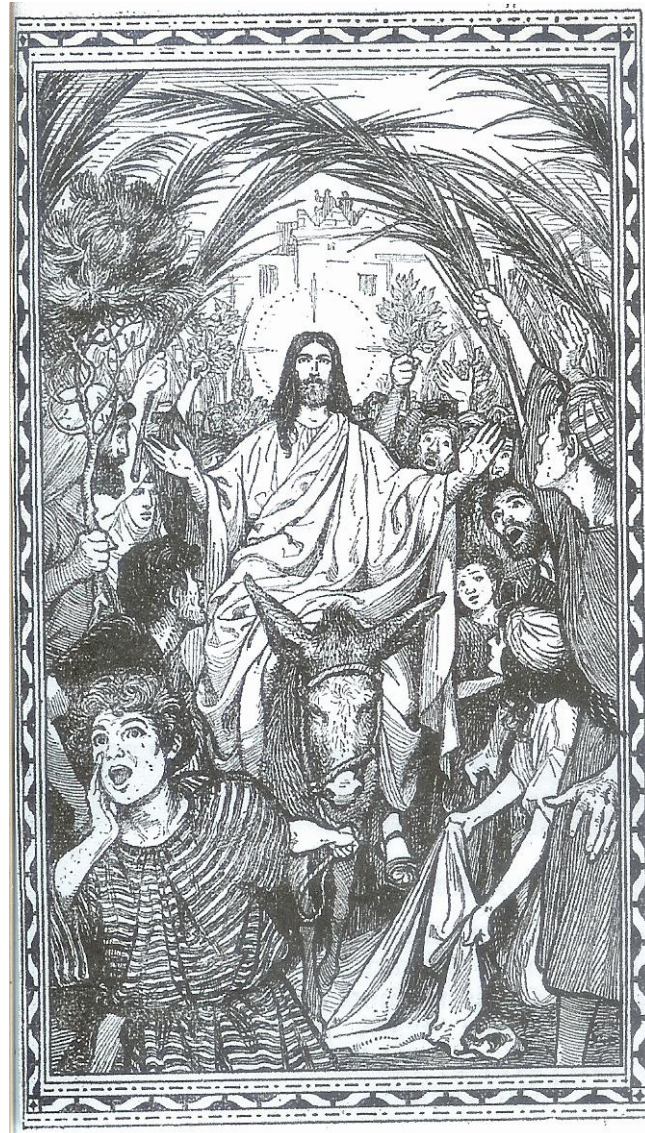
Jesús siempre que tiene ocasión pronuncia palabras proféticas que aluden a su próxima desaparición. Es un nuevo anuncio de su muerte y una llamada de misericordia al corazón de Judas, que iba a ser la causa de aquella desaparición. Pero éste no se conmovió y solo sintió las punzadas de la avaricia y la traición. Quizás en este momento, viéndose humillado y siendo el centro de la mirada de todos, tomó la decisión de tratar con los enemigos de su Maestro. Había perdido los trescientos denarios del ungüento pero iba a consolarse con los treinta del ungido). (Mt. 14, 6 - 9)

Entre tanto una gran multitud de judíos supieron que Él estaba allí, y vinieron, no solo por Jesús sólo, sino también para ver a Lázaro, a quien Él había resucitado de entre los muertos. (Este evangelista quiere enterarnos que lo sucedido en el banquete trascendió considerablemente, ya que eran muchos los peregrinos que venidos para ver a Jesús y a Lázaro se encontraban en Betania y presenciaron la unción del Señor.) (Juan. 12, 9).

Cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, dijo a sus discípulos: “La Pascua, como sabéis será dentro de unos días, y el Hijo del hombre va a ser entregado para que lo crucifiquen.” Entonces los Sumos Sacerdotes y ancianos del pueblo se reunieron en el palacio del Pontífice

que se llamaba Caifás, y deliberaron prender a Jesús con engaño, y darle muerte. Pero decían: “No durante la fiesta, para que no haya tumulto en el pueblo” (Mateo 26,3 - 5). También tuvieron la resolución de matar a Lázaro, porque muchos judíos a casusa de él, se dejaban y creían en Jesús. Según la tradición se cree que fue el miércoles cuando tuvo lugar este consejo deliberador para sentenciar a Jesús y a Lázaro, y es por ello que antiguamente la Iglesia ayunaba los miércoles por este motivo. Lo que sin duda se ha de resaltar es que se reúnen secretamente en el Palacio del Príncipe de los sacerdotes y no en el sitio que ordinariamente el Sanedrín solía reunirse en una sala llamada Gazith, no lejos del templo. Sin duda, esta reunión extraordinaria quería que se mantuviese oculta.

El motivo de querer apresar y dar muerte a Jesucristo está muy claro, pero ¿por qué matar a Lázaro? Realmente, no podían sufrir que hubiese en el mundo expuesto, a los ojos de todos, un testimonio tan claro, que descubría todas sus imposturas y malignidad, y por ello pensaron y resolvieron quitar la vida a Lázaro. La ceguedad de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas rayaba con la locura, puesto que si el Señor que había resucitado a Lázaro, que había muerto de muerte natural, también podría resucitar aunque ellos lo hicieran morir violentamente. Debían, por último haber abierto los ojos y considerar que el mismo Señor, que resucitó a Lázaro muerto, se resucitó a Sí mismo, después de haberle ellos crucificado.) (Juan 12, 11).



"Os digo, si estas gentes callan, las piedras se pondrán a gritar".

102 ENTRATADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN

Después de esto marchó al frente subiendo a Jerusalén y cuando llegaron a Belfagé, junto al monte de los olivos, (Desde Betania, donde moraba Jesús y había celebrado el famoso convite en casa de Simón el leproso, emprendió Jesús el camino a Jerusalén. Subiendo por un suave declive llegó a Belfagé, aldea o pueblo que pertenecía a los sacerdotes, situado a pie del monte del olivar. Doblando después de una pequeña cima se desciende por una cuesta muy pendiente al Cedrón, para nuevamente subir a la ciudad Santa. Este es el camino que siguió nuestro Señor, a pesar de saber que estaba pedida para Él la prisión y la muerte por decreto del sanedrín, aunque todavía no se había publicado. Las gentes esperaban curiosas congregadas a las puertas de la ciudad para la Pascua más famosa y verdadera que se había de celebrar. Llegó la hora de los más sublimes acontecimientos que ha presenciado el orbe: el comienzo de la semana santa.) (Lucas 19, 28). **envió a dos de sus discípulos diciéndoles: “Id a la aldea que está frente de vosotros, y encontrareis una asna atada a un pollino (Mateo 21,1 - 2) sobre el cual nadie ha montado todavía, desatadlos y traedlos, (Lucas 19, 30) y si alguien os pregunta: “¿Por qué hacéis esto?, contestad: “El señor lo necesita, y al instante lo devolverá aquí.”** (En el día 10 del mes de Nisán, el día siguiente al sábado y primero de la semana en que venía la Pascua, día en el cual solían elegir en la ciudad corderos para la Pascua.

Hemos de observar que Jesús cuando manda a sus discípulos para que le traigan el pollino, no los mandó que contestaran nuestro Maestro o Jesús, sino absolutamente y con autoridad del que tiene el dominio de todas las criaturas que el solo y por esencia es el Señor.

Y estas palabras están puestas con una profunda intención: “*El Señor lo necesita*” ¡Si, necesita al borriquillo! No le dice en cambio que necesitase de los reyes, ni de los sabios. Felices los que, por ser pequeños, merecen ser elegidos por Él, como María “*mirando la pequeñez de su esclava*”, para recibir el llamado de la sabiduría “*entregada a los simples para que caminen por la senda de la inteligencia*” o la revelación de los secretos de Dios a los pequeños para confundir a los sabios y a los fuertes; para servir de instrumento a la gloria del rey, como el borriquillo del domingo de ramos, o de instrumento a su caridad apostólica, como aquella escoba que sirvió para barrear la casa y encontrar el dracma perdida.

En estos versículos se inspiró santa Teresita, al iniciar su vida de infancia espiritual. ¡Oh carísima hermana mía! Exclama la santa, después de oír las expresiones, no hay más que callar y derramar lágrimas de reconocimiento y de amor. ¡Ah! Si las almas débiles e imperfectas, como la mía, sintieran lo que yo siento, ninguna de ellas despertaría de llegar a la cima de la montaña del Amor, ya que Jesús no exige acciones valiosas sino tan solo el abandono y la gratitud. (Marcos 11,3).

Esto se cumplió para que cumplierse lo que había sido dicho por el Profeta: “Decid a la hija de Sion; He ahí que tu rey viene a ti, benigno y montado sobre una asna y un pollino, hijo de animal de yugo.” (Sion, se llama en la antigüedad a la colina que estaba el Templo. El evangelista ve cumplida la célebre profecía de Zacarías. Aunque las primeras palabras de la cita están tomadas de Isaías, donde trata también de la venida del Mesías. “*Hija de Sion*” es un hebraísmo para designar a la ciudad de Jerusalén, edificada sobre el monte Sion.

Las ropas o vestidos que habían puesto sobre el pollino era señal de honra y reconocimiento de un nuevo rey.

La asna que había estado ya bajo el yugo era una figura de la sinagoga de los judíos, los que ya de largo tiempo vivía bajo el penoso yugo de la ley; y el pollino representaba el pueblo de los gentiles, que habían vivido hasta entonces sin yugo. El Señor mandó traerlos para significar que los que se habían de sujetar como a divino legislador de la nueva alianza, serían tomados entre los judíos y entre los gentiles, y que los conduciría a todos a la ciudad santa y pacífica, figurada por Jerusalén, llenándolos de su dulzura y enseñándolos la verdad de sus caminos.) (Mateo 21, 4 – 5).

Esto no lo entendieron sus discípulos al principio (Puede tener sentido de penetrar, conocer bien, comprender. Algo vieron, no todo el alcance y, sobre todo, que estaba cumpliéndose una profecía mesiánica.) **más cuando Jesús fue glorificado, se acordaron de que esto había sido escrito sobre Él,** (Hasta que el Señor fue glorificado, y estando para subir al cielo, no les comunicó el don de entender las escrituras, y de poder cotejar lo que de Él estaba escrito en ellas, con los sucesos y obras de su vida. Después de la Ascensión de les abrió la inteligencia por obra del Espíritu Santo que da luz a los humildes y no a los sabios.) **y que era lo que habían hecho con Él.** (Esto es, y que ellos mismos habían concurrido al cumplimiento de estas cosas.) (Juan 12, 16).

Partieron, pues los discípulos, y encontraron un burrito atado a la puerta, por de fuera, en la calle, y lo desataron. Algunas personas que se encontraban allí les dijeron: “¿Qué hacéis, desatando el burrito?” Ellos les respondieron como Jesús les había dicho, y los dejaron hacer. Trajeron la asna y el pollino, pusieron sobre ellos sus mantos y Él se sentó encima. (Esplendido sobre cuánto puede decirse debió ser este momento, al comienzo del triunfo. Al principio los discípulos llevados, sin duda de un instinto sobrenatural, comprendiendo que el Maestro quería hacer alguna cosa especial, se atrevieron a aderezarle aquella cabalgadura, que, ciertamente, no era ningún corcel de triunfo, pero, por eso mismo, les parecía más propia para Jesús que nunca había cabalgado, conociendo como conocían su humildad. Sobre el pollino, en que ningún hombre hasta entonces habíase sentado, pusieron, si acordarse de las profecías, sus vestidos, y ellos mismos le alzaron

para ponerle sobre el pollino. Nunca tal había hecho su Maestro.) (Marcos 11, 4 -7).

Entre tanto el gentío que estaba con Él cuando llamó a Lázaro de la tumba y lo resucitó de entre los muertos, daba testimonio de ello. Y por eso la multitud le salió al encuentro, porque había oído que Él había hecho este milagro. Entonces los fariseos se dijeron unos a otros. “Bien veis que no adelantáis nada. Mirad como todo el mundo va con Él. (La noticia de la resurrección de Lázaro, cuyo suceso estaba en boca de todos, fue una mecha que estremeció a los peregrinos que estaban en la puerta de Betania, cruzaron el monte del olivar para ver al taumaturgo de tan gran milagro, y con gran disgusto de los fariseos, que viendo la afluencia de peregrinos en torno a Jesús, no se atrevieron a proceder un enfrentamiento, proponiéndose un compás de espera y aguardar el momento favorable para realizar el proyecto cuando no le siguiese la multitud enardecida por el prodigio que estaba todavía en bocas de todos.) (Juan 12, 17 -19).

Y mientras el avanzaba (Con la alegría que suele haber cuando se está en familia empezó a caminar a una meta de dolor y sufrimiento.) (Lucas 19, 36) **una inmensa multitud de gente extendían sus mantos sobre el camino, otros cortaban ramas de árboles, y las tendían por el camino.** (Los judíos en las fiestas de las tiendas acostumbraban a llevar en las manos ramas verdes, principalmente palmas, emblema de la victoria, y ramos de olivo símbolo de la paz. Esto mismo hicieron entonces al advertir que el gran Maestro venía sobre la cabalgadura, y llevados por una natural reverencia del amor popular que le tenían, salieron al paso y cuando llegaba, unos le tendían sus mantos y otros con sus ramos y follaje costado de los árboles alfombrado el camino y le seguían con un movimiento interior de veneración y respeto, que Dios había escrito en sus corazones.) (Mateo 21, 8).

Una vez que estuvo próximo el descenso del monte de los olivos, toda la muchedumbre de los discípulos, en su alegría, se puso a alabar a Dios con gran voz, por todos los portentos que habían visto. (Con motivo de la fiesta de la Pascua se había reunido una enorme multitud en Jerusalén y sus alrededores. Cuando la comitiva en número bastante al pie del monte Olivete se acercaba, encontraron allí a muchos forasteros que habían venido a la Pascua, y acompañados en el monte y extramuros en tiendas de campaña, al notar el murmullo de la procesión que avanzaba, salieron a ver lo que sucedía y aprovechando la ocasión aclamaban a Dios.) (Lucas 19, 36 – 37). **Y la muchedumbre que marchaba delante de Él, y la que le seguía aclamaban diciendo. “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del señor! ¡Hosanna en los más alto! (Mateo 21, 9) ¡Bendito sea el advenimiento del reino de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!(Marcos 11,10) ¡Bendito el que viene, el rey en nombre del Señor. En el cielo paz y gloria en las alturas!** (Entonces las turbas, que le venían siguiendo movidas por las maravillas que había obrado en Galilea,

mezcladas con los discípulos del Nazareno, que venían cada vez más alentados, comenzaron a gritar con un Hosanna solemne y santo que en adelante se había de cantar siempre en honor a Jesús. Todas las gentes que le precedían como los que le seguían repitieron de corazón el mismo himno de aclamaciones. Y sin poderlo remediar, al oírlo, unieronse a ellos todos los de aquellos alrededores y en la entrada a la ciudad santa, reunidos para la fiesta, gritaban aquella palabra ¡Hosanna! Usada para expresar el júbilo de su desbordante alegría al reconocer aquel domingo de ramos el “Cristo príncipe”. Celebre aclamación mesiánica en honor al Hijo de David que quiere decir. ¡Oh Dios, salvad a este Jesús que es el Hijo de David o el Mesías. Vos Señor, que rendís en las alturas, haced prosperar a vuestro Cristo, a vuestro Rey. Se ve aquí renovado en parte el himno que los ángeles cantaron en el nacimiento del Salvador: “Que la paz” que está “en el cielo” y viene del cielo, descienda sobre la tierra, y que Dios “que habita en las alturas”, sea glorificado.

¡Qué gritos tan diferentes sin estos! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡y el crucifícale, crucifícale! Que cosas tan contrarias son reconocer a Jesucristo por Rey de Israel y después decir: “*Nosotros no tenemos otro rey que el César*”. ¡Que diferentes son estos ramos y palmas verdes que llevan ahora en sus manos, de las espinas con que pocos días después le coronaron y de la cruz en que le clavaron! ¡Qué oposición tan grande entre despojarse ahora de sus propios vestidos para tenderlos por donde pasaba Jesús, y desnudarle después de los suyos de la manera más ignominiosa! Tal es el caudal que se puede hacer de la estimación de los hombres y de todos los vanos aplausos de este siglo.)

Pero algunos fariseos, de entre la multitud dirigiéndose a Él dijeron: “Maestro, reprended a tus discípulos.” (Nótese la perfidia farisea y el odio acumulado. Estos que le llamaban endemoniado, y que le ven hoy triunfante, no vacilan en llamarle ahora Maestro, con tal de conseguir que Él no triunfe. Creían que la humildad de Jesús haría cesar la inmensa aclamación de toda Jerusalén como había hecho tantas otras veces al prohibir se hablara de sus milagros. Ignoraban que este triunfo, aunque tan breve, del Rey de Israel anunciado por los profetas, estaba en el plan de Dios para dejar constancia de su público reconocimiento por aquellos que a instancia de la Sinagoga habían de rechazarlo luego.) **Mas Él respondió: “Os digo, si estas gentes callan, las piedras se pondrán a gritar.”** (La astucia mezclada con la malicia de los fariseos es verdaderamente imprudente. Por eso la repuesta del humilde Jesús, esta vez, está llena de majestad.

No solo los gentiles se comparan a las piedras, sino las mismas piedras, por un efecto de la divina omnipotencia. Y así fue en la muerte del Señor que se desgarró de alto abajo el velo del templo, se estremeció la tierra, se hendieron las piedras y se abrieron los sepulcros, atestiguando con esta especie de grito público la divinidad y gloria de Aquel a quién se hacía morir como un

malhechor, aunque verdaderamente era el Rey de los Judíos, el príncipe de todas las naciones, y el Dios de toda la naturaleza.

Algunos consideran que éste el día en que comenzó a cumplirse la profecía de Daniel, que señaló la grande y única solemnidad en que fue públicamente recibido “el Cristo príncipe”).

Y cuando estuvo cerca viendo la ciudad, lloró sobre ella. (Jesús se llena de tristeza ante aquel entusiasmo poco razonado, inspirado por un espíritu nacionalista más que religioso. Toda la ciudad estaba llena de ruidos y opiniones con respecto a Él. Estaba la envidia de los fariseos, estaba el egoísmo frío de los príncipes de los sacerdotes; estaba el fervor de la multitud convencida de que, al fin, había llegado el momento de arrojar a los extranjeros. Por todas partes incompreensión, hipocresía, odio, dureza de corazón, cerrazón incomprensible al sentido espiritual del reino. Y en los pórticos cercanos, los fariseos, frenéticos de rabia, despechados, gesticulando y corriendo de un lado a otro. Con ese grito en los labios: ¿es que no hay forma de callar al populacho? Jesús ve todo eso, y piensa en su Pasión y en las consecuencias que había de traer para el pueblo de Israel: las legiones, el cerco terrible, el hambre, la peste, el asalto, el aniquilamiento de su pueblo. Y llora. Sí el Señor no tuvo reparo en llorar con lágrimas humanas y sinceras por el amor que profesaba a la Ciudad Santa, cuyo bien había procurado y porque veía el espíritu la terrible suerte que vendría sobre ellos por obra de sus conductores.) Lucas 19, 38 - 41).

Y dijo: “¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, tu que matas a los Profetas, y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise Yo reunir a tus hijos como la gallina reúne a su pollada debajo de sus alas, y vosotros no lo habéis querido! (Jesús está hablando en singular con Jerusalén, porque esta ciudad es como el lugar destinado para derramar la sangre de los Profetas. Alguno de éstos habían sido muertos fuera de Jerusalén, como Jeremías en Egipto y Ezequiel en Caldea, pero la mayor parte pereció en esta ciudad, que llenando la medida de su iniquidad hizo morir a la misma Vida, y al que las escrituras llamaban por excelencia el Profeta. El plural que usa a continuación alude sin duda a los jefes de la sinagoga, quienes con su incredulidad impiden reunir y juntar a los judíos, como el ave su nido debajo de sus alas. Con esta comparación declara el Señor la ternura del amor con que tantas veces lo había llamado y abrigado, y su ingratitud y desconocimiento después de tan gran solicitud y paternal afecto. A Dios no conviene la voluntad imperfecta de simple deseo, pues su decreto es inmutable y sin la menor oposición. Y así es anunciado por el profeta Isaías cuando afirma. “*Yo anuncio desde el principio lo que ha de venir, y mucho tiempo antes lo que aún no se ha hecho. Yo digo: mi designio subsistirá, ejecutaré toda mi voluntad.*” Sobre esta potestad exclusiva de Dios recordemos que Yahvé invita irónicamente a que defendamos nuestra causa, expongamos nuestras razones, anunciemos el futuro y lo que ha de venir, pero después de ver que no somos dioses, niño

menos que nada, y que nuestras obras son menos que lo vacío, para que veamos que Dios ostenta como su característica exclusiva, no sólo en el conocimiento de los porvenir, sino también, el preanunciarlo a los hombres. Formidable condenación de los ídolos y dioses paganos, al par que es una lección para nuestro orgullo. Así como Dios es El que es, esto es lo que significa Yahvé, así la característica de los creaturas es ser una nada ante la majestad del Creador. Mas el que nos sacó de la nada, nos mandó también su propio Hijo, para hacernos hijos suyos y participes de su plenitud.

Así que es ya comparación se ha de entender de los medios externos de que se valió para atraerlos, sus exhortaciones, doctrina, milagros, etc., a que ellos por un efecto de su depravada y rebelde voluntad, y por un oculto juicio y permisión de Dios, voluntariamente cerraron los ojos.) (Mateo, 23,37).

¡Ah sí en este día conocieras también tú lo que será para la paz! Pero ahora está condicionado a tus ojos. (¡Oh, ciudad ingrata, a quien tanto he amado y distinguido entre todas las ciudades! Si ahora siquiera que vengo a tí en traje de mansísimo Cordero y de Medico soberano, convidándote con la paz y con la salud cayeses en la cuenta y reconocieses y admitieses a tu Liberador que viene a traerte infinitos bienes, ¿cuánta sería tu dicha? Pero no será así: permanecerás en tu obstinación e ingratitud, y esto será ocasión al terrible castigo que te espera.) **Porque vendrán días sobre tí, y tus enemigos te circunvalaran con un vallado, y te cercaran en rededor y te estrecharan de todas partes; derribaran por tierra a tí, y a tus hijos dentro de tí, y no dejaran en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que has sido visitada.** (Ante su espíritu se representa toda la tragedia que se iba a desencadenar unos años más tarde, el terrible asedio, los horrores del hambre, las luchas intestinas, la entrada del ejército de Tito, el allanamiento de la ciudad, la destrucción del Templo, el incendio de los palacios, y, finalmente la dispersión del pueblo de Israel. Y llora. El vallado que Él había profetizado correspondería después a la realidad histórica del muro de circunvalación, de más de ocho kilómetros, que las legiones romanas levantaron. (Lucas 19, 42 - 44). **He aquí que vuestra casa os quedará desierta.** (Por el asedio y ruina de Jerusalén, que ya hemos comentado. **Por eso os digo, ya no me volveréis a ver hasta que digáis: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”** (Hasta que en mi segunda venida os veáis forzados a reconocer la verdad de aquellas palabras que cantaban los pueblos y los niños: “*¡Bendito el que viene en nombre del señor!*”, esto es, hasta que digáis que Yo soy el Mesías y el Soberano Señor, a quien deben sujetarse todos los judíos y todos los gentiles. Reconociendo el Él a su redentor lo reconocerán en aquella vuelta como Juez Soberano y a la conversión del pueblo judío que tendrá lugar entonces.

Él mismo iba a morir y aquellos a quienes se dirigía entonces no debían volver a verlo sino al fin de los tiempos y pronunciando: “¡Bendito en el que viene

en nombre de Yahvé!” Con estas mismas palabras terminará el misterio propiamente dicho de nuestro señor.

Tenemos, pues, aquí el primer anuncio, aún impreciso de esa misteriosa Parusía, que trataremos en capítulos posteriores, y que no es otra que la nueva venida gloriosa del Hijo de hombre al fin de los tiempos.) (Mateo 23, 38 - 39).

Y al entrar en Jerusalén toda la ciudad se convocó y decían: “¿Quién es éste? Y las muchedumbres decían: “Este es Jesús, el Profeta, de Nazaret de galilea.” (Los vivos continuaban y la muchedumbre, que ya con sus ramos semejaba un bosque abundante se enracimaban en las azoteas, mientras el bullicio de los curiosos que llegaban empujándose por los calles tortuosas y por las encrucijadas de la ciudad venían en grupos compactos, ansiosos por presenciar el espectáculo singular de la entrada triunfal de aquel compatriota, que en fervor de multitud, acababa de entrar en Jerusalén. Pero los enemigos se hacían cada vez más numerosos temblaban ante aquella sediciosa gritería. Todos los que se tenían en alguna autoridad o representatividad e influencia se sentían profundamente alarmados. Y si además tenían el corazón envenenado por el odio o por la envidia, era natural que se llenasen de miedo y de rabia ante aquel espectáculo. En su impotencia aguardaban el momento y las circunstancias les ayudasen a dispersar aquel conato de revolución, que se había causado en la ciudad por los peregrinos venidos de todas las regiones en una aclamación que hervía de entusiasmo ante tal acontecimiento.

Posiblemente los que preguntaron: “¿Quién es ese?”, podrían ser prosélitos, que viniendo de lejanas regiones, nada sabían, ni habían oído hablar de los milagros y predicación de Jesús. Aunque también podía haberlo preguntado algunos habitantes de Jerusalén, quienes, influenciados por el odio de los escribas y fariseos profesado a cristo, harían esta pregunta movidos más por la envidia e indignación, como diciendo: ¿Quién es éste para que se haga semejante recibimiento? La muchedumbre que acompañaba a Jesús respondía proclamando de nuevo a Jesús como el Profeta indicado en el Antiguo Testamento al pueblo judío, que era el Mesías.

En cuanto a las palabras oriundo de Nazaret de galilea parecen dichas por peregrinos galileos, que se sentían eufóricos y protagonistas, que se sentían importantes ante los habitantes de Jerusalén por su compatriota de tan grade Profeta.) (Mateo 21, 10 – 11).

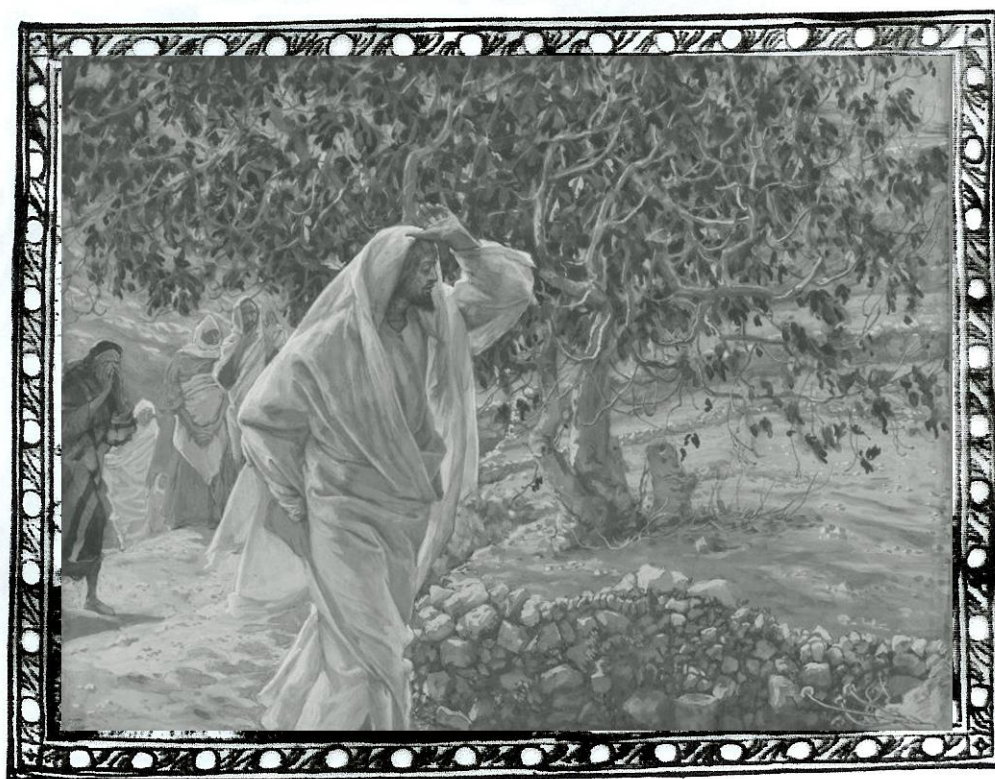
Y entró Jesús en el Templo de Dios y se llegaron a Él ciegos y tullidos y los sanó. (En Jerusalén al igual que en toda Galilea, a la noticia de que venía a predicar en los pórticos del templo, se acercaban allí los ciegos y los cojos, que acudían a mendigar, y Jesús, una vez más, los curó. Con estos milagros demostraba que Él era el mesías proclamado por la muchedumbre y anunciado por los profetas.) **Más los sumos sacerdotes y los escribas, viendo los milagros que hacía y oyendo a los niños que gritaban en el Templo y decían: “¡Hosanna al Hijo de David!”, se indignaron, y le dijeron: “¿Oyes lo que dicen estos?”** (El Evangelista resalta que los pequeños sintiéndose

atraídos por la dulzura y mansedumbre del maestro, le siguieron hasta el Templo acompañándole con gritos alborotados por el júbilo y le aclamaban entusiasmados y repitiendo lo que habían oído a los mayores. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas muestran su admiración de que Cristo no prohiba a los niños semejantes gritos, que a ellos les sonaban como a blasfemia.) **Jesús les replicó: “Sí, ¿nunca habéis leído aquello: de la boca de los pequeños y de los lactantes, me prepararé alabanzas?”** (Jesucristo acomoda estas palabras del salmo ocho, para dar a entender a aquellos doctores soberbios e incrédulos, que el testimonio de aquellos inocentes siempre sinceros y desinteresados, que no sabían lo que era la lisonja. Ni mentira, malignidad ni envidia, condenaba su malicia incrédula, y que los que eran capaces de recibir las divinas expresiones del Espíritu Santo, se formaban en su boca “esta perfecta y cumplida alabanza”).

Era una declaración de guerra, un nuevo desaire, una prueba. De que Él era el Cristo, el que venía en el nombre del Señor. Y a pesar de los envidiosos y de los timoratos, Jesús llegado al Templo había dejado su cabalgadura y empezado a enseñar, a curar y consolar afirmando con estas palabras del salmista que la aclamación de los niños, afirmaba al igual que sus milagros la evidencia de su mesianismo y que siendo comprendida por los más rudos avergonzaba a los sabios maestros de la Ley, como eran los escribas y los fariseos cegados por la contumacia de su soberbia.) (Mateo 21, 14 - 16). **Y después de mirarlo todo, siendo ya tarde, partió de nuevo a Betania con los doce** (Marcos 11, 11) **donde se albergó.** (Sin decir una sola palabra más, dejándoles, recorre todo el Templo como dueño, y examinando cuanto en él había y pasaba, sin decir entonces nada, que sepamos se halla testimoniado, pero visitando bien aquella casa cuyo absoluto Señor era. Y luego, ya sea porque en ella no tenía amigos ya porque no juzgase seguro ni conveniente para hacer la voluntad de su Padre, decidió, siendo ya tarde, pernoctar en la ciudad de Betania a donde partió en compañía de los doce.

Tal fue el pasmoso triunfo de Jesucristo. Dueño de los corazones, cuando Él quiso, y lo quiso aquel domingo de Ramos. Se apoderó de ellos y los arrastraba en pos de Sí a miles y miles como si de un solo hombre se tratara, e igualmente hubiera hecho si en vez de corazones hubiera sido necesario arrastrar y hacer hablar a las piedras, de los que hubiera hecho hijas de Abrahán para que le hubiesen glorificado y aclamando llevando palmas hasta el Templo al Dominador del Templo, de quien había hablado el profeta Ageo.) (Mateo 21, 17).

“DE LA BOCA DE LOS PEQUEÑOS Y DE LOS LACTANTES, ME PREPARARÉ ALABANZAS”



"Que jamás ya nadie coma fruto de ti."

103 LA MALDICION DE LA HIGUERA

Al día siguiente, (Era lunes de semana Santa) **cuando salieron de Betania tuvo hambre.** (Es extraño que Jesús no haya probado bocado alguno antes de salir.) **Y divisando a la distancia una higuera que tenía hojas, se acercó para ver si encontraba algo en ella; pero llegado allí, no encontró más que hojas, porque no era tiempo de higos. Entonces respondió y dijo a la hoguera: “Que jamás ya nadie coma fruto de tí.”** (El que Jesús no encontrase higos en la higuera, era normal, porque no podía encontrarlos, puesto que no era estación de higos, como bien nos dice el evangelista; entonces ¿por qué Jesús maldice a la higuera? Para comprenderlo, debemos conocer primero ciertos aspectos importantes de la relación que hay entre las hojas y el fruto de la higuera. En Palestina, cuando llega la primavera y aparecen las primeras hojas de las higueras, éstas vienen acompañadas por unos pequeños nódulos o botones comestibles. Si estos pequeños higos no aparecen en ese tiempo, esto indica que el árbol, a pesar de tener hojas, será estéril y no producirá frutos. Por lo tanto, cuando Jesús se acercó a la higuera frondosa, tenía toda la razón para pensar que podría encontrar estos pequeños higos comestibles. Sin embargo, después de inspeccionar la higuera, “nada halló sino hojas”.

Pero, en realidad, lo que aquí importa no es el relato material. Se trata a todas luces de una acción simbólica del género de obras que habían realizado los antiguos profetas de Israel: Una acción verdadera y real, porque se sale del marco de la vida ordinaria para representar de una manera visible una enseñanza abstracta o una verdad superior. Es este suceso, Jesús simboliza la reprobación del pueblo de Israel, rico en hojas pero estéril en frutos. En sentido más amplio nos muestra a todos los hombres que por tener una fe muerta no dan los frutos propios de la fe. Por los frutos los conoceréis.

Este hecho de Jesucristo es todo misterioso, y una imagen del rigor con que tratará a todos aquellos que se parecieran a la higuera, si no encontrare frutos dignos de penitencia en cualquier tiempo, en que el Señor viniere a visitarnos. Y figura principalmente a la nación judaica, que iba a incurrir en la maldición del señor. Efectivamente el pueblo de Israel tenía que estar vigilante y dar frutos en el tiempo de la visita de Dios. En la higuera maldita Jesús quería indicar la reprobación definitiva de Israel, en el cual la mirada de Jesús había encontrado un contraste doloroso entre la abundancia de hojas y la ausencia de frutos, una religión puramente externa, sin fondo alguno, sin virtud auténtica.

Pero también la Iglesia debe tomar en serio esta advertencia. Cristo puede venir en cualquier momento, de una forma inesperada, y lo que él va a buscar es nuestro fruto. Él no se va a conformar con que tengamos hermosos templos, cultos muy bellos y bien organizados, y tampoco le va a impresionar nuestra música o la relevancia social que hayamos alcanzado.

También este pasaje nos invita a reflexionar sobre nosotros mismos. Si al fin de nuestros días el Señor viene a buscar el fruto que él tiene derecho a esperar de nosotros por los muchos beneficios recibidos de él y encuentra que solamente tenemos hojas, es decir aparentamos pero estamos vacíos de buenas obras, nuestra situación será como la de la higuera. Ya nunca más vamos a dar fruto. Se terminaron para nosotros las ocasiones de dar succulentos frutos de buenas obras, es el momento de la cosecha. No será porque el Señor no nos ha brindado un sinfín de gracias para que nosotros las acogiéramos y las hemos, no diré despreciado, pero no las hemos sabido aprovechar, o hemos sido indiferentes ante ellas.

Si hubiéramos dado fruto, muchos de nuestros hermanos cercanos o lejanos se hubieran aprovechado de ellos, y de este modo ellos hubieran podido crecer espiritualmente.

Y sus discípulos lo oyeron. (Mateo 21,18 - 19).





“Porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos”.

104 ARROJA DEL TEMPLO A LOS MERCADERES

Llegaron a Jerusalén y entró Jesús en el templo, (En un pasaje anterior hemos considerado el momento en el que Jesús llegó a Jerusalén en medio de la aclamación popular. Sin embargo, aunque muchos pensaban que iba a ocupar el trono en Jerusalén, él sabía que lo que realmente le esperaba era la cruz. Sólo dando "*su vida en rescate por muchos*" podría llegar a reinar en corazones rebeldes y pecadores. Esto significaba que él no iba a establecer inmediatamente su reino de una forma pública y visible, tal como la gente esperaba, de hecho, esto no ocurrirá hasta su Segunda Venida, sin embargo, él ya ha comenzado a reinar "secretamente" en los corazones de los hombres que le aceptan.

Su propósito con esta primera visita era hacer una inspección oficial como Rey de Israel al corazón de la nación, y por esta razón se dirigió al templo, el lugar donde latía el pulso de la adoración que se elevaba a Dios.

Lo que vio le desagradó profundamente. El templo estaba lleno de animales y de comerciantes que explotaban a los adoradores que iban allí procedentes de todas las naciones. Pero lo que aún era peor que la suciedad y el mal olor que todos aquellos animales pudieran producir, estaba la suciedad moral y espiritual de la clase sacerdotal que dirigía el templo para su propio beneficio. Aparentemente todo funcionaba correctamente; las ceremonias, los sacrificios, la música... pero la realidad era totalmente diferente. Como el Señor ilustró por medio de la maldición de la higuera estéril, la abundancia de hojas sólo servía para esconder la falta de fruto. Por eso, todos aquellos peregrinos que llegaban a Jerusalén con la esperanza de encontrar verdadero alimento espiritual para sus vidas, se quedaban vacíos y se sentían víctimas de la explotación que los dirigentes espirituales llevaban a cabo en el nombre de Dios.

Pero a los sacerdotes, nada de todo esto parecía importarles, en tal caso, lo único que les inquietaba eran los romanos, que habían colocado su cuartel justo al lado del mismo templo, y que además se llevaban una parte importante de sus beneficios. Pero aparte de esto, ellos se creían justos, y estaban esperando a que Dios enviara al Mesías para que acabara con sus enemigos. Cuando Jesús entró en el templo, vio todo esto, pero no dijo ni una sola palabra. ¿Se callaría ante estas injusticias?) **Y se puso a expulsar a todos los que vendían y compraban en el templo; volcó las mesas de los cambistas** (Recordemos que era obligatorio que cada judío pagara un impuesto al templo. Esto se hacía normalmente durante la fiesta de la Pascua, cuando los judíos venían de todas las partes del mundo para su celebración. Ahora bien, el impuesto había que pagarlo en una moneda concreta, "el siclo del santuario", así que no servía el dinero que aquellos judíos traían de sus países de origen. El sumo sacerdote no aceptaba moneda extranjera, así que había habilitado aquella zona del templo para que los "cambistas" pusieran sus mesas e hicieran el cambio de moneda. Por supuesto, había que pagar una fuerte comisión, de

la que el sumo sacerdote se llevaba una buena parte al ser él quien controlaba el templo.) y **las sillas de los que vendían palomas** (Además de pagar el impuesto del templo, los israelitas tenían que ofrecer distintos sacrificios de animales. Por supuesto, podían traerlos de sus países de origen, aunque esto sería muy incómodo y poco práctico. Pero además, los sacerdotes examinarían el animal antes de ser ofrecido para que fuera sin defecto, y si no había sido adquirido en el mercado que había en el atrio de los gentiles, difícilmente sería aceptado. Claro está que estos animales tenían un precio muy superior al que se podrían comprar en otras partes, pero es que todo esto era un monopolio del que el sumo sacerdote y su familia obtenían muy buenos dividendos.

Para las ofrendas de los pobres; eran sacrificadas las palomas, llamados pacíficos, y tenían por objeto conservar y confirmar la paz oferente con Dios. Ofrecíanse en acción de gracias por un bien recibido o para implorar una gracia especial. De los sacrificios se quemaban solamente las partes grasas, mientras que el pecho y pierna derecha pertenecían al sacerdote, y el resto al oferente, que la consumía en una comida con los amigos y los pobres.) **Y no permitía que nadie atravesase el templo transportando objetos.** (No consintió alguna carga o cosa que no fuese para el servicio y culto de Dios, atravesase por medio del templo. Tal era el respeto que quería que se tuviese a aquel lugar que estaba dedicado a Dios. Y si este celo mostró el señor por aquel lugar que solo era figura del verdadero templo que nosotros poseemos, ¿qué latigazos y que azotes bastaran para castigar las irreverencias y profanaciones de cada día vemos en nuestros templos?) **Y los enseñó diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración por todas las naciones?** (Vaticina el Señor en este lugar, que se habían de construir templos en todo el mundo y consagrarse a Dios, conforme con lo que había predicho Isaías: “*Porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.*” Porque en la nueva Alianza no habrá distinción entre los israelitas y los gentiles advenedizos. Todos serán llevados al santo monte Sión y a la casa de oración.) **más vosotros la habéis hecho cueva de ladrones** (Como antes comentábamos, aquella parte del templo debía ser un lugar de oración en el que los adoradores se prepararan para entrar a la presencia de Dios. Pero lejos de esto, los sacerdotes habían llenado de mercaderes la casa de Dios. Allí todo era un negocio en el que cada servicio del templo se comercializaba descaradamente para obtener un beneficio económico. Por supuesto, alguien tenía que vender los animales que se necesitaban para los sacrificios, pero esto se podía haber dejado a comerciantes que llevaran a cabo sus ventas fuera de los recintos sagrados y de las actividades del templo. Pero los sacerdotes, no sólo permitían que se hiciera allí, sino que además ellos mismos lo controlaban para su propio beneficio.

Los sacerdotes habían perdido su razón de ser. Su misión consistía en ser mediadores que ayudaran a los hombres a encontrar a Dios y ser bendecidos por él. Pero en lugar de eso habían convertido el sacerdocio en un monopolio

comercial con el único objetivo de enriquecerse a través del genuino deseo de los hombres de buscar a Dios.

Por supuesto, cuando una persona percibe esto y se siente objeto de la explotación y el robo, difícilmente podrá experimentar la gracia de Dios y el don gratuito de la salvación. Así que, estos sacerdotes eran doblemente culpables, porque por un lado robaban a Dios, tratando su Palabra como si fuese un artículo de su negocio, y por otro, trataban a las personas no como propiedad de Dios, sino como usuarios de un mercado cuyos derechos exclusivos creían poseer ellos.

Unos entendían que los sacerdotes haciendo un tráfico indigno de su ministerio, vendían al pueblo lo mismo que este les daba después de haberlo comprado para ofrecer al señor. Otros que solamente alquilaban el atrio del templo, y que este comercio, aunque de cosas que habían de servir para los sacrificios y para ser ofrecidas al Señor, no se hacía sin injusticia, sin mentiras y sin fraudes. Y que por esto era indigno de la santidad de su ministerio, por la avaricia, mala fe, confusión y alboroto que había en el lugar destinado únicamente para honrar al Señor. Este suceso no se debe mirar como un caso ordinario, sino como un efecto de la omnipotencia de aquel Señor que quiso obrar entonces, no como hombre sino como Dios. Un hombre solo, armado de un azote, arroja del templo una multitud tan grande de personas, echa por tierra las mesas, los bancos, el dinero y nadie se le opone. No hay quien abra su boca para replicarle una sola palabra.)

Los sumos sacerdotes y escribas lo oyeron y buscaban como hacerlo perecer; (Cristo hizo valer sus derechos divinos al echar fuera a los vendedores y al enseñar en el templo. Pero esto dio comienzo a una lucha a muerte. Por un lado estaban las autoridades del templo que estaban empeñadas en mantener su poder e ingresos, y por otro, estaban en peligro la fe, el amor, la obediencia y la devoción del pueblo. Esto llenaba de preocupación el corazón de Cristo, que de ninguna manera permaneció callado, como ya hemos visto, aunque este enfrentamiento le llevaría finalmente a la Cruz.

Buscaban, secretamente, como hacerle perecer, porque no podían sufrir que el Señor les reprendiese ni que sus ofrendas se disminuyeran y cayesen, y consiguientemente habían resuelto quitarle la vida, pero buscaban el modo y la oportunidad.) **pero le tenían miedo, porque todo el pueblo estaba poseído de admiración por su doctrina.** (Efectivamente el pueblo adoraba a Jesús y estaba entusiasmado por su doctrina, lo cual era un muro infranqueable para los sacerdotes y los escribas, quienes temían la oposición del pueblo, por lo que esperaban encontrar otras circunstancias que les permitiera prenderle.)

Y llegada la tarde, salieron Jesús y sus discípulos de la ciudad. (Marcos 11, 15 - 19).

INDICE y CRONOLOGÍA

61 - LA TRANSFIGURACIÓN.....4-8

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan su hermano y los llevó aparte (Mateo 17, 1) subió a la montaña para orar, y mientras oraba (Lucas 9, 29) se transfiguró delante de ellos: resplandeciendo su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz, (Mateo 17, 2) y he aquí que dos hombres hablando con Él: eran Moisés y Elías, os cuales aparecieron en gloria, hablaban del éxodo suyo que Él iba a verificar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros estaban agobiados de sueño, más habiéndose despertado, vieron su gloria y los hombres que estaban a su lado. Y en el momento en que se separaban de Él, dijo Pedro a Jesús: “Maestro, bueno es para nosotros estarnos aquí; hagamos pues tres pabellones, uno para Tí, uno para Moisés, y otro para Elías. Sin saber lo que decían. Mientras él decía esto, se hizo una nube que los envolvió en sombras. Y se asustaron al entrar en la nube. Y desde la nube una voz se hizo oír: “Este es mi Hijo el Elegido; escucharle a Él. Y al hacerse oír la voz, Jesús se encontraba solo. (Lucas 9, 30 - 36) Cuando bajaban del monte, les prohibió referir a nadie lo que habían visto, mientras el Hijo del hombre no hubiese resucitado de entre los muertos. (Marcos 9, 9) Guardaron, pues, silencio; y a nadie dijeron, por entonces, cosa alguna de lo que habían visto. (Lucas 9, 36) Discurriendo “que podía significar eso de resucitar de entre los muertos”. Y le hicieron esta pregunta: “¿Por qué, pues, dicen los Escribas que Elías, en efecto, vendrá primero?” Respondiéndoles: “Elías, en efecto vendrá primero, y lo restaurará todo”. Pero ¿cómo está escrito del Hijo del hombre, que debe parecer mucho y ser vilipendiado? (Marcos 9, 10-11) Os declaro, empero, que Elías ya vino, pero no le conocieron, sino que hicieron con él cuanto quisieron. Y así al mismo Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos. Entonces los discípulos cayeron en la cuenta que hablaba con relación a Juan Bautista. (Mateo 17, 12-13).

62 - CURACIÓN DE UN LUNÁTICO.....9-13

Al día siguiente, al bajar de la montaña, una gran multitud de gente iba al encuentro de Él. (Lucas 9,37) Llegaron, entrando, a los discípulos y vieron un gran gentío que los rodeaba, y Escribas que discutían con ellos. Toda esa multitud en cuanto lo vio, se quedó asombrada, y corrió a saludarle. Preguntóles: “¿Por qué discutís con ellos?” Respondióle uno de la multitud: “Maestro, te he traído a mi hijo lunático, (Marcos 9,14 - 17) te ruego pongas tus ojos sobre mi hijo, porque es el único que tengo. Se apodera de él un espíritu, y al instante se pone a gritar; y le retuerce en convulsiones hasta hacerle echar espumarajos, y a duras penas se aparta de él, dejándole muy maltratado. Rogué a tus discípulos que lo echaran, y ellos no han podido. Entonces Jesús respondió y dijo: “Oh generación incrédula y perversa ¡hasta cuando estaré con vosotros y tendré que soportaros? Trae acá a tu hijo”. Aún no había llegado éste a Jesús, cuando el demonio zarandeó y le retorció en convulsiones (Lucas 9,38 - 42) Y preguntó al padre: “¿Cuánto tiempo hace que esto sucede?” Respondió: “Desde su infancia; y a menudo lo ha echado, ora en fuego, ora en agua, para hacerlo morir. Pero si Tú puedes algo, ayúdanos, y ten compasión de nosotros. Respondióle Jesús: ¡Si

puede...! Todo es posible para el que cree.” Entonces el padre del niño se puso a gritar: “¡Creo!” ¡Ven en ayuda de mi falta de fe! Y Jesús viendo que se aproximaba un tropel de gente, conminó al espíritu diciéndole: “Espíritu mudo y sordo. Yo te lo mando, sal de él, y no vuelvas a entrar más en él”. Y, gritando y retorciéndole en convulsiones salió. Y quedo el mismo como muerto, y así muchos decían que había muerto. Pero Jesús, tomándole de la mano lo levantó y él se puso en pie. (Marcos 9,21-27) Y todos se maravillaron del poder de Dios. (Lucas 9, 43) Cuando hubo entrado en casa, los discípulos, le preguntaron en privado.” ¿Por qué, pues, no pudimos nosotros expulsarlo?” (Marcos 9, 28) Les dijo: “Por vuestra falta de fe.” (Mateo 17, 20) Y los Apóstoles dijeron al Señor: “Añádenos fe (Lucas 17,5) Porque en verdad os digo: “Que si tuvieseis alguna fe, aunque no fuera más grande que un grano de mostaza, diríais a esa montaña: pásate de aquí, allá, y se pasaría, y no habría para vosotros cosa imposible. (Mateo 17, 20) ¿Quién de vosotros, que tenga un servidor, labrador o pastor, le dirá cuando éste vuelva del campo: “Pasa en seguida y ponte a la mesa?” ¿No le dirá más bien: “Prepárame de comer; y ceñido sírveme luego hasta que yo haya comido y bebido, y después comerás y beberás tú?” ¿Y acaso agradece al servidor por haber hecho lo que le mando? Así también vosotros, cuando hubiereis hecho todo lo que está mandado, decid: “Somos siervos inútiles, lo que hicimos, estábamos obligados a hacerlo.” (Lucas 17, 7 - 10) Esta casta no puede ser expulsada sino con oración y el ayuno. (Marcos 9, 29).

63 - EL TRIBUTO AL TEMPLO.....14-17

Partiendo de allí, pasaron a través de Galilea, y no quería que se supiese; (Marcos 9, 30) Como se admiraran todos de cuanto Él hacía, dijo a sus discípulos: Vosotros haced que penetren bien en vuestros oídos estas palabras: (Lucas 9, 43-44) “El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo harán morir; y tres días después de su muerte resucitará”. (Marcos 9, 31) Pero ellos no entendían este lenguaje, y les estaba revelando para que no le comprendiesen; no se atrevían a interrogarlo al respecto. (Lucas 9, 45) Entre tanto, llegaron a Cafarnaúm Y cuando estuvo en su casa, (Marcos 9, 33) Llegaron acercándose a Pedro los que cobraban las didracmas y dijeron: “¿No paga vuestro Maestro las dos dracmas?” Respondió: “Si”. Y cuando llegó a la casa, Jesús se anticipó a decirle. “¿Qué te parece, Simón: Los reyes de la tierra ¿de quién cobran las tasas o tributos, de sus hijos o de los extraños? Respondió: “De los extraños”. Entonces Jesús le dijo: “Así, pues libres son los hijos. Sin embargo, para que no los escandalicemos, ve al mar a echar el anzuelo, y el primer pez que suba, sácalo, y abriéndole la boca encontrarás un estatero. Tómallo y dáselo por Mí y por ti”. (Mateo 17, 24 - 27).

64 - EL MAYOR DEL REINO DE LOS CIELOS....18-25

Y los preguntó: “¿De qué conversabais en el camino?” Más ellos guardaron silencio, porque habían discutido entre sí, durante el camino sobre quién sería el mayor. (Marcos 9, 33- 34). Y le preguntaron: “En conclusión, ¿quién es el mayor en reino de los cielos?” (Mateo, 18,1) Entonces, sentose, llamó a los doce y les dijo: “Si alguno quiere ser el primero, deberá ser el último de todos y el servidor de todos.” Y tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, y abrazándolo, les dijo: (Marcos 9, 35-36) “En verdad, os digo, si no volvéis a ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Quien se hiciere pequeño como éste niño ese es el mayor en el reino de los cielos. (Mateo 18, 3 - 4) El que recibe a uno de estos niños en mi nombre a Mí me recibe; y el que a mí me recibe, no me recibe a Mí, sino a Aquel que me envió; (Marcos 9, 37) porque el que es el más pequeño entre todos vosotros, éste es grande. Entonces, díjole Juan: “Maestro, vimos a un hombre que expulsaba demonios en tu nombre, el cual no nos sigue; y se lo impedimos, porque no anda con nosotros. Pero Jesús dijo: “No se lo impidáis, porque nadie haciendo milagros por mi nombre, será capaz de hablar luego mal de Mí. (Porque quien no está contra nosotros, por nosotros está. Quien os diere a beber un vaso de agua, por razón de que sois de Cristo, en verdad, os digo, no perderá su recompensa. (Marcos 9, 38-41) Pero quien escandalizare a uno solo de estos pequeños que crecen en Mí, más le valdría que se le suspendiese al cuello una piedra de molino de las que mueve un asno, y que fuese sumergido en el abismo del mar ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque forzoso es que vengan escándalos, pero ¡ay del hombre por quien el escándalo viene! Si tú mano o tu pie te hace tropezar, córtalo y arrójalo lejos de tí. Más os vale entrar en la vida manco o cojo, que ser, con tus dos manos o tus dos pies, echado al fuego eterno. Y si tu ojo te hace tropezar, sácalo y arrójalo lejos de tí. Más vale entrar en la vida con un solo ojo, que ser, con tus dos ojos, arrojado en la gehenna del fuego. (Mateo 18, 6 - 9) donde “el gusano de ellos no muere y el fuego no se apaga.” Porque cada uno ha de ser salado con el fuego. La sal es buena; más si la sal se vuelve insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos y estad en paz unos con otros. (Marcos 9, 48-49) Guardaos de predicar a uno solo de esos pequeños, Porque os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente la faz de mi Padre celestial. Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido. (Mateo 18, 10-11) No es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños. (Mateo 18, 14).

65 - EL PERDÓN.....26-32

Si tu hermano peca contra tí, repréndelo entre tí y él sólo; si te escucha habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha toma todavía contigo un hombre o dos, para que por boca de dos testigos o tres conste toda palabra. Si a ellos no escucha, dílo a la Iglesia. En verdad, os digo, todo lo que atareis sobre la tierra será atado en el cielo, y todo lo que dentareis sobre la tierra, será desatado en el cielo. (Mateo 18, 15 - 18) Entonces Pedro le dijo: “Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿Hasta siete veces?” Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por eso el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Y cuando empezó a ajustarlas, le trajeron a uno que le era deudor de diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, mandó el señor que lo vendiesen a él, a su mujer y a sus hijos y todo cuanto tenía y se pagase la deuda. Entonces arrojándose a sus pies el siervo postrado decía: “Ten paciencia conmigo, y te pagaré todo”. Movido a compasión el amo del siervo, lo dejó ir y le perdonó la deuda. Al salir, este siervo encontró a uno de sus compañeros, que le debía cien denarios, y agarrándole, lo sofocaba y decía: “Paga lo que debes”. Su compañero cayendo a sus pies, le suplicaba y decía: “Ten paciencia conmigo y te pagaré”. Más él no quiso, y le echó a la cárcel, hasta que pagase la deuda. Pero al ver sus compañeros lo ocurrido, se contristaron sobremanera y fueron y contaron al amo todo lo que había sucedido. Entonces lo llamo el señor y le dijo: “Mal siervo, yo te perdonaré toda aquella deuda como me suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, puesto que yo me compadecí de tí? Y encolerizado su señor lo entregó a los verdugos hasta que hubiese

pagado toda su deuda. Esto hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano.” (Mateo 18, 21- 35).

66- Y LE TRAÍAN NIÑOS.....33-39

Estando próxima la fiesta judía de los Tabernáculos. Y sus hermanos le dijeron: “Trasládate a Judea, para que tus discípulos también -allí- vean que obras haces. Ninguno esconde las propias obras cuando él mismo desea estar en evidencia. Ya que Tú haces tales obras, muéstrate al mundo.” Efectivamente, ni sus mismos hermanos creían en Él. Jesús por tanto, les respondió: “El tiempo no ha llegado aún para Mí; para vosotros siempre está a punto. El mundo no puede odiaros a vosotros; a Mí, al contrario, me odia, porque Yo testifico contra él que sus obras son malas. Id, vosotros, a la fiesta; Yo, no voy a esta fiesta, porque mi tiempo aún no ha llegado.” Dicho esto, se quedó en Galilea. (Juan 7, 2 – 9) Entonces le fueron presentados unos niños para que pusiese las manos sobre ellos, y orase; Pero los discípulos los reprendieron. (Mateo19, 13) Jesús viendo esto, se molestó y les dijo: “Dejad a los niños venir a Mí y no les impidáis, porque de tales como estos es el reino de Dios. En verdad, os digo, quién no recibe el reino de dios como un niño, no entrará en él.” Después los abrazó y los bendijo, poniendo sobre ellos las manos (Marcos10, 14-16) y después partió de allí. (Mateo 18, 15) Como se acercase el tiempo en que debía ser quitado, tomó resueltamente la dirección de Jerusalén (Lucas 9,51), más no ostensiblemente, sino como en secreto (Juan 7, 10) y envió mensajeros delante de sí, los cuales, de camino, entraron en una aldea de samaritanos para prepararle alojamiento. Más no le recibieron, porque iba camino de Jerusalén Viendo esto los discípulos Santiago y Juan, le dijeron: “Señor ¿Quieres que mandemos que el fuego caiga del cielo y los consuma?” Pero el habiéndose vuelto a ellos les reprendió. Y se fueron hacia otra aldea. Cuando iban caminando alguien redijo: “Te seguiré donde quiera que vayas”. Jesús le dijo: “Las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo, nidos; más elijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”. Dijo a otro: “Sígueme”. Este le dijo: “Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre”. Respondióle: “Deja a los muertos enterrar a sus muertos, tú, ve a anunciar el reino de Dios”. (Juan 9, 51- 62).

67 – EL PELIGRO DE LAS RIQUEZAS.....40-46

Cuando iba ya de camino vino uno corriendo, y doblando la rodilla le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para poseer en herencia la vida eterna?” (Marcos 10, 17) Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino uno: Dios, (Lucas 18. 19) más, si quieres entraren la vida, observa los mandamientos”. “¿Cuáles?”, le replico, Jesús le dijo: “No matarás; no cometerás adulterio; no robarás, no darás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Díjole entonces el joven: “Todo esto he observado; ¿qué me falta aún?” y dijo: “”Una cosa te queda: Anda, vende todo lo que posees, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, después, vuelve, y sígueme, llevando la cruz Al oír estas palabras, se entristeció, y se fue apenado, porque tenía muchos bienes. Entonces Jesús, dando una mirada a su rededor, dijo a sus discípulos:” ¿Cuán difícil es para los ricos entrar en el reino de Dios!” Como los discípulos se mostraron asombrados de sus palabras, volvió, a decirles Jesús: “Hijitos, ¡cuán difícil es para los que confían en las riquezas entrar en el reino de Dios! Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja

que a un rico entrar en el reino de Dios. Pero su estupor aumentó todavía; y se decían entre sí: “Entonces, ¿quién podrá salvarse?” Más Jesús, fijando sobre ellos su mirada, dijo: “Para los hombres, esto es imposible, más no para Dios, porque todo es posible para Dios.” (Marcos 10, 21 – 27) Púsose, entonces, Pedro a decirle: “Tú lo ves, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué nos espera Jesús les dijo: “En verdad, os digo, vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente sobre su trono glorioso, os sentaréis, vosotros también, sobre doce tronos, y juzgaréis a las doce tribus de Israel (Mateo 19, 27-28) En verdad, os digo, nadie dejará casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, a causa de Mí y a causa del Evangelio, que no reciba centuplicado ahora, en el tiempo, casas, hermanos, hermanas, madre, hijos y campos – a una con persecuciones- , y, en el siglo venidero, la vida eterna. (Marcos 10, 29-30).

68 – EL AMOR DE PREFERENCIA.....47-51

Como grandes muchedumbres le iban siguiendo por el camino, se volvió y les dijo: “Si alguno viene a Mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aún también a su propia vida, no puede ser discípulo mío Todo aquel que no lleva su propia cruz y no anda en pos de Mí, no puede ser discípulo mío. (Lucas 14, 25-27) Venid a Mí todos los agobiados y cargados y Yo os haré descansar. Tomad sobre vosotros el yugo mío, y dejaos instruir por Mí, porque soy manso y humilde en el corazón; y encontraréis reposo para vuestras vidas. Porque mi yugo es excelente, y mi carga liviana”. (Mateo 11, 28 – 30).

69 - LA PUERTA ESTRECHA.....52-56

Y pasaba por ciudades y aldeas y enseñaba yendo de viaje hacia Jerusalén. Respondióles: “Pelead para entrar por la puerta angosta, porque muchos, os lo declaro, tratarán de entrar y no podrán. En seguida que el dueño de la casa se haya despertado y haya cerrado la puerta vosotros, estando fuera, os pondréis a llamar a la puerta diciendo: ¡Señor, ábrenos! Más el respondiendo os dirá: No conozco ni sé de donde sois.” Entonces comenzarán a decir: “Comimos y bebimos delante de Ti, y enseñaste en nuestras plazas.” Pero él os dirá: “Os digo, no sé de donde sois. Alejaos de mi obradores todos de iniquidad.” Allí será el llanto y rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y a vosotros arrojados fuera. Y de Oriente y del Occidente, del Norte y del mediodía vendrán a sentarse en el reino de Dios. Y así hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos. (Lucas 13, 22 – 30).

70 - LOS OBREROS DE LA VIÑA.....57-61

Porque el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña. Habiendo convenido con los obreros en un denario por día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercera, vio otros que estaban de pie, en la plaza, sin hacer nada. Y les dijo: “Id vosotros también a mi viña, y os daré lo que sea justo.” Y ellos fueron. Saliendo otra vez a la sexta y a la novena, hizo lo mismo. Saliendo todavía a eso de la hora undécima, encontró otros que estaban allí, y les dijo: “¿Por qué estáis allí todo el día sin hacer nada?” Dijéronle: “Porque

nadie nos ha contratado.” Les dijo: “Id vosotros también a la viña. “Llegada la tarde, el dueño de la viña dijo a su mayordomo: “Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando por los últimos, hasta los primeros. Vinieron, pues, los de la hora undécima y recibieron cada uno un denario. Cuando llegaron los primeros, pensaron que recibirían más, pero ellos también recibieron cada uno un denario. Y al tomarlo murmuraban contra el dueño de la casa. Y decían: “Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los tratas como a nosotros que hemos soportado el peso del día y el calor”. Pero él respondió a uno de ellos: “Amigo, yo no te hago injuria. ¿No conviniste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que te toca, y vete. Mas yo quiero dar a este último tanto como a ti. ¿No me es permitido, con lo que es mío, hacer lo que me place? ¿O has de ser envidioso, porque yo soy bueno? Así los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos”. (Mateo 20, 1-16).

71 – LOS DIEZ LEPROSOS.....62-65

Siguiendo su camino hacia Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Y al entrar en una aldea, diez hombres leprosos vinieron a su encuentro, los cuales se detuvieron a la distancia, Y levantando la voz, clamaron: “Maestro Jesús, ten misericordia de nosotros”. Viéndolos les dijo: “Id, mostraros a los sacerdotes”. Y mientras iban quedaron limpios. Uno de ellos, al ver que había sido sanado se volvió glorificando a Dios en alta voz, y cayó sobre su rostro a los pies de Jesús dándole gracias, y ese era samaritano. Entonces Jesús dijo: “¿No fueron limpiados diez? ¿Y los nueve dónde están? ¿No hubo quien volviese a dar gloria a Dios sino este extranjero?” Y le dijo: “levántate y vete, tu fe te ha salvado”. (Lucas 17, 11-19).

72 – JESÚS ENSEÑA EN EL TEMPLO.....66-72

Pero después que sus hermanos hubieron subido a la fiesta, ÉL también subió, más no ostensiblemente, sino como en secreto. Buscábanle los judíos durante la fiesta y decían: “¿Dónde está Aquel Y se cuchicheaba mucho acerca de Él en el pueblo. Unos decían: “Es un hombre de bien”. “No, decían otros, sino extravía al pueblo”. Pero nadie expresaba públicamente su parecer sobre Él, por miedo a los judíos. Estaba ya mediada la fiesta, cuando Jesús subió al templo, y se puso a enseñar. Los judíos estaban admirados y decían: “¿Cómo sabe Éste de letras no habiendo estudiado?” Replícoles Jesús y dijo:” Mi doctrina no es mía, sino del que me envió. Si alguno quiere cumplir su voluntad, conocerá si esta doctrina viene de Dios, o si Yo hablo por mi propia cuenta. Quien hablador su propia cuenta, busca su propia gloria; pues quien busca la gloria del que lo envió, ese es veraz, y no hay en él injusticia. ¿No os dio moisés la Ley? Ahora bien, ninguno de vosotros observa la Ley ¿Por qué tratáis de quitarme la vida?” La turba contestó: “Estás endemoniado. ¿Quién trata de quitarte la vida. Jesús les respondió y dijo: “Una sola obra he hecho, y por ello estáis desconcertados todos. Si un hombre es circundado en sábado, para que no sea violada la Ley de Moisés: ¿Cómo os encolerizáis contra Mí, porque en sábado sane a un hombre entero? No juzgáis según las apariencias, sino que vuestro juicio sea justo. Entonces algunos hombres de Jerusalén se pusieron a decir: “¿No es Éste a quién buscáis para matarlo? Y ved como habla en público sin que le digan nada. ¿Será que verdaderamente habrán reconocido los Jefes que Él es el Mesías? (Pero sabemos de dónde es Éste; mientras que el Mesías, cuando venga, nadie sabrá de donde es.” Entonces Jesús, enseñando en

el Templo, clamó y dijo: “Si vosotros me conocéis y sabéis de donde soy; pero es que Yo no he venido de Mí mismo; más Él que me envió, es verdadero; y a Él vosotros no le conocéis. Yo sí que conozco, porque soy de junto a Él, y es Él quien me envió.” Buscaban, entonces, apoderarse de Él, pero nadie puso sobre él la mano, porque su hora no había llegado aún. De la gente, muchos creyeron en Él, y decían: “Cuando el Mesías venga, ¿Hará más milagros que los que Éste ha hecho?” Oyeron los Fariseos estos comentarios de la gente acerca de Él; y los Sumos Sacerdotes con los Fariseos enviaron satélites para prenderlo. Entonces Jesús dijo: “Por un poco de tiempo todavía estoy con vosotros; después me voy a Aquel que me envió. Me buscaréis y no me encontraréis, porque donde Yo estaré, vosotros no podéis ir.” Entonces los judíos se dijeron unos a otros: “¿Adónde, pues ha de ir que nosotros no le encontraremos? ¿Irá a los que están dispersos entre los griegos o irá a enseñar a los griegos? ¿Qué significan las palabras que acaba de decir: me buscaréis y no me encontraréis, y a donde Yo estaré, vosotros no podéis ir?” (Juan 7, 10 – 36).

73 – LA MUJER ADÚLTERA.....73-76

Por la mañana reapareció en el Templo y todo el pueblo vino a Él, y sentándose les enseñaba. Entonces los Escribas llevaron una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio, le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en fragante delito de adulterio. Ahora bien la Ley de Moisés, nos ordena apedrear a tales mujeres. ¿Y Tú que dices? Esto lo decían para ponerle en apuros, para tener de qué acusarle. Pero Jesús inclinándose, se puso a escribir en el suelo con el dedo. Como ellos persistían en su pregunta, se enderezó y dijo: “Aquel de vosotros que esté libre sin pecado, tire el primero la piedra contra ella”. E inclinándose de nuevo, se puso otra vez a escribir en el suelo. Por ello después de oír aquello, se fueron uno por uno comenzando por los más viejos, hasta los postreros, y quedó Él sólo, con la mujer que estaba en medio. Entonces Jesús levantándose, le dijo: “Mujer ¿dónde están ellos? ¿Ninguno te condenó?”. “Ninguno, Señor”, respondió ella. Y Jesús le dijo: “Yo no te condeno tampoco. Vete, desde ahora no peques más.” (Juan 8, 2- 11.).

74 – LUZ DEL MUNDO.....77-90

Ahora Bien, el último día, el más solemne de la fiesta, Jesús poniéndose en pie, clamó: “Si alguno tiene sed venga a mí, y beba. Quién cree en Mí. Como ha dicho la Escritura: de su seno manarán torrentes de agua viva”. Dijo esto del Espíritu que había de recibir los que creyesen en Él: pues aún no había Espíritu, por cuanto Jesús no había sido todavía glorificado. Algunos del pueblo, oyendo estas palabras, decían: “A la verdad, Éste es el Profeta”. Otros decían: “Éste es el Cristo”; pero otros decían: “Por ventura ¿de Galilea ha de venir el Cristo? No ha dicho la Escritura que Cristo, ha de venir del linaje de David, y de Belén, la aldea de David? Se produjo así división en el pueblo a causa de Él, pero nadie puso sobre Él la mano. Volvieron, pues, los satélites de los Sumos Sacerdotes y Fariseos, los cuales les preguntaron: “¿Por qué no le habéis traído?” Respondieron los satélites: “nadie jamás hablo como ese hombre.” A lo cual los Fariseos les dijeron: “También vosotros habéis sido embaucados?” (Juan 7. 37-47) Jesús les hablo otra vez, y dijo: “Yo soy la luz del mundo. El que me siga, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” Redijeron, entonces, los Fariseos: “Tú te das testimonio a Ti mismo; tu testimonio no es verdadero”. Jesús les respondió y dijo: “Aunque Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio es

verdadero, porque sé de dónde vengo y adónde voy; más vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy. Vosotros juzgáis carnalmente; Yo no juzgo a nadie; y si Yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no soy Yo solo sino Yo y el Padre que me envió. Está escrito también en vuestra Ley que el testimonio de dos hombres es verdadero. Ahora bien, para dar testimonio de Mí, estoy Yo mismo y el Padre.” Ellos le respondieron: “¿Dónde está tu Padre?” Jesús respondió: “Vosotros no conocéis ni a Mí ni a mi Padre; si me conocieseis a Mí, conoceríais a mi Padre.” Dijo esto junto al Tesoro, enseñando en el Templo. Y nadie se apoderó de Él, porque su hora no había llegado. De nuevo les dijo: “Yo me voy y vosotros me buscaréis, más moriréis en vuestro pecado. Adonde Yo voy, vosotros no podéis venir.” Entonces los judíos dijeron: “Acaso va a matarse, pues que dice: Adonde Yo voy, vosotros no podéis venir.” Y Él des dijo: “Vosotros sois de abajo; Yo soy de arriba; vosotros sois de abajo; Yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; Yo no soy de este mundo. Por eso, os dije que moriréis en vuestros pecados. Si, si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados. Entonces le dijeron: “Pues ¿quién eres?” Respondióles Jesús: “Eso mismo que os digo desde el principio.” Tengo mucho que decir y juzgar de vosotros. Pues Él que me envió es veraz, y lo que Yo oí a Él, esto es lo que enseño al mundo. Ellos no comprendieron que les estaba hablando del Padre. Jesús les dijo pues: “Cuando hayáis alzado al Hijo del hombre entonces conoceréis que soy Yo el Cristo y que de Mí mismo no hago nada, sino que hablo como mi Padre me enseñó. Y el que me envió, está conmigo. Él no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que le agrada. Al decir estas cosas, muchos creyeron Él. Jesús dijo entonces a los judíos que lo habían creído: “Si permanecéis en mi palabra, sois verdaderamente mis discípulos.” Replicáosle: “Nosotros somos la descendencia de Abrahán, y jamás hemos sido esclavos de nadie;¿cómo, pues dices Tú, llegaréis a ser libres?” Jesús les respondió: “En verdad, en verdad, os digo todo el que comete pecado es esclavo del pecado.” Ahora bien, el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo queda para siempre. Si pues, el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres. Bien sé que sois la posteridad de Abrahán, y sin embargo, tratáis de matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros, Yo digo lo que he visto junto a mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis aprendido de vuestro padre.” Ellos le replicaron diciendo: “Nuestro padre es Abrahán.” Jesús les dijo: “Si fuerais hijos de Abrahán, haríais obras de Abrahán. Sin embargo, ahora tratáis de matarme a Mí, hombre que os he dicho la verdad que aprendí de Dios. ¡No hizo esto Abrahán! Vosotros hacéis las obras de vuestro padre”. Dijéronle: “Nosotros no hemos nacido del adulterio; no tenemos más que un padre ¡Dios!” Jesús les respondió: “Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais a Mí, porque Yo salí y vine de Dios. No vine por Mí mismo sino que Él me envió. ¿Por qué, pues, no comprenderéis mi lenguaje? Porque no podéis sufrir mi palabra. Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre, Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay nada de verdad en él. Cuando profiere la mentira, habla de lo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira. Y a Mí porque os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado? Y entonces; si digo la verdad. ¿Por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios, por eso no la escucháis vosotros, porque no sois de Dios” A lo cual los judíos respondieron diciéndole: “¿No tenemos razón, en decir que Tu eres un samaritano y un endemoniado?” Jesús repuso: “Yo no soy un endemoniado, sino que honro a mi Padre, y vosotros me estáis ultrajando. Más Yo no busco mi gloria; hay quién la busca y juzgará. En verdad, en verdad, os digo, si alguno guardase mi palabra, no verá jamás la muerte Respondiéronle los judíos: “Ahora sabemos que estás endemoniado. Abrahán murió,

los profetas también; y tú dices: Si alguno guardase mi palabra no gustará jamás de la muerte. ¿Eres Tú, pues, más grande que nuestro padre Abrahán, el cual murió? Y los profetas también murieron; ¿Quién te haces a Ti mismo?” Jesús respondió: “Si Yo me glorifico a Mí mismo, mi gloria nada es; mi padre es quien me glorifica: Aquel de quien vosotros decís que es vuestro Dios; más vosotros no le conocéis. Yo sí que le conozco, y si dijera que no le conozco, sería mentiroso como vosotros, pero reconozco y conservo su palabra. Abrahán, vuestro padre, exultó por ver mi día; y lo vio y se llenó de gozo.” Dijéronle, pues los judíos: “No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?” Entonces tomaron piedras para arrojarlas sobre Él. Pero Jesús se ocultó y salió del Templo. (Juan 8,12-59) ¿Acaso hay alguien entre los jefes o entre los Fariseos que hayan creído en Él? Pero esa turba, ignorante de la Ley, son unos malditos. Más Nicodemo, el que había venido a encontrarlo anteriormente, y que era uno de ellos, les dijo: “¿Permite nuestra Ley condenar a alguien antes de haberlo oído y de haber conocido sus hechos?” Le respondieron y dijeron: “¿También tu eres de Galilea? Averigua y verás que de la Galilea no se levanta ningún profeta.” Y se fueron cada uno a su casa. (Juan, 7,48-53).

75 – CURA A UN CIEGO DE NACIMIENTO.....91-100

Al pasar vio a un hombre, ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: “Rabí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que naciese ciego?” Jesús respondió: “Ni él ni sus padres, sino que ello es para que sus obras de Dios sean manifestadas en él. Es necesario que cumplamos las obras de Aquel que me envió mientras que es de día; en que ya nadie puede obrar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo. Habiendo dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva y le untó los ojos con barro. Después le dijo: “Ve a lavarte a la piscina de Siloe”, que se traduce “El Enviado”. Fue, pues, se lavó y volvió con vista. Entonces los vecinos y los que antes lo habían visto - pues era mendigo- dijeron: “¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna?” Unos decían: “Es él, otros: “No es él, sino que se le parece. Pero él decía: “Soy yo” Entonces le preguntaron: “¿Cómo, pues, se abrieron tus ojos?” Respondió: “Aquel hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó con él los ojos y me dijo: “Ve al Siloe y lávate”. Fui, me lavé y vi.” Repreguntaron: “¿Dónde está Él?” Respondió: “No lo sé”.

Llevaron, pues, los Fariseos al que antes había sido ciego. Ahora bien, el día en que Jesús había hecho barro y le había abierto los ojos era sábado. Por lo que volvieron a preguntarle los Fariseos cómo había llegado a ver, les respondió: “Puso barro sobre mis ojos, y me lave, y veo”. Entonces entre los Fariseos, unos decían: “Ese hombre no es Dios, porque no observa el sábado”. Otros, empero, dijeron: “¿Cómo puede un pecador hacer semejante milagro?” Y estaban en desacuerdo. Más los judíos no creyeron que él hubiese sido ciego y que hubiese recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista. Le preguntaron: “¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues ¿cómo ve ahora?” Los padres respondieron: “Sabemos que estés nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo es que ve ahora no lo sabemos; y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco sabemos. Preguntárselo a él: edad tiene, él hablara por sí mismo.” Los padres hablaron así, porque tenían a los judíos. Pues éstos se habían ya concertado para que quien quiera lo reconociese como Cristo, fuese excluido de la Sinagoga. Por eso sus padres dijeron: “Edad tiene, preguntarle a él.” Entonces llamaron por segunda vez al que había sido ciego, y le dijeron: “¿Da gloria a Dios! Nosotros sabemos que este hombre es pecador.” Más el

repuso: “Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que yo era ciego y que al presente veo.” A lo cual repreguntaron otra vez: “¿Qué te hizo? ¿Y cómo te abrió los ojos?” Contestóles: “Ya os he dicho, y no lo escucháis. ¿Para qué queréis oírlo de nuevo? ¿Queréis acaso vosotros también haceros sus discípulos? Entonces lo indujeron y le dijeron: “Tu sí su discípulo; nosotros somos los discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés; pero éste, no sabemos de donde es.” Les replicó el hombre y dijo: “He aquí lo que causa admiración, que vosotros no sepáis de donde es Él, viendo así que me ha abierto los ojos.” Sabemos que Dios no oye a los pecadores, pero al que es piadoso y hace su voluntad, a ese le oye. Nunca jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si Él no fuera Dios, no podría hacer nada.” Ello le respondieron diciendo: “En pecados naciste todo tú, ¿y nos vas a enseñar a nosotros? Y lo echaron fuera. Supo Jesús que lo habían arrojado, y habiéndolo encontrado, le dijo: “¿Crees tú en el Hijo del hombre?” El respondió y dijo: “¿Quién es, Señor, para que crea en Él? Díjole Jesús: “Le estás viendo, es quien te habla.” Y él repuso: “Creo, Señor”, y le adoró. Entonces Jesús dijo: “Yo he venido a este mundo para un juicio, para que vean los que no ven; y los que ven queden ciegos.” Al oír esto, algunos Fariseos que se encontraban con Él, le preguntaron: “¿Acaso también nosotros somos ciegos?” Jesús les respondió: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado. Pero ahora decís: “Vemos”, vuestro pecado persiste (Juan 9, 1- 41).) Y de nuevo los judíos se dividieron a causa de estas palabras. Muchos decían: “Es un endemoniado, está loco. ¿Por qué le escucháis?” Otros decían: “Estas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos a un ciego?” (Juan 10, 19-21).

76 – MISION DE LOS SETENTA Y DOS.....101-107

Después de esto, el Señor designó todavía otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de Él a toda ciudad o lugar, adonde El mismo quería ir. (Lucas 10,1) Y les dijo: “Id, os envío como corderos entre lobos. No llevéis ni bolsa, ni alforja, ni calzado, ni saludéis a nadie por el camino. En toda casa donde entréis, decid primero: “Paz a esta casa”. Y si allí hay un hijo de paz, reposará sobre él la paz vuestra; si no, volverá a vosotros. Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es acreedor a su salario. No paséis de casa en casa. Y en toda ciudad en donde entréis y os reciban comed lo que os pusieren delante. Curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: “El reino de Dios está llegando a vosotros.” Y en toda ciudad en donde entréis y no os quieran recibir, salid por sus calles y decid: “Aún el polvo que de vuestra ciudad se pegó a nuestros pies, lo sacudimos (dejándolo) para vosotros. Pero sabedlo, ¡el reino de Dios ha llegado!” Os digo que aquel día será más tolerable para los de Sodoma que para aquella ciudad.” (Lucas 10, 3-12) Entonces se puso a maldecir a las ciudades donde había hecho el mayor número de sus milagros, porque no se habían arrepentido. ¡Ay de ti Corozáin! ¡Ay de ti Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los prodigios que han sido hechos en vosotras, desde hace tiempo se habrían arrepentido en saco y ceniza. Por eso os digo, que el día del juicio será más soportable para Tiro y Sidón que para vosotras. Y tú Cafarnaúm, ¿acaso habrás de ser exaltada hasta el cielo? Hasta el abismo serás abatida. Porque si en Sodoma hubiesen sucedido las maravillas que han sido hechas en ti, aún estaría ella en pie el día de hoy. Por eso te digo que en el día del juicio será más soportable para la tierra de Sodoma que para ti.” (Mateo 11, 20-24) Entretanto los setenta y dos volvieron y le dijeron llenos de gozo: “Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu

nombre.” Díjoles: “Yo veía a Satanás caer como un relámpago del cielo. Mirad que os he dado potestad de caminar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo poder el enemigo y nada os dañará. Sin embargo no habéis de gozaros en esto de que los demonios se os sujetan, sino gozaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo. En aquella hora se estremeció de gozo, en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mantenido estas cosas escondidas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeños. Si, Padre, porque así te plugo a Ti. Por mi parte, me ha sido dado todo, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo. (Lucas 10, 17-22).

77 – LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA.....108-112

Si alguno oye mis palabras y no las observa, Yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. (Juan 12,47)

78 – EL BUEN SAMARITANO.....113-116

Se levantó entonces un doctor en la Ley, y para enredarlo le dijo: “Maestro, ¿qué he de hacer para lograr la herencia de la vida eterna? Respondióle: “En la Ley, ¿Qué está escrito? ¿Cómo lees?” Y él replico diciendo: “Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, y con toda tu alma, y con toda la fuerza y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo”. Díjole Jesús: “Has respondido justamente. Haz esto y vivirás”. Pero él, queriendo justificarse a sí mismo dijo a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?” Jesús repuso diciendo: “Un hombre, bajando de Jerusalén, vino a dar entre salteadores, los cuales, después de haberlo despojado y cubierto de heridas, se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente, un sacerdote iba bajando por ese camino; lo vio y paso de largo. Un levita llegó asimismo delante de ese sitio; lo vio y paso de largo. Paso un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba, lo vio y se compadeció de él; y acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; luego poniéndolo sobre su propia cabalgadura lo condujo a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacando dos denarios los dio al posadero y redijo: “Ten cuidado de él, todo lo que gastares de más, yo te lo reembolsaré a mi vuelta.” ¿Cuál de estos tres te parece haber sido el prójimo de aquel que cayó en manos de los bandoleros? Respondió: “El que se apiadó de él.” Y Jesús le dijo: “Ve, y haz tú lo mismo.” (Lucas 10, 25-37).

79 – LA OVEJA Y EL DRACMA PERDIDAS.....117-120

Todos los Publicanos y los pecadores se acercaban a Él para oírlo. “Más los Fariseos y los Escribas murmuraban y decían: “Este recibe a los pecadores y come con ellos.” Entonces les dijo esta parábola:” ¿Qué hombre entre vosotros, teniendo cien ovejas, si llegara a perder una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el desierto, para ir tras la oveja perdida hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre los hombros, muy gozoso, y vuelto a su casa, convoca a amigos y vecinos, y los dice: “Alegraos conmigo, porque hallé mi oveja, la que andaba perdida.” Así os digo, habrá gozo en el cielo, más por un solo pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse. ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si llega a perder una sola dracma, no enciende el candil y barrer la casa y busca con

cuidado, hasta que la halla? Y cuando la ha encontrado, convoca a las amigas y vecinas, y las dice: “Alegraos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido” Os digo que la misma alegría reina en presencia de los Ángeles de Dios, por un solo pecador que se arrepiente.” (Lucas 15, 1-10).

80 - EL BUEN PASTOR.....121-127

“En verdad, en verdad, os digo, quién no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, ese es un ladrón, un salteador. Más el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y él llama por su nombre a las ovejas propias, y las saca fuera. Cuando ha hecho salir todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Más al extraño no le seguirán, antes huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.” Tal es la parábola, que les dijo Jesús, pero ellos no comprendían de qué les hablaba. Entonces Jesús prosiguió: “En verdad, en verdad, os digo, Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes que Yo son ladrones y salteadores, más las ovejas no los escuchan. Yo soy la puerta, si alguno entra por Mí, será salvo; podrá ir y venir y hallará pastos. El ladrón no viene sino para robar, para degollar, para destruir. Yo he venido para que tengan vida sobreabundante. Yo soy el pastor, el Bueno. El buen pastor pone su vida por las ovejas. Más el mercedario, el que no es el pastor, de quién no son propias las ovejas, viendo venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo las arrebató y las dispersa., porque el mercedario no tiene interés en las ovejas. Yo soy el pastor bueno, y conozco las mías, y las mías me conocen, -así como el Padre me conoce y Yo conozco al Padre- y pongo mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este aprisco. A esas también tengo que traer; ellas oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Por esto me ama el Padre, porque Yo pongo mi vida para volver a tomarla. Nadie me la puede quitar, sino que Yo mismo la pongo. Tengo el poder deponerla, y tengo el poder de recobrarla. Tales el mandamiento que recibí de mi Padre.” (Juan 10, 1-18)

Pero vosotros no creéis porque no sabéis de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, Yo las conozco y ellas me siguen. Y Yo las daré la vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi padre me dio es mayor que todo, y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre. (Juan 10, 26-29).

81 – EL HIJO PRÓDIGO.....128-135

Dijo aún: un hombre tenía dos hijos, el menor de los cuales dijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes, que me han de tocar”. Y les repartió su haber. Pocos días después, el menor, juntando todo lo que tenía, partió para un país lejano, y allí disipó todo su dinero, viviendo perdidamente. Cuando lo hubo gastado, sobrevino una gran hambre en ese país, y comenzó a experimentar necesidad. Fue, pues, a ponerse a las órdenes de un hombre del país, el cual le envió a sus tierras a apacentar los puercos. Y hubiera, a la verdad, querido llenarse el estómago con las bellotas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Volviéndose entonces sobre sí mismo, se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo, aquí, me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi Padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y delante de tí. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, Hazme como a uno de tus jornaleros.” Y levantándose se volvió hacia su padre. Y cuando estaba todavía lejos, su padre le vio, y se le enternecieron las entrañas, y corriendo a él, cayó sobre su cuello

y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. “Pero el padre dijo a sus servidores: “Pronto traed aquí la ropa, la primera, y vestirlo con ella; traed un anillo para su mano, y calzado para sus pies; y traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este hijo mío estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.” Y comenzaron la fiesta. Más sucedió que el hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver llegó cerca de la casa, oyó música y coros. Llamó a uno de los criados y le averiguo qué era aquello. Él le dijo: “Tu hermano ha vuelto y tu padre ha matado el novillo cebado, porque lo ha recobrado sano y salvo.” Entonces se indignó y no quería entrar. Su padre salió y le llamó. Pero él contestó a su padre: “He aquí tantos años que te estoy sirviendo y jamás he trasgredido mandato alguno tuyo; y a mí nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos. Pero cuando tu hijo éste que se ha comido toda tu hacienda con meretrices ha vuelto, le has matado el novillo cebado.” El padre le dijo: “Hijo mío, tu siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo. Pero estaba bien hacer fiesta y regocijarme, porque este hermano tuyo había muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado.” (Lucas 15,11-32).

82 – MARTA Y MARIA.....136-139

Durante su viaje entro en cierta aldea, y una mujer llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Pero Marta, que andaba muy afanada en los múltiples quehaceres del servicio, vino a decirle: “Señor, ¿no se te da nada que mi hermana me haya dejado servir sola? Dile, pues que ayude. “El Señor la respondió: “¡Marta, Marta! Tú te afanas y te agitas por muchas cosas. Una sola es necesaria. María eligió la buena parte, que no le será quitada. (Lucas 10,38-42).

83 - ORACIÓN DOMINICAL.....140-144

Un día que Jesús estaba en oración, en cierto lugar, cuando hubo terminado, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”. Les dijo: “Cuando oréis decid: Padre, que sea santificado tu nombre; que llegue tu reino. Danos cada día nuestro pan supersubstantial; y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe; y no nos introduces en prueba”. (Lucas 11, 1 – 4).

84 – LA MUJER ENCORVADA.....145-148

En aquel momento llegaron algunas personas a traerle la noticia de esos galileos cuya sangre Pilato había mezclado con la de sus sacrificios. Y respondiendo les dijo: “¿Pensáis que estos galileos fueron los más pecadores de todos los galileos, porque han sufrido esas cosas? Os digo que de ninguna manera, sino que todos pereceréis igualmente si no os arrepentís. O bien aquellos dieciocho, sobre los cuales cayó la torre de Siolé los mató ¿pensáis que eran más culpables de todos los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que de ninguna manera sino que todos parecéis igualmente no os convertís. (Lucas 13, 1-5).

Después, un día sabático enseñaba en una sinagoga, (Lucas 13,10). Y dijo esta parábola: “Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, vino a buscar el fruto de ella, y no lo halló. “Mira, tres años hace que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo. ¡Córtala! ¿Por qué ha de inutilizar la tierra? Más él le respondió y dijo: “Señor, déjala todavía un año, hasta que yo cave alrededor y eche abono. Quizá de fruto en lo futuro; si no, la cortarás”. (Lucas 13, 6-9).

Había allí una mujer que tenía desde hacía dieciocho años, un espíritu de enfermedad: estaba toda encorvada, y sin poder absolutamente enderezarse. Al verla la llamo y la dijo: “Mujer, queda libre de tu enfermedad”. Y puso sobre ella sus manos, y al punto se enderezó, y se puso a gloriar a Dios: Más Jesús le replicó diciendo: “Hipócritas, ¿cada uno de vosotros no desata su buey o su asno del pesebre, en día sabático, para llevarlo al abrevadero? Y a esta que es hija de Abrahán, que satanás tenía ligada hace ya dieciocho años, ¿no se la había de liberar de sus ataduras, en día sabático?” A estas palabras todos sus adversarios quedaron anonadados de vergüenza, en tanto que la muchedumbre entera se gozaba de todas las cosas gloriosas hechas por Él. (Lucas 13, 11-17).

85 – PARABOLA DE LOS PRIMEROS PUESTOS...149-152

Mientras Él hablaba lo invitó un fariseo a comer con él, y se puso a la mesa. (Lucas 11,37). Y les dijo: Id a decirle a ese zorro: He aquí que echo demonios y obro curaciones hoy, mañana, y el tercer día habré terminado. Pero hoy, mañana y otro día, es necesario que Yo ande, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén. (Lucas 13, 32-33).

Estaba allí un hombre hidrópico Tomándole la palabra, Jesús preguntó a los doctores de la Ley y a los fariseos: “Es lícito, curar en día sabático, o no? Pero ellos guardaron silencio. Tomándolo entonces de la mano lo sanó y lo despidió. “¿Quién hay de vosotros, que viendo a su hijo o su buey caído en un pozo, no lo saca pronto de allí, aún en día de sábado? Y no fueron capaces de responder a esto: Observando como elegían los primeros puestos en la mesa, dirigió una parábola a los invitados diciendo: Cuando seas invitado a un convite de bodas, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya allí otro invitado objeto de mayor honra que tú, y viniendo el que os convidó a ambos, te diga: “Deja el sitio a ésta”, y pases entonces con vergüenza, a ocupar el último lugar. Por el contrario, cuando seas invitado, ve a ponerte el último lugar, para que, cuando entre el que te ha invitado, te diga: “amigo sube más arriba”. Y entonces tendrás el honor a los ojos de todos los convidados. Porque el que se levanta, será abajado, y el que se abaja, será levantado.

También dijo al que le había invitado: “Cuando después de un almuerzo o una cena, no invitas a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y que estos sea su pago. Antes bien, cuando des un banquete, convida a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos. Y feliz serás, porque ellos no tienen como retribuirte, sin que tú seas retribuido en la resurrección de los justos. (Lucas 14, 10-14).

86- JESÚS CONFIRMA SU MISION MESIÁNICA.....153-159

Llegó entre tanto la fiesta de la dedicación en Jerusalén. Era invierno. Y Jesús se paseaba por el templo, bajo el pórtico de salomón. Lo rodearon entonces, y le dijeron: “¿Hasta cuándo tendrás nuestros espíritus en suspenso?” Si Tu eres el Mesías, dínoslo

claramente”. Jesús les replicó: “Os lo he dicho, y no creéis, las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, esas son las que dan testimonio de Mí. (Juan. 10, 22 – 25). “Yo y mi Padre somos uno”. (Juan 10.30).

Entonces Jesús les dijo: “Os he hecho ver muchas obras buenas, que son de mi padre ¿Por cuál de ellas queréis apedrearle? Los judíos les respondieron: “No por obras buenas te apedreamos, sino porque blasfemas, y siendo hombre, te haces a Ti mismo Dios”. Respondióles Jesús: “¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije. Sois dioses?”

Si ha llamado dioses a aquellos a quienes fue dirigida la palabra de Dios – y la escritura no puede ser anulada – ¿Cómo de Aquel que el Padre consagró y envió al mundo, vosotros decís: “Blasfema”, porque dije: Yo soy el Hijo de Dios”.

Entonces trataron de nuevo de apoderarse de Él, pero se escapó de entre sus manos. (Juan 10, 32, 39).

87 EL ADMINISTRADOR INFIEL.....160-164

Dijo también, dirigiéndose a sus discípulos: “Había un hombre rico, que tenía un mayordomo. Este le fue denunciado como que dilapidaba sus bienes. Lo hizo venir y le dijo: “¿Qué es eso que oigo de ti? Da cuenta de la administración, porque ya no puedes ser mayordomo.” Entonces el mayordomo se dijo dentro de sí mismo: “¿Qué voy a hacer, puesto que mi amo me quita la mayordomía? De cavar no soy capaz; mendigar me da vergüenza. Lo que voy a hacer, para que, cuando sea destituido de la mayordomía, me reciban en sus casas.” Y llamado a cada uno de los deudores de su amo dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?” Y le contestó: “Cien barriles de aceite”. Le dijo: “Aquí tienes tu vale; siéntate enseguida y escribe cincuenta.” Luego le dijo a otro: “¿Y tú cuanto debes? Este le dijo: “Cien medidas de trigo”. Le dijo: “Aquí tienes tu vale, escribe ochenta.” Y alabó el señor al inicuo mayordomo, porque había obrado sagazmente. Es que los hijos del siglo, en sus relaciones con los de su especie, son más listos que los hijos de la luz. Por lo cual Yo os digo granjearos amigos por medio de la inicua riqueza para que, cuando ella falte os revivan en las moradas eternas. El fiel en lo muy poco, también lo mucho es fiel; y quien en lo muy poco es injusto, también en lo mucho es injusto. Si, pues no habéis sido fieles en la riqueza inicua, ¿Quién os conferirá la verdadera? Y en lo ajeno no habéis sido fieles, ¿quién os dará lo vuestro? (Lucas 16, 1- 12)

Los fariseos amadores del dinero, oían todo esto y se burlaban de Él. (Lucas 16, 14).

88 LOS DOS HIJOS DESIGUALES.....165-167

¿Qué opináis vosotros? Un hombre tenía dos hijos, fue a buscar al primero y le dijo: “Hijo, me voy a trabajar a la viña.” Más éste respondió y dijo: “Voy, señor”, y no fue. Después fue a buscar al segundo, y le dijo lo mismo. Éste contestó y dijo: “No quiero, pero después se arrepintió y fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Respondieron: “El último”. Entonces, Jesús les dijo: •En verdad os digo, los publicanos y las ramera entraran en el reino de los cielos antes que vosotros”.

Porque vino Juan a vosotros, andando en camino de justicia. Y vosotros no le creísteis, mientras que los publicanos y las ramera le creyeron. Ahora bien, ni siquiera después de haber visto esto, os arrepentisteis, para creerle”. (Mateo 21, 28-32).

89 EL RICO EPULON Y EL POBRE LAZARO.....168-173

Había un hombre rico, que se vestía de purpura y lino fino, y banqueteaba cada día espléndidamente. Y un mendigo llamado Lázaro, se estaba y tendido a su puerta, cubierto de úlceras y deseando saciarse con lo que caía de la mesa del rico, en tanto que hasta los perros se llegaban y lamían las llagas. Y sucedió que el pobre murió, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. También el rico murió, y fue sepultado. Y en abismo, levantó los ojos, mientras estaba en los tormentos, y vió de lejos a Abrahán con Lázaro en su seno. Y exclamó: “Padre Abrahán, apiádate de mí, y envía a Lázaro para que, mojando en el agua la punta de su dedo, refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama”. Abrahán le respondió:” acuérdate hijo, que tu recibiste tus bienes durante tu vida, y así también Lázaro los males. Ahora él es consolado aquí y tú sufres. Por lo demás, entre nosotros y vosotros un gran abismo ha sido establecido, de suerte que los que quisiesen pasar de aquí a vosotros, no podrían; y de allí tampoco se puede pasar hacia nosotros. Respondió: “Entonces te ruego, padre, que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, a fin de que no vengan también ellos, a este lugar de tormentos”. Replicó: No padre Abrahán; pero si alguno de entre los muertos va junto a ellos se arrepentirán.” Él, empero, le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, no se dejarán persuadir, ni aun cuando alguno resucite de entre los muertos.” (Lucas 16, 19 – 31).

90 INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO.....174-179

Cuando Jesús hubo acabado estos discursos partió de Galilea y fue al territorio de Judea, más allá del Jordán. Le siguieron muchas gentes, y los sanó allí. Entonces algunos fariseos, queriendo tentarlo, se acercaron a Él y le dijeron: “¿Es permitido al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?” El respondió y dijo: “¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, varón y mujer los hizo?” Y dijo: “Por esto deja el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne”. “De modo que ya no son dos, sino una carne. ¡Pues bien! ¡Lo que Dios juntó, el hombre no lo separe!” Dijéronle. “Entonces ¿porque Moisés prescribió dar libelo de repudio y despacharla?”. Respondióles: “A causa de la dureza de vuestros corazones os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fu así:” Más yo os digo, quien repudia a su mujer salvo el caso de adulterio, y se casa con otra, comete adulterio contra la primera, y el que se casa con la repudiada, somete adulterio. Dijéronle sus discípulos: “Si tal es la condición del hombre con la mujer, no conviene casarse”. Pero Él les respondió: “No todos comprender esta palabra, sino que solamente aquellos a quienes es dado. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por el hombre, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos. El que pueda entender que entienda.” (Mateo 19, 1- 12).

91 ¿CUÁNDO VENDRÁ EL REINO DE DIOS?.....180-184

Interrogado por los fariseos acerca de cuándo vendrá el reino de Dios, les respondió y dijo: “El reino de Dios no viene con advertencia”, Ni dirán: “¿está aquí” o ¿está allí!” Porque ya está el reino de Dios en medio de vosotros. Dijo después a sus discípulos: “Vendrán días en que deseareis ver un solo de los días del Hijo del hombre, y no los veréis”. Y cuando os digan ¡Está allí! O ¡Esta aquí!” no vayáis allí y no corráis tras de él. Porque como el relámpago, fulgurado desde una parte del cielo, resplandece hasta

la otra, así será el Hijo del hombre, en su día. Más primero es necesario que Él sufra mucho y sea rechazado por la generación ésta. Y como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, se casaban los hombres y eran dadas en matrimonio las mujeres, hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el cataclismo y los hizo padecer a todos. Asimismo, como fue en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban e edificaban; más el día en que Lot salió de Sodoma, cayó del cielo una lluvia de fuego y de azufre, y los hizo perecer a todos. Conforme a estos casos será el día en que el Hijo del hombre sea revelado. En aquel día, quien se encuentre sobre la azotea, y tenga sus cosas dentro de su casa, no baje a recogerlas, no se vuelva por las que dejó atrás. Acordaos de la mujer de Lot. El que procurarse conservar su vida, la perderá; y el que la pierda, la hallará. Yo os digo, que en aquella noche, dos hombres estarán reclinados a una misma mesa: el uno será tomado, el otro dejado. Estando dos en el campo; el uno será tomado y el otro dejado. Entonces le preguntaron: “¿Dónde señor? Les respondió: “Allí donde está el cadáver, allí se juntarán los buitres.” (Lucas 17, 20 – 37).

92 EL JUEZ INICUO.....185-187

Les propuso una parábola sobre la necesidad sé que orasen siempre sin desalentarse. “Había en una ciudad un juez que no temía a Dios y no hacía ningún caso a los hombres. Había también allí, en esa misma ciudad una viuda, que iba a buscarlo y le decía: Hazme justicia y líbrame de mi adversario. Y por algún tiempo no quiso; más después dijo que sí. Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, sin embargo porque esta viuda me importuna la haré justicia, no sea que al fin venga y me arañe la cara” Y el señor agregó. “Habéis oído el lenguaje de aquel juez inicuo”. ¿Y Dios no habrá de vengar a sus elegidos, que claman a Él día y noche, y se mostraría tardío con respecto a ellos? Yo os digo que ejercerá la venganza de ellos prontamente. Pero el Hijo del hombre, cuando vuelva ¿hallará por ventura la fe en la tierra? (Lucas 18. 1 – 8).

93 EL FARISEO Y EL PUBLICANO.....188-190

Para algunos, los que estaban persuadidos en sí mismos de su propia justicia, y que tenían en nada a los demás, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al Templo a orar, el un fariseo, el otro publicano. El fariseo, oraba en su corazón de esta manera: “Oh, Dios, te doy las gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni como el publicano ese. Ayuno dos veces en la semana y doy el diezmo de todo lo que poseo”. El Publicano, por su parte, quedándose a disposición, no osaba no aún levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Oh Dios, compadécete de mí que soy un pecador.” Os digo que éste bajo a su casa justificado, más no el otro, porque el que se eleva será bajado; y el que se abaja, será elevado. (Lucas 18, 9 – 14).

94 LA RESURRECCION DE LAZARO.....191-198

Había uno que estaba enfermo Lázaro de Betania, la aldea de Marta y de María su hermana. María era aquella que ungió con perfume al Señor y que enjugó los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro estaba, pues, enfermo: Las hermanas envían a decir:

“Señor, el que Tú amas está enfermo.” Al oír esto, Jesús dijo: “Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea por ella gloriado”. Y Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro. Después de haber oído que estaba enfermo, se quedó aún dos días allí donde se encontraba. Sólo entonces dijo a sus discípulos: “Volvemos a Judea”. Sus discípulos le dijeron: “Rabí hace poco que te buscaban los judíos para lapidarte, ¿y Tú vuelves a Allí? Jesús repuso: ¿No tiene el día doce horas? Si uno anda de día, no tropieza, porque que tiene luz de este mundo. Pero si anda de noche tropieza, porque no tiene luz. Así hablo Él, después les dijo: “Lázaro nuestro amigo, se ha dormido, pero voy a ir a despertarlo”. Dijéronle los discípulos “Señor si duermes, sanará”. Más Jesús había hablado de su muerte, y ellos creyeron que hablaba del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto. Y me alegro de no haber esto allí a causa de vosotros, para que creáis. Pero vayamos a él. Entonces Tomás, el llamado Dídimo, dijo a los otros discípulos: “Vayamos también nosotros a morir con Él”. Entonces Tomás, el llamado Dídimo, dijo a los otros discípulos: “Vayamos también nosotros a morir con Él”.

Al llegar, oyó Jesús que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania se encuentra cerca de Jerusalén, a unos quince estadios. Muchos judíos habían ido a casa de Marta y María para consolarlas por causa de su hermano. Cuando marta supo que Jesús llegaba, fue a su encuentro en tanto que maría se quedó en casa. Marta dijo, pues, a Jesús: “Señor si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero sé que lo que pides a Dios, te lo concederá.” Dijole Jesús: “Tu hermano resucitará.” Y Marta repuso: “Sé que resucitará en la resurrección en el último día.” Respondióle Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida, quién cree en Mí, aunque muera, revivirá. Y todo viviente y creyente en Mí no morirá jamás. ¿Lo crees tú? Ella le respondió: “Si Señor, yo creo que Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene a este mundo”. Dicho esto, se fue a llamar a María, su hermana, y la dijo en secreto. “El Maestro está ahí y te llama.” Al oír esto, ella se levantó apresuradamente, y se fue a Él. Jesús no había llegado todavía a la aldea, sino que aún estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Los judíos que estaban con María en la casa, consolándola, al verla levantarse tan súbitamente y salir, la siguieron, pensando que iba a la tumba para llorar allí. Cuando maría llegó al lugar donde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies y le dijo: Señor, si tu hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Y Jesús viéndola llorar, y llorar también a los judíos que la acompañaban se estremeció en su espíritu, y se turbo a sí mismo. Y dijo: “¿Dónde lo habéis puesto?” Les respondieron: “Señor, ven a ver”.

Y Jesús lloró. Los judíos dijeron: “¿Cuanto le amaba!” Alguno de entre ellos, sin embargo, dijeron: “El que abrió los ojos al ciego, ¿no podía hacer que éste ni muriese?” Jesús de nuevo estremeciéndose en su espíritu, llegó a la tumba: era una cueva; y tenía una piedra puesta encima. Y dijo Jesús: “Levantad la piedra”. Marta, hermana del difunto le observó: “Señor, hiede ya, porque es el curto día.” Repusole Jesús: “¿No te he dicho que, si creyeres verás la gloria de Dios?” Alzaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: “Padre, te doy gracias por haberme oído. Bien sabía que siempre me oyes, más lo dije por causa del pueblo que me rodea, para que crean que eres Tú quien me ha enviado.” “Bien sabía que siempre me oyes, más lo dije por causa del pueblo que me rodea, para que crean que eres Tú quien me ha enviado.” Cuando hubo hablado así, clamó a gran voz: “Lázaro, ven fuera.” Y el muerto salió, ligados los brazos y las piernas con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús le dijo: “Desatadlo, y dejadlo ir.” (Juan 11, 10 – 44).

95 PROFECIA DE CAIFÁS.....199-202

Muchos judíos, que habían venido a casa de María, viendo lo que hizo, creyeron en Él. Algunos de entre ellos, sin embargo, se fueron de allí a encontrar a los fariseos, y les dijeron lo que Jesús había hecho. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos reunieron un consejo y dijeron: “¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchos milagros.” “Si le dejamos continuar, todo el mundo va a creer en Él, y los romanos vendrán y destruirán nuestro lugar santo y también nuestro pueblo.” Pero uno de ellos, Caifás, que será Sumo Sacerdote en aquel año, les dijo: “Vosotros no entendéis nada, y no discurrís que os es preferible que un solo hombre muera por todo el pueblo, antes que todo el pueblo perezca.” Esto, no lo dijo por sí mismo, sino que, siendo Sumo Sacerdote en aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación. Y no por la nación solamente, sino también para congregar en uno a todos los hijos de Dios dispersos. Desde aquel día tomaron la resolución de hacerlo morir. Por esto Jesús no anduvo más, ostensiblemente, entre los judíos, sino que se fue a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y se quedó allí con sus discípulos. (Juan 11, 45 – 54).

96 TERCER ANUNCIO DE LA PASIÓN.....202-204

Estaba próxima la pascua de los judíos, y muchos de aquella región subieron a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse. Y en el Templo, buscaban a Jesús, y se preguntaban unos a otros. “¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?” Entre tanto, los sumos sacerdotes y los fariseos habían impartido órdenes para que quien quiera supiese donde estaba, lo manifestase, a fin de apoderarse de Él. (Juan 11, 55 – 57).

Iban de camino, subiendo a Jerusalén, y Jesús se les adelantaba y ellos se asombraban y le seguían con miedo. Y tomando otra vez consigo a los doce, se puso a decirles lo que le había de acontecer: (Marcos 10, 32). “He aquí que subimos a Jerusalén, y todo lo que ha sido escrito por los profetas se va a cumplir para el Hijo del hombre. (Lucas 18,31) Él va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a os escribas y lo condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, (Marcos 10, 33) y se burlaran de Él, lo ultrajarán, escupirán sobre Él (Lucas 18,32) y lo encerrarán, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán, más tres días después resucitará. (Marcos 10, 34) Pero ellos no entendieron ninguna de estas cosas, este asunto estaba escondido para ellos y no conocías de qué les hablaba. (Lucas 18, 34).

97 FALSA AMBICIÓN DE SANTIAGO Y JUAN...205-209

Entonces la madre de los hijos del Zebedeo se acerca a Él con sus hijos y prosternóse como para hacerle una petición: Él le preguntó. “¿Qué deseas?” Contestole ella: “Ordena que estos dos hijos míos se sienten, el uno a tu derecha y el otro a la izquierda de tu reino.” Mas Jesús repuso diciendo: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz, que Yo he de beber?” Dijéronle: “Podemos.” Él les dijo. “Mi cáliz si lo beberéis; pero el sentaros a mi derecha o a mi izquierda, no es cosa mía el darlo, sino para quienes estuviere preparado por mi Padre.”

Cuando los Diez oyeron esto se enfadaron contra los dos hermanos. Más Jesús les llamo y les dijo: “los jefes de los pueblos, como sabéis, les hacen sentir su dominación, y los grandes su poder, no será así entre vosotros, sino al contrario; entre vosotros el que quiera ser grande se hará el servidor vuestro, y el que quiera ser el primero de

vosotros ha de hacerse vuestro esclavo. Así como el Hijo del hombre vino, no para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate de muchos.” (Mateo 20, 20 – 28).

98 EL CIEGO DE JERICÓ.....209-211

Cuando iba aproximándose a Jericó, un ciego estaba sentado al borde del camino, y mendigaba oyendo que pasaba mucha gente, preguntó qué era eso. Le dijeron: “Jesús, el nazareno pasa”. Y clamó diciendo: “¡Jesús, Hijo de David, apiádate de mí!” Los que iban delante, lo reprendían para que se callase, pero el gritaba todavía más. “¡Hijo de David, apiádate de mí!” Jesús se detuvo y ordenó que se lo trajesen, y cuando él, se hubo acercado, le preguntó: “¿Qué deseas que te haga?” Dijo: ¡Señor, que reciba yo la vista!” Y Jesús le dijo: “Recíbela, tu fe te ha salvado”. Y enseguida vió, y lo acompañó glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabo a Dios. (Lucas 18, 35 – 43).

99 ZAQUEO, EL PUBLICANO.....212-215

Entro en Jericó, e iba pasando y he aquí que un hombre rico llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos buscaba ver a Jesús para conocerle, pero no lo lograba a causa de la mucha gente porque era pequeño de estatura. Entonces corrió hacia adelante, y subió sobre un sicomoro para verlo, porque debía pasar por allí. Cuando llegó a este lugar, levantó los ojos y dijo a Zaqueo: “Zaqueo, desciende pronto porque hoy es necesario que Yo me hospede en tu casa.” Y este descendió rápidamente, y lo recibió con alegría.

Viendo lo cual, todos murmuraban y decían: “Se ha ido a hospedar en casa de un varón pecador.” Más Zaqueo puesto en pie, dijo al señor: “Señor, he aquí que doy a los pobres la mitad de mis bienes; y si en algo he perjudicado a alguno le devuelvo el cuádruplo.” Jesús le dijo. “Hoy se obró salvación en esta casa, porque también él es un hijo de Abrahán. Vino el Hijo del hombre a buscar y salvar lo perdido.” (Lucas 19, 1 – 10).

100 PARABOLA DE LAS MINAS.....216-219

Oyendo ellos todavía estas cosas, agregó una parábola, porque se hallaba próximo a Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios iba a ser manifestado enseguida. Dijo pues. “Un hombre de noble linaje se fue a un país lejano a tomar para sí posesión de un reino y volver. (Lucas 19, 11 – 12).

Llamó a sus siervos, y les encomendó sus haberes. “A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno, (Mateo 25, 14 - 15) diciéndoles: “Negociad hasta que yo vuelva.” Ahora bien sus conciudadanos lo odiaban, y enviaron una embajada detrás de él diciendo: “No queremos que ese reine sobre nosotros.” (Lucas 19, 13 -14). Enseguida, al que había recibido cinco talentos se fue a negociar con ellos, y gana otros cinco. Igualmente el de los dos gana otros dos. Más el que había recibido uno, se fue a hacer un hoyo en la tierra, y escondió allí el dinero de su Señor. (Mateo 26,16). Al retornar él, después de haber recibido el reinado, dijo que le llamasen a aquellos servidores a quienes les había entregado el dinero, a fin de saber lo que había negociado. (Lucas 19, 15). Presentándose el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco, y dijo: “Señor, cinco talento me entregaste; mira otros cinco gané.” Dijole el Señor. “¡Bien!

Siervo bueno y fiel, te pondré al frente de los muchos; entra en el gozo de tu señor,” A su turno, el de los dos talentos, se presentó y dijo: “Señor, dos talentos me entregaste; mira dos que gané.” Dijole su señor: “¡Bien! siervo bueno y fiel; en lo poco has sido fiel, te pondré al frente de los muchos; entra en el gozo de tu señor”: Mas legándose el que había recibido el talento, dijo: “Tengo conocido que eres un hombre duro, que quieres cosechar allí donde nada echarte. Por lo cual, en mi temor, me fui a esconder tu talento enterrado. Helo aquí; tienen es lo que es tuyo.” Más el señor le respondió y dijo: “Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho allí donde no sembré y recojo allí donde nada eché. Debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y a mi regreso yo lo habría recibido con sus réditos. Quitadle, por tanto, el talento, y dáselo al que tiene los diez talentos. Porque todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá sobreabundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. y a ese siervo inútil, echarlo a las tinieblas de afuera Allí á el llanto y rechinar de dientes. (Mateo 25, 20 – 30). En cuanto a mis enemigos, los que no han querido que yo reinase sobre ellos, traedlos aquí y degolladlos en mi presencia. (Lucas 19, 27).

101 MARIA DE BETANIA UNGE A JESÚS.....221-225

Seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Betania donde estaba Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena (Juan 12, 2) en casa de Simón el leproso (Mateo 26, 6) Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con Él. Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de gran precio (Juan 12, 2 -3) en un vaso de alabastro y ungió con él los pies u la cabeza de Jesús que estaba en la mesa (Mateo 26,7) y los enjugó con sus cabellos, y el olor del ungüento lleno toda la casa. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que había de entregarlo dijo: “¿Por qué no se vendió este ungüento en trescientos denarios, y se dio a los pobres?” No dijo esto porque se cuidase de los pobres sino porque era ladrón; y como él tenía la bolsa sustraía lo que echaba en ella. (Juan 12, 3 – 6). Más Jesús dijo: “¿Por qué molestas a la mujer? Ha hecho una buena obra conmigo. Porque los pobres los tendréis con vosotros siempre. Lo que ella podía hacer lo ha hecho. Se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura. En verdad, os digo, donde quiera que fuese predicado este Evangelio, en el mundo entero se narrará, también lo que acaba de hacer, en recuerdo suyo.” (Mateo 14, 6 - 9)

Entre tanto una gran multitud de judíos supieron que Él estaba allí, y vinieron, no solo por Jesús sólo, sino también para ver a Lázaro, a quien Él había resucitado de entre los muertos. (Juan 12, 9)

Cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, dijo a sus discípulos: “La Pascua, como sabéis será dentro de unos días, y el Hijo del hombre va a ser entregado para que lo crucifiquen.” Entonces los Sumos Sacerdotes y ancianos del pueblo se reunieron en el palacio del Pontífice que se llamaba Caifás, y deliberaron prender a Jesús con engaño, y darle muerte. Pero decían: “No durante la fiesta, para que no haya tumulto en el pueblo” (Mateo 26,3 - 5). También tuvieron la resolución de matar a Lázaro, porque muchos judíos a casusa de él, se dejaban y creían en Jesús. (Juan 12, 11).

102 ENTRATADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN.....225-233

Después de esto marchó al frente subiendo a Jerusalén y cuando llegaron a Belfagé, junto al monte de los olivos, (Lucas 19, 28) envió a dos de sus discípulos diciéndoles:

“Id a la aldea que está frente de vosotros, y encontrareis una asna atada a un pollino (Mateo 21,1 - 2) sobre el cual nadie ha montado todavía, desatadlos y traedlos, (Lucas 19, 30) y si alguien os pregunta: “¿Por qué hacéis esto?, contestad: “El señor lo necesita, y al instante lo devolverá aquí.” (Marcos 11,3). Esto se cumplió para que cumpliera lo que había sido dicho por el Profeta: “Decid a la hija de Sion; He ahí que tu rey viene a ti, benigno y montado sobre una asna y un pollino, hijo de animal de yugo.” Esto no lo entendieron sus discípulos al principio más cuando Jesús fue glorificado, se acordaron de que esto había sido escrito sobre Él, y que era lo que habían hecho con Él. (Juan 12, 16).

Partieron, pues los discípulos, y encontraron un burrito atado a la puerta, por de fuera, en la calle, y lo desataron. Algunas personas que se encontraban allí les dijeron: “¿Qué hacéis, desatando el burrito?” Ellos les respondieron como Jesús les había dicho, y los dejaron hacer. Trajeron la asna y el pollino, pusieron sobre ellos sus mantos y Él se sentó encima. (Marcos 11, 4 -7)

Entre tanto el gentío que estaba con Él cuando llamó a Lázaro de la tumba y lo resucitó de entre los muertos, daba testimonio de ello. Y por eso la multitud le salió al encuentro, porque había oído que Él había hecho este milagro. Entonces los fariseos se dijeron unos a otros. “Bien veis que no adelantáis nada. Mirad como todo el mundo va con Él. (Juan 12, 17 -19)

Y mientras el avanzaba (Lucas 19, 36) una inmensa multitud de gente extendían sus mantos sobre el camino, otros cortaban ramas de árboles, y las tendían por el camino. (Mateo 21, 8).

Una vez que estuvo próximo el descenso del monte de los olivos, toda la muchedumbre de los discípulos, en su alegría, se puso a alabar a Dios con gran voz, por todos los portentos que habían visto. (Lucas 19, 36 – 37) Y la muchedumbre que marchaba delante de Él, y la que le seguía aclamaban diciendo. “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del señor! ¡Hosanna en los más alto! (Mateo 21, 9) ¡Bendito sea el advenimiento del reino de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!(Marcos 11,10) ¡Bendito el que viene, el rey en nombre del Señor. En el cielo paz y gloria en las alturas! Mas Él respondió: “Os digo, si estas gentes callan, las piedras se pondrán a gritar.”

Y cuando estuvo cerca viendo la ciudad, lloró sobre ella. Lucas 19, 38 - 41) Y dijo: “¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, tu que matas a los Profetas, y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise Yo reunir a tus hijos como la gallina reúne a su pollada debajo de sus alas, y vosotros no lo habéis querido! (Mateo, 23,37).

¡Ah sí en este día conocieras también tú lo que será para la paz! Pero ahora está condicionado a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te circunvalarán con un vallado, y te cercarán en rededor y te estrecharán de todas partes; derribarán por tierra a tí, y a tus hijos dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que has sido visitada. (Lucas 19, 42 - 44). He aquí que vuestra casa os quedará desierta. Por eso os digo, ya no me volveréis a ver hasta que digáis: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!” (Mateo 23, 38 - 39).

Y al entrar en Jerusalén toda la ciudad se convocó y decían: “¿Quién es éste? Y las muchedumbres decían: “Este es Jesús, el Profeta, de Nazaret de galilea.” (Mateo 21, 10 – 11).

Y entró Jesús en el Templo de Dios y se llegaron a Él ciegos y tullidos y los sanó. Más los sumos sacerdotes y los escribas, viendo los milagros que hacía y oyendo a los niños que gritaban en el Templo y decían: “¡Hosanna al Hijo de David!”, se indignaron, y le dijeron: “¿Oyes lo que dicen estos?” Jesús les replicó: “Sí, ¡nunca habéis leído aquello: de la boca de los pequeños y de los lactantes, me prepararé alabanzas?”

(Mateo 21, 14 - 16). **Y después de mirarlo todo, siendo ya tarde, partió de nuevo a Betania con los doce** (Marcos 11, 11) **donde se albergó.** (Mateo 21, 17).

103 LA MALDICION DE LA HIGUERA.....235-236

Al día siguiente, cuando salieron de Betania tuvo hambre. Y divisando a la distancia una higuera que tenía hojas, se acercó para ver si encontraba algo en ella; pero llegado allí, no encontró más que hojas, porque no era tiempo de higos. Entonces respondió y dijo a la hoguera: “Que jamás ya nadie coma fruto de ti.” Y sus discípulos lo oyeron. (Mateo 21,18 - 19).

104 ARROJA DEL TEMPLO A LOS MERCADERES.237-240

Llegaron a Jerusalén y entró Jesús en el templo, Y se puso a expulsar a todos los que vendían y compraban en el templo; volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas. Y no permitía que nadie atravesase el templo transportando objetos. Y los enseñó diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración por todas las naciones? más vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Los sumos sacerdotes y escribas lo oyeron y buscaban como hacerlo perecer; pero le tenían miedo, porque todo el pueblo estaba poseído de admiración por su doctrina. Y llegada la tarde, salieron Jesús y sus discípulos de la ciudad. (Marcos 11, 15 - 19).

